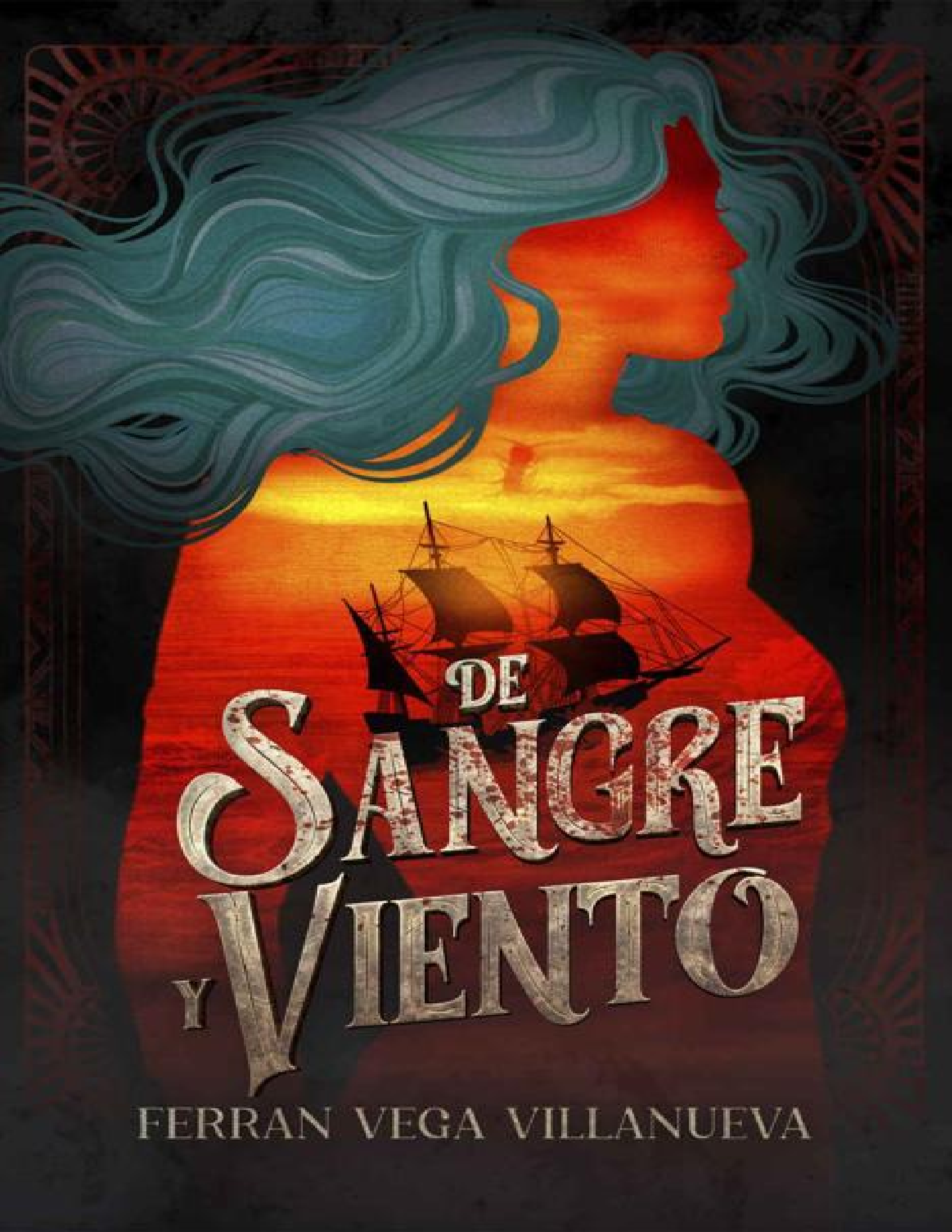
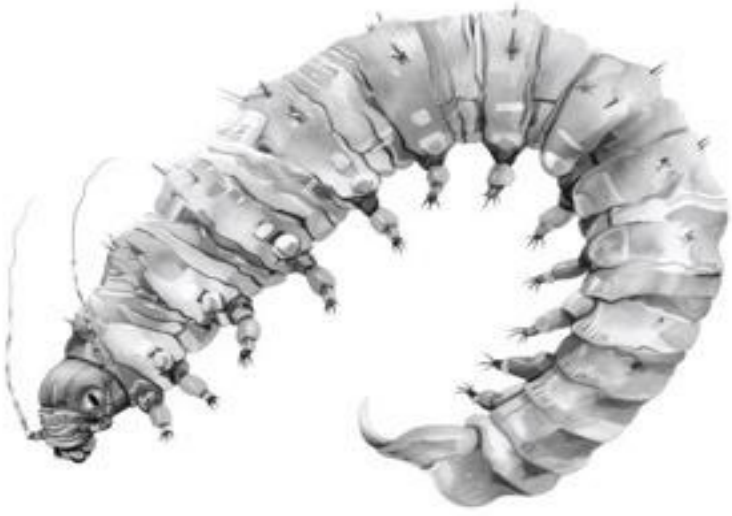

DE
SANGRE
Y VIENTO
FERRAN VEGA VILLANUEVA

De Sangre y Viento



FERRAN VEGA VILLANUEVA

Copyright © 2024 Ferran Vega Villanueva

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al autor, con la dirección "Atención: Coordinador de permisos", en la dirección a continuación.

Diseño de cubierta: Natalia Junqueira
Mapa: Alec McKinley
Maquetación y diseño interior: Brady Moller

Dirección de contacto: lars_fv@hotmail.com

ÍNDICE

Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Parte V
Parte VI
Epílogo

Agradecimientos


VOSSEN
Tressenfürt
Domotta
Islas Mitten
Islas Volcán
ESPROGAL
Porto Romero
Corpo Romano
Tiruso
SORTERRA
Bosque de Valtorta
Allecemo
Islas Arcanas
Nécora
Londayn
MALVITTA
Montpeyrouse
NOTE-COREIL
Charchos
N
O
E
S
ISLAS MAYORES
DE LA ASCENSIÓN

«Si en Sya existe un lugar así, del que nadie regresa con vida,
del que nada hemos aprendido tras siglos de progreso,
es justo decir que dicho lugar nos rechaza por una razón.
No creo que lleguemos a descubrir el misterio de Domotta,
y tal vez no debamos hacerlo.»

—REGENTA SÉLÉINE MONTPEYROUSSE, *La medida del poder*

—Lo haré yo misma. No creo en la muerte.

Lo dijo Natale justo antes de arrebatarle el timón. Antes de que la corbeta orzara a estribor y el bauprés apuntase directamente hacia la enorme sombra que se aproximaba.

El mar había barrido las lámparas de nácar en proa y popa. Los destellos blanquiazules que rasgaban la noche eran lo único que quedaba para alumbrar el mundo, y fue uno de esos relámpagos lo que les permitió comprender el tamaño de la ola.

Vieron su cumbre espumosa alzándose por encima del palo mayor, donde aún flameaban los rojos tormentines. La tormenta no les dejaría escapar.

Todas lo sabían, salvo Natale.

—Hoy no nos toca, amiga. Aún no. ¿Es esto lo mejor que puedes hacer?

Sus palabras se perdían; bajo el bramido del viento, entre el sabor salino del agua que escupía su boca. Aun así, calada hasta los huesos, esquivando los barriles que rodaban de un lado a otro de la cubierta, seguía gritando con todas sus fuerzas para que la tormenta la escuchara.

No soltó el timón hasta que el navío enfiló la base de la ola. Acto seguido, corrió hacia la popa y aferró el estay que brotaba del mástil de mesana. Y con el aire que le quedaba en los pulmones pidió a sus compañeras que se agarraran fuerte.

Los relámpagos cesaron. En la penumbra, las corsarias solo pudieron intuir la muerte que se cernía sobre ellas. La forma en que el mundo se volvía insoportablemente vertical mientras la ola las arrastraba y el navío se elevaba quince, veinte, veinticinco pies por encima del nivel del mar.

Y entonces la gravedad hizo algo que no comprendieron: dejó de arrastrarlas hacia popa para tirar de ellas hacia adelante. De alguna forma, habían superado la cresta de la ola y caían en picado, precipitándose hacia un impacto al que no sobrevivirían. La violenta sacudida arrancó las manos de Natale del estay. El gélido, turbulento abrazo que envolvió su cuerpo le hizo saber que había caído al mar.

Pero cuando regresó a la superficie y abrió los ojos, se dio cuenta de que seguía en cubierta.

La corbeta había resistido.

El puente superior estaba ahora inundado por un agua que le llegaba hasta la cintura. El maltrecho cuerpo de hierro y madera de la nave seguía chirriando cuando el palo trinquete, vencido ante la fuerza del golpe, se resquebrajó y cayó al mar con un gran chapoteo.

Soltando al fin los aparejos y recuperando el aliento, las corsarias alcanzaron a ver la tormenta alejándose a popa. Y tras mirarse entre sí durante unos tensos latidos, estallaron los

gritos de alegría, los abrazos enardecidos, las lágrimas de incredulidad.

Estaban vivas.

El resplandor plateado de Luna y el distante verdor de Celera asomaron de nuevo sobre sus cabezas. Tras horas bajo el manto plomizo de las nubes, el cielo volvía a despejarse.

—¡Domotta es nuestra! —gritó Natale—. ¡Más vale que estéis listas para hacer historia!

La tripulación respondió con exultante júbilo. Natale bajó del alcázar y abrió la trampilla que conducía al puente de los alojamientos. Era momento de hablar con la prisionera y consumar la venganza que había gestado durante seis años.

Zeleste pagaría con sangre.

Mucha más sangre de la que había en sus venas.

Ya podía verla, temblando de pies a cabeza y preguntándose cómo era posible. Cómo habían superado los vientos que mantenían a Domotta aislada del mundo. Un instante antes de hundir sus pulgares en los ojos de la pirata, Natale diría: «esto es por mi padre. Y por los cientos de espíritus que te has llevado al Abismo antes de tiempo».

Después respiraría hondo. Contemplaría el amanecer. Y muerto el pasado, caminaría al fin hacia un mañana mejor. Aún ensoñaba con esa sensación cuando notó las palpitaciones. Llevándose una mano al pecho, se detuvo.

Podía sentirla, aunque estuviera a más de mil leguas de distancia. Si cerraba los ojos, casi podía oler la cuna.

Su hija dormía en paz. Una Hermana Nodriza acababa de acostarla y, con el poder de la Gracia, sincronizaba los latidos del corazón del bebé con los de su madre ausente.

Natale sonrió. Aunque breve, aquella milagrosa unión a distancia conseguía que todo tuviera sentido. El momento que mejor testificaba lo mucho que había cambiado su vida. Atrás quedaban los años de sangre, pólvora y crueldad; la vieja Natale que, solo un instante antes de que fuera demasiado tarde, se dio cuenta de los errores que había cometido.

Ahora podía dar las gracias. A su patria, La Ascensión, por darle una segunda oportunidad. También a las Eternas, por bendecir al mundo con su Gracia desde lo profundo de la tierra.

Y por el aire que respiraba. Cada vez que regresaban las palpitaciones, cuando sentía el corazón de su hija latiendo al ritmo del suyo, Natale Ridenza daba las gracias por estar viva.

La bodega estaba en total oscuridad.

Tanteó la pared hasta encontrar lo que buscaba y sacarlo de su soporte. Movió los dedos por el extremo de la antorcha; la esfera de nácar, respondiendo al tacto, emitió un tenue brillo cobrizo. Natale siguió acariciando el nácar hasta conseguir el fulgor deseado.

Empuñó la antorcha en alto para iluminar su entorno.

La prisionera seguía exactamente tal como la había dejado antes de adentrarse en la tormenta.

Arrodillada, sus brazos abiertos en cruz permanecían amarrados a dos gruesas cadenas por las muñecas.

Parecía inconsciente. O dormida. Hasta que alzó el cuello y, bajo una sucia y pajiza maraña de cabello, su desfigurado semblante asomó de nuevo.

—Bien hecho, capitán. Ya tiene más cerca su venganza. ¿Nota la sangre en los labios?

Natale no pudo evitar estremecerse. No era la quebrada voz de la mujer, ni las quemaduras que le habían arrancado medio rostro, ni la miríada de cicatrices en sus brazos famélicos. Lo inquietante era la tranquilidad que emanaba de ella.

Tuvieron que perseguirla durante semanas hasta darle caza. Ya en su primer contacto, Natale sintió que algo en aquella pirata estaba *fuera de lugar*. No podía señalar el qué. Solo sabía que todos sus instintos se ponían en guardia cuando Martha le devolvía la mirada.

—¿No le apasionan las tormentas, capitán? Si no nos matan, nos hacen más fuertes. Como nuestras heridas.

Capitán. Una vez más se negaba a utilizar la forma femenina de su rango tal como dictaba La Ascensión. Natale no sabía si la prisionera lo hacía por costumbre, porque simpatizaba con los antiguos mandatos del Hombre o por mera cuestión de tocar las narices. No valía la pena irritarse por ninguna de las tres.

—A esta la hemos dominado —respondió—. Ya estamos más cerca.

—Más cerca —Martha profirió algo a medio camino entre una risilla y una áspera tos—. ¿De qué exactamente?

—De tu líder. Zeleste. Espero que cumplas tu parte del trato.

Martha inclinó el cuello hacia atrás. Los sonidos que hizo con la nariz primero y la garganta después advirtieron de lo que estaba a punto de hacer: su escupitajo, una densa masa de flema marrón, cayó cerca de las botas negras de Natale.

—Ah, esté usted tranquila —Martha se relamió la flema que no había logrado su objetivo y caía por su mentón—. Lo difícil ya ha pasado y, joder, su barco sigue de una pieza. Zeleste no contaba con eso.

—Estarás decepcionada.

—¿Y eso por qué? —la pirata abrió los ojos de par en par, de pronto cándida como una colegiala.

—Gracias a ti vamos a ser las primeras en encontrar el refugio de tu amiga. Yo en tu lugar no me sentiría muy cómoda.

Esperó con curiosidad su reacción. En realidad, no estaba segura de que la palabra «amiga» tuviera mucho sentido para su prisionera. Las piratas del Pacto del Piélago no entendían de lealtades. De hecho, era inusual que no acabaran traicionándose entre ellas.

Natale lo sabía bien.

—Llegar a su refugio no importa, capitán; ya se lo he dicho. Lo que importa es que sea usted capaz de salir de ahí con vida. Y no pondría medio astro en juego por ello.

—Claro que no apostarías medio astro. Ahora mismo no tienes ni eso.

—Tendré más de lo que quedará de usted si se enfrenta a Zeleste. Por eso me jugaría hasta el cuello.

Le guiñó un ojo. El mismo que tenía hinchado, enrojecido y subrayado por un gran cardenal.

Cada vez que Martha hablaba, quedaba patente hasta qué punto la locura se había apoderado de ella. Había estado abusando del helminto, seguramente durante años. Natale lo supo en cuanto capturó su bergantín y habló con ella por primera vez, antes de torturarla hasta conseguir la información que buscaba. Antes incluso de encontrar los tarros llenos de aquel gusano que destruía la mente, o de leer los desvaríos que colmaban buena parte de su diario de a bordo.

—No me asusta su Viento —mintió Natale—. Podrá manipular corrientes a placer, pero sin ese poder no es nadie. Yo, sin más talentos que los que el dolor y los años han querido darme, estoy a punto de irrumpir en su guarida. ¿No crees que es ella quien debería temerme a mí?

Martha guardó silencio. Por primera vez, Natale creyó ver una brizna de tristeza en su mirada.

—No creo que lo entienda, capitán.

—Será eso, que no lo entiendo —bufó Natale—. Siempre estás a tiempo de explicarme qué me he perdido.

—Usted y yo somos testigos, ¿entiende? Notas a pie de página. En este escenario, figuramos, pero no resolvemos. Zeleste es algo que ni usted ni yo llegaremos a ser nunca.

—¿La mujer más odiada de toda Sya?

—Un espíritu capaz de cambiar el mundo. Si la hubiera conocido como yo, lo sabría.

Natale apoyó la espalda contra el estante de los sacos de harina. Esa pirata sentía una admiración desmesurada por su líder y, hasta cierto punto, podía comprenderlo. Zeleste Sassuolo, fundadora del Pacto del Piélago, La Hija del Viento. Dueña del mismo poder que en el pasado corrompiera la moral del Hombre. Era fácil entender por qué las mentes confundidas e impresionables la elevaban a una categoría casi divina.

No obstante, empezaba a creer que no se trataba únicamente de admiración. Lo que reflejaba la voz y la actitud de Martha era mucho más profundo. Y lo que había leído en su diario no distaba mucho de una enardecida declaración de amor.

Hurgó en un bolsillo de su empapada casaca. Tras encontrar la petaca, desenroscó el tapón y dio un sorbo. El ron ardió bien en su garganta.

—Todas podemos cambiar el mundo, Martha. Solo te estás diciendo lo que quieres oír. Y evitando hacerte ciertas preguntas, ¿verdad?

Martha resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Sabes quiénes somos? —prosiguió Natale—. ¿No te has preguntado por qué no hay ningún emblema de La Ascensión en esta corbeta, o por qué no llevamos el uniforme de la Marina?

De reojo, la pirata examinó el considerable bulto en la casaca de la capitana. Una buena tripa

marinera.

—Puedo entender que no tuvieran de su talla.

—Éramos parte de tu grupo —Natale ignoró la burla—. Cuatro años en el Pacto. Navegábamos en la costa de Esprogal; por eso nunca me conociste. No hay día en que no me arrepienta de lo que fui. Pero La Ascensión nos dio una oportunidad y decidimos aprovecharla.

—Es usted muy valiente, sabe. Yo nunca aceptaría una oferta del mismo gobierno que ha llegado a poner precio a mi cabeza.

—No es valentía: es responsabilidad. Cuando tus amigas mueren delante de ti porque alguien ha decidido amotinarse, empiezas a replantearte algunas cosas. Si quieres.

Se obligó a hacer una pausa. El dolor aún asomaba en su voz cuando recordaba a compañeras como Carmea y Rebêille. No quería que la pirata viera esa debilidad en ella.

Los crujidos del navío y el rumor hueco del mar llenaron su silencio.

—Ahora tengo una hija. Muchas de mis compañeras también han sido madres. Ya no vivimos solo para nosotras: tenemos una familia, un hogar —un tierno temblor recorrió los labios de Natale—. Sé que te gustaría tener lo mismo.

—Usted qué puta mierda sabrá lo que a mí me gustaría.

Apartándose del estante, Natale se irguió. No pudo evitar que cierta compasión despertara en su mirada. En absoluto disfrutaría compartiendo lo que estaba a punto de decir.

—Bueno —agachó un instante la cabeza—. Sé que de pequeña soñabas con ser escritora. Supongo que ha llovido mucho desde entonces.

Cuando volvió a mirarla, Martha ya no estaba.

Bajo las heridas y quemaduras, otra clase de dolor brotaba en el rostro de la pirata. Acababa de darse cuenta de con quién estaba hablando.

—Sentpére-Gâldaux. ¿Me recuerdas? —Natale se acercó a su rostro hasta que pudo hablar en susurros—. Porque yo a ti sí. Todas las que fuimos a esa escuela te recordamos. Eras una pesadilla para las profesoras, aunque en el fondo te apreciaban. Luego te vengabas de sus castigos con esos poemas guarros que escribías. Te escondías detrás de la secuoya para leérnoslos en voz alta —sonrió. Sus propias palabras avivaban la nostalgia—. Era imposible no reírse contigo. ¿Qué fue de esa chica?

Se oyó un gimoteo. En su indeseado trayecto a una infancia que ya no regresaría, los ojos de Martha se humedecían.

—Se perdió, Natale. Se perdió tanto que olvidó de dónde venía.

La capitana también sintió un nudo en la garganta. La historia de Martha podría haber sido la suya si no hubiera reaccionado a tiempo. O si no hubiera tenido la suerte que a otras les había faltado.

Sin saber qué más podía decirle, le puso una mano en el hombro.

—Cuando hayamos acabado con Zeleste, escribiré una carta a la Regencia. Haré lo posible para que se porten bien contigo.

No creía que la Regencia fuera a concederle ese deseo. Como mucho le darían una muerte rápida, o la purificarían para que su cuerpo siguiera siendo útil durante algunos ciclos. No obstante, la pirata asintió mansamente. Parecía comprenderlo.

Natale ya se encaminaba hacia la escalerilla cuando Martha la interrumpió:

—Tú también me caías bien.

La capitana se giró y le devolvió la sonrisa. Dedicándole un último trago, alzó la petaca en el aire y se la llevó a la boca.

—Por eso, Natale, me duele tener que confesarte que Zeleste no está en Domotta.

Y volvió a apartarla de sus labios.

—Hace tiempo me prometí que no moriría sin ver qué había en esa zona prohibida —prosiguió Martha—. Ahí es donde entras tú. Sí, Zeleste puede manipular el viento con sus propias manos, pero eso no tiene nada que ver con Domotta. Ni tampoco la tormenta que acabas de superar. Gracias por leer mi diario; en parte lo escribí para engañar a incautas como tú.

De pronto, la petaca ya no estaba en su mano. Rodaba por el suelo, donde derramaba su contenido por entre los tablones del pañol. Ahora era Natale quien estaba boquiabierta.

—Oye, no pongas esa cara. Estás a punto de descubrir por qué nadie regresa con vida de allí. ¿No ha valido la pena?

El silencio de la bodega se vio roto por un bramido ensordecedor que procedía del exterior del navío. Un funesto cuerno que solo podía anunciar algo terrible.

—¿Qué pasa, Natale Ridenza? ¿Se te ha enfriado la sed de venganza?

Natale no llegó a oír esa última frase. Subía a toda prisa por la escalerilla mientras la carcajada enfermiza de Martha resonaba por toda la bodega.

Tan pronto asomó la cabeza en cubierta, se encontró con el viento.

No era una brisa como las demás. Podía sentirla dentro y fuera de la piel. Algo la paralizaba, y no era el frío.

Los astros nocturnos se habían esfumado de nuevo. Una densa niebla poblaba el puente superior. A lo lejos, entre el esponjoso manto gris que apenas podía intuirse en la oscuridad, atisbó un turbio movimiento. Una sombra inmensa que surgía de entre la bruma.

Natale contempló la deformidad de vapor que avanzaba hacia el barco. Esa tenebrosa nube de humo que se movía con espantosa conciencia.

Quiso gritar, pero no pudo. Su mente se apagó con el entendimiento de que ya era demasiado tarde. Lo entendió antes incluso de que esa monstruosidad etérea se adentrara en la cubierta. Antes de ver lo que les ocurría a sus compañeras en cuanto el humo las envolvía.

Antes de oír el sonido de la carne abriéndose y los huesos quebrándose.

Aquella, y no la tormenta, era la verdadera puerta de Domotta.

Se dejó caer por la escalerilla, regresando a la penumbra del puente de los alojamientos. No cerró la trampilla tras de sí, y no hubiera importado. Sabía que iba a morir. Más que un refugio, buscaba un rincón silencioso en el que poder sentir a su hija el último suspiro de su existencia.

Se llevó la mano al pecho, confiando en que las palpitaciones regresaran por última vez.

No lo hicieron.

Primera Parte





I

SANTUARIO DE LEZHARI

Ya no echaba de menos la luz del sol. Tras dos años bajo tierra, a más de seiscientos pies de la superficie, la penumbra se había convertido en un abrazo cálido y acogedor. Estaba acostumbrada a ella.

—Ya podemos subir, Hermana —le dijo Sendra.

Noema puso fin a su sesión de meditación y se puso en pie.

Además del aniversario de su llegada, esa noche marcaba el inicio de un nuevo ciclo lunar, de modo que el santuario se preparaba para recibir un nuevo envío. Noema y sus Hermanas de Gracia volverían a subir los mil quinientos peldaños para encontrarse con la Celadora y recibir, además de víveres y suministros, un nuevo grupo de níveas. Cuerpos sin espíritu a los que otras personas se referían como «zánganas» o «lechosas», pero que las Hermanas trataban con sumo respeto. Por muy horribles que hubieran sido sus crímenes en vida, la purificación se había llevado sus espíritus a un lugar mejor. Y ahora sus cuerpos servían un propósito.

Al menos eso era lo que creía Noema hasta aquella noche.

Todo iba según lo previsto. Tras ascender la interminable escalera de caracol, las Hermanas se cogieron de la mano y esperaron unos minutos ante la escalinata del portal, donde recitaron versos del Códice hasta que escucharon el primer crujido. Justo después, la capa de tierra que separaba el subsuelo de la superficie se abrió.

La cueva se dejó inundar por el aire fresco y el fulgor plateado de los astros que colmaban el oscuro firmamento. Las níveas esperaban en la superficie: doce siluetas encapuchadas que descendieron la escalera en perfecta y exánime coordinación. Tras abrazar a las Hermanas y conversar unos minutos con ellas, la Celadora regresó a la superficie y, a su orden, la tierra se deslizó hasta cerrar de nuevo la entrada del santuario.

Era el momento de acercarse a las recién llegadas para apartar sus capuchas y darles la bienvenida, lo que a Noema siempre le ponía nerviosa. No porque temiera el aspecto de las níveas, que ciertamente podían ser perturbadoras con su pálida carne y sus ojos inyectados en sangre. Era la emoción. Se sentía como si estuviera a punto de recibir a una hija en el mundo: en los próximos noventa y tres días, una nueva nívea estaría a su cargo, hasta que su cuerpo purificado y privado de espíritu empezase a descomponerse. Para toda Hermana, esa era una hermosa responsabilidad.

Pero cuando apartó la capucha de la primera nívea, se llevó una mano a la boca y contuvo un grito.

—¿Qué ocurre, Hermana? —Sendra se había percatado de inmediato. Algo no iba bien.

Noema retrocedió varios pasos. No podía apartar la vista del rostro que acababa de descubrir.

—Es Zeleste —dijo.

Mánnica se aproximó con su habitual aire impaciente. Llevaba la pequeña antorcha que utilizaban todas las Hermanas de Gracia en los santuarios. Una varilla de hierro con incrustaciones de nácar luminoso en ambos extremos.

La acercó a la nívea.

Era como todas las demás. Piel rugosa y blanquecina, como un árbol calcinado y luego enterrado bajo la nieve. Cabello corto y ceniciento. Mirada ausente, bañada en rojo salvo en esas inmóviles pupilas, donde se evidenciaba la ausencia de espíritu en el cuerpo.

Sin embargo, el rostro de aquella nívea mostraba un rasgo peculiar. Una marca que daba cuenta de la identidad que tuviera antes de ser purificada: la gruesa cicatriz que nacía en la frente, atravesaba el ojo izquierdo y moría en el pómulo.

—No importa quién fuera en vida —resolvió Mánnica—. Ahora es una nívea. Lo sabes perfectamente.

—Lo sé. Pero no estaba preparada para esto. La conocí hace mucho tiempo... Ni siquiera sabía que la habían capturado.

Tras dos años desconectada del exterior, el santuario subterráneo se había convertido en el único universo de Noema. Ahora, no obstante, tenía ante sus ojos un doloroso recordatorio de la vida que había dejado afuera.

—Yo tampoco lo sabía —Mánnica contemplaba a la nívea con disgusto—. En fin, un tumor menos en Sya. Es bueno saberlo.

Noema podía imaginarlo: sin duda, el fin de la pirata más temida de la historia se habría celebrado por todo lo alto en toda Sya. Millones de espíritus en las Cinco Islas dormirían felices

esa noche.

Ella nunca volvería a dormir en paz.

La conoció más de treinta ciclos atrás, cuando aún eran adolescentes en busca de su espíritu. Cuando ese cabello no lucía el color de la ceniza, sino un radiante turquesa, y la enorme cicatriz sobre su ojo no existía. Cuando fueron amigas.

Ahora solo había una nívea. Una carcasa pálida, impasible y decadente; apenas una conciencia capaz de obedecer órdenes. Noema volvió a descender los mil quinientos peldaños mientras trataba de conciliar esa idea.

No podía.

De hecho, ni siquiera fue capaz de recitar el pasaje de bienvenida. Todas las níveas lo oían en su primera noche, y en él se detallaban las tareas de las que se encargarían en el ciclo lunar restante: atender a las necesidades del santuario, mantener el nácar iluminado en todos los pasillos y galerías, coser las túnicas pardas de las Hermanas. Hasta que, al final del ciclo, sus cuerpos empezasen a deteriorarse, momento en que las Hermanas las despedirían con una emotiva cremación.

«Eres una nívea especialmente afortunada», recitó Noema con voz temblorosa. «Te podrían haber asignado a un astillero o a un almacén, pero estás aquí, en un santuario. El lugar donde mora una de nuestras Eternas, la criatura que da origen a la Gracia, dando así vida a nuestros cultivos y permitiendo…».

No pudo continuar. Nada parecía justo en aquel momento. Conocía tan bien como cualquiera los crímenes de Zeleste; el interminable rastro de sangre que había dejado tras de sí en años de violencia y rapacería. Al mismo tiempo, era incapaz de olvidar todo lo que había compartido con ella.

Los días en que Zeleste era feliz.

—Lo siento —le dijo entre lágrimas—. Siento que todo haya acabado así.

Acababa de decírselo cuando la nívea giró el cuello y la miró directamente a los ojos.

Fue un alarido de conciencia tan inesperado, tan imposible, que Noema ni siquiera pudo gritar. Solo acertó a quedarse quieta y devolverle la mirada, boquiabierta.

Acto seguido, la nívea, o Zeleste —ya no estaba segura de qué era—, apartó sus ojos sanguíneos y regresó a su expresión ausente.

Noema decidió racionalizar ese incidente. No tenía más remedio.

Había oído que algunos cadáveres hacían movimientos espasmódicos tiempo después de

fallecer. Debía ser algo parecido. Temiendo que la tacharan de loca, y aun preguntándose de hecho si lo estaba, prefirió no contar a sus Hermanas lo sucedido aquella noche.

Pronto comprobó que solo había sido el principio.

Tras unos días de normalidad, los primeros murmullos inquietos empezaron a recorrer las tenebrosas galerías del santuario. Las demás Hermanas también habían visto… gestos, impulsos en aquella nívea que no se correspondían con los de un cuerpo purificado. Sendra le contó que una mañana, mientras barría una de las salas de meditación, la vio detenerse de pronto, alzar la cabeza y otear la distancia, como si alguien la estuviera llamando. En el comedor, la Hermana Vareu juró haberla visto mover los labios mientras colocaba mecánicamente platos y cubiertos sobre la mesa.

Al poco, y casi sin que se dieran cuenta, el nombre de Zeleste volvió a pronunciarse.

—Quizás… quizás algo en su proceso de purificación salió mal —dijo Sendra. Su tímido susurro apenas se atrevía a especular.

Mánnica silenció ese comentario como solía hacer: con una mirada severa que, dado el estrabismo que padecía, causaba que a las Hermanas les llevase un tiempo darse cuenta de a quién estaba reprendiendo exactamente.

—No he oído hablar de ninguna purificación que «salga mal» —gruñó Mánnica—. Y tampoco creo que sea momento de elaborar teorías al tuntún.

—Sepamos o no qué ocurre, hay que hacer algo —la Hermana Firella se rascaba su desproporcionada nariz, como hacía siempre que estaba nerviosa, y también cuando no lo estaba —. Cada mañana me da la sensación de que está más… despierta.

—A mí también —concordó la Hermana Vareu—. Eternas, ¿qué pasará después? ¿Y si llegara a recuperar la conciencia?

—Ya basta —Mánnica alzó la voz—. Somos Hermanas de Gracia y tenemos que comportarnos como tales. Escuchamos a la Eterna, vigilamos este santuario y preservamos la grandeza de La Ascensión. Lo que no hacemos es dejarnos llevar por el pánico.

Sus compañeras callaron. Lo cierto era que ninguna de ellas sabía en qué consistía la purificación, pero Mánnica les habría recordado que eso era menester de la Regencia. Y como siempre, la Regencia tomaría las mejores decisiones posibles para la prosperidad de la nación y la prevalencia de la doctrina científica del Eternismo. El gobierno tenía sus funciones y ellas estaban ahí para apoyarlo, no para complicar las cosas.

—Lo mejor será comunicarle esto a la Celadora —decidió Mánnica—. Ella avisará al Gabinete de Ciencia, que sin duda sabrá mejor que nosotras lo que…

Noema la interrumpió. Sabía que si el Gabinete investigaba lo sucedido sacarían de inmediato a Zeleste, o a la nívea, del santuario. Y seguramente la incinerarían antes de que causara problemas mayores.

Quería llegar al fondo de la cuestión antes de que eso ocurriera.

—No. Voy a hablar con Madre —anunció Noema.

Se hizo el silencio en la galería subterránea. Las Hermanas se miraron entre sí con preocupación.

—¿Estás segura? —le preguntó Sendra.

No lo estaba. De hecho, casi se arrepentía de haberlo sugerido. Sencillamente, no se le ocurría otra solución.



II

El santuario no se había construido con manos ni herramientas, sino con la mente. Ciento cincuenta años atrás, cuando Marinne Thadèose y sus seguidoras encontraron a la primera Eterna bajo tierra, levantaron un templo en torno a ella sirviéndose del mismo poder que la enigmática criatura les había concedido telepáticamente: la Gracia. Hundieron sus dedos en la tierra y, tras horas de meditación, esta empezó a desplazarse y serpentear hasta dar forma a las galerías y estancias en las que Noema convivía con sus Hermanas.

Cada cierto tiempo, que podían ser unos pocos ciclos o toda una década, la Eterna elegía a una nueva Madre. Una de las Hermanas se despedía de sus compañeras y descendía a lo más profundo del santuario, donde esperaba la antecámara. Allí se fusionaría con el ser vivo más poderoso de Sya para que la Gracia siguiera fluyendo en el mundo.

En los niveles inferiores, tierra y roca tenían la dureza del diamante. No había utensilio o explosivo capaz de alterar la estructura de aquellos pasillos. Noema tanteó esas paredes prodigiosas hasta alcanzar la entrada ovalada de la Arteria, el oscuro pasadizo que conducía a la antecámara de la Eterna y en el que nadie salvo la Madre podía entrar. Ni la mismísima Regenta tenía permiso para atravesarlo. El poder que había al otro lado del túnel era demasiado inmenso y delicado como para perturbarlo.

Se despojó de la túnica. Su piel desnuda se encontró con el tímido calor que escapaba del túnel. Sentándose sobre una tierra húmeda, dejó que sus manos descansaran sobre sus muslos y cerró los ojos.

Poco a poco, empezó a sentirlo. El tenue rumor del santuario se apagaba. Suelo y paredes se distanciaban de su cuerpo. Noema se sumergía en un plácido océano donde sueño y vigilia se

tendían la mano, y en el que solo era posible navegar tras años y años de práctica meditativa. En la serenidad de esas corrientes encontró la voz con la que quería comunicarse.

En eterna deuda contigo, Madre.

No movió los labios. Las palabras fluían en su interior como un rastro de tinta en el agua.

Y el agua respondió. Primero, con una grave respiración. Después con una voz débil y lastimera.

Estás inquieta. Llegaban, desde el otro lado del túnel, los susurros de Madre. La que tres ciclos antes fuera la Hermana Verònique. En pleno proceso de fusión, su cuerpo estaba dentro y fuera de la Eterna al mismo tiempo.

Todas lo estamos, respondió Noema. No sabemos qué le ocurre a la nívea que llegó hace unas noches. Necesitamos tu consejo.

El calor que emanaba la Arteria se avivó. Sumergida en su trance, Noema apenas sentía su propio cuerpo, pero percibía intensamente el cambio de temperatura. El ardor le atravesaba la piel y, ya en su interior, calcinaba una coraza tras otra hasta rasgar la verdad.

Háblame de ella, dijo Madre.

Todo lo que Noema no había compartido con sus Hermanas quedó expuesto en un instante. Madre podía leer ahora los pensamientos y recuerdos de su oyente.

Incluso los que la oyente no quería recordar.

Zeleste era un espíritu extraño.

Todos los ojos se volvían hacia ella en cuanto entraba en cualquier sala. Tal vez fuera su carácter jovial y atrevido; esa forma de erguirse y mirar a su alrededor como si la vida no fuera de su tamaño. Tal vez fueran su energía y su sentido del humor, cualidades que su propio cuerpo parecía manifestar con el vivo turquesa de su largo cabello rizado. El universo buscaba formas de observarla.

Se conocieron en el Internado de la Gracia de Pavlia Alcora. Allí acudían, cada ciclo, decenas de adolescentes que habían dado muestras de sensibilidad a la Gracia. Esas chicas se convertían en iniciadas en cuanto ponían pie en el internado, donde desarrollarían su talento hasta alcanzar el rango de Hermanas. Y después, ya obtenido ese distintivo título, dedicarían el resto de sus vidas a servir a La Ascensión. Era duro separarse de familiares y amigas, pero todas las iniciadas estaban ilusionadas con lo que les deparaba el futuro.

Todas salvo una.

Desde el primer día, Zeleste se caracterizó por tener una excelente relación con las iniciadas y una pésima con sus maestras. Aguda, espontánea y siempre dispuesta a arrancar una carcajada a sus compañeras, era también bastante imprudente. Sus ideas y ocurrencias no entendían de filtros y, a menudo, su lenguaje aristócrata y elegante se mezclaba con groserías y salidas de tono

arrabaleras. Aunque todo esto echaba atrás a algunas iniciadas, su carisma acababa derribando esas reservas iniciales. Eran las Hermanas Instructoras quienes tenían un problema con ella.

Zeleste siempre quería hacerlo todo a su manera. Y no entendía que discutir con la autoridad, o cuestionarla, no era a veces la mejor opción.

Nunca hablaba de su familia. A falta de deducciones mejores, Noema pensó que a Zeleste solo le gustaba rodearse de misterio. Debía haber viajado mucho, pues los detalles que contaba de las Cinco Islas, desde Vossen hasta Malvitta, parecían demasiado precisos como para habérselos inventado. Probablemente fuera hija de alguna oficial militar o una cónsul. Solo dos cosas estaban claras: se había criado en Sorterra, a juzgar tanto por su acento como por su prominente y curvada nariz, y le fascinaba el mundo del mar y la navegación.

Llegó a inscribirse, de hecho, en la academia naval de oficiales de Porto Rómero. Y allí estaría si no fuera por las Hermanas Indagadoras, quienes recorrían toda Sya en busca de espíritus sensibles a la Gracia.

Zeleste no dejaba de repetir que se habían equivocado con ella. Que no sentía ninguna conexión con las Eternas ni con la Gracia. Que debía estar en el mar. Las Instructoras achacaban su conducta a simple falta de madurez. «No quieres asumir tu destino como sí han hecho todas tus compañeras. Eso es egoísmo. Como el que destruyó al Hombre».

Ese conflicto marcó sus primeras semanas de aprendizaje. Aunque la meditación no era una técnica fácil de dominar, todas las iniciadas mostraron cierto progreso temprano: se concentraban, apoyaban las manos sobre la tierra y notaban unas tímidas vibraciones. La primera señal del poder que germinaba en ellas. Con el tiempo serían capaces de mover y esculpir la tierra a voluntad, y también de comunicarse mentalmente unas con otras. Algunas incluso desarrollarían capacidades únicas. La Gracia se manifestaba a veces con formas excepcionales.

No obstante, pasaron días, semanas, ciclos… y Zeleste no progresaba. La Gracia no despertaba en ella.

Las Instructoras le pidieron paciencia. También que templara su carácter contencioso, pues raro era el día en el que Zeleste no alzara una mano y dijera: «yo no creo en esto», como si hablara de una práctica religiosa en lugar de una científica, o «no estoy tan segura de que los antiguos imperios del Hombre fueran así» en clases de historia. Cuando nada funcionaba, volvía a su cantinela inicial: «yo debería estar en el mar». Con el tiempo pasó de discutir con sus Instructoras a desafiarlas abiertamente; incluso a insultarlas. Y cuando Zeleste insultaba, era puro veneno lo que salía de su boca.

Las Instructoras acabaron cansándose.

Todas habían oído hablar de las noches de enmienda. Si alguna iniciada se rebelaba, la separaban de sus compañeras de dormitorio y la encerraban en algún lugar del sótano del internado. Nadie sabía qué ocurría allí. Quienes regresaban de esa sala no parecían la misma persona.

Además de Noema, Zeleste compartía dormitorio con Valquerîe, una coreilesa extrovertida,

culta y con un cabello de ardiente rojo. Ambas intentaban animarla cuando regresaba de una noche de enmienda, hecho cada vez más habitual. Y tras cada regreso, la jovialidad y la osadía de Zeleste parecían haberse apagado un poco más.

Una mañana reapareció ante ellas después de casi dos semanas de aislamiento. Noema y Valquerîe enmudecieron al ver la enorme cicatriz que se había llevado su ojo izquierdo. En el derecho también había algo diferente; un grito de furia contenido tras su trémula pupila gris.

No respondió a las preguntas ni los intentos de ánimo de sus compañeras. Hasta que hundió el rostro en las manos y, entre lágrimas, les confesó que quería escaparse.

—No digas tonterías —le reprendió Valquerîe—. Si te escapas de un internado, te conviertes en una criminal. Será tu perdición. Además, ¿adónde piensas ir?

—Lejos de aquí —Zeleste había cerrado el único ojo con el que ahora podía ver—. Lejos de esta tierra en la que nunca podré ser yo misma.

—Pero esta tierra es la única que hay —dijo Noema—. No hay nada más allá de las Cinco Islas… bueno, y Soleterno. Pero en el Lejano Continente nadie sobrevive mucho tiempo.

—Te equivocas, Noema —de repente sonreía, sumida en una agridulce nostalgia—. Hay otro mundo. Uno que no juzga, ni sabe qué es lo mejor o peor para ti, ni le importa. Lo echo de menos.

Hablaba, por supuesto, del mar.

Tras su párpado cerrado veía el mecer de las olas; suaves unas veces, furiosas otras. Una brisa fresca, salina, acariciándole el cabello. Los arenques dorados de Vossen y las medusas bioluminiscentes de Note-Coreil. Un mundo que la mujer aún no había hecho suyo, pues había muchos misterios esperando más allá de lo que mapas y cartas de navegación mostraban.

—Estarás sola —dijo Valquerîe—. ¿Por qué querrías eso? Todas las iniciadas hemos tenido que renunciar a algún sueño, pero a cambio preservaremos el equilibrio de La Ascensión. Si no cuidamos nuestra patria, si descuidamos nuestras doctrinas, cometeremos de nuevo los errores del Hombre. ¿Es eso lo que quieres?

—No todo está en lo que nos enseñan —respondió Zeleste.

Sonrió al ver que sus compañeras no la entendían. Esa noche, cuando iniciadas e instructoras estuvieran dormidas, les mostraría exactamente lo que quería decir.

Las despertó pasada la medianoche. Saliendo sigilosamente del dormitorio, caminaron de puntillas a través de pasillos y escaleras hasta llegar a la entrada.

El portón estaba cerrado y Zeleste no tenía intención de abrirlo: aupándose a una estantería, trepó por el muro de piedra hasta alcanzar un ventanal a unos trece pies del suelo. La vieron abrir el pestillo, deslizar su cuerpo hasta el otro lado y, de pronto, desaparecer de su vista con un salto.

—Esta se ha vuelto loca —se desesperó Valquerîe—. ¿Qué abismos hace?

—Más vale que la sigamos antes de que se meta en problemas —Noema empezó a trepar la pared.

Cuando cayó sobre los tupidos arbustos, Noema se convirtió en un animal que pisaba la hierba por primera vez. La pertinaz brisa que la recibió en el exterior le erizó la piel, arrancándole una sonrisa que ni ella misma comprendió del todo. Ese vértigo que sentía, la forma en que su corazón latía a toda prisa, la posibilidad de ser castigada con una noche de enmienda… todos sus miedos quedaron ahogados por una voz estimulante, seductora, que nacía de la misma conciencia de estar quebrantando las normas.

Y había algo más. Una energía que procedía de su amiga.

Tras danzar sobre la hierba del prado, los pies desnudos de Zeleste se echaron a la carrera hasta subir a una pequeña colina junto al internado. Allí, en la cima del promontorio, Noema la vio extendiendo los brazos en libertad mientras el creciente viento columpiaba sus rizos turquesa.

Zeleste bajó entonces los brazos.

En el mismo instante en que lo hizo, el viento murió.

Fue tan repentino que Noema creyó que el mundo se había saltado un latido. Hasta que Zeleste alzó suavemente las manos de nuevo. La brisa volvió a fluir a través de sus finos dedos conforme lo hacía. Aterrada, Valquerîe retrocedió al comprenderlo: la corriente crecía y menguaba al ritmo en que su amiga movía los brazos.

Y cuando esos brazos se extendieron hasta apuntar al cielo, un ciclón insospechado pareció brotar en la colina. Envolviendo a una extasiada Zeleste con complicidad etérea. Levantando sus pies varias pulgadas del suelo.

El Viento la obedecía.

Un lamento en la penumbra interrumpió el recuerdo. La mención del Viento le había arrancado a Madre un dolor que Noema sintió como si surgiera de su propio cuerpo.

Amabas a esa chica.

Pensó en negarlo, pero el calor de Madre ya estaba en lo más profundo de su mente. Sí, sentía algo especial por Zeleste. Una mezcla de cariño, afinidad y compasión. En última instancia, eso debía ser amor.

Sabes lo nefasto que es el Viento, le recordó Madre. *Otra más de las muchas marcas de la corrupción del Hombre.*

Lo sabía. En la escuela, antes de ser iniciada, había aprendido mucho sobre la tiranía que todos los imperios previos a La Ascensión habían ejercido. Por eso se había erradicado el poder del Viento: para templar la naturaleza del Hombre, frágil y fácilmente corrompible. Nunca había oído hablar de una mujer que poseyera ese poder, y verlo con sus propios ojos había sido perturbador.

Sin embargo, también le había hecho comprender a su amiga. Aquella noche, en lo alto de la colina, vio a un espíritu liberado de su habitáculo de carne. Vio a Zeleste tal como era, no como el Códice exigía que fuera.

Valquerîe no vio lo mismo. Fue ella quien contó a las Instructoras lo ocurrido.

Noema soportó trece noches consecutivas de enmienda.

Lo único que recordaba de ellas era la llama. Un fuego cegador que no desaparecía aunque cerrara los ojos, y que dolía como un ácido crepitando en el nervio óptico. Oyó voces atronadoras que componían un confuso interrogatorio. Luego, más fuego y más dolor.

Esas trece noches enterraron todo cuanto había sentido por Zeleste. Extirparon su amor hasta borrarlo de la memoria. Lo único que quedó fue la fría certeza de que su amiga era un error de la naturaleza, una mala raíz a la que había que arrancar de inmediato. Jamás volvería a verla.

Cuando regresó al internado tras su castigo, Zeleste ya no estaba allí. La Ascensión se la había llevado a otra parte. Las Instructoras prohibieron a las iniciadas mencionar su nombre. No obstante, se siguió hablando de Zeleste a escondidas, y en esas charlas clandestinas germinó el rumor de que se había escapado.

En los doce años que siguieron, Zeleste regresó de vez en cuando en sueños y pensamientos fortuitos. Sin embargo, el agónico recuerdo de las noches de enmienda también regresaba entonces y su amiga se esfumaba de su mente.

Hasta que apartó aquella capucha en la entrada del santuario. Y como un hechizo caduco o una neblina que se desvanece, el velo que ocultaba sus verdaderos sentimientos cayó.

Valquerîe hizo lo que debía hacerse. Igual que harás tú aunque la tentación trate de impedírtelo.

Sí, Madre.

Recuerda. No son nuestras flaquezas las que nos definen, sino nuestras decisiones.

Por supuesto, Madre.

Tú eres el mejor ejemplo de esto. Cometiste algunos errores, pero al final cumpliste con tu responsabilidad. La Gracia seguirá usándose para el bien de todas gracias a mujeres como tú.

Creo que estás lista para ocupar mi lugar.

Para ser la nueva Madre.

Sintió pánico al escucharlo, pero Madre la relajó con su ardiente abrazo. A fin de cuentas, era lo mismo que muchas mujeres sentían al saber que estaban embarazadas: unos latidos de miedo inicial que se desvanecían con la certeza de que la vida sería hermosa en adelante.

Pronto llegaría el momento. Sin embargo, antes de fusionarse con la Eterna y sacrificar su cuerpo para que la Gracia siguiera fluyendo, debía hacer algo importante.

Esa nívea está despertando, dijo Madre. *No puedes esperar a que la Celadora se ocupe de*

ello. Debes ser tú quien ponga fin a esa enfermedad antes de que sea tarde.

Sé que lo harás. Serás fuerte.

Estaremos todas en eterna deuda contigo.

—No te muevas.

Había pedido a sus Hermanas que no la acompañaran a la galería de cremación. Debía afrontar aquel momento en soledad.

Al fondo de la sala, frente a la lisa pared de tierra, el suelo formaba una pequeña concavidad. Allí yacía la nívea, tumbada en el centro del hoyo. Seguía mirando al elevado techo del santuario con sus vacíos ojos sanguíneos mientras Noema vertía el aceite sobre ella.

Era el mismo ritual que las Hermanas de Gracia realizaban en los últimos días de cada ciclo lunar. Segregados de su espíritu, los cuerpos de las níveas empezaban a atrofiarse a las pocas semanas. Acababan siendo inservibles y, cumplido su propósito, ardían.

Noema nunca había incinerado a una nívea que diera muestras de estar despertando.

El fósforo tembló entre sus dedos cuando lo acercó al madero que le serviría como antorcha. Renunció a recitar el discurso de despedida: esas palabras habían dejado de tener sentido tiempo atrás. Solo la fortaleza que le había infundido Madre le permitió continuar.

La llama se impuso a la oscuridad. Noema alzó el madero prendido y se acercó al hoyo. La nívea, tendida boca arriba, esperaba.

Por última vez, la Hermana cerró los ojos y recordó los días en que aquel cuerpo aún tenía espíritu y nombre. Las níveas no sentían dolor ni emoción, así que sería como un dócil sueño del que no queda recuerdo alguno. Todo acabaría pronto. Se asomó al borde del hoyo y extendió el brazo, lista para soltar la antorcha. Un latido antes de hacerlo miró abajo.

Se detuvo.

Entre el cabello ceniciento de la nívea se percibía un brillo.

Pensó al principio que podía ser el fragmento de algún mineral enredado en su pelo, una esquirla reluciendo bajo la lumbre de su antorcha. Cuando se fijó en el color de aquel reflejo, Noema solo pudo apartarse del hoyo y esbozar una mueca de espanto.

Un mechón turquesa asomaba en el cabello de la nívea.

Lloró durante largos minutos antes de poder aceptarlo: Zeleste, purificada o no, estaba viva. O empezaba a estarlo de nuevo. Ni siquiera Madre había podido explicar cómo o por qué. En cambio, supo de inmediato que, si prendía el charco de aceite, algo más que un cuerpo vacío ardería esa noche.

Dejó la antorcha junto a la pared y le ordenó a la nívea que se incorporara. Observó aquel cuerpo torpe y rugoso mientras se ponía en pie: el lustre del aceite iluminaba su piel blanquecina.

—Zeleste. ¿Me oyes? —se puso de puntillas para hablarle al oído.

No respondía. Noema oyó el lento y grave resuello que escapaba de sus labios. La respiración mecánica de todas las níveas.

—Sé que estás ahí.

Nada. El rojo muerto de sus ojos seguía anclado en la nada. Con todo, creyó oír un sonido distinto en su resuello. Estaba segura de que su respiración se había agitado un poco.

—No sé qué te han hecho. Nunca nos explicaron en qué consiste el proceso de purificación. Pero creo que ni siquiera La Ascensión tendría respuesta para esto. Por eso quiero que sigas viviendo. Que vuelvas a ese mar en el que solo tú puedes decidir tu propio destino. Aprovecha esta oportunidad, Zeleste, y sé feliz. Yo lo he sido gracias a ti.

Y sin pensar en el sentido de lo que estaba haciendo, la besó. Por un instante, pensó que sería maravilloso si, al apartarse de los fríos y marmóreos labios de la nívea, todo hubiera resultado ser un sueño y ambas siguieran en el internado de Pavlia Alcora.

Evidentemente, eso no ocurrió.

Tenía un plan para sacar a Zeleste del santuario. Era arriesgado y ni siquiera sabía si funcionaría. Había ahora, en cualquier caso, un calor distinto en su interior; un fuego más ardiente que la propia voz de Madre. Por primera vez en su vida, Noema no se arrepentía de haber traicionado a su nación.

Antes bien lo contrario.

Se sentía extrañamente en calma.



III

No te preguntes si puedes o debes hacerlo.
Pregúntate: ¿qué sucedería si no lo hiciese?
¿Cuál es el precio de mi silencio?

—REGENTA VERONIA DICOMO, *El Códice* (Iluminaciones)

PECHVARRY, MALVITTA

No estaba segura de haber llegado al lugar correcto. Conocía Malvitta lo suficiente como para saber que los caseríos marcados por la miseria y el abandono eran prácticamente una seña de identidad de la isla. No obstante, antes de bajar de la carroza, Elbert tuvo que confirmárselo: lo que tenía ante ella era Pechvarry, o al menos sus vestigios. Quizás ese desolado paisaje escondía algo, o quizás había llegado demasiado tarde.

La pequeña laguna de la que le habían hablado estaba allí, a su derecha. Una silenciosa e indiferente bienvenida aguardaba entre las ralas casuchas de piedra que atisbó entre los árboles. Notó que el suelo estaba blando y, al mirarlo, comprendió que la noche anterior había llovido en el lugar, y también que quizá podría haber elegido mejor calzado que sus chinelones blancos. En

última instancia, lo que Helga pensó en ese momento, en la palpable soledad de un lugar sin movimiento, ni sonido, ni vida aparente, fue que tal vez no debería haber venido.

Siguió la orilla de la laguna, caminando junto a una hilera de olmos sin color. Acababa de divisar un pequeño claro en el boscaje cuando oyó el primer crujido.

Los sonidos la guiaron hasta una pequeña casa rectangular de piedra. Allí, junto a la desvencijada puerta, dos clavos daban muestra del letrero que hubo algún día y que nadie había vuelto a colocar.

—Eh, gilipollas.

Helga se sobresaltó. La voz había sonado apenas un instante antes de que ese profundo tufo a tabaco llegara a su nariz. Frente a la casucha, entre el fangoso suelo, divisó varios bancos de madera dispuestos en semicírculo. La mujer que estaba sentada en uno de ellos le daba la espalda.

—No se quede ahí, coño. Ha hecho usted un viaje muy largo para ponerse ahora a hacer de estatua.

Se lo había dicho sin darse la vuelta. Helga se acercó a ella despacio.

—¿Eres Vivianne?

—Estará usted sola —la desconocida ignoró su pregunta—. No nos importa la compañía, pero hay que respetar las normas de la casa.

—He venido en carroza desde Londayn. El cochero es de confianza.

—Aquí «de confianza» no significa una mierda, concejala.

Helga la observó. La renegrida pipa de la que chupaba parecía haberse usado durante décadas. De hecho, toda su ropa, desde las deshilachadas botas marrones hasta la camisa, llena de jirones y oscuras manchas de mugre —confiaba en que solo fuera mugre—, tenía el mismo aspecto. Por el desbarajuste de su cabello, entre castaño y rubio oscuro, se diría que jamás había aprendido a peinarse. Y bajo ese anárquico revoltijo de mechones, sus lánguidos ojos no le devolvían la mirada, sino que parecían absortos en la periferia.

—No tenía otra forma de llegar —se excusó Helga—. ¿Puedo hablar con Vivianne, sí o no?

Sin apartar la pipa de sus labios, la harapienta mujer se levantó pesadamente del banco y se acercó a la destartalada construcción de piedra.

Cuando empujó la puerta, la madera respondió con un arcaico gruñido. Volvió a empujarla con más fuerza, haciendo que alguna que otra araña perdiera su hogar. El tercer golpe arrancó la puerta de sus oxidados goznes y la derribó. Lejos de lamentar el destrozo causado, la mujer se encogió de hombros y, aún con la pipa en la boca, murmuró:

—Bah.

Y, sin mirarla, le hizo señas a Helga para que entrara.

La casa constaba de una única estancia. El suelo cubierto de paja, la chimenea en ruinas y las polvorientas sillas volcadas atestiguaban el tiempo transcurrido desde que alguien viviera allí. No obstante, Helga creyó oír ruidos bajo sus pies. Rumores de conversaciones, tintineos, algún

que otro escupitajo.

La mujer de ojos lánguidos apartó un montón de paja junto a la chimenea, revelando una trampilla. La abrió sin agacharse, doblando las rodillas en lugar de la espalda. Lo segundo parecía suponer más esfuerzo del que estaba dispuesta a hacer.

Lo que Helga encontró al descender la escalera redefinió por completo el concepto que tenía de «la taberna más inmunda de toda Sya». Moho y sudor formaba una densa capa que, más que enrarecer el aire del lugar, lo colonizaba. Vio una barra y varias barricas junto a la pared, si bien nadie parecía estar a cargo del lugar y las parroquianas se servían cuando y cuanto quisieran.

No más de tres lamparitas de nácar azul iluminaban la estancia. Entre los amplios intervalos de luz y oscuridad, Helga distinguió varias cabezas que se giraban para mirarla con desconfianza. Las que no lo hicieron estaban demasiado concentradas en el fondo de sus jarras de barro. Por lo que sabía, solo dos clases de espíritus moraban en Pechvarry: los que huían de la justicia y los que huían de sí mismos.

—No te pierdas, concejala.

La voz había sonado a su izquierda. Al girarse se encontró con otra pipa que emergía de la penumbra. Y un dedo que le indicaba en qué silla debía sentarse.

Helga obedeció. Sobre la mesa, o más bien el ancho tonel que hacía las veces de esta, vio una bolsita de tabaco, una jarra vacía y cinco dados amarillentos. Cuando miró al frente, pudo vislumbrar unos dedos que encendían un fósforo en la penumbra y lo acercaban a la cazoleta de la pipa. Las secas hebras de tabaco crepitaron con una pesada incandescencia y, unas pulgadas más arriba, Helga se topó con dos brillantes esmeraldas que le devolvían la mirada. El intenso verde de unos ojos que, pese a su fulgor, encerraban también algo más oscuro que la misma penumbra del sótano.

—No es fácil dar contigo, Vivianne —dijo Helga.

—Eso espero —contestaron las esmeraldas—. ¿Cómo van las cosas ahí fuera? Dime, ¿ha conseguido Malvitta ya su independencia?

La ronca carcajada de Vivianne, mezclada con el humo que escapaba de su boca, se deshizo en una serie de tosidos. A su derecha, la mujer holgazana que la había recibido arriba se unió a la mesa arrastrando un taburete. Más que sentarse, se dejó caer en él.

—Ya has conocido a Tostón, la alegre del grupo —se mofó Vivianne—. Escucha, no estás en la alcaldía, así que me harías un favor yendo al grano.

—Por supuesto. ¿Y tu tripulación?

Vivianne señaló hacia su derecha con el pulgar. En otra mesa, a pocos pies de distancia, cuatro rostros desaliñados escrutaban a Helga. Una de las piratas en concreto le arrancó un inmediato escalofrío. Aquellos ojos enfermos, con un fondo ambarino sin rastro de blanco, la

observaban con avidez. O con hambre.

Helga tragó saliva.

—¿Eso es todo lo que queda del *Ira Flavia?*

—Todo lo que queda del Pacto del Piélago, concejala —precisó Vivianne—. La Regenta quería un mar limpio de piratas y, joder, si lo ha limpiado.

—No es… lo que esperaba —en la voz de Helga había más miedo que decepción.

—Ya. Pues tendrás que ajustar tus esperanzas —Vivianne volvió a sorber de su pipa—. Llevamos aquí semanas y no contamos con que la situación vaya a cambiar. A no ser que nos traigas un milagro.

«Milagro, sí» dijo Tostón, o al menos eso fue lo que Helga rescató de aquel contundente, fabuloso bostezo.

—Tenemos que seguir ayudándonos, Vivianne —imploró—. Sobre todo ahora. Alguien ha empezado a colaborar con nosotras. Alguien poderoso y muy cercano a la Regenta. El futuro de esta nación, y también la situación en que os encontráis, podrían cambiar drásticamente si confiáis en mí. Zeleste lo hizo y nunca tuvimos ningún problema.

—Zeleste ya no está aquí —la voz de Vivianne se enfrió—. Y no suelo confiar en gente como tú.

Helga solo tenía que mirarse a sí misma para entender esa desconfianza. Era la tersura de sus manos, su cabello limpio, su vestido sin manchas ni arrugas. Procedían de mundos opuestos. Helga tenía, como habría dicho cualquier marinera, piel de secano. Y las muñecas delicadas de quienes nunca han dependido de su esfuerzo físico para sobrevivir.

—Te seré sincera, concejala —prosiguió Vivianne—. Si estamos hablando contigo, en vez de mandándote de vuelta a Londayn de una patada en el culo, es porque Zeleste siempre habló bien de ti. Coño, casi tengo ganas de decirte que me caes bien. En Malvitta, mucha gente se juega el pellejo luchando contra La Ascensión y, si no fuera por ti y unas pocas más, ya las habrían decapitado, o purificado, o lo que se le ocurra a la Regenta. No me importaría seguir ayudándote, pero como ves, nuestra situación ha cambiado. Mucho. Y claro está que no vas a conseguirnos un ejército y traerlo en carroza.

—Podría conseguiros algo mejor. Si tenéis paciencia.

—Justo lo que no tenemos ni nos podemos permitir —las esmeraldas se pusieron en blanco —. Qué lástima.

—Bah —dijo Tostón.

En la mesa cercana, las piratas trataban de ignorar el ebrio alboroto del sótano y escuchar la conversación. Bajo el hambre perpetua de sus ojos ambarinos, Sounya se rascaba insistentemente los brazos. Habían sido muchos años lidiando con el Ansia, pero nunca había pasado tantas

semanas sin llevarse sangre a la boca.

—P-p-para mí q-que esto acaba igual que empieza —Sounya se balanceaba adelante y atrás como una lunática—. Nada de nada de nada.

Sentada a su izquierda, Mara resoplaba con frustración. Tenía unos ojos castaños, inquietos y, en contraste con su diminuto cuerpo, enormes. Una oxidada moneda de un astro saltó ágilmente entre sus dedos hasta que se cansó de juguetear con ella.

—*Chouête*, estamos encallás —Mara alzó su jarra y brindó con el aire—. Grasias, Vivianne. Eres una negosiadora de armas tomá.

En el lado opuesto de la mesa, envuelta en una oscura túnica, estaba Nëufan. La antigua cirujana del *Ira Flavia* era la única que mostraba un aspecto más o menos presentable dentro del desastroso grupo que la acompañaba. Oriunda de Vossen, igual que Helga, era fácil distinguir sus orígenes comunes en el profundo negro de sus cabellos lisos. También en la atenta y circunspecta mirada de la cirujana, tras la cual había una mente que nunca se relajaba del todo.

—Tiene que escucharla —murmuró Nëufan—. Si no llegan a algún acuerdo, se acabó para nosotras.

—¡O interviene usted, o lo hago y-yo! —Sounya se olvidó de hablar en voz baja—. ¡Yo no aguanto otra semana en este p-p-puto antro!

La cirujana le hizo el enésimo gesto de la noche para que bajara la voz. Sin embargo, por irritante que fuera la nula discreción de su compañera, Nëufan le daba la razón. Tenían que salir de Pechvarry, ¿pero adónde irían? La campaña marítima ordenada por la Regenta había acabado con todos los puestos que las piratas utilizaban como refugio. Había sido una purga en toda regla, apostillada con la batalla que envió al *Ira Flavia* y todos sus barcos escolta al fondo del mar. A todos menos uno.

Otras filibusteras independientes, como Ursola Moran o Martha Carnell, no habían dado señales de vida. Lo que quedaba del Pacto del Piélago estaba ahora repartido entre dos mesas.

—Londayn es el puerto más concurrido de esta isla —Nëufan se rascó el mentón—. Al menos lo fue una vez. Si esa mujer trabaja en la alcaldía, seguro que puede mover algunos hilos.

—¡O podemos obligarla a q-q-que los mueva! —sugirió Sounya.

—No. Eso es lo que haría Vivianne. Si queremos sacar algo de esta situación, vamos a tener que actuar con… sutileza.

Mara hizo un gesto de dolor y se llevó una mano al vientre.

—Sutilesa, mi coño, sirujana. Palabras d’esas me irritan el páncreas, mil veses se lo he dicho ya.

—Vivianne, no puedo conjurar una flota de la nada —insistía Helga—. Solo os pido unas pocas semanas más.

Los ojos glaucos de Vivianne la contemplaron con aburrimiento.

—No me apetece esperar a que te crezcan agallas, Helga. Ya nos buscaremos un barco por nuestra cuenta; quizá en tu ciudad, que para eso tiene un puerto bien grande… Y desprotegido, si lo que oigo de la plaga es verdad.

La delegada guardó silencio por unos latidos. No pudo evitar que le temblara un tanto la voz:

—¿Debo entender eso como una amenaza?

—Monina, no me preguntes lo que debes hacer. ¿Crees que yo te lo voy a preguntar a ti?

Para Helga, la risita ronca de Vivianne era el sonido propio de la derrota. Desde que empezara a colaborar clandestinamente con las segregacionistas de Malvitta, ese sonido se había repetido demasiadas veces como para seguir sintiéndose optimista. Había salvado vidas, sí. A una por cada mil que no había conseguido salvar. Empezaba a tener la sensación de que su esfuerzo no valía la pena.

Además, Vivianne estaba en lo cierto. Eran piratas; no tenían por qué confiar en ella ni pedir permiso a nadie. Helga había jugado con fuego al asociarse con ellas cinco años atrás. Zeleste solo colaboraba porque obtenía ciertos beneficios a cambio. Beneficios que no estaba en condiciones de ofrecer en aquel momento.

O tal vez sí. Tal vez…

—Si eso es todo, concejala... —Vivianne apuró la jarra de maltámbar y se levantó—. Gracias por la visita. No te lo tomes a mal, pero no vuelvas a contactar nunca más con nosotras o, en fin, te destripamos y tal.

Se disponía a irse cuando una voz la detuvo. En la otra mesa, una de las piratas había brincado de la silla y se acercaba a ella con los brazos en alto, pidiendo calma.

—¡Eh, eh, un momento! No tiene por qué acabar así esto, ¿verdad? —la interviniente carraspeó y miró a Helga—. No queremos que nadie se vaya de vacío, ¿verdad que no? Eh, discúlpeme, concejala, yo...

Se aproximó a la mesa y, tras morderse el labio inferior, le pidió a Tostón permiso para intercambiar sitio con ella. En respuesta, Tostón se encogió de hombros, refunfuñó y, cuando creyó conveniente, se levantó para cederle asiento.

—Helga, ¿verdad? —la joven se presentó llevándose una mano al corazón—. Ayreen. Soy… bueno, no soy quien está al mando, pero...

Sus ojos echaron un rápido vistazo a la derecha, donde Vivianne, que había vuelto a sentarse, la despellejaba con la mirada.

—…pero estoy segura de que podemos encontrar una mejor solución para las dos —rio torpemente—. Dime, Helga, si puedo tutearte… ¿llevas mucho de concejala en Londayn?

—No soy concejala, soy delegada de comercio marítimo. Zeleste me conoció de concejala y, en fin, supongo que en eso me he quedado para vosotras. Estaré a punto de cumplir ocho años en la alcaldía, ¿por qué?

—Bueno, es curioso —indagó Ayreen—. Trabajas para el gobierno de La Ascensión y

conspiras contra él al mismo tiempo. ¿Cómo se las arregla una para hacer eso durante ocho años?

—Tres —le corrigió Helga—. No siempre he colaborado con las rebeldes. Ni siquiera soy de aquí. Vivía en Vossen hasta que me trasladaron a Londayn. Cuando vi lo que mi gobierno ha hecho con esta isla, entendí a las segregacionistas. La Ascensión no quiere acabar con la desobediencia; quiere acabar con la identidad de Malvitta. He visto a gente morir solo por negarse a abandonar sus tradiciones. Cosas que van mucho más allá de «contener la disensión», como dice la Regenta. Y soy precavida. Muy precavida. Creo que eso contesta a tu pregunta.

Ayreen asintió mientras entornaba los ojos. En otro rostro, como el de Vivianne, esa misma expresión gritaría «no te creo del todo». No obstante, aquella joven de mirada cándida solo parecía estar intentando prestar toda su atención.

Helga se sintió confundida. ¿Era otra pirata? Parecía demasiado apacible, incluso demasiado tímida para serlo. Su ropa estaba tan sucia y deshilachada como la de las demás, salvo por el elegante pañuelo carmesí que llevaba en torno al cuello. Con esa voz sosegada y una oscura cola de caballo atada con una cuerda marinera, Helga casi la habría tomado por una artista de medio pelo. Como las que estudiaban en el Liceo de Londayn junto a su sobrina Kristine.

Más llamativo aún había sido el gesto con el que se había presentado. Llevarse la mano al corazón era muy propio de las Hermanas de Gracia.

—Verás, había pensado en algo —Ayreen sonreía con nervios—. Es normal que no quieras mancharte las manos, pero quizá solo tengas que usarlas para abrirnos algunas puertas. ¿Me entiendes?

—Te entiendo —dijo Helga sin estar segura de ello—. Queréis que… os abra la puerta de… —se rindió—. No, no te entiendo.

—Que nos ayudes a robar un barco —dijo Vivianne— Igual es que en política no se habla así, Ayreen.

Brotaron algunas carcajadas en el resto de las mesas.

—No un barco cualquiera —la tímida Ayreen carraspeó—. Debería contar con un mínimo de provisiones y, en fin, diez o doce cañones serían un buen principio. ¿Lo ves posible?

Helga notó que se le humedecían las manos. Tenía cierto plan en mente, aunque de ningún modo podía recurrir a eso. Era un suicidio. Sin embargo, Vivianne y Ayreen parecían haberse percatado ya de que su prolongado silencio escondía algo.

«La historia nunca recuerda a mujeres indecisas». Nunca tuvo mejor profesora que su madre.

—Quizá sí —cerró los ojos. Ya no había vuelta atrás—. Hace unos días nos llegó una misiva urgente. La envió el almirantazgo de la Marina, pero llevaba también el sello de la Regencia. Tenemos órdenes de hacer hueco en los astilleros para un barco que llega mañana. Una corbeta de dieciocho cañones.

Eso último despertó un resplandor en los ojos verdes de Vivianne, si bien el brillo pronto se volvió escéptico.

—¿Qué le ha pasado a esa corbeta para que la Regencia le tenga tanto cariño? —preguntó.

«De dónde narices sale, mejor dicho», pensó Nëufan. La cirujana no perdía detalle de la conversación, atenta desde su mesa. «Si pretenden repararla en Malvitta, esa corbeta navegaba muy lejos de la capital».

—En la carta había muchos detalles curiosamente omitidos, eso está claro —explicó Helga —. Solo sé que esa corbeta no estará mucho tiempo en los astilleros. La misiva mencionaba que debíamos mantener su plaza para que… —trató de recordar las palabras exactas—. «Las tareas de reparación y aprovisionamiento de la nave se cumplimenten con la máxima presteza posible». Quieren ponerla a punto enseguida, lo que significa que pronto llegará una nueva tripulación. Y llegado ese momento, no sé si podré ayudaros.

Las piratas se tomaron un tiempo para asimilar lo que oían. La cándida Ayreen lanzó una mirada esperanzada a su líder, pero Vivianne seguía con aire dudoso.

—Y la tripulación anterior, ¿qué?

—Quizá desertaron —sugirió Helga.

—Ocho mierdas —desdeñó Vivianne con un aspaviento—. Nadie que se aliste en la Marina es tan lista como para luego desertar.

—¿Hay mucha vigilancia en los astilleros? —preguntó Ayreen.

Helga negó con la cabeza. Tanto las gendarmes como las infantas estaban demasiado ocupadas en las calles. No solo por las rebeldes, sino también por culpa del helminto. El condenado gusano había paralizado la vida en barrios enteros, sobre todo en zonas pobres. La Ascensión no parecía tener respuesta para una adicción que ya estaba más que descontrolada.

— Además —añadió la delegada con un pobre intento de sonrisa pérfida—, ¿quién se atrevería a robar un barco en las mismas narices de la Marina Ascendente?

Se oyeron cuchicheos en la otra mesa.

Cuchicheos en los que se palpaba la suspicacia, pero también la codicia. Las piratas no podían negar que era una invitación de lo más apetecible.

—Ayreen al rescate… Lo que hay que vé —Mara se inclinó para hablar en voz baja—. Yo lo intentaría, ¿tenemos algo que perdé?

—¡¡T-todo, y eso es lo m-mejor!! —Sounya, en cambio, era incapaz de bajarla. El sucio ámbar fulguraba en sus ojos—. Éxito o muerte. Me encantan los p-p-planes que me lo ponen así de fácil.

—Partimos del principio de que llegaremos vivas a Londayn, claro —la cirujana, cautelosa como siempre, alzaba una ceja—. Y de que una corbeta se puede operar con seis mujeres. Creía que buscábamos una solución, no un suicidio.

—Pfá, como si no p-pudieran ser las dos cosas a la vez —rezongó Sounya—. Aire en la f-frente y sangre en las venas, doctora: una vida, j-joder. ¡Eso es lo que buscamos!

—Y más maltámbar —Tostón dejó caer su mugrienta jarra vacía sobre la mesa—. ¿Alguien va a pasar por las barricas? Yo es que ya tengo cogida la postura y eso.

—Ahora vendrá la parte en la que nos explicas qué esperas a cambio —dijo Vivianne a la delegada.

—El mismo trato que tenía con Zeleste. Si mantenéis a la Marina alejada de nuestras costas, las rebeldes podrán volver a mover su mercancía. Y yo podré seguir ayudando a muchas familias.

—Ah, conque eso es lo que haces ahora —la pirata sonrió—. Ayudar a familias.

—Sí. A huir de Malvitta y empezar una nueva vida en otra isla. Si conseguís llegar a Londayn en menos de una semana, esa corbeta será vuestra. Haré lo posible por conseguiros una tripulación mientras tanto. ¿Trato hecho?

Helga extendió un brazo: su pulcra mano asomó bajo la manga de su chaquetilla azul. Vivianne no la estrechó.

—Nos lo pensaremos. Vuelve a tu alcaldía; ya recibirás noticias nuestras.

—Vivianne, no tenéis mucho tiempo. Si no partís esta misma noche…

—Gracias por la visita.

El tono de la pirata había cambiado. Y su mirada decía claramente que no estaba dispuesta a discutir. No obstante, Ayreen intervino con timidez:

—Eh… ¿No nos olvidamos de lo más importante?

—No, no creo —Vivianne sonaba cada vez más impaciente—. Sí estaría bien que te olvidaras de pensar tanto. Vámonos.

—Vivianne —gruñó Nëufan desde su mesa.

La escueta reprimenda de la cirujana apagó algo en las torvas esmeraldas. Vivianne resopló y, tras unos latidos en los que pareció contar hasta tres en silencio, miró a sus compañeras.

—Como queráis —su atención regresó a Helga—. Ven con nosotras, concej… delegada, o lo que seas, y prepárate. Dudo mucho que estés lista para esto.

El sol empezaba a caer. Los primeros tonos verdosos teñían el firmamento conforme Celera asomaba por el horizonte. Adentrándose en el bosque, las sucias botas de las piratas arrancaban crujidos en la hojarasca. Helga, quien las seguía de cerca, cayó de pronto en la cuenta: no era la primera vez que tenía ese mal presentimiento. Había imaginado en varias ocasiones que, si algo le ocurriera al *Ira Flavia*, como de hecho era el caso, las piratas podrían sospechar de ella. Pocas personas conocían los movimientos habituales del antiguo navío de Zeleste.

Sus chinelones blancos volvieron a pisar el fango, aunque ya ni siquiera recordaba que los llevaba puestos. La voz que gritaba «corre antes de que sea tarde» empezaba a adueñarse de ella. Una segunda voz, menos convincente, le pedía calma. A fin de cuentas, si las piratas hubieran querido matarla ya lo habrían hecho.

O no. Tal vez solo habían accedido a reunirse con ella para averiguar qué sabía. Su pulso se aceleró cuando vio que las piratas la guiaban hacia las afueras del villorrio. El tiempo empezaba a dilatarse. Cada pequeño claro entre los árboles estremecía a Helga con la idea de que ahí podía estar su tumba.

Sin embargo, las piratas apenas parecían pendientes de ella. Siguieron caminando hasta llegar a un pequeño cobertizo medio oculto entre matorrales.

—¿Dónde estamos? —Helga ya no podía contenerse.

—No te hemos dicho toda la verdad —resignada, Vivianne se detuvo ante la entrada del cobertizo—. De hecho, creo que sería mejor para ti que no vieras esto. Pero ella nos lo pidió.

—¿Ella?

La pirata abrió la puerta.

Cuando se adentró en el reducido espacio interior del cobertizo, Helga vislumbró el resplandor azulón de una antorcha de nácar. En el suelo yacía un burdo rectángulo de paja a modo de colchón. El cuerpo que vio tumbado en él, cubierto por varias pieles sucias, la hizo detenerse de inmediato. Se acababa de quedar sin aliento.

Era una nívea. Al menos eso se diría por la palidez de su piel. Pero vio entonces la gruesa cicatriz en el ojo izquierdo. Y también el color que se barruntaba entre aquellos rizos grises como la ceniza. Una firma que en toda Sya se hubiera reconocido al instante.

Un inolvidable, imposible turquesa.

«Eternas», susurró Helga. Lo repitió varias veces, incapaz de creer y menos aún comprender lo que estaba viendo.

Se dio la vuelta.

—¿Está…?

—¿Viva? —dijo Vivianne—. Créeme, no eres la única que se lo ha preguntado.



La flota enemiga colmaba el horizonte. El mar apenas tenía espacio para acoger esa siniestra, interminable formación de fragatas y navíos de línea. Dos millares de cañones que pronto acabarían con todo.

Zeleste miró a popa, donde aguardaba la rocosa costa de Groschiatta. En cuestión de minutos, el islote había dejado de ser un refugio para convertirse en una trampa perfecta. Los navíos escolta, más ligeros y maniobrables, tenían quizás una pequeña oportunidad para huir. El *Ira Flavia* no.

La brisa arreció hasta envolverla con un aullido ensordecedor. Alguien o algo estaba manipulando el Viento. Al fondo, tras la miríada de velas doradas que se aproximaban, una bruma empezaba a cerrarse en torno a la inminente batalla. Y Zeleste sabía, de algún modo, que esa niebla procedía de Domotta.

Observó los rostros aterrados de sus compañeras y se dio cuenta de que ya estaban muertas. Pronto despertaría de nuevo en el cobertizo de Pechvarry sin saber cómo o por qué estaba viva. La pesadilla no había hecho más que empezar.

Llegó la ira de la artillería enemiga. Bajo la lluvia de astillas y sangre, entre una multitud de gargantas liberando su último aliento, Zeleste oyó una voz que gimoteaba a sus espaldas: «Cobardes. Vamos a morir a manos de una armada de cobardes».

Trepó las jarcias hasta que sus pies se elevaron por encima del sobrejuanete de proa. Desde allí podía mirar a la muerte desde lo alto.

Tendrán que ganárselo, dijo. Y desenvainó su sable.

Bajo lívidos párpados, Zeleste se agitaba en sueños.

Su respiración se turbó cada vez más y, cuando de súbito despertó con un respingo, sus ojos dispares se revelaron: uno oscuro y sin rasgos, pues la prominente cicatriz los había borrado hacía mucho tiempo, y otro de un gris cristalino, como una piedra de luna, marcado a la vez con un malsano enrojecimiento.

Zeleste miró a su alrededor con confusión. Su ojo sano perseguía ahora imágenes que no estaban realmente ahí. Fantasmas en el umbral de la retina.

—Tranquila —Helga le acercó el cuenco de agua—. Estás a salvo.

Bebió con ansia, casi arrebatándole el recipiente de las manos. Su expresión se relajó mientras el agua bajaba por su garganta. La oscuridad pudo engañarla, pero Helga tuvo la impresión de que parte del color perdido regresaba a la piel de su amiga.

—Me recuerdas, ¿verdad?

Sobresaltada, Zeleste se giró. Parecía haberse dado cuenta de que no estaba sola en el cobertizo. En su ojo sano se reflejaba, poco a poco, la comprensión de haber despertado de una pesadilla.

Sin pronunciar palabra, se quitó de encima las pieles que la cubrían. Tras ponerse en pie y sostenerse pese a la flojedad de sus piernas, la pálida figura de Zeleste trastabilló hacia la puerta.

—Eh —acertó a decir Helga cuando ya se había quedado sola.

Dos astros se disputaban la noche. La contienda entre el verdor de Celera y el resplandor plateado de Luna alumbraba la oscura quietud del bosque, donde Helga seguía a una tambaleante silueta desvaída; algo a medio camino entre una nívea y su antigua amiga.

En pleno ciclo estival, la vegetación de Pechvarry seguía marchita y sin color. Igual que los marmóreos pies de Zeleste, que ahora despertaban crujidos en las hojas y se detenían al encontrarse con el agua. Helga la vio sentarse en una roca, desde donde contempló los plácidos resplandores de la laguna.

—¿Por qué has venido? —preguntó Zeleste sin darse la vuelta.

Su voz sonaba áspera, distante. No era como Helga la recordaba. Por un momento ni siquiera estuvo segura de que fuera su verdadera voz.

—¿Qué quieres decir?

Su nerviosa pregunta no obtuvo respuesta. Solo se oyó el suave mecer del agua y una brisa que brotaba para desaparecer al instante, como una respiración irregular.

—Zeleste, no fui yo quien os delató. Si creéis que…

—Sé que no fuiste tú —Zeleste hizo un sonido peculiar. Una risita mezclada con una tos—.

Se acabó, Helga. Ya has visto lo que queda de nosotras. Esta no es una guerra que puedas ganar.

—Quizá no, pero, ¿qué sugieres que haga? ¿Que me rinda? Vuelvo a Londayn, me desentiendo de las segregacionistas, y luego… ¿qué?

—Cásate. Forma una familia. Haz lo que hace el resto de la gente. No serás feliz ni dejarás una gran huella en la historia, pero llegarás a vieja.

—¿Y Malvitta?

—Malvitta, que cuide de sí misma.

De nuevo, Helga se vio obligada a preguntarse quién era esa mujer. La Zeleste que conocía era irreductible. Nunca la había oído decir nada semejante.

Se fijó en sus rizos, que un día caían hasta la cintura y ahora apenas rozaban aquellos hombros famélicos. Entre ellos brillaban, tímidamente bajo los astros, unas motas de color turquesa.

—Normalmente, cuando me han pedido que renuncie, me lo esperaba —dijo Helga—. De ti, no.

—Todas tenemos un límite.

Helga la vio agachar la cabeza y hundirla entre las manos. Podía sentir su desdicha, su derrota. Tal vez por eso parecía tan diferente: una no volvía simplemente a ser la misma tras perder para siempre a cientos de compañeras. Menos aún después de sobrevivir a la purificación.

Tuvo el deseo de consolarla. Sin embargo, no estaba segura de que acercarse por la espalda a una seminívea, por así llamarla, fuera una buena idea.

—No sé qué decirte —dijo Helga—. Mírate. Te han purificado, arrancado el espíritu, convertido en nívea… y aquí estás. Es imposible, pero aquí estás. ¿No crees que debe haber sucedido por alguna razón?

—Quizá no sea una *buena* razón. Estar viva también te hace consciente de ciertas cosas.

—¿Cuáles?

Zeleste inspiró hondo.

—Todas las que has perdido.

—¿Recuerdas algo de la purificación? —Helga avanzó un solo paso hacia ella—. ¿Tienes idea de qué puede haber ocurrido?

Zeleste negó con la cabeza. Tenía miles de preguntas y muy pocos recuerdos; apenas una sensación fantasmal que aún reptaba de vez en cuando por su piel. El eco de miles de agujas que le perforaban la carne, y luego la insoportable angustia que sobrevino al darse cuenta de que la estaban purificando. Su espíritu quedó extirpado de su cuerpo en cuestión de latidos. El dolor debió ser demasiado intenso como para que su memoria quisiera lidiar con él.

Según Vivianne, estaba aún peor cuando la encontraron.

Tras la debacle del *Ira Flavia* en Groschiatta, las piratas llevaban ya dos semanas ocultas en Pechvarry cuando cierta noche oyeron gritos procedentes del bosque. Al verla tumbada entre matorrales, descarnada y pálida como la nieve, creyeron estar soñando. «Pensaba que estaba a

punto de morir», le había dicho Vivianne a Helga. «Aunque… Según nuestra cirujana, sería más acertado decir que ya se estaba muriendo».

Lo único que recordaba tras la purificación era el santuario de Lezhari. Había despertado allí en el momento en que dos níveas la llevaban en volandas y ascendían los mil quinientos peldaños de la escalera de caracol. Encontró la entrada del santuario abierta por alguna razón que no supo explicar. Y se cerró en cuanto puso pie en el exterior.

Zeleste se embarcó entonces en una cruda odisea de supervivencia de camino a Pechvarry. Procurando evitar los caminos principales, atravesó bosques interminables y se alimentó de frutas, bayas y algún que otro hongo que quizá hubiera debido dejar donde estaba. Apenas durmió y, cuando lo hizo, despertó sobresaltada a los pocos minutos. Sus pesadillas la perseguían.

Ya en el sureste de Sorterra llegó al pequeño puerto de Guedana e Spatta, donde se infiltró de polizona en una goleta que mostraba el emblema de una compañía mercantil de Malvitta. Tras desembarcar en dicha isla, hubo un nuevo periplo por montes y bosques hasta que su cuerpo dijo basta y se derrumbó. Su último resquicio de conciencia —y también el inconfundible olor a mierda de las letrinas cercanas— le hizo darse cuenta de que estaba en las mismas afueras de Pechvarry. Gritó el primer nombre que se le vino a la cabeza.

Martha no estaba ahí.

—Me hablaste de ella muchas veces —recordó Helga—. Vivianne dice que no tenéis noticias suyas desde hace ciclos. Podría ayudarte a encontrarla. Varios de mis contactos viajan a menudo por las islas menores, es posible que...

—Martha ya estaba muerta mucho antes de que todo esto ocurriera.

Un pequeño temblor asomó en los hombros de Zeleste. Si lloraba, lo hacía sin emitir sonido alguno.

Helga sabía más bien poco de Martha Carnell, más allá de su fama de lunática e impredecible. Se decía que incluso las integrantes del ya desaparecido Pacto del Piélago la evitaban, si bien Zeleste describía a una persona totalmente diferente cuando hablaba de ella. Incluso daba la impresión de que había más que amistad entre ambas.

—Lo intenté —dijo Zeleste; la voz aún trémula—. Intenté apartarla de esa porquería. Supongo que ya había tomado su decisión. Estaba obsesionada con Domotta. Decía que el helminto le mostraba… imágenes, visiones del lugar. Pensé que eran delirios, pero últimamente no deja de aparecerme en sueños.

—¿Martha?

—No, Domotta. ¿Qué ha ocurrido allí?

Helga frunció el ceño. No parecía entender el sentido de aquella pregunta.

—Nada que yo sepa.

—¿Estás segura? —Zeleste giró un poco la cabeza. Una vaga, frágil esperanza impregnaba sus palabras.

—Zeleste, si ocurriera algo en Domotta, creo que toda Sya lo sabría enseguida.

Hubo un silencio solo quebrado por el chirrido incesante de los insectos. Cuando anochecía, eran grillos, saltamontes y mosquitos quienes reinaban en Pechvarry.

—La Ascensión pagará por lo que te ha hecho —dijo Helga—. Te lo prometo.

La pirata se incorporó y se dio la vuelta.

Helga volvió a encontrarse con la gruesa cicatriz, la peculiar nariz rota, el pronunciado ángulo de su mentón. El resto no lo reconocía.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —en la voz de Zeleste había de pronto un fondo sombrío.

—Todo va a cambiar —persistió Helga—. No estamos solas. Una enemiga de La Ascensión nos está ayudando; una figura muy poderosa.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo todavía. Tendrás que confiar en mí.

Zeleste avanzó hacia ella.

Retrocediendo un paso por instinto, Helga perdió el equilibrio y cayó sobre el lodo. Apenas tuvo tiempo para levantarse y sacudirse su vestido antes de que la seminívea se hubiera colocado a escasas pulgadas de su frente. Su ojo inyectado en sangre la miraba fijamente.

Solo está alterada. Después de lo que le ha pasado, es normal que no confíe en nadie. Y no, no es un cuchillo lo que esconde en el puño. Los pensamientos pasaron fugaz y poco persuasivamente por la mente de la delegada.

—Escúchame —Helga procuró hablar en tono conciliador—. Les he ofrecido algo a tus compañeras. Una corbeta. No es un navío a la altura del *Ira Flavia,* pero sé que empezaste con menos. Reuníos conmigo en Londayn y os conseguiré una tripulación.

—Y después, ¿qué?

—Después, el mar volverá a ser tuyo. Resiste un poco más. Esto aún no ha acabado.

Zeleste sonrió, aunque a Helga no le pareció en absoluto un gesto genuino.

—¿Y si me he equivocado contigo? —dijo Zeleste—. Sabes, aún me pregunto por qué la Regenta decidió purificarme en vez de ejecutarme, que es lo que suele hacer con la gente como yo. No la imagino cometiendo el mismo error dos veces seguidas. ¿Y si lo que me espera en Londayn es un pelotón de fusilamiento?

Helga notó cómo la sangre abandonaba su cabeza. Ahora mismo debía estar tan lívida como el rostro que tenía ante sí.

—No sé qué o quién te lleva a pensar así. Soy tu amiga, Zeleste. Nunca te traicionaría.

La pirata dejó de sonreír.

—No. No lo harías.

Y tras apenas rozar a la delegada con el hombro y pasarla de largo, renqueó de vuelta al cobertizo sin mirar atrás.

Helga observó su maltrecha túnica marrón desapareciendo entre la arboleda. Sola de nuevo,

pudo al fin soltar aire y dejarse caer de rodillas sobre el barro.

Ya había visto más que suficiente de Pechvarry.

Segunda Parte





I

El carácter no se asume como una herencia:
se forja y moldea como un arma.

—REGENTA VERONIA DICOMO, *El Códice* (Iluminaciones)

LONDAYN, MALVITTA

Había vivido casi una década en esa ciudad, pero Helga no sentía ni por un latido estar regresando a casa.

La prosperidad de Londayn era un sueño perdido en el horizonte. Su promesa estaba ahí, día tras día, un amanecer tras otro. Nunca llegaba. Las segregacionistas se negaban a ceder y, en respuesta, La Ascensión endurecía su represión. Luego había uno o dos ciclos de tranquilidad. Y después, vuelta a empezar. En la alcaldía, y cada vez más en las calles, se multiplicaban las voces que daban a Malvitta por perdida.

Tras la sucia ventana de la carroza, Helga se reencontró con escenas tristemente familiares. En los arrabales, decenas de mentes destrozadas por el helminto cabeceaban sin rumbo, ajenas a los cadáveres descompuestos de amigos y parientes que atestaban las calles. Patrullas de

gendarmes bloqueaban el acceso a los barrios castigados por una adicción que nadie parecía poder frenar. Helga se encontraba a menudo con rostros nuevos en dichas patrullas, y también con números reducidos. Las fuerzas del orden empezaban a desintegrarse.

El centro de la ciudad no ofrecía una perspectiva mucho mejor. Cuando se acercaba al Barrio Púrpura, la única zona adinerada de Londayn, vio a una escuadra de la Infantería Ascendente desalojando una casa con dos plantas. Mujer, marido e hijos eran arrojados a la calle a golpes y empujones. Era fácil imaginar qué crimen habían cometido: simpatizar abiertamente con las rebeldes, practicar el culto a los antiguos dioses del Hombre, hablar el idioma local —dialecto, insistía La Ascensión— en público. Años atrás, aquello se solucionaba con una multa o una reprimenda. Ahora la pena era la purificación o la ejecución directa, según lo generosa que se mostrara la Regenta.

Camino adelante, el terreno descendía hasta alcanzar la costa. Cuando vio la columna de humo que emergía en la zona del puerto, Helga supo que se había producido un nuevo atentado. Lo que significaba que aumentarían las tensiones, se redoblarían los esfuerzos de vigilancia y habría más muertes en represalia. Un total de cinco patrullas detuvieron su carroza y comprobaron su identidad antes de llegar por fin a su hogar en la plaza Heratia Crynwall.

Sin bajar de la carroza, el cochero extendió la mano para recibir la pequeña bolsa de cuero. Había pedido ciento cincuenta astros por cinco días de alquiler —además de su silencio—, pero Helga se aseguró de incluir un poco más. Sabía que Elbert lo recordaría.

—Que las Eternas amparen su espíritu —dijo Elbert.

Y con un «igualmente», Helga se despidió mientras pensaba que quizá las Eternas la ampararían, pero La Ascensión no. Cruzó la calle adoquinada, levantó el felpudo rojo para recoger el correo acumulado y abrió la puerta.

Colgó su capa en el perchero y dejó las cartas sobre la pequeña mesita en el recibidor. Estaba a punto de empezar a revisar el correo cuando lo oyó. Un tenue runrún que procedía de la segunda planta y que sonaba a intervalos regulares.

Subió las escaleras despacio, sin hacer ruido. Pasó ante su dormitorio cerrado y se detuvo al encontrar la segunda puerta entreabierta.

Cuando echó un vistazo en el interior de la habitación, puso los ojos en blanco. Se lo había advertido unas cuantas veces. Esta vez no se lo pensaría.

Regresando a la cocina, llenó un cubo de hojalata con agua fría y lo llevó escaleras arriba. Ejecutó la jugada a la perfección: tras aproximarse a los pies de la cama sin despertar a su ocupante, balanceó el cubo hacia atrás y descargó el agua justo encima de una boca abierta de par en par, poniendo fin inmediato a un grotesco recital de ronquidos.

La chica no solo dejó de roncar, sino que bajó de la cama de un salto y se dio de bruces

contra el suelo. Pasaron varios latidos hasta que se percató de dónde estaba y, más concretamente, qué la había despertado tan bruscamente. «¿Quésestoquépasaquéhaces?» balbuceó con una mezcla de pánico, confusión y saliva apelmazada.

—¿Que qué hago, so zángana? —exclamó Helga—. Intentar que reacciones, eso es lo que hago. ¿Crees que tus padres te pagan tus estudios para que te saltes las clases y me vacíes la despensa?

—Me he dormido —fue toda justificación por parte de Kristine.

Helga se fijó en la parte derecha del dormitorio. Había tres lienzos sobre sus respectivos caballetes, flanqueados por varios botes de pintura. Trabajos a medio terminar. Apenas empezados, de hecho. Su sobrina no había dado una sola pincelada desde la mañana en que había partido hacia Pechvarry.

—Esto no puede seguir así —sentenció Helga—. Mañana mismo escribiré a tu madre.

Kristine suplicó con las manos. El agua fría seguía cayendo de su cabello.

—Estoy muy descontrolada, es verdad. Voy a cambiar, tita, te lo prometo.

—He oído eso antes; más o menos treinta y siete veces. Prefiero que regreses a Vossen y pienses allí qué hacer con tu vida. De todos modos, tal como está la ciudad, es muy posible que acaben cerrando el Liceo —«y todo lo demás», pensó Helga con amargura.

—No quiero volver a casa —protestó Kristine—. Si vuelvo sin completar el curso, me obligarán a alistarme en Infantería. Ya sabes cómo son mis padres.

—Sí, ya sé cómo son —se arrodilló para colocarse frente a frente con ella—. Pero te dieron una oportunidad, Kris, y me dijiste que la ibas a aprovechar. Que les demostrarías que el arte no era una pérdida de tiempo. ¿Qué ha sido de esa promesa? —olisqueó el tufo que acompañaba el aliento de su sobrina—. Eternas, ¿has estado bebiendo?

—Claro que no.

Helga frunció el ceño.

—Y encima me tomas por idiota.

—No. Pero ese cubo has de llenarlo con vino; así despierto mucho mejor.

Aunque bufó con indignación, Helga no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Su sobrina tenía cierta habilidad para desmontarla a base de humor. Era demasiado lista para su propio bien.

—Escucha, tengo que ir a trabajar. Cuando vuelva, tendremos una conversación seria. ¿De acuerdo?

Kristine no parecía querer contestar. Al fin lo hizo, en silencio y sin devolverle la mirada.

Minutos después, Helga regresó a la planta inferior y echó un vistazo al correo que había dejado sobre la mesa. Se encontró con un previsible hacinamiento de impuestos y aranceles: la alcaldesa no encontraba otra forma de hacer frente a la enorme recesión que atravesaba la ciudad. Sin embargo, de entre la pequeña pila de sobres cayó un papelito doblado. Al desplegarlo, vio una mancha de tinta negra que formaba una M mayúscula. Y bajo ella, por todo mensaje, tres

números escritos en elegante cursiva: *131*.

Helga se quedó pensando unos latidos. A continuación, volvió a doblar el papel y lo rompió en varias mitades.

Pese a ostentar el nombre de una heroína de las Guerras contra el Hombre apodada *La Imperecedera*, era evidente que la hostería Adrianna Wyart tenía sus días contados. La decadencia económica de Londayn había supuesto un descenso considerable del comercio interinsular y, con cada vez más compañías mercantiles trasladando su sede fuera de Malvitta, el tráfico naval no era el de antaño.

Lejos quedaban los días en que había disputas por conseguir una habitación en la única pensión decente del distrito portuario, que también fue una vez un enclave ideal para concretar acuerdos comerciales. Ahora la recepción estaba vacía, salvo por un par de mujeres que fumaban en un sofá deshilachado y comentaban, más con aburrimiento que con desdén, la lata que les daban a veces sus maridos. «Y por eso no permito que me hable así. Si no templas al Hombre con carácter, empieza a asomar ese… lado dominante, ese espíritu nocivo que tienen. Y para entonces ya es tarde».

Subió por las escaleras de mármol hasta la tercera planta y se detuvo ante la habitación 131. Dio un único golpe a la puerta, seguido por tres rápidos. Un código acordado tiempo atrás.

Oyó los pasos que se acercaban. El cerrojo deslizándose. La puerta se abrió.

Cuando aquellos fuertes y cálidos brazos la abrazaron, Helga volvió a sentir ese cosquilleo en el estómago. Le sostuvo el rostro con ambas manos, acariciando la cuidada barba castaña, y se entregó a sus labios antes de reaccionar y darse cuenta de que aún estaba en el pasillo.

—Estaba preocupado —dijo él—. Te dejé la nota hace tres días.

—Lo siento, Magdan. He estado fuera un tiempo.

Él asintió y, con delicadeza, tiró de su muñeca para que entrara. En cuanto la puerta se cerró, Helga abandonó la idea de hablar con él antes de hacer el amor. Añoraba demasiado un momento como ese.

Media hora después, bajo las sábanas, ambos cuerpos seguían entrelazando sus piernas. Ya recuperado el aliento, pero aún con sudor en la frente, Helga pensaba que esos silencios nunca transcurrían lo suficientemente despacio.

—No te lo vas a creer —dijo él.

—¿Qué? ¿Me has echado de menos?

—Vaya —Magdan hizo una mueca—. Quizá me estoy volviendo predecible.

Helga sonrió y volvió a besarlo. Mientras las puntas de cuatro dedos recorrían su torso y después ascendían de nuevo al cuello, Magdan permaneció quieto y en silencio. Como esos maridos perfectos por los que tantas mujeres de Sya suspiraban. Sumiso y delicado, pero a la vez fuerte y seguro de sí mismo. Un perfecto guardián del hogar.

—Yo sí tengo que contarte algo que no vas a creer —dijo Helga—. Algo muy importante.

Se separó un instante de él y lo miró a los ojos. Le recordaban a fragmentos de ámbar anaranjado, con ternura e inteligencia atrapadas en su interior. Solo que esta vez la contemplaban con lástima.

—Sí, sé que está viva —se adelantó él—. Se escapó del santuario de Lezhari. Y si lo sé yo, significa que lo sabe demasiada gente.

Helga cerró los ojos con frustración. Últimamente todos sus planes seguían la misma pauta. Alguien parecía estar siempre uno o dos pasos por delante.

—¿Sabes también cómo es posible? —le preguntó a Magdan—. ¿Cómo alguien puede regresar de una purificación?

—No. Solo sé que tenemos una oportunidad. Si Zeleste controlase de nuevo el mar, la duquesa y yo lo tendríamos mucho más fácil para ayudarte.

—Eso había pensado. Espero que tu querida Thérésse no se haya echado atrás, porque Malvitta se está desmoronando.

Magdan torció el gesto y se apartó unas pulgadas de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Helga.

—«Tu querida Thérésse». Lo dices como si hubiera algo más entre ella y yo. Estoy un poco cansado de oír esa clase de comentarios.

Helga se vio obligada a disculparse. Para ella era una broma inocente, pero sabía que Magdan sentía un profundo respeto por la persona que, además de gobernar en su isla natal, le había salvado la vida tiempo atrás. Entendía perfectamente que protegiera su honor.

Además, dudaba que en toda Sya hubiera más de un puñado de hombres con permiso para ocupar un cargo tan importante. Como heraldo y espía de Note-Coreil, Magdan era una excepción que solo alguien con la influencia de la duquesa Thérésse Montpeyrousse hacía posible.

—Lo siento. Ha sido un poco insensible por mi parte —esperó a que Magdan se relajara—. Escucha, voy a necesitar tu ayuda. Le hice una promesa a Zeleste que no creo estar en condiciones de poder cumplir.

Pensó fugazmente en la cantidad de veces que había oído palabras parecidas en boca de gobernadoras y delegadas. O en su propia boca. Era lo primero que había aprendido en su carrera política: el arte de hacer promesas insostenibles.

—¿Qué necesitas? —preguntó Magdan.

—Un refugio.

Magdan tardó un par de latidos en reaccionar.

—¿En Note-Coreil?

—Sería lo ideal. Ahora que Charebon, Groschiatta y los demás refugios han caído, Zeleste necesitará un puerto en el que poder aprovisionarse… discretamente. Hasta que la situación no se normalice aquí, no podré ayudarla con eso.

Su amante apartó las sábanas y empezó a pasear por la habitación, aún desnudo, mientras se pasaba una mano por el mentón. El rostro de Magdan era un fiel reflejo de su propio cuerpo. Esbelto y elegante; casi andrógino. Una bella rareza.

—Tú tienes mi ayuda, ahora y siempre. Lo sabes. Pero creo que sería más fácil si me pusieras en contacto con Zeleste. ¿Dónde está?

Helga agachó la mirada.

—No te lo puedo decir.

—Por el amor Eterno —Magdan alzó los brazos y los dejó caer—. Helga, este no es momento para regatear información. ¿Tienes idea de lo furiosa que está la Regenta? ¿Crees que va a escatimar recursos para encontrar a esa pirata? Desplazará a todas sus Siluetas hasta que la encuentren. De hecho, sé que algunas ya están en Malvitta. Y te aseguro que, si están aquí, es porque tienen una ligera idea de dónde buscar.

—Lo siento.

La miró un instante, decepcionado. Al ver que no añadía nada más, recogió su ropa del suelo y se sentó en el extremo de la cama, dándole la espalda.

—Ya veo cómo funciona —sus dedos abotonaban brusca y rápidamente el camisón—. Amáis, pedís favores, dais la gracias y os largáis. Estoy acostumbrado.

—No, no es eso —Helga hundió el rostro entre las manos—. Magdan, confío en ti, y te quiero. Pero no puedo revelar dónde se esconden Zeleste y sus compañeras. Les prometí que guardaría ese secreto, ¿comprendes?

Al ver que no contestaba, Helga reptó sobre la cama hasta abrazarlo por detrás.

—Puedo decirte que llegarán a Londayn dentro de poco. Por ahora es mejor que sea yo quien se comunique con ellas. ¿De acuerdo?

Magdan se detuvo. No había terminado de ponerse los pantalones, pero los labios de Helga, que le rozaban el lóbulo de la oreja, parecieron calmarlo.

Asintió.

—De acuerdo.

Tras darle un último beso en la nuca, Helga bajó de la cama. Envolvió su cuerpo con una de las sábanas antes de acercarse a la ventana.

Desde allí podía ver el mar. Los angostos acantilados que un día formaban la costa de Londayn eran cosa del pasado: ahora, gracias al poder de la Gracia, los principales puertos de las Islas Mayores eran un gigantesco muro de perfecta lisura, invulnerable además a la erosión del agua.

De pequeña solía ir al delta del Noisse y subir a los miradores para contemplar la lenta

oscilación de la marea. Cuando las dos lunas estaban próximas, la diferencia entre pleamar y bajamar alcanzaba los ciento setenta pies. Las naves, esclavas de la tediosa danza del agua, pasaban las horas subiendo y bajando sin cambiar de posición, trincadas a babor y estribor a los postes de amarre. Dichos postes habían sido levantados también por las Hermanas de Gracia, aunque según su padre, eran en realidad espinas de una criatura que dormitaba junto a la costa de Vossen. Helga recordaba haberse creído ese cuento durante más tiempo del que le hubiera gustado admitir.

La mayor parte de los postes que veía ahora estaban huérfanos de navíos. No dejaba de resultar irónico que, tras utilizar el poder concedido por las Eternas para moldear las costas y adaptarlas a las mareas, La Ascensión hubiera abandonado a Malvitta. Nunca enviaban ayuda económica; tan solo tropas suficientes para controlar a las segregacionistas y al helminto. En los últimos ciclos, no parecía que fueran suficientes para ninguna de las dos.

—Quiero pedirte un último favor —dijo Helga. A sus espaldas, oía los suaves chirridos de la cama mientras Magdan, sentado en ella, terminaba de vestirse—. Sabes que mi sobrina lleva un tiempo viviendo conmigo. Si me ocurriera algo, me gustaría que cuidaras de ella. Al menos que la ayudaras a regresar de inmediato a Vossen, con su familia.

Magdan inspiró hondo. Alguna vez le había dicho a Helga que eso era justo lo que nunca había tenido. Una familia.

—Kristine estará a salvo. Te lo prometo.

Helga apoyó una mano sobre el cristal de la ventana. La ternura con que Magdan había formulado su promesa ataba ahora un nudo en su garganta. Ya apenas veía a las níveas que, como blancas hormigas, subían y bajaban por los postes de amarre, transportando mercancía noche y día hasta que sus cuerpos se atrofiaran por completo. Ese podría haber sido el destino de Zeleste.

Y podría ser su propio destino.

A través de la húmeda cortina que se formaba ante sus ojos, siguió mirando por la ventana mientras Magdan se acercaba por detrás.

—Es fascinante, ¿verdad?

—¿Te refieres al puerto? —Helga se limpió las lágrimas.

—A las níveas. Antes, toda criminal acababa en una celda o bajo una guillotina. Ahora, a algunas solo les arrancan el alma.

Helga suspiró. Absorta como estaba en su contemplación, no vio la larga aguja que Magdan empuñaba.

—Es un buen consuelo —dijo Helga con ironía.

—No, no lo es —dijo Magdan con seriedad. Y le clavó la aguja.

Entró por la nuca de manera casi plácida. La carne se dejaba perforar. De inmediato alcanzó el tronco encefálico, donde la punta de la aguja se abrió en cuanto Magdan accionó el resorte oculto en la empuñadura. El hipotálamo y todos los nervios cercanos quedaron sesgados del

cerebro, del espíritu, de todo cuanto Helga había sido hasta ese instante.

Para la delegada no hubo sorpresa ni transición. Su cuerpo pasó de estar erguido a desplomarse como una estatua de paja arrancada de su poste. Magdan fue lo bastante rápido como para sostenerla antes de que cayera al suelo, y la alzó con un brazo mientras extraía la aguja con su mano libre.

Entornó los ojos. La marca de la aguja apenas se veía. Ese «apenas» le arrancó una mueca consternada.

—Casi, casi, casi —murmuró.

Y dejó caer el cuerpo que sostenía, que se estrelló en el suelo con un golpe sordo.

Abrió un cajón de la mesita de noche. Allí había dejado su pipa junto al saco donde guardaba la sátiva. Mezcló un puñado de la hierba azulada con su tabaco preferido, lo colocó en la cazoleta y encendió la pipa mientras estiraba las piernas sobre la cama. Los dedos de sus pies palpitaron un par de veces y luego los relajó.

Pocos latidos después, el humo gravitaba bajo el techo de la habitación. El mejor olor del mundo. La magia de la sátiva y el aroma acanelado del tabaco de Pronforèt.

Sus labios se cernían en torno a la madera y sorbían. Tras los aros de humo, sus ojos quedaron fijos en ninguna parte, preparándose para un pequeño viaje metafísico. Pronto, su boca cobró vida propia y empezó a moverse sin desprender sonido alguno. Respondiendo a impulsos internos y no a la voluntad de su dueño.

—Lo que hago no es fácil, ¿comprenden? Olvídense de «actuar» o «interpretar». No basta con eso. Cuando uno actúa, lo que hace es básicamente disimular. Mi técnica no nace del disimulo, sino del olvido. Para transformarse por completo, hay que olvidar; y para olvidar, hay que fluir. Sonará a trillado, mis señoras, pero lo diré así: uno debe fluir.

A medida que su discurso evolucionaba, también lo hacía el propio Magdan. Su rostro se iluminaba tras cada nueva ocurrencia. Sus manos, de dedos largos y gráciles, se gustaban entre elegantes gestos destinados a una audiencia tan absorta como invisible.

—En el fondo, todos lo hacemos a diario. Mentimos porque… En fin, porque funciona. Porque, a veces, mentir hace la vida más fácil. Y he aquí la clave de todo cuanto he aprendido —volvió a sorber la pipa, recreándose en su propia pausa—. La mentira más habilidosa no es aquella en la que logramos pasar desapercibidos. Es aquella en la que atraemos todas las miradas y conseguimos que crean lo que ven.

Miró al frente. No veía el color crema de las paredes, ni los bustos clásicos que decoraban las esquinas. Veía a su público. Un gentío entregado a su sabiduría y perspicacia. Todo el mundo quería aprender de él.

También vio a Helga. La posición en que había caído al suelo le hacía gracia. Cada

extremidad apuntaba hacia una dirección distinta.

—He aquí un ejemplo perfecto —señaló al cadáver—. No fue fácil ganarse la confianza de la delegada. Hicieron falta muchos trucos: una carta con rúbrica del ducado por aquí, algo de información irrelevante por allá… Llegué incluso a desplazar naves que ella creía transportarían fugitivas a Note-Coreil, cuando en realidad las llevaban directamente a Porto Rómero para purificarlas. Ahora bien, no fue así como la convencí. No fue así como oculté, durante dos años, el pequeño detalle de que no trabajo solamente para la duquesa Thérésse.

Se incorporó y avanzó despacio hacia el cadáver, sin darle nunca la espalda a sus oyentes. Con la habitación ya cargada de humo, Magdan podía sentir la agradable y esperada liviandad en la cabeza. El teatro imaginario no perdía detalle de su maestro, que tenía la virtud de ser carismático a la par que humilde.

—Por desgracia para nuestra amiga, la Regenta ha empezado a sospechar que la duquesa Thérésse conspira contra ella. Así que he tenido que eliminar algunas huellas. Helga es esencialmente un daño colateral. Lo que le interesa a la duquesa es Zeleste.

Se arrodilló para observarla de cerca. Veía lo mismo que en todo cuerpo, con o sin vida: algo hueco y olvidable. Un insectito que lucha durante toda su vida por cosas insustanciales y contradictorias, y que de pronto deja de respirar, y todo se queda igual que al principio.

Gente, en definitiva. Seres con los que nunca tuvo nada en común.

Volvió a incorporarse. Las prendas de ropa de la fallecida seguían esparcidas por el suelo de la habitación. Empezó a examinarlas una a una, asegurándose de hurgar bien en pliegues y bolsillos.

—Créanme, señoras. Si todo sale bien, si encontramos a Zeleste, La Ascensión nunca volverá a ser la misma. Se avecina un cambio importante. No sé si para bien o para mal… claro que tampoco esperaban un discurso salpicado de moralina, ¿cierto? Si están aquí escuchándome, es porque ya están por encima de todo eso. Enhorabuena.

No encontró nada útil en la ropa, pero estaba satisfecho con su improvisado discurso. Más tarde apuntaría algunas de sus frases para que no se le olvidaran. Serían buenas adiciones a su futuro libro.

Minutos después abrió la ventana de par en par y se apoyó en el alféizar. Contempló el puerto, donde le esperaba un maravilloso despliegue de variedad humana a la que poder despreciar con calma.

Helga no había querido compartir toda la información, pero la encontraría. Londayn no era una ciudad tan grande como Porto Rómero. Y sabía dónde vivía la ya difunta delegada. «Tanto da usar lupa o microscopio: nunca se averigua nada sin saber dónde apuntar». Se aseguró de compartir esa ocurrencia con su auditorio mientras abría el armario ropero donde, además de sus otros atuendos, había guardado las herramientas de disección y bolsas para esconder los restos.

Cuando terminó con el cadáver ya había anochecido. Se cambió de ropa y se dirigió hacia la puerta, no sin antes detenerse ante el espejo de marco plateado y echarse unas gotas de

Schëunzeit 411. Si iba a cenar en el *Elisal*, uno de los pocos restaurantes decentes de la ciudad, qué menos que hacerlo debidamente perfumado. No porque a él le entusiasmara, sino porque la gente siempre cambiaba su disposición al hablar con alguien que, aparte de vestir bien, apestaba a limones, bergamotas y otras pestes típicas de Vossen.

Cosas de mujeres, pensó. Y salió de la habitación.



II

La Ascensión no nos ha abandonado porque, para empezar, nunca cuidó de nosotras. Malwayn —ese es y será siempre nuestro nombre— ya está huérfana. Seamos madres y padres de nuestro futuro.

—*Manifiesto Segregacionista* (Texto prohibido por La Ascensión)

Luna y Celera volvían a coronar el mundo. La luz del día agonizaba en el horizonte, y el verde y la plata pugnaban de nuevo por el dominio del firmamento.

Al contrario que el sol, el puerto nunca dormía. Sin embargo, pasadas las nueve de la noche, mercaderes y representantes ya habían terminado su jornada y, aparte de las inagotables níveas, solo algunas marineras de las compañías mercantiles seguían trabajando. Los pescaderos recogían el género sin vender mientras las propietarias de mesones y oficinas de comercio cerraban sus negocios y regresaban a sus hogares. El puerto se sumía poco a poco en un silencio solo roto por grupos de marineras somnolientas que empujaban cajas y barriles hacia los almacenes. O por el ocasional tintineo de alguna linterna. O por los escasos barcos que arribaban al puerto, rezagados bien por el clima, bien por la desidia de quien estuviera al mando.

Cómo no, también estaban las pendencieras, las insomnes, las adictas al helminto. Y en ocasiones, incluyendo aquella noche, elementos impredecibles como Sounya y Tostón, quienes recorrían una calle empedrada de camino al puerto.

Ambas piratas iban envueltas en desgastadas túnicas marrones, además de llevar un canasto

de mimbre colgado del brazo. Un pobre pretexto para pasar desapercibidas, ya que hacía muchos ciclos que no se vendían flores de Laverdenne en esos lares. Las floristas tenían sitios mejores donde exportar su aroma y sus horrendos consejos amorosos.

—Amiga, ¿una alegría p-p-para su esposo?

Sounya le ofreció un ramo a una malvittana que estaba recostada contra la pared de una taberna. No tardó en atisbar la mirada perdida, la boca babeante: una borracha, o bien una víctima del helminto. Lo único que parecían encontrar de noche.

Tiró la flor al suelo, frustrada. Se inclinó hacia su compañera, aunque no se molestó en tratar de bajar la voz. Nunca lo hacía.

—¿T-te lo dije o no? —sus ojos amarillentos fosforecían bajo la capucha—. Tendríamos que haber elegido otro d-disfraz. Aquí, si no tiene f-f-forma de botella o de gusano, nadie lo c-compra.

—No me extraña —murmuró Tostón—. Puta mierda de ciudad, yo también querría olvidarla.

—S-sabes que me crie aquí, ¿no, imbécil?

—Se nota —Tostón señaló al frente—. Acompáñame a ese mirador; voy a echar otro vistazo.

Se acercaron a una de las torres que enfilaban el acantilado de la costa malvittana. En cualquier puerto podían encontrarse miradores como esos, si bien los de Londayn parecían toscos montículos de piedra que los albañiles hubieran abandonado a medio construir. Desde allí gozarían de una vista privilegiada a los astilleros, donde aguardaba la corbeta de la que Helga les había hablado. También era una oportunidad para contemplar una más de las transformaciones que La Ascensión había ejercido en las islas.

Los nuevos astilleros constaban de una serie de plataformas rectangulares y combadas que se elevaban sobre el agua. Sirviéndose de la Gracia de la Tierra, las Hermanas descendían esas enormes plataformas para acoger a cualquier navío que necesitara reparaciones o reformas, tras lo cual lo alzaban unos veinte pies por encima del nivel máximo del mar. Ese proceso llevaba unos diez minutos, mucho menos de lo que se tardaría en circunnavegar la ciudad hasta las playas de Caldersans, como se hacía en tiempos previos al Despertar. Por entonces no había más remedio que esperar a la pleamar para que decenas de hombres arrastraran el navío hasta la arena.

Apoyada en el montón semicircular de piedras que el mirador tenía por pretil, Tostón podía ver una docena de plataformas, incluyendo la que sostenía al navío que buscaban. Era una corbeta, sí; una bien desconcertante.

Un tanto más pequeña que otros bajeles de su clase, su casco se abultaba en la mitad superior; por debajo, en cambio, la quilla mostraba una forma afilada. Aun sin entender del todo ese atípico diseño, algo en él gritaba agilidad e innovación. Habían instalado además un nuevo palo trinquete, ausente hasta la noche anterior. Sobre el puente se distinguían los fulgores de varias lámparas de nácar: unas diez mujeres merodeaban en cubierta y de vez en cuando se oía, entre barriles arrastrándose y golpes de martillo, una arisca voz dando órdenes. En la plataforma,

junto a la quilla del navío, una tenienta de infantería montaba guardia.

—A este ritmo, se la llevarán m-mañana mismo —Sounya escupió en dirección al mar—. ¿Qué prisa tienen? Ni de noche han d-dejado de repararla.

—La delegada no mentía; eso desde luego. Fíjate.

Pese a la aversión que sentía por los esfuerzos innecesarios, Tostón se inclinó sobre el burdo pretil del mirador y estiró el brazo. Apuntaba a los uniformes parduzcos que rondaban en el alcázar de popa: eran apenas cuatro infantas las que custodiaban la corbeta. La escasa vigilancia era una buena noticia, pero Helga no había dado señales de vida. Menos aún la supuesta tripulación que les había prometido.

—La habríamos encontrado ya —dijo Sounya—, si me hicieras caso en vez de ser tan p-p-poltrona. Quien algo quiere, algo le cuesta.

—No vamos a ir al Barrio Púrpura, ya lo hemos hablado.

—¿Pero p-por qué no? Hemos buscado a esta tipa por todas partes, menos en su casa… que será buen sitio pa' empezar a buscarla, d-digo yo.

—Donde hay gente rica, hay vigilancia. Cosa que procuramos evitar por aquello de ser criminales en busca y captura —dándose la vuelta, Tostón se sentó de espaldas al mar y, tras un largo resoplido, masculló entre dientes—. Helga, chata, ¿dónde coño estás? Nos vendría de perlas una señal.

Era la tercera noche en la que salían de su escondrijo y recorrían el puerto sin que la delegada diera señales de vida. Tostón empezaba a considerar la posibilidad de que la de Sounya fuera una buena idea, lo que no resultaba distinto a considerar que un molusco pudiera tener buenas ideas.

Un molusco, además, sediento de sangre. Sounya estaba cada noche más agitada. El Ansia la devoraba por dentro. La capucha ocultaba su rostro, pero no el hambriento resplandor de sus ojos.

—Oye, Tostón… Si Helga no aparece, robaremos el b-barco de todas formas, ¿verdad?

Se lo había preguntado ya cinco o seis veces con palabras apenas distintas. Tostón contestaba siempre con idéntica desgana:

—Eso lo decidirá Zeleste —se levantó del montículo de piedras—. Demos una última vuelta a la manzana.

—¿P-pero crees que dirá que sí?

Caminando ya calle arriba, Tostón encogió un hombro.

—Es Zeleste.

—¿Lo es? —Sounya apremió el paso para alcanzarla—. Porque yo no estoy t-tan segura. ¿Te parece normal lo c-c-callada que está? Desde que apareció en Pechvarry habrá abierto la boca d-dos o tres veces; no más.

—Nëufan dijo que había vuelto de la muerte. O que ya se estaba muriendo, o yo qué sé. El caso es que yo tampoco te contaría la historia de mi vida en esas circunstancias.

—Ni yo, pero me refiero a otra cosa. Anoche le digo, eh, capitana, q-qué ganas tengo de

verle domar el Viento, c-como en los viejos tiempos… Y va y agacha la cabeza, como si la idea le diera m-miedo —chasqueó la lengua—. No sé.

—Nadie sabe nada ahora mismo. Salvo que nos siguen; eso sí está claro.

Sounya se detuvo en seco.

—¿C-cómo que nos siguen?

Estaba a punto de darse la vuelta cuando Tostón la estiró del brazo hasta casi hacerla caer.

—Me cago en el espíritu de tu padre, ¿tú no has aprendido nada estos años? ¡Sigue caminando, idiota!

Sounya quiso protestar. No obstante, el tono de su compañera la persuadió para hacer lo que, aparte de lidiar con su tartamudeo y su sed de sangre, más esfuerzo le exigía en la vida: callarse.

Caminaron en silencio; una marchando decididamente hacia adelante, la otra mirando en todas direcciones y preguntándose qué diantres harían ahora. Los adoquines ganaban en tosquedad conforme la calle subía y se alejaba del puerto. Pronto llegaron a los confines del frente industrial, donde viviendas y tabernas daban paso, poco a poco, a almacenes y talleres textiles. A esas horas podía verse aún el oscuro efluvio de alguna chimenea, u oírse la voz de alguna capataza abroncando a hombres que, una noche más, no cenarían en casa con sus esposas.

Sounya conocía bien esas calles. Apenas habían cambiado desde que las recorriera de pequeña, al contrario que el puerto, modernizado durante los últimos años gracias al tardío empeño de La Ascensión. A los trece años se llevó su primera paliza por colarse en una bodega para robar botellas de maltámbar. Más tarde formó su propia pandilla y pasó a ser ella quien decidía a quién apalizar. Desde que se uniera a la tripulación de Zeleste, graduándose extraoficialmente como criminal, no había regresado a su ciudad natal.

—¿Son *t-tomatas*? —preguntó.

—Nah, las gendarmes siempre van en grupo —respondió Tostón—. Nunca he visto a una sola por la noche.

—¿Una? ¿Nos sigue una sola persona y t-tú tan tensa? ¡C-cortémosle el cuello y a tomar por culo!

Sin detenerse, Tostón se arrimó a Sounya y le pasó un brazo por la espalda. Visto por detrás parecía un gesto amistoso, pero sus dedos formaban una molesta garra en torno a las costillas de su compañera.

—Sounya, vas a tener que hacer algo histórico —señaló al frente con el mentón—. ¿Ves esa esquina? Dóblala y sigue caminando. Y por lo que más quieras, no saques el puñal.

—¿Q-qué recontrabismos…?

—Haz lo que te digo —Tostón oprimió sus costillas un poco más, arrancándole un quejido —. Yo haré el resto. Pórtate bien, anda; te prometo una pileta llena de sangre cuando todo acabe.

Sounya respondió con un murmullo desilusionado. Nadie entendía lo que era vivir con su condición. Ella nunca veía peligros: solo posibilidades de saciarse. Igual que una larga travesía por los desiertos de Soleterno crearía espejismos, la promesa de la sangre le arrebataba el juicio.

Deseó en silencio que aquella medusa carmesí hubiera picado a Tostón en vez de ella.

Tensó todo su cuerpo para lidiar con el Ansia. Adelantándose unos pasos, se desvió hacia la izquierda para adentrarse en la callejuela a la que Tostón había señalado.

Se encontró con un oscuro pasillo entre lo que parecían dos almacenes en desuso. Dejó el cesto de mimbre en el suelo y alzó su lámpara. El resplandor áureo del nácar reveló las siluetas de varios toneles, cajas y herramientas de herrería desperdigadas por el suelo. En Malvitta, la gente no cerraba sus negocios: los abandonaba a la carrera.

—Apaga la luz —le susurró Tostón, a quien había perdido de vista.

Molesta, Sounya acercó la lámpara a su pecho. Con la mano libre, abrió la portezuela de cristal e introdujo sus dedos para acariciar la rugosa textura de la perla. El nácar redujo su brillo en respuesta, y la pirata siguió rozándolo hasta encontrarse en completa oscuridad.

—T-te hago caso porque Vivianne lo ha ordenado. De lo contrario esto se arreglaba de otra forma, y-ya te lo digo yo.

Un tufo nauseabundo llegó a su nariz. Estaba en la clase de callejón que, a fuerza de abandono, acababa convertido en letrina local. Las tabernas portuarias no quedaban lejos, y Sounya solo podía pensar en la cantidad y variedad de residuos humanos que se habrían acumulado allí a lo largo de los ciclos. Y en cómo el fino cáñamo de sus alpargatas era lo único que separaba sus pies de, literalmente, la mierda de toda una ciudad.

—Q-que la capitana se recupere pronto, por favor —arrugó la nariz y se obligó a seguir caminando—. Que volvamos pronto al mar y se acabe esta t-tortura. No voy a ver ni gota de sangre hasta que eso ocurra, ¿a que sí? Si Zeleste no llega a regresar de la purificación, ¡aún estaríamos en Pechvarry! ¿Te has dado cuenta…?

No llegó respuesta alguna. De improviso, Sounya se encontró totalmente sola. Era como si, sin más, su compañera hubiera dejado de existir. El resplandor de sus ojos menguó.

—¿T-t-tostón?

Se dio la vuelta.

El callejón parecía aún más sombrío y estrecho que instantes atrás. Sentía la brisa marina en el rostro, pues estaba ahora de cara a la costa. No obstante, llegó también un terror repentino, un fatídico presagio que se confirmó cuando una silueta humana asomó por la esquina que acababa de doblar.

La figura se detuvo de golpe. Sounya estaba segura de que, con la oscuridad, no podría verla… y, sin embargo, parecía estar mirándola directamente. Se quedó sin aliento cuando la sombra se llevó una mano a la cintura. Estaba a punto de sacar un arma.

Sounya percibió un cambio en la densidad del aire; un letargo en el tiempo. Siempre le habían dicho que el sabor de la sangre asoma en la punta de la lengua un latido antes de morir. Eso era justo lo que estaba ocurriendo.

Sin embargo, una segunda sombra se abalanzó sobre la intrusa y la tiró al suelo. Se oyeron gruñidos de forcejeo, entre los cuales Sounya reconoció la voz de Tostón. Le gritaba que no se

quedara ahí, que la ayudara.

Corrió hacia ella. Durante unos latidos se vio luchando contra piernas y brazos invisibles, hasta que entre las dos consiguieron inmovilizarlos. El forcejeo cesó y Sounya volvió a encender el nácar de la lámpara.

El rostro de la desconocida se iluminó ante el desconcierto de las piratas. Vieron un rostro adolescente, de piel tersa y pulcra como apenas se veía en Malvitta. Las fofas mejillas de aquella muchacha evidenciaban que jamás había conocido el hambre, y en sus ojos se adivinaba la expresión de quien acaba de cometer el peor error de su vida.

Tostón acercó un puñal a su cuello.

—Tienes tres latidos para decir algo que valga más que tu cabeza. Uno.

La chica tragó saliva y balbuceó.

—Quiero… quiero hablar con vuestra líder.

—Dos —el puñal mordió la carne.

—¡Con Zeleste! —la chica gritaba ahora con pavor.

—Zeleste está muerta. Mira tú por dónde, ya es algo que tenéis en común.

—¡No! —en el cuello, un surco rojo empezaba a asomar en torno al puñal—. Sé que os escondéis en Villa Léas, esa mansión en las afueras. Solo quiero...

—Jo, jo —cacareó Sounya—. No para de darnos razones para c-c-cargárnosla.

—Y que lo digas, qué gusto —corroboró Tostón—. Sigue hablando, chica.

—Va como muy bien vestida, ¿no? —Sounya acercó su nariz al cabello de la asustada muchacha y lo olisqueó—. Y q-qué bien huele… Esta es del Barrio Púrpura. ¿A c-c-cuánto estaba la onza de niña p-pija en el mercado?

—Igual su hígado da para un buen guiso. En mi pueblo había una receta que...

—Por favor, escuchadme —la muchacha se descomponía de terror—. Corréis un grave peligro.

Las piratas se miraron.

—No sé si c-creer lo que dices, chica —se mofó Sounya.

—Sí, ya está bien de gilipolleces —gruñó Tostón—. Dinos quién eres de una vez.

—Me llamo Kristine.

—Un cojón de perro me importa tu nombre. Lo que quiero saber es…

—Mi tía Helga ha desaparecido —Kristine seguía temblando, pero les devolvía la mirada con firmeza—. Creo que la han matado. Y el responsable no tardará en descubrir dónde se esconde Zeleste… si no lo ha hecho ya.

Tostón y Sounya enmudecieron. Kristine sonrió, si bien en sus labios había mucho más pánico que alivio.

—¿Vais a escucharme ahora?



Zeleste estaba de nuevo en el santuario.

No sabía cómo había llegado allí. Sentía su conciencia como un eco lejano; su propio cuerpo, una entidad que no le pertenecía del todo. Había oído la voz de Noema. Tenía que estar cerca.

Cuando la encontró, tras recorrer la Arteria y alcanzar la antecámara de la Eterna, no estuvo segura de que aquello siguiera siendo su amiga.

Entre músculos y huesos expuestos bajo una corrupta maraña de carne, los ojos de Noema la perseguían. Sintió el vaho de una presencia inminente: la Eterna se aproximaba.

Los viscosos tentáculos rompían la oscuridad, y Zeleste se dio cuenta en ese momento de que no podía moverse. Tumbada en una cama, sus níveas extremidades no respondían. Con un grito, sacó fuerza de algún lugar remoto y se incorporó.

Demasiado tarde. Los tentáculos ya le constreñían el cuerpo. La Eterna la devoraba. Forcejeó en vano.

Justo cuando había empezado a resistirse, la pesadilla se desvaneció y se encontró frente a frente con un rostro alarmado.

—¿Se encuentra bien, capitana? —dijo Ayreen.

Zeleste apenas acababa de recobrar la conciencia cuando sintió su rostro estrellándose contra una superficie dura y fría. En su sobresalto, había brincado de la cama para caer en el suelo. La tímida Ayreen se apresuró a tenderle una mano.

—¡Lo siento! Eternas, lo siento muchísimo, capitana, no quería asustarla —tras ayudarla a tenderse en la cama de nuevo, se giró hacia la oscuridad—. No os preocupéis, solo era una pesadilla. Uf, eh, je. Qué susto, ¿eh?

Recobrando la noción de dónde estaba, Zeleste suspiró aliviada al vislumbrar el techo y las paredes de madera. Seguían vivas.

En una esquina, sentadas junto a una vela a punto de consumirse, Vivianne y Mara formaban un triángulo completado por Nëufan. La cirujana acababa de lanzar sus dados —lo único a lo que podían jugar a falta de un tablero de Proeliam— en el instante en que se produjo el sobresalto.

Miraban ahora a su capitana con expresiones perplejas y preocupadas.

—No se preocupe, seguimos en Villa Léas —dijo Ayreen, aún avergonzada—. Bueno, en los jardines, pero ya sabe que es más seguro que estar en la mansión… En fin, mejor la dejo dormir.

Se quedó no obstante junto a ella, observándola. Seguía sin hacerse a la idea de que su capitana estaba viva.

Durante la larga caminata desde Pechvarry, en la que procuraron alejarse todo lo posible de caminos concurridos, no se había separado de ella ni un instante. Zeleste se estaba recuperando. Seguía débil y alicaída, pero la palidez de su piel había remitido durante el viaje. Y el turquesa, tímidamente, empezaba a florecer entre los rizos cenicientos de su cabello.

Ayreen esperaba que Dheniel las recibiese con incredulidad al llegar a Villa Léas. Sin embargo, fue el propio dueño de la mansión, maestro del contrabando y segregacionista convencido, quien la sorprendió a ella. «Claro que Zeleste está viva», dijo Dheniel. «Si yo fuera la muerte, también me lo pensaría bien antes de llevármela a casa».

—Parece que se encuentra usted mucho mejor.

Zeleste no respondió. Ayreen dirigió una mirada inquieta hacia sus compañeras: los dados volvían a rodar por el suelo de la cabaña, pero toda atención se había desvanecido de la partida. Las jugadoras solo tenían ahora ojos para su capitana.

En especial Vivianne. La antigua primera oficial del *Ira Flavia* no perdía de vista a Zeleste. Sus fieros ojos de esmeralda encerraban destellos que a Ayreen no le transmitían nada bueno.

—Estás llena de preguntas, Ayreen —Zeleste habló al fin—. ¿Por qué no me dices lo que de verdad tienes en mente?

Rascándose la nuca por debajo de su cola de caballo, Ayreen sonrió con nerviosismo. La capitana la conocía demasiado bien.

—Solo quería decirle que, si necesita hablar, aquí me tiene. La he echado de menos.

Zeleste sonrió. Había estado muy callada desde, en fin, desde que *regresó*, se dijo Ayreen.

—Imagino que todo lo ocurrido le habrá dejado muchas cicatrices, capitana. No me refiero a… —estaba a punto de mencionar la de su ojo izquierdo. Rectificó a tiempo—. No me refiero a las superficiales. A lo mejor no comprendo los misterios del cerebro como nuestra cirujana, pero los del corazón...

Se ajustó el pañuelo carmesí en torno al cuello. Su único recordatorio tangible de una

adolescencia que, en cualquier caso, seguía presente en su mirada cándida y sus ademanes torpes.

—Gracias, Ayreen —dijo Zeleste—. ¿Algo más?

La antigua Hermana de Gracia dudó de nuevo. Acercándose unas pulgadas a su capitana, habló en susurros.

—Usted nos dijo que despertó en el santuario de Lezhari. Y que alguien había dejado la entrada abierta. ¿No se ha preguntado quién fue?

—Sé quién fue —Zeleste hizo una pausa—. Recordarás que alguna vez te hablé de Noema. Mi compañera en Pavlia Alcora.

—Lo recuerdo.

—Fue ella quien abrió el santuario para que yo escapara.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe?

Algo tembló en Zeleste. Fue fugaz, pero Ayreen atisbó miedo y confusión en su ojo sano.

—Ayreen… —Zeleste habló con tono de confidencia—. ¿Te has preguntado alguna vez si La Ascensión podría habernos ocultado algo? ¿Si todo lo que nos han contado de las Eternas, del proceso de fusión de las Madres, del poder de la Gracia… fuera solo una parte de la verdad?

Ayreen tardó en responder. En cualquier otra boca, aquellas palabras habrían sonado a pura chaladura.

En cualquier otra.

—La Ascensión tiene sus mentiras y el Eternismo también —respondió Ayreen—. No soy tan ingenua como para no saberlo. Pero yo misma llevo la Gracia en mi interior, capitana, y ese poder nace de la generosidad de las Eternas. Lo siento en cada pulgada de mi cuerpo.

—Lo sientes, pero no lo *sabes*. ¿No es el mismo efecto que producía la religión en tiempos del Hombre? Ni siquiera has visto una Eterna con tus propios ojos.

No era la primera vez que Ayreen debatía esa cuestión con la capitana. Esta vez tenía una respuesta preparada.

—Pues no; no es lo mismo. La religión no puede demostrar nada empíricamente. La ciencia sí. Y por mucho que mujeres e instituciones me decepcionen, yo creo en la ciencia. ¿En qué puedo creer si no?

Zeleste apartó la mirada. La historia de Ayreen le recordaba a la suya. Ambas habían estado en Pavlia Alcora, si bien las separaban ocho años y, por lo tanto, nunca coincidieron en el internado.

Al igual que su capitana, Ayreen mantuvo una relación difícil con sus maestras. Siempre tenía más preguntas. Siempre encontraba algo en lo que discrepar; en especial, la práctica de las noches de enmienda le resultaba injusta. Las Instructoras respondieron a sus objeciones castigándola con más noches de enmienda.

Por otra parte, ella sí completó su formación como iniciada de la Gracia. Embarcó en una goleta que debía transportarla a Lussém, en la isla mayor de Esprogal, donde empezaría su fase

de Andanzas.

El *Ira Flavia* se cruzó en su camino.

Podría haber rechazado la oferta de Zeleste. Podría haberse negado a unirse a su tripulación y permanecer en la senda de la Gracia. De haberlo hecho, ese hubiera sido el fin de la crónica de Ayreen Guthmayn.

Su transición a la extraña pirata que era ahora no fue fácil. Una noche, Zeleste la sorprendió cuando estaba a punto de saltar por la borda con una bala de artillería encadenada al tobillo. Aún no lograba entender del todo cómo su capitana lo consiguió. Cómo la hizo comprender que la solución a sus problemas no era quitarse la vida, sino crear una nueva. Reescribir su destino.

«Hay muchas formas de usar ese poder que fluye en tu cuerpo», le dijo Zeleste. «No es tu culpa que el Códice solo contemple una».

Seguía llena de contradicciones, pero Ayreen había encontrado su particular forma de aceptarse. Era una Hermana renegada, sí. Y libre de elegir su camino. Se sentía orgullosa, en cierto modo, de ser una anomalía.

—Los ideales son un lastre, Ayreen —dijo Zeleste—. Deja de llevarlos a cuestas. Vivir para ver un nuevo día es más que suficiente.

—No para mí, capitana —dudó—. ¿Por qué dice que nos han mentido? ¿A qué se refiere con que solo nos han contado «parte de la verdad?».

Zeleste calló. Sus labios daban la impresión de querer moverse; algún miedo los detenía.

—Confíe en mí. Se sentirá mejor si se lo quita de enci…

—Ayreen —la voz rasgada de Vivianne la cortó en seco—. Deja de dar por culo. ¿No ves que tu capitana necesita descansar?

La antigua Hermana estaba a punto de protestar cuando se oyó un golpe sordo. Todos los ojos se volvieron hacia la estrecha puerta de madera de la cabaña, donde unos golpes llamaban con insistencia.

Poniéndose en pie de un brinco, la pirata más pequeña del grupo se acercó a la puerta: aun obligada a ponerse de puntillas, Mara pudo alcanzar el cerrojo y, en cuanto lo descorrió, la puerta se abrió de golpe.

Todas vieron cómo Tostón y Sounya, sudorosas y jadeantes, entraban apresuradamente en la cabaña y arrojaban al suelo a una tercera persona que nadie esperaba: una adolescente pecosa y regordeta. Su pulcra vestimenta distaba mucho de los camisones deshilachados y las botas sucias que la rodeaban.

—¿Esto qué coño es? —tronó Vivianne, señalándola con ambas manos—. ¿Ahora llevamos una casa de acogida o qué?

Sounya tenía ganas de hablar, pero mucha más prisa por beber. Sin pedir permiso, agarró la primera jarra que vio y se la llevó a los labios. Tostón tomó la palabra mientras su compañera escupía un maltámbar caliente y sin espuma:

—Este pájaro tiene mucho que cantar —señaló a la muchacha—. Vale la pena que la oigáis,

en serio. ¿No hay agua?

Un círculo de miradas curiosas se formó en torno a la desconocida. Zeleste bajó de la cama y se colocó justo ante ella.

Si la chica no estaba lo bastante aterrada, lo estuvo sin duda cuando tomó conciencia de quién tenía delante. De alguna forma aguantó la compostura y, en su mirada, Zeleste se encontró con un trazo familiar.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Creo que conoces a mi tía Helga… o la conocías. Soy Kristine.

Confundidas, las piratas se miraron unas a otras. Salvo Sounya y Tostón, quienes asentían como para constatar que ya habían superado esa etapa.

Kristine. Un nombre que Zeleste había oído más de una vez, pero al que solo ahora podía asignar un rostro. Se fijó en su oscuro cabello lacio, sus ojos firmes y contemplativos, esos pómulos generosos. La sangre de Helga estaba ahí, sin duda.

—Tienes toda mi atención —dijo Zeleste.



«¿Qué artista querría irse a Malvitta? Aquí ya tienes el Liceo de las Artes de Tressenfürt. ¡No hay escuela más prestigiosa en las Cinco Islas!». Ciclos atrás, eso parecía ser lo único que amigas y familiares tenían que decirle. Al cumplir dieciséis años, Kristine descubrió su gran sueño: escapar. Huir de esa vida, tan acomodada como soporífera, que le procuraba su familia en su isla natal. No tenía ninguna duda.

Al menos, no antes de que su tía Helga fuera asesinada.

Se había trasladado a Londayn para vivir con ella, ya que siempre había entendido su espíritu mucho mejor que su propia madre. Crecería personal y artísticamente en un ambiente menos estricto que el de Vossen, donde sonreír a desconocidas y hacer el más mínimo ruido al sorber la sopa se consideraba mala educación. Descubrió, muy pronto y a la vez demasiado tarde, que el Liceo de Londayn no le procuraría esa explosión de libertad e iluminación que esperaba encontrar.

La mayor parte del alumnado era masculino, lo que no la sorprendió. El arte, como habría dicho su madre, era una ocupación de escaso valor en la sociedad contemporánea y, como tal, cosa de hombres. Lo que no esperaba era que esos hombres fueran tan complacientes y aburridos como su hermano Richerd, quien se había casado con una capitana de infantería sorterrana para asegurarse una existencia sin apuros económicos.

—No sé qué decirte, Kris. Mujer y hombre tienen naturalezas distintas. Vosotras sois talento, sensatez; nosotros, vigor y protección. Es lógico que madre y padre se repartan sus papeles, ¿no?

—No como se ha hecho siempre. Tenéis un espíritu lleno de capacidades, igual que nosotras. ¿Por qué se os deberían negar las mismas oportunidades?

—Porque, hermanita, las oportunidades han de responder a cada utilidad. Ese «sufragio global» del que hablabas antes, por ejemplo, ¿qué sentido tiene? No todo el mundo es igual de sabio. ¿En serio le darías el mismo poder de decisión a todo individuo?

—Sí. Es un individuo, Richerd. ¿No te gustaría poder hacer otras cosas? ¿Tener derecho a elegir tu empleo, a tener propiedad? ¿Viajar a otras islas sin el permiso de tu esposa?

—Kris, a mí me gustaría poder convertir la canela en oro, pero abrí los ojos en este mundo. No tiene sentido luchar contra la corriente.

—¡Tiene mucho sentido! La corriente… a veces está torcida desde el principio, ¿me entiendes?

—¿Eh?

—¡Que no tienes por qué conformarte con lo que te ha tocado, narices!

—Sabes, hace gracia oírte hablar de reinventar el mundo. Luego siempre tienes tu cuarto hecho un desastre.

Una posterior ristra de carcajadas solía poner fin a la conversación. Había acudido al Liceo en busca de sí misma y, tras un año de formación musical, pictórica, escultural, arquitectónica y teatral, una única cosa había sacado en claro: allí no se había encontrado.

Pese a todo, Londayn le ofrecía cierto respiro de vez en cuando. Sus maestras valoraban su talento para la pintura y la animaban a centrarse en ese ámbito, por desvalorizado que estuviera en aquellos tiempos. Y en las ruidosas tabernas del barrio portuario había hecho buenas migas con personajes irrepetibles, como Elenya Monthere.

Sus recitales musicales la cautivaban. Cuando las manos de la antigua marinera se deslizaban por los transparentes tubos de su arpa de agua, Kristine olvidaba todos sus problemas por unos minutos. Después compartían jarras de maltámbar —ahora que tenía dieciséis años, ya no tenía que mentir sobre su edad ni tomar préstamos de la bodega de su madre— y se quedaba embobada escuchando viejas aventuras y leyendas marineras. Los secretos que Londayn encerraba en sus recovecos también llegaban a sus oídos. Elenya pasaba muy poco tiempo en casa y, a fuerza de hermanarse con la calle, había adquirido un sexto sentido para estar al tanto de lo que La Gaceta de Sya nunca contaba.

Fue así como Kristine oyó hablar de Villa Léas por primera vez.

De aquella mansión se contaban muchos mitos, sobre todo concernientes a su propietaria. O propietario, porque hacía años que nadie veía a la señora Léas y, según Elenya, era su marido Dheniel quien regentaba el lugar sin que La Ascensión lo supiera.

Los rumores apuntaban a que Dheniel Léas nunca había notificado la muerte de su esposa. Así no solo conseguía eludir la Eminente Veda, el decreto del Códice que negaba el derecho de propiedad a los hombres, sino que también se aseguraba el control de un imperio clandestino de

variante propósito según qué versión de la leyenda se creyese: desde apoyar a las rebeldes segregacionistas hasta traficar con helminto, con órganos humanos, con pieles de Soleterno… Y, finalmente, lo único que Elenya podía confirmar como cierto: retratos artísticos que las mujeres ricas escondían en lo más profundo de sus sótanos.

Kristine se lo pensó un par de veces; no más. Tras una larga caminata hasta las afueras de la ciudad, se detuvo ante la verja de hierro que daba a los jardines. Un sirviente con ojos de sapo y calva reluciente acudió poco después de que sonara la campanilla.

—¿Puedo ayudarla?

La del sirviente era una voz protocolaria y distante. Cortesía monocorde.

—Estudio en el Liceo. Me dijeron que quizá necesitaran ustedes a alguien con mi formación.

El hombre la observó sin variar su expresión.

—¿Hay algo que no esté dispuesta a pintar?

—¿A qué se refiere? —Kris frunció el ceño.

—¿Se negaría a pintar algo por cuestiones morales?

Lo meditó. Solo por un instante.

—No.

Con un desganado gesto, el criado le indicó que la acompañara.

El negocio clandestino de pinturas eróticas se extendía a las Cinco Islas, y que las autoridades no hubieran indagado en él se debía a que eran precisamente gobernadoras, magistradas y quizás hasta Regentas quienes solían encargar esos cuadros.

Tras recorrer amplios vestíbulos y pasillos repletos de mobiliario dorado, lámparas de nácar hechas por encargo y grandes estatuas de granimármol, calibronce y otras aleaciones logradas por las Hermanas Transformadoras, el sirviente la condujo hasta los jardines de la parte sur.

Allí aguardaban varias cabañas que, supuestamente, servían de residencia para el personal de la mansión, si bien lo que Kristine descubrió tras una de esas puertas fue muy diferente. Junto a una esquina vio un caballete con su correspondiente lienzo e instrumental de pintura. En la parte posterior de la cabaña había una cama y, sobre ella, el modelo al que debía retratar.

Kristine nunca había visto a un hombre desnudo. Aunque le temblaban las manos cuando cogió el pincel, procuró relajarse pensando que a fin de cuentas allí estaba lo que buscaba: una oportunidad para vivir de su talento. «Todas empezamos en algún sitio», procuró recordarse. Estaba a punto de dar la primera pincelada cuando la puerta volvió a abrirse y, ante su mirada atónita, el criado hizo entrar a una rolliza oveja en la cabaña. La campanilla que llevaba al cuello resonaba con sus pasitos, y el animal baló con pánico al ver lo que le esperaba en la cama.

Probablemente, Kristine también hubiera balado de haber podido. Pero reunió el coraje suficiente para dejar su recato y su estómago a un lado, retratar la escena lo mejor que pudo y

ganarse sus primeros cincuenta astros como pintora.

Regresaría cada fin de semana para encontrarse con una escena distinta cada vez. Y aunque sus posteriores encargos fueron por lo general menos estrambóticos, cada visita a la cabaña en los jardines le deparó nuevas sorpresas, incluyendo una colección de muñecas de porcelana, un amplio surtido de algas y aceites y, de vez en cuando, orgías tan multitudinarias como agotadoras.

A través de esas visitas, Kristine empezó a intuir que la mansión encubría operaciones aún más turbias. En ocasiones veía las puertas de otras cabañas abrirse… Solo para cerrarse de inmediato en cuanto se advertía una presencia inesperada, la suya, en los jardines.

Llegó el día en que Dheniel Léas quiso conocerla en persona. Cenó con él en el suntuoso salón principal y, cuando por fin consiguió hacerse a la idea del asombroso atractivo de un hombre que ya no cumpliría los cincuenta, se atrevió a preguntárselo:

—¿Quién vive en esas cabañas?

Dheniel siguió comiendo su tarta de yema. Nada en su reacción indicaba que la pregunta le hubiera sorprendido o importunado.

—Sirvientes, chica —respondió—. Bien porque me sirven a mí, bien porque sirven a Malvitta. Ambas cosas son el mismo interés.

Y entre la cuidada barba rubia y el cráneo afeitado, unos ojos zarcos dejaban claro que eso era todo lo que Kristine necesitaba saber.

Paulatinamente, empezó a pasar más tiempo en las tabernas que en el Liceo. El maltámbar y las conversaciones bohemias parecían enseñarle más que cuanto aprendía en talleres de grabado o clases de teoría teatral. Su desbarajuste horario no pasó desapercibido para su tía, que pronto la amenazó con mandarla de vuelta a Vossen si no cambiaba de actitud. Sucedió aquella mañana en que Helga la despertó con un cubo de agua fría. Prometiendo enmendarse, Kristine se fue al Liceo para dar sus primeras horas de clase tras semanas de ausencia.

De regreso a casa se encontró con un grupo de gendarmes en la puerta. Las tomatas, envueltas en el chaquetón rojo con cuello verde que les daba su apelativo, le preguntaron si vivía allí. En cuanto dijo que sí, le ordenaron que entrara.

Así conoció a aquel hombre. Iba totalmente vestido de negro, salvo por la pluma violácea que decoraba su sombrero. Su cuerpo esbelto y patilargo se relajaba en la butaca de la sala de estar, donde Helga solía quedarse dormida revisando documentos de la alcaldía.

—Ah, cómo se parece usted a su tía —dijo Magdan.

Kristine dudó. La voz del hombre sonaba cortés y apacible, pero había al mismo tiempo un matiz incoherente desprendiéndose de él. Como lo que veía en su maestra de interpretación cuando, en un abrir y cerrar de ojos, se transformaba en el escenario.

—¿Qué ocurre?

—Lamento traerle malas noticias, señorita Kristine. Helga Jarnëssche ha desaparecido. Creemos que las segregacionistas están detrás de lo sucedido; puede que la hayan secuestrado. ¿Le importaría contestar a algunas preguntas?

Mientras las gendarmes registraban cada rincón de la casa, Kristine solo podía pensar en el tablón suelto que había junto a la chimenea. Más de una vez había visto a Helga retirándolo del suelo y escondiendo algo bajo él, siempre cuando creía que nadie la veía. Allí debía estar lo que buscaban las autoridades.

Las preguntas a las que respondió parecían destinadas a averiguar si sabía algo sobre la presunta relación de Helga con las rebeldes. El hombre de negro nunca se presentó ni explicó qué cargo tenía. A Kristine no se le pasó por alto el detalle de que la había llamado por su nombre, a pesar de que ella jamás se lo había dicho. Como tampoco le había dicho que Helga era su tía.

—Por su seguridad, estas dos gendarmes vigilarán su casa esta noche —explicó el hombre—. Si recordara cualquier detalle, por pequeño que fuera, le agradecería que acudiera a la gendarmería de inmediato.

—Lo haré. ¿Por quién debería preguntar?

Cuando el hombre se llevó una mano al pecho, Kristine percibió la herida. Una peculiar quemadura que asomaba en la muñeca derecha, entre la negrura del guante y la manga de su chaqueta.

—«Eme» estará bien por ahora —Magdan sonrió, orgulloso al parecer de lo que ese alias implicaba.

Ya sola en casa, Kristine apartó el tablón suelto junto a la chimenea. El cuaderno rojo que encontró solo consiguió desconcertarla aún más.

Estaba, por supuesto, escrito en código. Pudo reconocer lo que parecían fechas al principio de cada página; día, ciclo y año incluidos. Ocasionalmente, lugares como «Londayn» o «Pechvarry» aparecían en trazos apenas legibles. Más allá de eso, las últimas palabras de Helga se escondían en sucesiones de números separados por guiones:

74 — 35 — 92 — 43 — 80 — 08

Horas después, entre papeles repletos de intentos fallidos de desencriptación, una exhausta Kristine se dejaba tumbar en el sillón del recibidor. Solo entonces se fijó en el plano del distrito portuario, colgado en la pared opuesta. Cada calle y edificio importante del plano iba acompañado de un código de dos cifras. El 74 identificaba la plaza Cassenbalt. El 35 flotaba sobre la avenida Olssex Thayn. A buen seguro, Helga conocería al dedillo las equivalencias de esos números.

La clave llegó tan inesperadamente que casi pareció demasiado fácil. Si tomaba la primera letra de cada calle, la primera sucesión de cifras del cuaderno daba como resultado *Corbeta.* Más abajo, otra serie de números se tradujo en *Astillero Tres.*

Siguió descifrando hasta que cierta realidad se dibujó ante sus ojos. Su tía llevaba años anotando nombres de navíos que habían partido de Londayn junto con lo que parecían recuentos de personas a bordo. No estaba segura de qué propósito tenían esos barcos; por otra parte, que el tal Eme hubiese mencionado a las segregacionistas abría la puerta a conclusiones que, apenas unas horas atrás, habría descartado por inverosímiles.

Por ejemplo, el hecho de que su tía jamás hablara mal de las rebeldes. Salvo quizás en intentos forzados de contentar a sus visitas, compañeras de la alcaldía por lo general. O su reacción al leer en la Gaceta que Zeleste Sassuolo, la infame pirata, había sido capturada y purificada. Nada en los ojos de Helga indicaba que se alegrase de leer esa noticia. Incluso se le habían humedecido un poco.

El nombre de Zeleste se repetía también en las anotaciones cifradas del cuaderno.

Inquieta ahora ante estas revelaciones, oyó el rumor de cierta conversación que se producía tras la puerta frontal. Subió al segundo piso y se asomó al balcón de su cuarto para oír mejor a las dos gendarmes:

—Pero entonces, ¿la purificaron o no?

—Sí, pero está viva. O medio viva; no lo sé. Eme cree que se esconde en esa villa en las afueras. Solo necesita asegurarse.

—Asco de piratas. Tienen siete vidas.

—Y cada una peor que la anterior.

El cuaderno casi cayó de sus manos. Kristine mantuvo una larga conversación consigo misma, tratando inútilmente de repetirse que no podía ser cierto, que era una locura. Todo lo ocurrido en las últimas horas lo parecía. El mensaje de la última página, ahora resuelto, temblaba en la hoja que sostenían sus manos. *Corbeta Astillero Tres - Zeleste en Villa Léas.*

Le resultó imposible dormir. Los interrogantes se amontonaban en su mente, donde se mezclaban con especulaciones que terminaban por inquietarla aún más. Sobre todo, se preguntaba qué le había ocurrido realmente a su tía. Y qué papel cumplía Eme, el esbelto hombre de negro, en todo aquello.

«Aquí, cuando las autoridades dicen que alguien ha desaparecido», le había dicho una vez Helga, «el noventa por cierto de las veces es que la han purificado». De algo estaba segura: su tía le había ocultado muchas cosas, pero las autoridades también.

Una lenta comprensión terminó por arrebatarle el poco sueño que tenía: esas gendarmes no montaban guardia en la puerta para protegerla, sino para asegurarse de que no huía. Había estado

un año viviendo con Helga, así que a ojos de La Ascensión era sospechosa de complicidad. La persecución que había visto en otras familias se manifestaba ahora en su propio hogar.

Cansada de revolotear entre las sábanas, secó sus lágrimas y bajó de la cama. No tenía sentido seguir esperando a que sucediera algún milagro. Solo tenía dos pistas: la villa de Dheniel Léas y el astillero número tres del puerto. Necesitaba salir de casa sin que las dos tomatas se enteraran.

El miedo que sintió mientras ataba una sábana con otra resultó bello, al menos en el peculiar sentido artístico de Kristine Jarnëssche. Podía oírla ahora en su interior: la voz de la madurez. «Eso es. Ya no eres una niña. Llegó el momento de cuidar de ti misma».

Abrió la ventana de su cuarto. Nunca había trepado ni bajado por una cuerda, y quizá haría bien en olvidarlo.

Las sábanas resistieron hasta que estuvo a unos cinco pies del suelo. Los precarios nudos cedieron entonces y Kristine cayó dolorida en el patio trasero del hogar. De algún modo logró contener su grito de dolor. Sin darse cuenta, rezó, tal como hubieran hecho mujeres y hombres en la antigua era religiosa, para que las gendarmes no oyeran el estrépito.

Caminó ciudad abajo hasta los astilleros. En la tercera plataforma había efectivamente una corbeta, y un dúo muy particular de voces podía oírse cerca. Dos mujeres recorrían los aledaños del puerto con cestos de mimbre bajo el brazo. La más bajita hablaba en susurros, pero a la más alta se la hubiera oído a una milla de distancia:

«…ROBAREMOS EL B-BARCO DE TODAS FORMAS, ¿VERDAD?»

«…Zeleste quien decida eso.»

«¿P-PERO CREES QUE DIRÁ QUE SÍ?»

Kristine se detuvo. Era arriesgado, pero había que intentarlo. Tenía que seguir a esas dos mujeres. A fin de cuentas, ¿qué era lo peor que podía suceder? ¿Que le pusieran un cuchillo en el cuello?



V

Toda herramienta ha de emplearse con sabiduría;
todo espíritu debe esperar a que llegue su momento.

—REGENTA VERONIA DICOMO, *El Códice* (Iluminaciones)

VILLA LÉAS, MALDITTA

Junto a las paredes blancas del vestíbulo, dos hileras de estatuas exhibían una narración cronológica de la historia de Sya. Zeleste y Kristine pasaron ante la elegancia de la República Andrense, el surrealismo de los Reinos Joánicos, el hieratismo del Imperio Ulricano. Al fondo, sentado en un sofá curvilíneo, una extraña época presente se manifestaba en la figura de Dheniel Léas.

Cuando apartó la vista del libro y las miró, Kristine volvió a encontrarse con aquellos espejos de azul claro que observaban primero y decidían después. Acostumbraba a vestir un oscuro abrigo de piel cuando no estaba fuera de su mansión, y Kristine no podía dejar de mirar lo que

asomaba bajo tres botones superiores que nunca se ceñían. En ese pecho recio y velludo residía el poco poder que los hombres podían proyectar, si bien Dheniel era un caso diferente. Bajo fachadas como la de su mansión o su atuendo sugerente, había acumulado tal vez más poder que ningún otro hombre en tiempos de La Ascensión.

Dheniel se reclinó y cruzó las piernas. Sus brazos se abrieron a lo largo del cabezal del sofá.

—Te buscas amistades muy extrañas, Kristine.

Justo antes de pisar la alfombra que demarcaba el área de lectura, Zeleste se detuvo. Su presencia, pálida y enflaquecida, le confería un aire fantasmal en el vestíbulo. Tras el sofá, el criado de ojos de sapo al que Kristine ya había conocido parecía incómodo.

—Siento haberte despertado, Dheniel —se disculpó Zeleste.

—Tranquila, amiga. De todos modos, si duermo más de tres horas al día, empiezo a oxidarme. ¿La han seguido?

Se lo había preguntado a Zeleste, pero sus ojos estaban fijos en la muchacha. Kristine agachó la cabeza. Esa mirada la ponía nerviosa por más razones de las que admitiría.

—Si no lo han hecho, empezarán a buscarla en cuanto vean que no está en casa —dijo Zeleste—. Debemos irnos cuanto antes. No creo que Villa Léas sea segura ya.

—He perdido la cuenta de las veces que he oído eso —Dheniel dedicó una mirada cómplice a su criado.

—Quizá esta noche puedas dejar de llevarla. Es una Silueta la que nos está buscando —Zeleste señaló a Kristine, quien seguía unos pasos detrás de ella—. Cierto tipo ha aparecido esta tarde en su casa. No creo en las coincidencias, así que es muy posible que se trate de la misma persona que se infiltró en el *Ira Flavia* y consiguió que me capturaran.

Tras escuchar la descripción física de Eme, quemadura en la muñeca incluida, Dheniel se pasó un dedo por su estilizada barba rubia. Sus contactos con la élite habían protegido su villa hasta ahora, pero la presencia del hombre de negro lo cambiaba todo. Las Siluetas eran la respuesta del estado a la piratería, el contrabando y las conspiraciones. Agentes con permiso para saltarse cualquier frontera, ya fuera burocrática, legal o moral. Los dedos de la Regenta.

Kristine se fijó en el libro que descansaba en la mesita ante el pensativo señor de la casa. Un ejemplar del Códice. No creía que Dheniel lo leyera precisamente con devoción: más bien lo estudiaba para encontrar nuevas formas de burlarlo.

—Hm. Qué voraz es esta Regenta que tenemos.

Antes de que Kris pudiera preguntarle a qué se refería, Dheniel la miró.

—Magdan. Así se llama el hombre al que conociste. Su nombre no es lo que se dice un sinónimo de buenas noticias. Ese tipo tiene… —meditó unos latidos sus palabras—. Muchos talentos. Se podría afirmar incluso que es un genio en lo suyo. Me temo que estoy de acuerdo con Zeleste: aquí ya no estáis a salvo.

—Nos iremos de inmediato entonces —resolvió Zeleste—. Pero no podemos dejar a esta chica sola. ¿Crees que podrías conseguirle un pasaje para Vossen? Su familia es de allí.

—Eh, un momento — interrumpió Kristine—. Yo no quiero volver a Vossen.

—¿Y adónde abismos quieres ir?

La muchacha palideció. Lo que había brotado en el ojo enrojecido de Zeleste se parecía demasiado a la furia.

—Creo… —Kristine vaciló—. Creo que estaré más segura con vosotras. En vuestro barco.

—No tenemos barco, mocita; al menos no todavía. Y aunque consigamos uno, ahí no habrá lugar para ti. No nos dedicamos precisamente a pintarrajear cuadros, ¿comprendes?

—¡Eso ya lo sé! —«no soy una cría», gritaban los ojos negros de Kristine—. Sigo pensando que es lo mejor.

Zeleste la observó unos latidos. Cuando comprendió que hablaba totalmente en serio, puso su ojo sano en blanco.

—A esta le falta un hervor —murmuró.

Una carcajada de Dheniel marcó una abrupta pausa en la conversación. Su risotada altisonante se prolongó hasta hacerse incómoda.

—¿De qué te sorprendes? Tengo entendido que su tía era igual de obstinada —Dheniel se puso en pie—. Además, no le falta razón. Si intentara salir de Malvitta, La Ascensión sospecharía aún más de ella. Eso si Magdan le da siquiera la oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué habláis de mí como si no estuviera presente? —Kristine agitó los brazos—. Hola, gente, estoy aquí. Dirigidme la palabra, por favor.

Resoplando, Zeleste miró a su alrededor con hastío. Finalmente se giró hacia la chica.

—Hago esto por mi amistad con Helga, no por ti. Y en mi barco no hay pasajeras. Vas a tener que aprender muchas cosas en muy poco tiempo.

—Claro. No tengo otra elección.

Zeleste negó con la cabeza. «Esto no va a salir bien», declaró la pirata mientras se tapaba los ojos con una mano. Se disponía a elaborar más quejas cuando un sonido en el exterior la interrumpió.

Dheniel frunció el ceño. Lo que había sonado era la campanilla de la verja de entrada. El criado se aproximó a una ventana y descorrió las cortinas. Al ver lo que había fuera, sus ojos anfibios se llenaron de inquietud.

—Son gendarmes —anunció el criado—. Y hay alguien con ellas. Un hombre vestido de negro.

—Saben que estamos aquí —gruñó Zeleste.

La expresión del amo de la mansión no había cambiado. Su mirada cerúlea permanecía en calma, calculando fríamente la situación. No obstante, Kristine percibió la forma en que su pecho se ponía rígido. Los planes que se dibujaban a la velocidad de la luz en su cabeza.

—Christof, llévalas al pasadizo subterráneo —ordenó a su criado—. Yo me encargaré de recibir a nuestra visita.

—Dheniel —Zeleste se acercó a él—. Si no vienes con nosotras…

—Jamás abandonaré mi hogar. Sois vosotras las que ya no pintáis nada aquí.

Antes de que la pirata pudiera responder, Dheniel hizo algo inesperado. Se acercó a ella y, como si hablara con una amante a la que nunca volvería a ver, sostuvo sus níveas mejillas con las manos.

—Has sobrevivido a la purificación. Eres más que un espíritu, Zeleste; eres un mito. Este mundo te necesita mucho más que a mí.

La pirata enmudeció. Por un momento, pareció tan frágil y vulnerable ante la mirada de Dheniel que Kristine se preguntó si Zeleste suspiraría también por él.

Zeleste se dejó abrazar. Sus manos vacilaron en el aire hasta que, tímidamente, se atrevieron a sostener los hombros de su huésped.

—El túnel os llevará a la costa —susurró Dheniel—. Encontraréis una chalupa junto al acantilado. Christof accionará las poleas para que podáis bajar al mar. Si navegáis rumbo oeste, alcanzaréis los astilleros de Londayn. Mucha suerte, amiga.

Sin dar tiempo a nada más, se separó de la pirata y caminó hacia la puerta.

Kristine no volvió a verlo. Zeleste la agarró del brazo y corrieron tras las torpes zancadas del criado. Cuando miró atrás, Dheniel Léas ya no estaba.



Es la gloria de mi patria
lo que enciende mi pasión.
Soy amparo, soy muralla;
Infanta en el corazón.
—HIMNO DE LA INFANTERÍA ASCENDENTE

ASTILLEROS DE LONDAYN, MALVITTA

El frío arreciaba durante la noche malvittana. Hundiendo el mentón bajo el grueso cuello de su casaca, la infanta Arabbe cerró los ojos y escapó del lugar. Adelantaba su regreso a casa imaginándose en las ardientes praderas del interior de Note-Coreil, donde mares de llamas surcaban la campiña cuando el trigo relucía bajo el sol.

Apenas empezaba a recuperar un poco de calor, aunque fuera ilusorio, cuando la rasgada voz de su tenienta disipó su ensoñación.

—No he tenido ocasión de darte la enhorabuena.

La tenienta Patrize nunca sonreía, pero tras un año destinada en Malvitta, Arabbe sabía que eso no reflejaba su verdadero carácter. En momentos delicados había demostrado ser una oficial

exigente, aunque también justa y atenta con sus mujeres. Esa hebra de amargura que la caracterizaba era también comprensible: a sus maltrechos y sacrificados cincuenta años, aún no había llegado a capitana.

—Creo que me ha llegado el momento de crecer —Arabbe sonrió y se acarició el vientre. Noelle pronto estaría con ella en Briançon—. ¿Sabrá apañárselas dos ciclos sin mí?

Patrize se dio la vuelta para echar un vistazo a la corbeta, donde las otras tres infantas patrullaban con la misma cara de sueño que habían mostrado desde la primera noche. Hizo una mueca resignada.

—Difícil está la cosa con estas inútiles. Pero si alguien de mi destacamento ha de volver a casa, mejor que seas tú. Te lo has ganado.

—Gracias, mi tenienta —modesta, Arabbe agachó la cabeza—. Si le digo la verdad, estoy emocionada… y aterrada.

—Normal. Ahora viene lo duro. Aunque estas cosas también sirven para saber si estás con el hombre adecuado. ¿Quieres un consejo? Si empieza a quejarse y a decir que él no está solo para proteger el hogar y criar a las niñas, lárgate de ahí. Si no ha aprendido ya cuál es su lugar, no lo hará nunca. Bien que lo sé.

No era la primera vez que la tenienta le advertía sobre la inconstancia de los hombres. Cuando Arabbe supo cómo habían acabado los tres matrimonios de Patrize, entendió por qué lo hacía. Era difícil ser optimista cuando se tiene tan mala suerte… o cuando se escoge repetidamente tan mal.

Al ver que su tenienta intentaba encender un fósforo, la infanta Arabbe se echó el mosquete a la espalda y le tapó el viento con las manos.

—Por ahora no me puedo quejar —dijo Arabbe—. Creo que he tenido suerte; es muy buen chico.

—De tu tierra, imagino —dedujo la tenienta. Una diminuta cortina de humo escapó de sus labios.

—No, de aquí. Pero… —se apresuró a sonreír—. Es de los buenos, se lo aseguro.

Frustrada, la tenienta desistió de batallar contra el viento y volvió a guardar la pipa en su casaca. Contempló el oscuro horizonte, ajena a su compañía por unos latidos.

—Descuida. Si algo he aprendido de las malvittanas es que no tienen la culpa de lo que les ha tocado. La minoría radical nunca dejará de joder a la mayoría decente. Dicen que el segregacionismo es una plaga aún peor que el helminto, pero no sé de ninguna que haya durado tanto.

Arabbe recordó al rebelde al que abatieron a disparos dos semanas atrás. Fue la tenienta quien advirtió el bulto que asomaba en su sombrero. No sabía qué era más estremecedor: lo cerca que había estado de morir esa mañana o el hecho de que las segregacionistas obligaran a hombres a inmolarse. Se obligó a desprenderse del recuerdo como quien se sacude un agua sucia.

—¿Por qué cree que las rebeldes nos odian tanto? —preguntó Arabbe—. La Ascensión ha

transformado el mundo de forma increíble. Es la primera vez que las Cinco Islas están unidas bajo una misma bandera. ¿Qué es lo que no ven?

No contestó más que el silbido del viento, y el rumor de las pequeñas olas que morían contra el muro de los astilleros. Se dio cuenta entonces de que la tenienta no le prestaba atención. Tenía la mirada fija en el mar.

—Siempre es cuestión de lo que se quiere ver —Patrize señaló al frente con el dedo.

La infanta entornó los ojos. Bajo sus botas, el reflejo ondulante de cientos de estrellas titilaba en la superficie del mar. Sin embargo, allí, unos sesenta pies al frente, la irrupción de cierta sombra rompía esa danza de agua y luz.

Era una pequeña embarcación remera. Una chalupa. Y se acercaba a ellas.

La pleamar ya casi había llegado y, bajo la plataforma combada sobre la que descansaba la corbeta, apenas quince o dieciséis pies las separaban del agua. La chalupa se aproximó despacio sin que nadie pareciera gobernarla, hasta que una luz anaranjada brotó cerca de popa.

—Eh, ahí arriba —una voz apática se impuso apenas al viento—. Sí, coño, vosotras dos. Me he perdido, ¿podéis darme indicaciones?

Tras sobreponerse al desconcierto inicial, Arabbe alzó la voz para responder.

—¿Para dónde, marinera?

—Para Londayn —empuñando el nácar en alto, Tostón apoyó un pie sobre el cabrestante de la embarcación—. Buscamos una ciudad próspera y, como La Ascensión dice que Londayn lo es, que eso del helminto y la revolución no es para tanto… En fin, ¿vamos por buen camino o qué?

Antes de que Arabbe pudiera contestar, se dio cuenta de lo que estaba haciendo su tenienta: Patrize se había desajustado la correa del hombro y apuntaba a la mujer con el mosquete.

—Quédate quieta ahora mismo y levanta las manos.

—Eh, menuda bienvenida —Tostón abrió los brazos en señal de protesta—. ¿En Infantería sois todas así de majas? ¿O es que el viento te ha jodido el tabaco?

—No te lo voy a repetir.

Arabbe se desabrochó también la correa y empuñó el mosquete, aunque lo hizo más por inercia que por convicción. Su tenienta había estado demasiado tensa últimamente. Cuando estaba a punto de preguntarle si acaso no se estaba precipitando con aquella pobre marinera perdida, Patrize le dio su última orden.

—Arabbe, corre a la gendarmería y trae refuerzos.

La infanta no reaccionó. Miraba a su tenienta como si dudara de su cordura.

—Piénsatelo un latido más y te prometo que tu hija jamás verá Briançon —gruñó Patrize—. ¡Muévete!

Convencida de que cualquier opción era mejor que enfrentarse a la ira de su tenienta, Arabbe corrió hacia la ciudad con la rara sensación de que se estaba formando una tragedia que no comprendía. Mientras se alejaba, oyó a sus espaldas los gritos de Patrize, quien ahora ordenaba a las otras tres infantas que se aproximaran a la proa de la corbeta y sacaran sus armas.

La tenienta Patrize había reconocido la voz de la mujer al instante. Era una de las dos floristas que rondaban cada noche sospechosamente cerca de los astilleros. Floristas en Malvitta. En plena madrugada. En el seno de una plaga de helminto y atentados constantes. Patrize acumulaba demasiada experiencia como para creer en espíritus tan ingenuos.

Levantó un brazo y alzó tres dedos en el aire. No fue necesaria ninguna palabra. Sus mujeres reconocerían la señal y, desde proa, tensarían los dedos en torno al gatillo de sus mosquetes.

—Último aviso —vociferó la tenienta—. Estás detenida por autoridad de la Infantería Ascendente. Levanta las manos o…

—¿O qué? —se burló Tostón—. ¿Bajarás de un salto para leerme derechos que no tengo? Cago en mi espíritu, en esta ciudad es mejor perderse que pedir indicaciones.

—Buen intento, listilla, pero sé quién eres. Te he visto todas estas noches con tu compañera.

—¿Mi compañera? —Tostón se rascó la cabeza—. Ah, sí, la que les va a chupar la sangre a usted y las tres boñigas uniformadas que tiene detrás.

Patrize se desternilló.

—Mis mujeres estarán encantadas de recordarte esas palabras en tu celda. ¿Verdad, chicas?

Nadie respondió. Patrize resopló al recordar que no le habían asignado precisamente el más intrépido de los destacamentos.

—¿Me oís?

Cuando alzó la vista hacia la corbeta, se dio cuenta de que sus compañeras ya no estaban allí.

Al principio creyó que sus ojos la engañaban. No se explicaba qué había sido de las tres infantas que momentos atrás apuntaban sus armas desde la proa.

Hasta que sintió aquel resuello en la nuca y se dio la vuelta.

Se encontró cara a cara con un hambre reluciente, una especie de enfermedad amarillenta que le sonreía tras dos pupilas inusualmente dilatadas. No tuvo tiempo para ver más. Antes de que pudiera gritar, un puñal sesgó aire, carne y vida con un rápido movimiento. Tan rápido que Patrize solo entendió lo que acaba de pasar cuando notó el líquido caliente que brotaba de su garganta. Se la cubrió con la mano. No podía ser sangre, tanta sangre, pensó un latido antes de que su conciencia empezara a apagarse.

Sounya le dio un leve empujón para que cayera hacia atrás y contemplara las estrellas malvittanas mientras moría. Se pasó entonces el puñal por la lengua y, tras saciar al fin el Ansia acumulada durante semanas, profirió un placentero gorgoteo. La sangre caliente le arrancó un escalofrío que se extendió de la nuca a las piernas. Su respiración se calmó entonces, al tiempo que la angustia ambarina se suavizaba en sus ojos.

—Gracias p-por esta noche —se asomó al borde de la plataforma—. ¡Listo! ¡T-t-todas arriba!

Quince pies abajo, Tostón abrió la trampilla de la chalupa. Una a una, las piratas salieron del interior de la pequeña embarcación y se dispusieron a hacer lo imposible. Nadie había usurpado

jamás una nave de esa forma. Alguna vez tenía que ser la primera, pensó Sounya relamiendo una vez más el puñal.

Zeleste fue la primera en asomar la cabeza por el hueco de la trampilla, seguida de Vivianne, Nëufan, Ayreen, Kristine y, por último, Mara. La pequeña pirata de ojos grandes apuntó con el brazo hacia la plataforma y activó el resorte de *Chispa,* el artilugio que llevaba ceñido a la muñeca.

La cuerda salió disparada con fuerza. El garfio se elevó hasta alcanzar la cubierta de la corbeta, donde Sounya lo fijó entre los cabos del palo trinquete. Ella misma había ascendido por esa misma cuerda media hora antes, cuando la chalupa se aproximaba a Londayn. No había sido necesario echar a suertes quién se infiltraba en la corbeta mientras Tostón distraía a las infantas: si había sangre gratuita, nadie mejor que Sounya para encargarse de todo.

Las piratas treparon con la agilidad que tantos años en el mar les había procurado. Elevaban las piernas y atenazaban la cuerda entre los muslos, dándose así un impulso adicional mientras Mara permanecía en la chalupa ejerciendo de base de la cuerda. Kristine no habría sido capaz de trepar más de unos pocos pies, así que tuvo que esperar junto a Mara hasta que todas hubieran subido y, aferrada a la cuerda de *Chispa,* cerró los ojos mientras las piratas tiraban de la cuerda para elevarlas.

No había tiempo que perder. Los papeles estaban asignados y, con una sola orden de Zeleste, todos los pies corretearon por la entablonada cubierta. Mientras Sounya descendía a las entrañas de la nave para asegurarse de que no había otras infantas dentro, sus compañeras treparon al palo mayor y empezaron a desplegar el velamen mínimo que precisarían para navegar.

Era una tarea para al menos veinte marineras. Fueron solo cuatro las mujeres que, con una mezcla de experiencia, urgencia y optimismo suicida, hincaron los pies en las jarcias y desataron los pesados cabos que mantenían las velas enrolladas. Descendieron luego a toda velocidad y se dispusieron a repetir la operación en el trinquete, ya faltas de aliento. Ayreen acababa de encaramarse al obenque de estribor cuando, por puro instinto, giró la cabeza en dirección al puerto.

A lo lejos, donde se vislumbraban las primeras casas del distrito portuario, dos hileras de luces surcaban la oscuridad. Eran varas de nácar empuñadas en alto que avanzaban hacia los astilleros, dejando atrás tabernas y sedes mercantiles. Alguien había avisado a las gendarmes. La desesperada maniobra distractoria no había funcionado.

—Ayreen —dijo Zeleste al ver que su compañera bajaba de las jarcias.

—No hay tiempo —contestó la antigua Hermana mientras se subía a la regala de estribor.

—Tenemos que desplegar…

—¡No hay tiempo!

Y de un salto, Ayreen se plantó de nuevo en la plataforma de los astilleros.

Aquella noche había tenido un presentimiento. Todo se torcería, y no había sido necesario que Nëufan reiterara lo absurdo del plan para saberlo. Ahora también sabía que tendría que actuar rápido para salvar a sus compañeras.

Se puso de rodillas y apoyó las manos en la tersa superficie de la plataforma, esculpida por la misma Gracia que corría por sus venas. Con los ojos cerrados y los dedos ligeramente contraídos, Ayreen estaba lista para utilizar el don más admirado en toda Sya. La duda estaba en si conseguiría hacerlo a tiempo.

La Gracia era una fuerza sujeta al dominio previo de la meditación. Incluso las Hermanas más experimentadas precisaban varios minutos de concentración antes de que la tierra empezara a obedecerlas. No obstante, Ayreen había oído hablar de excepciones. Proezas desesperadas con las que algunas Hermanas habían conjurado la Gracia de manera casi inmediata.

Empezó a hablar con un idioma que solo se entendía en el silencio. Sus palabras se articularon en un rincón al que muy pocos espíritus podían acceder. Arrodillada, sin otra opción que forzar una comunión entre cuerpo, mente y espíritu tan perfecta como apresurada, Ayreen tuvo la sensación de haber estado preparándose toda la vida para ese momento.

La tierra lisa y compacta de la plataforma que sostenía a la corbeta respondió. Primero con un crujido. Luego con un tímido temblor. Finalmente, las primeras grietas aparecieron allí donde Ayreen apoyaba los dedos.

Tenía la corbeta ante ella, pero ya no la veía con los ojos. La Gracia se convertía en un nuevo sentido que la guiaba a través del calor de los cuerpos, del barco, de la tierra en la que apoyaba ambas manos. *Rómpete conmigo,* dijo sin mover los labios. *Rómpete.* Una última cascada de crujidos alertó a Zeleste, quien apenas tuvo tiempo para gritar a sus mujeres que se agarraran allá donde pudieran.

Las doscientas toneladas de la corbeta se encontraron de pronto sin soporte. La plataforma acababa de fragmentarse. El navío se precipitó hacia abajo, y hasta el último tablón de madera pareció rechinar y plañir cuando la quilla se topó con la tensión superficial del agua. Aferradas a las jarcias, las piratas se balancearon en el aire mientras la corbeta zozobraba peligrosamente en su precario equilibrio.

Pero la estructura de hierro y madera resistió. Los gritos de júbilo inundaron la noche. Arriba, sobre el pequeño fragmento de la plataforma que seguía intacto, Ayreen se unía a la celebración dando saltos de alegría y exclamando a los cuatro vientos: «¡Gracias, Eternas! ¡Gracias!». Su gratitud se vio interrumpida cuando se dio la vuelta.

Las luces estaban lo bastante cerca como para distinguir a quienes las empuñaban. Al menos una docena de gendarmes y, si sus ojos no la engañaban, una única infanta.

Ayreen dio unos pasos atrás para coger carrerilla y saltó de la plataforma.

Tuvo el tiempo justo para adoptar una posición ideal para la zambullida; aun así, su abrupta caída al agua la desorientó. El mar la recibió con una mordedura gélida y Ayreen se encontró en

un turbio espacio sin fondo ni techo, más allá de los difusos resplandores que le indicaban dónde estaban las estrellas.

Cuando asomó la cabeza en la superficie, se encontró frente a frente con una colosal masa oscura que se balanceaba entre crujidos. Tanteó con las manos y confirmó, confiando más en su tacto que en sus ojos, que lo que tenía delante era el casco de la corbeta.

Oyó un chapoteo a su derecha. Un resplandor asomó sobre la regala del barco: Zeleste, cuyo cabello ceniciento brillaba como un pedazo sesgado de Luna, le hacía aspavientos para que trepara por el cabo que le acababa de lanzar.

Ayreen cogió la cuerda y apoyó los pies sobre el casco para emprender el ascenso. A su cabeza acudieron los ejercicios con los que su capitana mantenía en forma a la tripulación del *Ira Flavia*; más concretamente, los que peor se le daban. El mar le agarrotaba los músculos y enfriaba su confianza. Apenas había empezado a subir cuando sus pies resbalaron del casco y volvió a caer. Sumergida y desorientada de nuevo, un dolor estalló en su frente cuando esta chocó con el curvado forro de la quilla. Vio un tinte rojizo que se propagaba en la opacidad del mar.

De vuelta en la superficie, escuchó gritos que procedían de la corbeta. Voces que intentaban ser de ánimo y solo conseguían avivar sus nervios. Logró asir la cuerda de nuevo. Esta vez perdió agarre antes incluso de poder apoyar los pies en el casco.

Era rabia lo que Ayreen sentía ahora. Una frustrada ira que se mezcló con el peso abrumador de estar lastrando a sus compañeras y no salvándolas como había imaginado. Era como si las Eternas la hubieran abandonado justo después de darle esperanzas.

Las varas de nácar de las gendarmes ya asomaban por el extremo intacto de la plataforma. No les resultaría fácil disparar a un barco zozobrante en mitad de la noche, pero solo sería cuestión de tiempo. Los gritos de sus compañeras le imploraban que se diera prisa, que podía hacerlo, y una voz despuntaba entre las demás: concéntrate, decía Zeleste. Vuelve a intentarlo. Lo conseguirás.

Una luz se prendió en la mente de Ayreen. El dolor de su frente ensangrentada, la quemazón en sus manos, la fría humedad: todo se comprimió en un denso alarido que le procuró el impulso que necesitaba. Intentó por tercera vez trepar la cuerda y, en esta ocasión, su esfuerzo dio resultado. Imaginó el casco del barco como una superficie horizontal que se doblegaba ante ella. Sus manos asieron el áspero cáñamo de la cuerda con la feroz desesperación de un animal herido.

Arriba, las piratas se agacharon al oír la primera ráfaga de disparos.

Los proyectiles silbaron a pocas pulgadas de distancia, arrancando una lluvia de astillas en el casco. Se requerían unos cuarenta latidos para abrir un arcabuz, limpiarlo de hollín y cargarlo de nuevo; Ayreen sabía que las gendarmes de Malvitta tardarían menos. Y la infanta sería aún más rápida con su mosquete.

Con un nuevo grito, siguió trepando mientras en su cabeza resonaban, como instaladas allí

para siempre, las palabras de su capitana. Concéntrate. No te rindas. Lo conseguirás.

Los últimos pies de ascensión fueron atroces. Sintió las palmas de sus manos en carne viva. Sus brazos se movían como un ente mecánico que luchaba por encima de sus posibilidades. El rostro de Zeleste asomó por la borda; sus rizos convertidos en un fulgor plateado bajo los astros nocturnos. Una leyenda fantasmal, renacida, que le tendía la mano para ayudarla en su último impulso.

Por encima de aquella mano se distinguía una sonrisa que llevaba mucho tiempo añorando. Ayreen también sonrió cuando sus ojos se encontraron con los de su capitana, y eso fue lo último que vio.

Zeleste oyó la nueva salva de disparos. Ante sus ojos, la cabeza de Ayreen se abrió con un esponjoso estallido. Un río de carne y cerebro se dispersó en la brisa crepuscular.

Boquiabierta, siguió sosteniendo una mano sin vida durante varios latidos, hasta que el siguiente disparo la alcanzó en el hombro y la derribó. Su cabeza se estrelló contra los tablones de la cubierta.

El golpe la arrancó de su entorno.

En su conmoción, solo podía sentir el vaivén del navío. El suave viento que mecía las velas recién desplegadas.

Vivianne y Sounya corrían ahora hacia ella. Zeleste seguía suspendida en un confín lleno de dolor y confusión, pero vacío de sonidos y recuerdos. Salvo el de la indigna muerte de Ayreen. Otro espíritu que se iba antes de tiempo, arrebatada literalmente de su mano. Ni siquiera la había visto caer al mar.

La rabia que momentos atrás le había dado alas a Ayreen se posaba ahora en Zeleste. Tratando de incorporarse, la capitana sintió que un mecanismo dormido, alguna válvula atascada tras la purificación, se accionaba en su interior. Las demás vieron cómo se ponía en pie, tambaleándose entre la constante zozobra de la nave y trastabillando luego hacia la popa del barco, donde quedaba a merced de la inminente ráfaga de los arcabuces.

De no haber estado de espaldas a ellas, habrían visto también la tempestad que se dibujaba en su ojo derecho. Su blanca piel impregnándose del color de la sangre. Habrían anticipado el atroz alarido que escapó de su garganta y desgarró la noche, ahogando todo sonido: el rumor de las olas, el quejido de la madera, las gendarmes coordinando a gritos su próximo disparo. Pero solo alcanzaron a verla poniéndose de rodillas, extendiendo a continuación sus brazos y profiriendo un grito que nada tenía de humano.

Y el Viento respondió.

Los brazos de la capitana temblaron como si algo los devorase por dentro. Unas raíces azules asomaron en su cuello; gruesas venas que hervían con ansia de venganza. El siseo de la brisa

costeña creció hasta convertirse en una extensión huracanada de su propio alarido.

Las gendarmes que apuntaban desde la quebrada plataforma no tuvieron tiempo para reaccionar. Cayeron al suelo y, antes de que pudieran levantarse, ya eran muñecas de trapo a merced de la repentina ventisca. Volaron, igual que lo hicieron las pequeñas cabañas de las vigilantes costeras, los tenderetes de los pescaderos, los tejados de las sedes mercantiles. Y el atroz viento siguió desarraigando edificios, arrasando calles, reduciendo un tercio de la ciudad a escombros mientras el grito salvaje de Zeleste imponía un nuevo equilibrio en el mundo.

Hasta que, tras el tremendo esfuerzo, se sintió liviana y vacía… y se dejó caer sobre la cubierta.

Las piratas no podían ver la destrucción que acababa de desdibujar la ciudad, pero la intuían. El poder que acababan de contemplar no era el de siempre. En nada se parecía ese asolador vendaval a lo que en otras ocasiones habían visto conjurar a su capitana.

Suavemente, como obligado a compensar un desequilibrio en la atmósfera, el viento regresó soplando en dirección contraria. El velamen se hinchó, impulsando a la corbeta hacia el mar.

Las nubes grises que llegaban de levante fueron lo último que vio Zeleste antes de cerrar los ojos. Poco después, un frío cosquilleo caminó sobre su frente. Caían las primeras gotas.

Tercera Parte





I

Debe parecerse a un espectáculo teatral. Un cautivador
planteamiento, un elaborado nudo y un rápido desenlace.
El cadáver cae al suelo tal como lo hace el telón.
El público se pregunta cómo abismos lo hemos hecho.

—MAGDAN, *Memorias de una Silueta* (inédito)

«Lo ocurrido en Londayn supuso un contratiempo, mas de ningún modo una derrota. Vuestro narrador no se había ido de Malvitta con las manos vacías. ¡En absoluto, mis señoras! Las cabezas de Helga y Dheniel Léas daban buena cuenta de ello».

Encaramado a la regala de babor del bergantín que la Regencia había puesto a su disposición, Magdan canturreaba con un cuadernillo entre las manos. Anotaba memorias y reflexiones para el libro que llevaba ciclos escribiendo. Si el viento acompañaba, llegaría a su próximo destino en no más de cinco días. Y en cuanto concluyera su sesión informativa —pequeño incordio por el que debía pasar cada dos ciclos—, disfrutaría al fin de Porto Rómero en todo su decadente esplendor.

Conocía bien la capital de La Ascensión. Su paradójica abundancia, su desequilibrio irresistible. Esos mesones en los que el cubierto medio costaba lo que una campesina ganaba en media vida. La aburrida aristocracia buscando nuevas formas de dilapidar el dinero que no necesitaba.

Ah, casi lo echaba de menos.

Se hospedaría como de costumbre en el *Anno Splendito*, situado junto a un puerto que, además de ser el más grande las Cinco Islas, gozaba de prestigio y relevancia suficientes como

para darle nombre a toda una ciudad. Sus habitaciones más lujosas, las llamadas salas imperiales, contaban con mobiliario bañado en oro, una cama con dosel y sábanas de seda coreilesa. También con magníficas esculturas que nadie contemplaba y fastuosos sofás en los que nadie se sentaría.

Sin olvidar la gran balconera. Desde allí podía contemplarse el Capitolio Regente; un palacio que solía describirse como «el corazón de la nación», pero que, como Magdan sabía, era mucho más que un corazón. Era un vientre en el que bilis y corrupción corrían con fuerza. Riñones que filtraban la sangre que La Ascensión dejaba a su paso. Y magníficos intestinos con los que evacuarlo todo sin dejar rastro.

Tras el Capitolio se alzaban las Cincolinas. Ese pentágono de elevaciones naturales separaba el centro de Porto Rómero del llamado Campo de Alfoze, donde se concentraban los arrabales de la ciudad. A Magdan siempre le había parecido una metáfora adecuada. La élite de la ciudad vivía así, resguardada de la pobreza con un muro lo bastante grande como para olvidarse de ella.

Gozaría de los numerosos servicios de la residencia, incluidos dos restaurantes, una sala de fiestas y recitales, baños, jardines y barberías. Pasearía por la siempre concurrida Avenida Fertilità con su atuendo favorito: jubón con mangas y faldón acampanados, guantes perfumados, medias de seda y botas con espuela plateada. Todo en categórico negro, salvo el plumón violeta que remataba su sombrero. Exhibía así una moda que empezó a perderse al menos ciento treinta años atrás, cuando La Ascensión acababa de unificar Sya bajo su bandera.

Le gustaba aquello de resultar excéntrico. Ser un anacronismo deliberado que atraía todas las miradas, ya fuera sentado en el palco del Teatro Regente, saboreando una taza de cocomenta en la terraza privada del *Suegno Reggio,* asistiendo a los pregones de las Hermanas Predicadoras en la Piatza Campiona o comprando surtidos de abrigos, sombreros y espejos en el inmenso Emporio DiCanio.

Ninguna de estas tareas tenía para él un significado especial. No degustaba carnes y bebidas importadas del Lejano Continente porque apreciara la comida exótica, ni escuchaba discursos porque confiara en que la ciencia Eternista lo acercase a la iluminación. Obviamente, tampoco compraba artículos caros para que luego acumularan polvo en su finca de Blanchelaut, cortesía de la duquesa Thérésse Montpeyrousse, donde nunca recibía ni esperaba visitas.

No. Magdan hacía todo esto porque así podía infiltrarse entre espíritus. Entrar y salir del curioso escenario de la humanidad a placer. Dedicarse, en suma, a lo que más le gustaba: actuar.

Sin olvidar que la Regencia le pagaba todas sus dietas y desplazamientos. Eso no estaba nada mal.

Además, mezclarse con la flor y nata de Porto Rómero le permitía poner en práctica dos principios que incorporaría a su futura publicación. El libro de memorias más honesto y provocador jamás escrito.

El primero de esos principios giraba en torno a su particular teoría del camuflaje: «no se trata de pasar desapercibido, sino de atraer todas las miradas y conseguir que crean lo que ven».

El segundo rezaba: «nunca subestimen el poder de la superficialidad. No se trata de lo que hacemos, sino de que *se nos vea* haciéndolo. No es lo que llevamos puesto, sino lo que la gente *ve* que compramos. Nuestra sociedad ha avanzado lo suficiente para permitirse el lujo de cuidar la apariencia más que el contenido. ¡Aprovechen la oportunidad, mis señoras!».

Su última visita al Emporio DiCanio le regaló un encuentro que confirmó la eficacia de sus ideas. «Tiene usted buen gusto», le había dicho una voz mientras curioseaba en la galería de artículos de piel. Al girarse se topó con otro ejemplar de aristócrata insufrible: bajo aquel vestido de terciopelo plateado, tras una piel untada con aceite de linaza para comprar un poco de juventud, Magdan podía ver un vacío sin límites. Una ausencia que esa cincuentona llenaría, seguramente, con lo que quiera que escaparates y etiquetas le ofrecieran.

—En muchos sentidos —respondió él, volviendo a colocar el abrigo de muestra en el perchero—. Me gusta probar cosas nuevas de vez en cuando. Y este es el lugar perfecto para ello, ¿no cree?

Se inclinó y le besó la mano.

—Desde luego —la mujer sonrió, complacida con la cordialidad del desconocido—. Me encanta el DiCanio. Su esposa estará contenta teniendo un marido que sabe dónde comprar.

Magdan practicó su perfecta sonrisa dócil. En medio latido, escribió en su cabeza una historia para su pareja ficticia.

—Lo estaba, mi señora. Por desgracia, el helminto la arrebató de mis manos hace tres ciclos.

—Eternas —la mujer se llevó una mano a la boca—. No sabe cuánto lo siento. Esta plaga, esta horrible plaga…

Hubo un silencio incómodo y, sin saber qué hacer, la aristócrata le acarició el hombro con cierta timidez.

—¿Es usted de Porto Rómero? Espero que no le falte compañía. Esta ciudad puede ser un tanto abrumadora.

—Soy forastero en su isla, mi señora, pero no puedo quejarme. El *Anno Splendito* tiene habitaciones fabulosas. La soledad de la noche… Cierto es que se hace dura en ocasiones.

La mujer se sorprendió al oír el nombre de la residencia más prohibitiva de toda Sya. Aunque duró apenas lo que un parpadeo, Magdan pudo verlo con claridad: si algo reconocía al instante era una mirada cómplice.

—¿A usted también le gusta probar cosas nuevas, mi señora?



II

Ya estaban ahí antes de abrir los ojos. El rancio y húmedo olor de la madera. El desequilibrio del mundo.

Zeleste tardó unos instantes en darse cuenta de que era el lento vaivén del mar lo que experimentaba. Las náuseas la devolvían a su primer viaje como marinera, ya después de escapar del internado de Pavlia Alcora y conocer a Vivianne en los bajos fondos de Tirusso. La mejor forma de adaptarse rápidamente al mar era comer un trozo de melón, vomitarlo y repetir el proceso hasta que mente y estómago se habituasen a la zozobra. Lo aprendieron en su primer día.

Miró a su alrededor. Estaba en un pañol, a juzgar por los sacos de harina y las cajas de víveres esparcidas por la estancia. Alguien había recolocado esas cajas para emplearlas como sillas, mesas y, ahora se daba cuenta, también la improvisada cama en la que estaba tendida. En una esquina, de espaldas a ella, Nëufan se esmeraba en limpiar y organizar el poco instrumental médico de que disponía.

Cuando trató de incorporarse, un dolor agudo en el hombro derecho la obligó a tenderse de nuevo. Había olvidado el disparo de arcabuz.

El dolor desplegó poco a poco lo sucedido tres noches atrás. Más que recuerdos, solo acudieron imágenes confusas: la plataforma quebrándose, el vendaval que conjuraban sus manos, el estruendo de cientos de casas arrancadas de sus cimientos… y el estallido rojo en la cabeza de Ayreen. Eso lo recordaba con absoluta claridad.

La cirujana oyó su quejido y se dio la vuelta.

—Tienes esa mala costumbre —Nëufan la observó con curiosidad—. Siempre intentas levantarte antes de tiempo.

—El tiempo es un lujo muy caro, Nëu.

—Pues empieza a ahorrar —Nëufan alisó su camisón, arrugado y, no obstante, tan inmaculado como sus calzones blancos—. Supongo que no te importa que aprovechara tu siestecita para extraerte la bala. Esas cosas tienden a matarte si se quedan dentro.

La capitana se llevó una mano al hombro, donde su camisón mostraba un desgarro. Palpó la gasa grisácea que le cubría la herida. Había sido una suerte que estuviese dormida durante la extracción: Zeleste sufría aversión a la anestesia. Solía decirle a Nëufan que, antes que dejarse inyectar sueño en las venas, preferiría ver cómo le cosían las tripas.

—No estamos desangrándonos en un calabozo, así que entiendo que lo hemos conseguido —la voz de Zeleste aún sonaba ronca y quejumbrosa.

—Por el momento. Hazme un favor y deja de tocarte ahí —Nëufan le apartó la mano del hombro—. Nos hemos alejado de las rutas habituales, pero por muy ocupada que esté la Marina conquistando el Lejano Continente, no tardarán en venir a por nosotras. Llevas tres días inconsciente. Por ahora solo hemos visto balleneros, pero en cuanto nos topemos con algo diferente, se acabó. A no ser que vuelvas a…

No terminó su frase. Aun así, Zeleste supo de inmediato en qué estaba pensando. Ese viento arrasador, trastornado, que había desatado en Londayn. Había muchas preguntas en los ojos de una cirujana que, aunque siempre parecía tener respuestas para todo, no podía explicar de ningún modo lo ocurrido tres noches atrás.

Tras acercarle una jarra de agua a su capitana, Nëufan esperó pacientemente a que terminara de beber antes de preguntárselo:

—¿Qué fue eso, Zeleste? ¿Qué abismos te ocurrió en esos astilleros?

Pensativa, la capitana sostuvo la jarra entre sus manos.

—Yo también intento entenderlo —dijo al fin—. Vi morir a Ayreen… No estoy segura de qué pasó después. Solo sé que ese viento no era mío.

—¿No era *tuyo*? —una alarma se encendió en el rostro de Nëufan—. ¿A qué te refieres?

—Salió de mí, pero no me pertenecía, ¿comprendes? Mi talento siempre ha sido… —pensó en las palabras adecuadas—. Plácido. Como una pareja de baile que se deja llevar por tus manos.

—¿Y no fue eso lo que sentiste en Londayn?

—No. Eso fue más bien un vómito. Algo que tenía que expulsar de mi cuerpo.

Hubo un silencio. Entre los constantes crujidos inarmónicos de la corbeta, Nëufan consideró las palabras de su capitana.

—La purificación pudo haberte cambiado —dijo—. Quién sabe. Nada bueno puede salir de un proceso que La Ascensión mantiene en absoluto secreto. Tu espíritu, en cualquier caso, sigue siendo el mismo. De eso estoy segura.

—Dudo que las demás opinen lo mismo, Nëu.

—¿Por qué?

—No todo el mundo es tan cerebral como tú.

«Y menos mal», pensaba Zeleste. Aunque apreciaba su compañía, más en un momento como ese, Nëufan se regía siempre por una fría lógica que llegaba a resultar exasperante. Las vosseníes no destacaban por su empatía ni su sentido del humor y, en ese sentido, su cirujana era una vossení modélica.

—Supongo que no —Nëufan suspiró—. Pero… Zeleste, tus mujeres no te han seguido hasta aquí por tu poder. Te siguen por todo lo que han vivido a tu lado. Están inquietas, sí; se podría decir que lo que vieron en ti esa noche las asustó. Y, sin embargo, te necesitan más que nunca. Días atrás te daban por muerta. Hoy, a pesar de todo, estás aquí. Eso, amiga, es su aliento. Lo que de verdad agita sus corazones.

Remató su discurso con una sonrisa de orgullo. Sabía que las demás la veían como un espíritu cuadriculado, un paradigma de racionalidad y cautela; una aguafiestas, en suma. Pero de vez en cuando, cuando quería, sacaba a flote lo que realmente ardía en su interior. Ella también podía ser cálida e inspiradora, como le acababa de demostrar a su capitana.

O eso creía. Antes de que se diera cuenta, Zeleste había proferido una arcada y vomitado sobre sus vestiduras.

—Esto me pasa por ponerme sentimental, claro.

La cirujana se alejó de la camilla y, visiblemente molesta, buscó un trapo con el que limpiarse.

—Tenemos muchos problemas por delante —Nëufan resopló, haciendo cuanto podía por salvar su impoluta vestimenta —. Sigo esperando que alguien me explique de dónde vamos a sacar una dotación adecuada. Si confiabas en que esa chica, la sobrina de Helga, se adaptara milagrosamente rápido… Bueno, por lo pronto ni siquiera ha sido capaz de subirse a las jarcias. Calculo dos o tres días más hasta que Vivianne la tire por la borda. Mientras tanto, es vital que reposes como es debido, porque…

Cuando se dio la vuelta, la cama estaba vacía.

—Normal. Si aquí nadie me escucha de todos modos.

Zeleste subió las escaleras del segundo puente con la sensación de que sus piernas no le pertenecían y su cabeza no estaba lista para la vigilia. Así fue su febril introducción a las tripas de la nave.

Siguió ascendiendo, apoyándose donde podía, chocándose cada tres pasos y trastabillando sin más orientación que la promesa del aire fresco que aguardaba arriba, en una cima que nunca había parecido tan inalcanzable. Dejó atrás el entrepuente de artillería, donde cinco hamacas se balanceaban al ritmo del navío, y abrió al fin la trampilla que la conduciría a su verdadero hogar.

Recibió el aire en la piel. Sus pies desnudos caminaron sobre la cubierta mientras el vello de sus brazos se erizaba. El olor salino del mar entraba en lo más profundo de su cuerpo, allí donde

vivía y moría el espíritu. Con el sol de mediodía brillando en todo su esplendor, Zeleste sintió ese instante como su verdadero regreso al mundo. El fin de su etapa como nívea.

Lo notaba ahora bajo sus pies: un cuchillo de doscientas toneladas que hendía el agua sin tierra ni fronteras a la vista. La libertad del océano. Al tiempo que su mareo remitía, su conciencia se hermanó poco a poco con el firmamento, cerúleo y desprovisto de nubes.

Las primeras cabezas se giraron hacia ella. Dos manos se apartaron del timón y varios pares de pies interrumpieron su ascenso por las jarcias. Mientras nave y mar seguían cabriolando en su oscilante poesía, la actividad en cubierta se detuvo.

La contemplaban ahora. Renacida, viva al fin. La Hija del Viento, con su largo cabello rizado danzando al son de la brisa. Y aunque jamás pudieran demostrarlo, todas vieron cómo el turquesa de antaño regresaba, despertado lentamente por el sol.

Hubo un momento de alarma cuando vieron que la capitana perdía el equilibrio. No obstante, ya corrían hacia ella cuando amarró los pies en el suelo y se negó a caer. Levantó la cabeza para descubrir que todas la observaban con una mezcla de alegría y preocupación, y en ese instante, mareada, confusa y sin pantalones, advirtió que tal vez no había elegido el mejor momento para personarse de nuevo ante su tripulación.

Sonrió. Ya habría otras ocasiones para preocuparse por su dignidad. Al fin y al cabo, estaba justo donde debía estar.



III

Cuando la tarde ya se impregnaba del verdor de Celera, regresó a cubierta con el casacón azul oscuro y las medias blancas que encontró en el camarote de mando. Un uniforme que le encajaba mejor de lo esperado, sobre todo tras arrancar insignias y hombreras. En alguna parte de Londayn, una capitana de la Marina debía estar preguntándose qué había sido de su uniforme, de su barco… Y del puerto.

Vivianne la informó de la situación. Se encontraban a unas ochenta leguas de la costa este de Malvitta, de donde habían zarpado en la madrugada del trigésimo cuarto del ciclo estival. La tripulación estaba exhausta: con tan pocas manos, todo esfuerzo se cuadruplicaba. Y aunque la suerte las hubiera acompañado los últimos tres días, cualquier encuentro imprevisto —tormentas, averías o, las Eternas no lo quisieran, un enfrentamiento naval— pondría fin a su fuga de inmediato.

Necesitaban una tripulación urgentemente. ¿Pero cómo conseguirla, dada la reciente purga llevada a cabo por La Ascensión?

—¿No nos hemos visto ya en estas? —Vivianne, retomando ahora el puesto de primera oficial que ya ejerciera en el *Ira Flavia*, lo tenía claro—. Se apresa un navío pequeño y se les hace una oferta a las tripulantes. ¿Que la rechazan? Pues abrimos a alguna imbécil en canal y volvemos a preguntar. No se niegan dos veces seguidas.

Las piratas asintieron: a fin de cuentas, era prácticamente el único método de reclutamiento que habían necesitado en el pasado. Su capitana, sin embargo, negó con la cabeza.

—Hace dos ciclos éramos cuatrocientos espíritus a bordo. Ahora empezamos de cero. No nos conviene tener esclavas que nos superan en número. Si vamos a enfrentarnos a toda la Marina,

tendrá que ser con mujeres dispuestas a hacerlo.

—De eso ya se ha ocupado la Regenta matando a todas las que lo estaban —dijo Tostón mientras se hurgaba la nariz y arrojaba su pringoso hallazgo por la borda—. En el mar solo quedan comerciantes y pescadoras.

—Si tienes más magia de esa que has traído del Abismo, este sería un buen momento para conjurarla —sugirió Vivianne, escudriñándola con sus dos esmeraldas—. En los astilleros de Londayn funcionó de maravilla.

Zeleste la miró con irritación.

—¿De qué tienes miedo, Vivianne?

La primera oficial llegó a abrir la boca, pero no contestó. El tono de su capitana sugería que, a no ser que estuviera preparada para un enfrentamiento desagradable, era preferible no decir lo que pensaba.

—Soy la misma con la que siempre habéis navegado —Zeleste se dirigía ahora al resto de su tripulación—. ¿Tenéis miles de preguntas? ¿Os cuesta entender lo que ha sucedido últimamente? Bienvenidas a mi mundo. Hasta que encontremos respuestas, no volváis a sugerir que he vuelto del Abismo o tendréis problemas conmigo. Eso también va por mi primera oficial.

Dejó que el rumor de las olas llenara el silencio a su alrededor. Todas habían bajado la mirada, salvo Vivianne. Su más antigua compañera de fatigas la observaba de reojo.

Zeleste restó pensativa mientras se pasaba una mano por su anguloso mentón. No necesitaban magia. Fortuna, quizá sí.

—¿Recordáis a Laurém? —preguntó—. Si nada ha cambiado, debería seguir donde la vimos por última vez.

—Nécora —Mara recordó el nombre de la isla—. Sí, Lau está lo bastante *perchée* como para no haberse largao todavía de ahí. Es una opsión.

—¡En d-dos días llegamos allí! —el Ansia aullaba en los ojos de Sounya. Era una previsión demasiado optimista y lo sabía, pero también le importaba un cuerno que lo fuera.

—Hm —Nëufan parecía escéptica—. Estamos bien avitualladas por el momento. Hay comida, sal, vino… y pólvora que espero no tener que utilizar. Aun así, necesitamos un plan be.

—Necesitamos que se c-calle usted, m-medicucha —espetó Sounya—. Venga a hablar de plan be y plan be cuando el a ya está b-bien.

—No, no lo está. Hay una diferencia entre ser valiente y ser temeraria.

—También hay una diferensia entre intentá algo y no haser ná, doctora —apuntó Mara, zanjando el debate antes de que se alargara demasiado.

Vivianne sugirió que la resistencia de Malvitta podría ayudarlas, pero Zeleste nunca se había sentido cómoda colaborando con la causa segregacionista. Si bien tenían a La Ascensión como enemigo en común, lo que había visto de las rebeldes le sugería que, si Malvitta conseguía emanciparse, lo haría bajo un gobierno tan tiránico y vengativo como el anterior. Cuando no más.

La colaboración que mantenía con Helga suponía apoyar a la rebelión de forma más bien tangencial. Eso ya no era posible.

—Las rebeldes están perdidas, lo sabes tan bien como yo —le dijo a Vivianne—. Esa isla es nuestra mejor apuesta.

—¿Y si la apuesta falla? —insistió Nëufan.

—Pues estamos muertas, doctora —la capitana se dirigió a las demás—. Tenemos todo un océano delante, ¿qué tal si volvemos a hacerlo nuestro?

Sounya y Mara respondieron con un grito de júbilo que murió en cuanto Vivianne las mandó de vuelta al trabajo. La cirujana seguía sin parecer convencida, y Zeleste sabía que solo había que preocuparse por Nëufan cuando callaba. Significaba que alguna de sus decisiones le había dado verdadera mala espina.

Tostón, por su parte, había mostrado su entusiasmo como de costumbre: encogiéndose de hombros con ojos cansados. La idea le gustaba; el esfuerzo que conllevaba, no.

Cuando todas regresaban ya a sus puestos, Zeleste se encontró cara a cara con una intrusa. Una especie de polizona forzosa que nada pintaba ahí. Con las manos a la espalda, Kristine seguía mirando al suelo… hasta que despertó de su aparente ensoñación y, con un respingo, se llevó cuatro dedos a la frente.

—A sus órdenes, capitana.

La observó, insegura de si debía reírse de la chica o compadecerla. Podía ver en sus ojos la flaqueza de quien aún no se ha habituado a la mar, y también ingenuidad. Mucha. Kristine estaba totalmente fuera de lugar y ni siquiera lo sabía.

—Los dedos en la sien, no encima del ojo —Zeleste corrigió su saludo—. Y el pulgar en la mandíbula. Significa que tu mente y tu voz son también mías. No creerás que saludamos igual que en la Marina.

—Sí, capitana —rectificó—. Eh, o sea, no, capitana.

—¿Cómo te encuentras?

Kristine respondió con un escueto «bien» que, si acaso, daba a entender todo lo contrario. A sus pies descansaba un cubo lleno de agua y vinagre, además del cepillo que instantes atrás tenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zeleste.

—Vivianne me ordenó limpiar la cubierta.

Zeleste hizo una mueca. Habida cuenta de los resultados, afirmar que esa chica había limpiado algo era ser bastante generosa.

—Esto está hecho una mierda.

—Pero… si llevo toda la mañana limpiando —replicó Kristine. El comentario la había

irritado, cosa que no consiguió disimular.

—Vas a tener que aprender mucho más de lo que tiempo y paciencia nos van a permitir —Zeleste resopló—. Primera lección: si se te dice que has hecho algo mal o que el cielo es púrpura, es porque has hecho algo mal y el cielo es púrpura. En el Liceo podrías cuestionar a tus superioras; aquí no.

Kristine se pasó una mano por la frente. Sus oscuros mechones, resecos y despeinados tras días de navegación y trabajo constante, habían perdido el lustre de apenas tres noches atrás.

—Pero Zel… capitana, usted llegó a ser quien es precisamente cuestionándolo todo. Mara me ha contado que de joven se escapó del internado de Pavlia Alcora. Y pensar que usted habría podido ser Hermana, quién lo hubiera dicho.

—Hm —Zeleste trató de adoptar un aire severo. Torpe o no, aquella chica tenía una curiosa habilidad para descolocarla—. He oído que te niegas a trepar las jarcias. ¿Por qué?

—No me niego, es que no soporto las alturas. Tengo ese problema desde peq…

—Ajá. Pues a ver qué tal cuestionas el vértigo —señaló hacia arriba, apuntando a la cofa del palo mayor—. Sube. Si no lo haces, te cortaré una mano. ¿Prefieres la izquierda o la derecha?

La chica se quedó helada. Se limitó a mirarla con desconcierto, como si no estuviera segura de dónde estaba la broma.

—¿Capitana? —balbuceó.

—Vivianne, dame tu cuchillo —ordenó Zeleste.

La primera oficial se acercó para entregarle el arma, curvada y visiblemente oxidada, que acababa de liberar de su cinturón. De inmediato, Zeleste la blandió muy cerca del pecho de Kristine.

—Nos abordan. Vida o muerte. Alguien debe disparar desde arriba y solo puedes ser tú —asestó un tajo que llegó a rasgar el camisón de la chica—. Vaya, han fallado. ¿Crees que lo harán dos veces seguidas?

Las piratas tenían ahora toda su atención puesta en la escena. Particularmente en las piernas de Kristine, que temblaban como gelatina. Todas parecían disfrutar con lo que estaban viendo; Vivianne la que más.

—Escúchame —Zeleste se acercó al oído de la chica y habló en susurros. No quería que las demás la oyeran—. Intento ayudarte. O demuestras que vales medio astro, o tendrás problemas con la tripulación que no podré evitar. Vas a tener que hacer esto por las malas.

Kristine tragó saliva. Entendía lo que Zeleste le decía, pero sus piernas no. Fueron necesarios un par de ademanes más con el cuchillo para que, con lágrimas a medio camino entre pánico y rabia, se precipitara hacia la jarcia derecha del palo mayor y empezara a trepar.

Fue un espectáculo lo bastante bochornoso para que la tripulación tuviera chistes que contar durante semanas. La muchacha subió al principio con la irregularidad propia de la desesperación. Sus piernas ganaron después una pizca de confianza, pero a apenas diez o doce pies del suelo se negaron a seguir moviéndose. Kristine miró abajo solo para descubrir que Zeleste había

empezado a trepar tras ella. A gritos, le ordenaba que no se quedara ahí parada.

Pronto, las piratas formaron un ruidoso coro que vitoreaba con sarcasmo, hacía apuestas sobre cuánto tardaría en caer y enunciaba cada detalle que pudiera humillarla un poco más:

—Le pones un pato asado en la cofa y sube más rápido que yo, seguro —dijo Tostón.

—¿Y qué si se c-cae? ¡Si tiene grasa de sobra pa' rebotar! —se mofó Sounya.

—Ojo —señaló Mara—. ¿Se le ha derramao el espíritu o se está meando ensima?

—Capitana, esto da lástima ya —rio Vivianne—. Tírela por la borda.

Cuando parecía que se iba a quedar en la jarcia para siempre, el pie derecho de Kristine titubeó y subió una cuadrícula más, y luego otra. Las burlas se volvieron aplausos en el momento en que, a casi cuarenta pies de altura, la chica alcanzó la cofa en la que Sounya, sentada cómodamente, le tendía una mano. Una vez arriba, Kristine se aferró al mástil como si en ello le fuera la vida, pero Zeleste ordenó que bajara de inmediato.

Esta vez, aunque seguían riéndose, las piratas empezaron darle consejos: «no mires abajo, amarra bien el pie, estira los brazos». Cuando por fin regresó a cubierta, todas se apresuraron a palmearle la espalda y pasarle una mano por el cabello, como si despeinarla más fuera una señal de reconocimiento. La muchacha sonrió, aunque seguía descompuesta por el pánico. Su sonrisa tan solo emulaba a las que se arremolinaban perversamente a su alrededor.

Una vez el grupo se dispersó y todas volvieron a sus puestos, Zeleste se acercó a Kristine. Su ojo sano mostraba un brillo satisfecho.

—No será la peor experiencia a la que te enfrentarás, te lo aseguro. Ya puedes seguir baldeando la cubierta… y, por favor, hazlo esta vez como si supieras dónde estás.

La chica resollaba, sin energía ni coraje para hacer otra cosa que no fuera asentir y obedecer. Zeleste miró a uno y otro lado del barco y, en ese momento, un detalle captó su atención. Una mancha de rojo oscuro sobre la regala de estribor.

—No limpies la sangre de Ayreen —le ordenó—. Esa la limpiará el mar.



IV

PORTO RÓMERO, SORTERRA

Le gustaba tararear una antigua y obscena canción que sonaba a menudo en tabernas, prostíbulos y demás lugares de baja estofa en los que se sentía mucho más a gusto que donde estaba ahora. Mientras sus botas negras marcaban el ritmo de la música sobre las escaleras de mármol del Capitolio, las cabezas de las guardias se giraban y, bajo sus cascos, se torcían gestos y se fruncían ceños.

A Magdan le encantaba eso. Disfrutaba sabiendo que muchas de esas guardias reconocían la melodía, pero tenían que disimularlo. Le hubiera bastado con decir: «Sí, es *La Róndola.* Qué bien la conoces, ¿verdad?» y, al día siguiente, una de esas guardias no seguiría en su puesto.

Se detuvo ante una puerta doble con guirnaldas doradas y el blasón de la Regencia. No debía llamar a ella, sino personarse a la hora marcada —había llegado con perfecta puntualidad— y esperar a que se abriera. Cuando eso ocurrió, una mujer de rostro severo, vestida con una pulcra chaqueta de franela rosada, asomó la cabeza y lo miró inexpresivamente. Era la chambelana que se encargaba de anunciar las visitas. En esta ocasión se limitó a indicarle con un gesto que entrara.

Antes de hacerlo, Magdan adoptó el aire grave y respetuoso que se esperaba de él,

procurando también parecer relajado. Las sesiones informativas nunca eran sencillas, pero a esas alturas estaba convencido de haberle cogido el truco. Lo importante era proteger a la duquesa. Mientras La Ascensión no sospechara que Thérésse Montpeyrousse también andaba en busca de Zeleste, todo iría bien.

Ya en la sala, se reencontró con las baldosas blanquiazules del suelo y aquel color, tan parecido a la confitura de naranja y canela que servían en el *Suegno Reggio,* en unas paredes sin decoración alguna. Tampoco había muebles en la estancia, salvo por la larga mesa de estrado al fondo. Y unos pocos pies detrás, un ventanal que, aunque enorme, pasaba casi desapercibido con aquellas cortinas a juego con las paredes. Tres pares de ojos lo contemplaron desde la mesa, y Magdan, con debida distancia y contención, plantó los pies para la obligada reverencia.

Las conocía bien. La de la izquierda, Vegone, era la primera secretaria del Estado Mayor; enlace entre las fuerzas armadas y el gobierno de La Ascensión. Su función, así como la propia existencia de un estado mayor, reflejaba una más de las modernizaciones que La Ascensión había traído al terreno político: en los antiguos ejércitos del Hombre no existía una verdadera distinción entre el plano administrativo y el operativo. Como para reflejar el vanguardismo de su cargo, Vegone lucía un peinado en bucles, el último grito en Sya, y utilizaba tintes coreileses para olvidar que cierta plaga llamada «canas» le amargaba la existencia. Magdan había tenido ocasión de conocerla en otros terrenos. Y había comprobado que, a menudo, las más rígidas eran también las más ruidosas cuando nadie las mira.

A la segunda, en cambio, no habría querido tocarla ni con vara larga. Saroa tenía la típica fisonomía de Esprogal —bajita, gorda y uniceja—, además de una verruga en la frente que debía ser lo bastante grande para tener derecho a voto en algunos comicios. Como delegada del Gabinete de Custodia Interna, su función se limitaría a transcribir la sesión y luego informar a los dirigentes de su gabinete. No abriría la boca, pero Magdan sabía que esa transcripción era lo que más importaba.

En el centro yacía el mayor enigma de las tres. Pese a las numerosas veces en que se habían visto cara a cara, a Magdan aún le costaba adivinar qué se escondía tras esas arrugas curtidas en cuatro décadas de secretismo y engaño. La Maestra Oggianda se había ganado a pulso su mote; quizás hasta le gustaba, porque desde luego había que tener algo de Bruja para dirigir a las Siluetas de la Regencia. Años atrás, cuando la duquesa Thérésse propuso a Magdan como miembro de su temido colectivo de espías, Oggianda se opuso tajantemente. Ganarse su confianza había sido un asunto muy, muy complicado. Y seguía siéndolo.

La secretaria Vegone dio unos golpecitos sobre la mesa con su fajo de papeles y, tras un carraspeo, dio comienzo a la sesión.

—Supongo que estarás al tanto de lo ocurrido en Malvitta.

Los comités secretos solían ser así. Sin presentaciones, sin cortesías. En aquella sala, Magdan no era más que la Silueta Eme. Lo único que debía hacer era contestar preguntas y demostrar que no era un inútil, o peor, un traidor. Fácil.

—Ha habido cierta conmoción en Londayn, sí. Estoy al tanto.

—¿Conmoción? —la secretaria alzó las cejas—. Un tercio de la ciudad ya no existe.

—Una mera coincidencia que estuvieras allí, claro —dijo la Maestra Oggianda—. A pesar de que te habíamos ordenado que permanecieras en Note-Coreil.

Quizá no tan fácil.

—Oh, ninguna coincidencia —Magdan mostró inocentemente las palmas de sus manos—. Tenía algunos asuntos pendientes. Llevo un tiempo siguiendo a varios procuradores de la causa segregacionista, y pensé que…

—No recuerdo haberte dado turno de palabra, Eme —interrumpió Oggianda.

—Ni tampoco se te ha hecho ninguna pregunta —añadió Vegone, que miró a la delegada Saroa—. ¿La hemos hecho?

Sin levantar la vista del papel en el que escribía sin cesar, Saroa negó con la cabeza. En señal de disculpa, Magdan entrelazó las manos tras su espalda y agachó el cuello. Qué estupendo comienzo.

—La Regencia está preocupada por los recientes atentados —prosiguió la secretaria Vegone —. Cierto es que muchas Siluetas están asignadas en Malvitta, pero nuestra mayor prioridad presente es averiguar qué se cuece en la mansión Montpeyrousse. Por eso te pedimos que te quedaras allí por el momento. Hemos leído el informe que entregaste ayer. Y si bien nos complace saber que las rebeldes cuentan ahora con dos colaboradores menos… En fin.

—Nos encantaría saber cómo has descubierto tanto en tan poco tiempo —dijo Oggianda—. Nunca habías mencionado los nombres de Helga Jarnëssche y Dheniel Léas.

—No son descubrimientos recientes —declaró Magdan—. De hecho, son cosas que sospechaba desde el pasado ciclo, cuando me infiltré en el *Ira Flavia*.

Tosió, acaso para ganar dos latidos con los que preparar sus siguientes palabras. Por mucho cuidado que hubiera tenido como doble agente, tarde o temprano, estaba claro, tendría que enfrentarse a un momento como ese. Mientras las sospechas se quedaran en sospechas, estaría a salvo.

—Ambos nombres se mencionaban frecuentemente en el antiguo navío de Zeleste. Fue así como supe de su relación con las rebeldes. Sé que os preguntáis por qué no he incluido nada de esto en mis informes previos, Maestra Oggianda, pero a falta de pruebas, consideré al principio que eran solo conjeturas, y…

—Conjeturas —dijo Oggianda.

Magdan se esforzó por no tragar saliva. Había olvidado que la Silueta Maestra, es decir, la Bruja Inmunda, tenía una relación especial con esa palabra. Para ella, las conjeturas eran importantes: creíbles o no, siempre tenían una razón de ser. No había excusa para omitirlas en un informe.

—Bueno, a las piratas del *Ira Flavia* les gustaba creer que toda Malvitta las apoyaba —mintió—. Incluso oí a una de ellas decir que Vegone, aquí presente, simpatizaba con el

segregacionismo en su juventud. No sería apropiado dar credibilidad a rumores tan desinformados.

Esperaba que la pequeña distracción diese un mínimo fruto, pero ninguna de las tres miradas se apartó de él. Si Vegone había pensado algo del tipo «cómo te atreves a mencionar mi pasado, malparido», no lo mostró.

—Ya veo. ¿Alguna conjetura más que se te haya pasado por alto? —el tono de Oggianda le hizo pensar en una roca fría. Fría y afilada.

Fingió pensar durante un par de latidos.

—No, mi Maestra.

Ese fue el primer momento en que las mujeres intercambiaron miradas. Magdan empezó a fijarse en las cortinas que cubrían el ventanal, preguntándose si habría algún modo de sobrevivir a la caída. Porque escapar por la puerta que había cruzado minutos antes estaba totalmente fuera de la cuestión. Demasiadas guardias en el pasillo.

Oggianda inspiró y resopló con resignación. Decepcionada y, al mismo tiempo, tristemente acostumbrada a estarlo.

—¿Qué se cuenta la duquesa? —dijo entonces la Maestra.

La pregunta fue tan inesperada, tan extrañamente casual, que no solo rompió el breve silencio: también rompió el contenido de lo que hasta entonces había sido el interrogatorio. Porque ya no cabía duda: aquello era un interrogatorio. Y tal vez, en un diez por ciento y solo porque venía de paso, una sesión informativa.

—Thérésse siempre está bastante ocupada; solo de vez en cuando me llegan noticias suyas —por suerte, para esa artimaña sí se había preparado hacía tiempo—. Sé que está ultimando nuevas leyes para impulsar la producción maderera en Note-Coreil. A la duquesa le interesan mucho nuestras recientes incursiones en el Nuevo Mund… disculpadme, en Soleterno.

La Regencia odiaba el término «Nuevo Mundo». Le confería demasiada propiedad al Lejano Continente. Según la ciencia Eternista, no había más mundo que el ya conocido y Soleterno era solo una parte inexplorada del mismo.

—Tengo entendido que le gustaría bautizar a la próxima colonia como Nueva Coreil —prosiguió Magdan—. Ahora bien, esas son discusiones que no ha tenido conmigo.

—¿Cuándo te comunicaste con ella por última vez?

—Dejadme que lo piense…

La secretaria Vegone lanzó una rápida mirada a la Maestra, quien permanecía impasible bajo la oscura capucha de su hábito.

—Creo que hace al menos dos ciclos —Magdan sonrió—. Siempre se queja de lo poco que le escribo. No le muestro a esa encantadora mujer el debido agradecimiento por lo que tiempo atrás hizo por mí. Pero, en fin, las Siluetas nunca descansamos: del *Ira Flavia* a Vossen, de Vossen a Londayn, de Londayn al Capitolio... —se encogió de hombros—. Y aquí estoy.

—Hay voces que sugieren que esa «encantadora mujer» también está implicada en la

rebelión de Malvitta —Vegone retomó la palabra—. Según tu Maestra, varias Siluetas comparten esas sospechas. ¿Algo que quieras añadir?

Aquí debía ir con cuidado. No podía negar sin más unas sospechas que ya estaban cimentadas, pero tampoco podía revelar nada que las confirmara. Lo último que le había dicho Thérésse seguía resonando en su cabeza: «ante todo, es vital que no descubran lo que pretendo hacer con Zeleste. Por lo demás, no te preocupes, cielo. Sé cuidar de mí misma».

—Mi secretaria, sabéis que Thérésse protege muy bien sus secretos; por eso ha sido duquesa durante más de medio siglo. Nadie perdura tanto tiempo en un puesto de poder sin sufrir alguna tentativa contra su vida —«y vosotras bien que lo sabéis», añadió en sus adentros—. Sé que siente cierta simpatía por las rebeldes. Dirige una región con una rica cultura propia, igual que lo fue Malvitta hasta la gloriosa llegada de La Ascensión, y le entristece ver el conflicto entre provincia y nación. Es posible que haya ayudado a alguna refugiada por puro acto de compasión, pero… ¿Colaborar con el segregacionismo? Hasta donde sé, señoras, es una idea absurda.

Vegone asintió de inmediato, complacida. Demasiado complacida. Y con un movimiento distraído, sacó otro documento del legajo que sostenía en las manos.

—Entonces no tendrás ningún problema en explicar esto.

Magdan notó cómo la sangre ascendía rauda a su cabeza. Reconoció la pequeña hoja del tamaño de un sobre postal, aquella combinación cifrada de letras y números… escrita por él mismo. Habían interceptado sus mensajes.

La recadera a la que pagaba para transmitir por vía segura sus comunicaciones con Thérésse habría sido ya torturada, interrogada —con poco efecto, siendo sordomuda— y, seguramente, purificada. Sabían, en cualquier caso, que el autor de ese mensaje era él. Oggianda tenía a Siluetas vigilando a otras Siluetas, sin duda. ¿O acaso alguien del Ducado de Note-Coreil conspiraba contra él? A fin de cuentas, no sería descabellado considerar que la duquesa tuviera enemigas en sus propios dominios.

También se había preparado para ese momento, por supuesto. Pero debía aceptarlo: no tenía la situación controlada. Alguien estaba un paso por delante de él, y con toda certeza ya estarían investigando a Thérésse. Tenía que alertarla cuanto antes.

—¡Oh! —echó la cabeza atrás y empezó a reír, tan escandalosamente que sus tres interrogadoras lo miraron con estupor—. ¡Por el amor Eterno, qué situación más embarazosa! Ya casi había olvidado mis partidas por correspondencia con la duquesa.

Abrió la pequeña alforja de cuero que llevaba en el cinturón y sacó su propio fajo de papeles.

—A buen seguro que mis señoras están versadas en el noble juego del Proeliam. ¿Han visitado alguna vez la mansión Montpeyrousse? La duquesa tiene toda una sala llena de tableros para llevar cuenta de sus partidas a distancia. Dice que el juego la ayuda a mantenerse lúcida. Como ya saben, los números indican los movimientos y las letras corresponden a las tropas: la I es la infantería, las T son las torres, las R los refugios...

La idea para dicha coartada se debía a la propia duquesa. Era bien conocida la pasión de

Thérésse Montpeyrousse por los juegos de estrategia, y el código secreto que ambos habían acordado coincidía con los movimientos que se ejecutan cada turno en el Proeliam. En su sala de juegos, la duquesa de Note-Coreil mantenía hasta veinte partidas a la vez.

Magdan se congratuló a sí mismo en silencio por su interpretación. Al ver que sus señoras examinaban los papeles con sospecha y cierta perplejidad, aprovechó para continuar.

—Hablando de refugios, he de insistir en que revisen mi anterior informe. Los lugares que detallé en él no solo acogen a criminales y rebeldes; también sé que las pocas piratas que escaparon a la purga han pasado por ellos. Eso incluye a Zeleste.

Sentía ahora cómo los tres rostros lo escrutaban, buscando una mirada huidiza o un gesto nervioso que lo delatara. Aguantó el sondeo con entereza, pero lo cierto era que nunca, en las decenas de juntas secretas que había tenido, se había sentido menos seguro de qué ocurriría a continuación.

—Mhm —Oggianda asintió—. Entonces, ¿confirmas que Pechvarry es lo que pensábamos que era?

—Así es, mi Maestra —«sí, Bruja Inmunda», pensó.

La delegada Saroa tachó algo en uno de sus documentos. Y con ese incidental movimiento, Magdan imaginó a toda Pechvarry desapareciendo del mapa.

Secretaria y Maestra intercambiaron una última mirada.

—Bien —dijo Vegone—. Gracias por tu colaboración, Silueta Eme. Creo que con esto podemos dar por concluida la…

Hubo un chasquido y la puerta de la sala se abrió. Las tres mujeres cambiaron su atención al unísono. Magdan no pudo contener un minúsculo respingo, camuflándolo después con un torpe carraspeo.

Dándose la vuelta, vio a la chambelana entrando en la sala y dejando la puerta abierta de par en par tras de sí. La mujer se hizo a un lado para anunciar, con perfecta dicción portorromerana, el título de quien estaba a punto de hacer acto de presencia.

Magdan lo percibió todo. El cambio de densidad en el aire de la estancia. Un principio de olor perfumado que, más que placer, prometía escalofríos. El pánico que había visto en incontables rostros antes de darles muerte se asentaba ahora en el suyo.

—Pónganse en pie para recibir a Su Ilustrísima voz de La Ascensión —dijo la chambelana —. La Regenta Eylithea DiComo.



V

Maestra, secretaria y delegada ya se habían puesto en pie y se llevaban la mano izquierda al corazón. Magdan hizo lo propio y bajó la mirada hasta que oyó el «descansad» de la Regenta. Una única palabra en la que vibraron los curiosos matices de su voz, demasiado aguda y juvenil para una mujer de treinta y dos años… Y al mismo tiempo, dotada de una rara cualidad perturbadora. Un alfiler invisible que perforaba el tímpano y lijaba el interior del cráneo.

—Confío en no haber interrumpido vuestra junta.

—En absoluto, Su Ilustrísima —respondió Vegone—. De hecho, ya habíamos terminado.

La urgencia en la contestación de la secretaria lo dejaba claro: aquello no estaba previsto. Nadie esperaba que la Regenta irrumpiera en la sala. Por lo que Magdan sabía, ni siquiera debía estar en Porto Rómero. Se suponía que pasaría unos días en Vossen ultimando las nuevas reformas agrarias.

Todas las gobernantes de La Ascensión habían tenido sus excentricidades; la de Eylithea era andar descalza. Magdan vio sus pies elongados, con unos dedos igualmente largos y gráciles, pasando a escasas pulgadas de sus botas. Sobre ellos se ondulaban las faldas de un vestido radiante: seda blanca opaca en el torso, pero translúcida en hombros y rodillas.

—Debo intercambiar unas palabras con nuestro agente —dijo la Regenta—. Agradezco vuestro trabajo. Podéis retiraros.

El «sí, Su Ilustrísima» llegó un par de latidos más tarde de lo normal, lo que confirmó a Magdan que sus señoras estaban tan sorprendidas como él. Al pasar a su lado, Oggianda y Vegone le dedicaron una mirada perpleja, como si aún trataran de figurarse qué abismos ocurría. Oyó la puerta cerrándose. Después solo pudo oír su propia respiración y la de la Regenta.

—Relájate, Magdan.

Eran las palabras que le daban permiso para mirarla. Lo hizo despacio, fijándose primero en los pies desnudos que avanzaban por las baldosas en dirección al ventanal. Subió la mirada hasta encontrarse con un cabello liso en el que se trazaba un curioso recorrido de colores. Nacía con la madera de un roble joven y moría en la cintura con el resplandor de las ascuas de un brasero.

—Pareces agitado —adivinó Eylithea.

—Disculpadme, Ilustrísima. No esperaba una conferencia con vos esta mañana.

—Imagino que no.

La Regenta desanudó el cordel que mantenía cerradas las cortinas anaranjadas. Hablaba ahora con susurros que dejaban una música singular, tierna y a la vez inquietante, en el oído. Descorrió las cortinas y contempló el cielo gris que se cernía sobre la ciudad. Pronto llovería.

—Mi estancia en Vossen ha terminado prematuramente; por eso estoy aquí. Sé que tú también acabas de llegar de viaje. Te habrán ofrecido un aperitivo, imagino.

—No es necesario, Ilustrísima —no se lo habían ofrecido y, a decir verdad, era una pregunta extraña. ¿Por qué iban a ofrecerle nada en una situación así?

—Tal vez te apetezca un té de amapola. O una copa de vino.

—Estoy… bien atendido —se moría por esa copa, aunque fuera para tener las manos ocupadas—. Os lo agradezco de todos modos.

Eylithea se dio la vuelta.

Tenía una belleza inusual. Ángulos pronunciados, asimétricos, enmarcando una piel cuya tersura correspondía a un rostro diez años más joven. Labios finos y rectilíneos, siempre dando la impresión de estar conteniendo lo que tanto podía ser un beso como una sentencia de muerte. Nariz chata, pero afilada. Y unos ojos adormecidos, distantes, del mismo color que la tormenta tras la ventana.

—Parece que la tenemos de vuelta —murmuró.

Magdan tardó unos latidos en reaccionar.

—Habláis de Zeleste, supongo.

—Mucha gente opina que fue un error purificarla. Que las criminales como ella no son dignas siquiera de ser níveas. Que debería haberla atado a cuatro bueyes tirando de sus extremidades, o meterla en el Cofre del Quebranto. Quizá abrirla en canal y luego arrojarla desde lo alto de esta misma torre.

Hizo una pausa sin dejar de mirarlo a los ojos. Tenía fama de marcar esa clase de puntos y aparte. Su forma de medir las reacciones de los demás.

—Es… lo que hacemos normalmente con traidoras de su categoría —dijo Magdan.

La Regenta ladeó la cabeza. Apenas una pulgada a la izquierda.

—Entonces, ¿por qué no lo hice?

Magdan inspiró hondo. Para él, la verdadera pregunta era: ¿por qué no puedo sostenerle la mirada? Se había sentido igual en los dos breves intercambios que habían tenido previamente.

Incluso viéndola a distancia, cuando se dirigía al pueblo desde el palco de la Piatza Campiona, algo se agitaba dentro, justo entre el pecho y el estómago. Una suerte de revoloteo tierno y a la vez incómodo.

¿Qué abismos ocurría? Incluso las motas de polvo parecían flotar de forma distinta desde que ella había entrado.

—La duquesa os lo pidió como favor —dijo al fin Magdan. No tenía sentido fingir que no lo sabía—. Purificarla en lugar de ejecutarla. Nunca supe por qué.

—Sé que le debes mucho a Thérésse —la Regenta suspiró—. Te salvó de la ejecución y después te dio una vida. No conozco mejor forma de ganarse una lealtad. Porque la duquesa tiene toda tu lealtad, ¿cierto?

—Siempre por debajo de la vuestra, Ilustrísima.

A Magdan le resultaba chocante, imposible de hecho, sentirse incómodo después de mentir. No tuvo tiempo de pensar por qué sucedía.

Eylithea avanzó hacia él. Despacio. Alzaba el mentón de forma un tanto exagerada, pero lo que en otro rostro se leería como orgullo, en el suyo era pura determinación. Magdan movía igual la cabeza cuando troceaba un cadáver. Poniendo cuidado en mover la sierra con precisión.

—Hoy soy yo quien te va a dar una nueva vida, Magdan. Te olvidarás de cualquier orden que la duquesa te haya dado hasta ahora. Estoy preparando una nueva misión. Apenas un puñado de personas en toda Sya saben en qué consiste, y requiere que encuentres a Zeleste una vez más. Solo que esta vez no la purificaremos. Y no, tampoco te estoy ordenando que la mates. Tengo planes muy distintos.

De pronto, sus ojos ya no parecían aletargados. Era el resto del mundo lo que estaba dormido.

—Tú estuviste en su navío —prosiguió la Regenta—. La has conocido mejor que ningún otro espíritu al que pueda preguntar. Quizá conozcas incluso lo más íntimo de ella. Qué desea, de qué huye, en qué miente. Por eso te necesito, Magdan. Resuelve todos tus asuntos pendientes, porque te estoy enviando a un viaje muy largo. El más largo de tu vida. Y no regresarás de él hasta que Zeleste Sassuolo haya hecho lo que necesito que haga —se acercó lo bastante como para que Magdan sintiera su aliento—. Sé que no es necesario preguntarte si lo has entendido.

—Comprenderá su Ilustrísima que me sorprenda este cambio de dirección.

A Magdan le pareció que no había aire que poder coger. Que abrir la boca requería hacer acopio de una voluntad que no tenía.

—Es solo el principio —los dedos gélidos de Eylithea acariciaban ahora su nuca—. Pase lo que pase, recuerda: lo que verás te convertirá en un espíritu más poderoso de lo que eres capaz de imaginar. Y mi palabra siempre será mi palabra.

Antes de darse la vuelta y regresar al ventanal, apostilló:

—Confío en ti.

Una bruma se disipó ante los ojos de Magdan cuando la Regenta dejó de acariciarlo. Insinuó

una sonrisa, si bien era una de alivio. No había forma de ordenar las mil piezas desencajadas en su cabeza, ni de ponerle freno al inusual ritmo de su corazón. Una sola cosa estaba clara: si la Regenta quería a Zeleste con vida, debía ser por una razón tan valiosa como el mismo imperio que dirigía. ¿Acaso La Ascensión tenía un nuevo enemigo? ¿Uno que no se había revelado hasta ahora?

Se sentía extraño. Como un pedazo de carne a merced de cuchillos empuñados por manos sin rostro. Aunque, si había entendido bien a la Regenta, él no era cualquier trozo de carne. Era *el* trozo de carne. Un engranaje crucial. En cierto modo, agradeció sentir miedo. Agradeció sentirse humano después de tanto tiempo.

Se disponía a abandonar la sala cuando la voz disonante de Eylithea lo detuvo.

—¿Cómo es?

—¿Os referís a Zeleste?

Entre el cabello parduzco y rojizo de la Regenta se percibió un movimiento plácido. Asentía.

—Es valiente y obstinada, como cuentan todas las leyendas.

—Las leyendas me aburren —dijo Eylithea.

Magdan buscó las palabras adecuadas entre las baldosas.

—Bueno... en ese caso diré que es como el mar en sí mismo. Apacible cuando reposa, imparable cuando se enfada. No engaña en sus palabras ni esconde sus defectos; creo que por eso sus mujeres la siguen con tanto ahínco. Es auténtica. La clase de espíritu que siempre sabe quién es y dónde está. Y cuando no lo sepa, removerá la misma cuna de sangre y viento en que nació hasta averiguarlo. Es… una hermosa contradicción.

Desde el otro extremo de la sala le llegó una especie de suspiro satisfecho.

—Curiosas palabras, Magdan —dijo la Regenta—. No sabía que tenías la virtud de la poesía.

—Yo tampoco lo sabía, Ilustrísima.

Y con una última reverencia que nadie pudo ver, abrió la puerta y regresó a los corredores marmóreos del Capitolio, donde al fin pudo resoplar aliviado. Le parecía que habían transcurrido años dentro de aquella sala.



Pasó un tiempo hasta que Zeleste volvió a sentirse capitana de su recién adquirida corbeta. Izar y arriar velas, dirigir el timón, encargarse de la cocina y los suministros, baldear la cubierta… Estas y otras arduas labores dejaron de ser una distinción entre oficiales y subalternas. La distribución de cargos y tareas era cosa de tiempos mejores en los que había brazos suficientes a bordo, y solo la promesa de Nécora y la nueva dotación que allí esperaba seguía espoleando a las piratas, que apenas dormían tres horas al día.

Zeleste, de todos modos, no estaba segura de querer dormir. Prefería pasar la noche montando guardia en el alcázar, tratando de reconciliarse con el mar al tiempo que luchaba por no caerse de sueño. Las pesadillas no habían dejado de perseguirla desde que escapara del santuario; en ellas, la caída del *Ira Flavia* y los cientos de espíritus que vivían en él se mezclaba con el lejano rumor y la niebla de Domotta.

No entendía por qué la zona prohibida seguía llamándola en sueños. Tenía la sensación de que la respuesta giraba en torno a quien más añoraba, pero Martha Carnell estaba muerta. Zeleste estaba segura de ello. Aceptar que nunca volvería a verla, no obstante, era una batalla muy diferente. Una que quizá nunca ganaría.

Por eso la niebla de Domotta acudía a sus pesadillas. Ese lugar era una antigua obsesión de Martha, y dicha obsesión formaba ahora parte del recuerdo que Zeleste conservaría por siempre de ella. Al menos fue así como trató de explicárselo.

Entre el rumor de las olas, el flameo de las velas y los gruñidos de la madera, también oía las voces de sus mujeres en la cubierta inferior. Cuchicheos en los que revoloteaban incógnitas y especulaciones. Todas esperaban con ansia el momento en que su capitana volviera a conjurar el

Viento. Desde que partieran de Londayn, aquello no había sucedido.

Zeleste sabía que excusarse con el cansancio funcionaría solo por un tiempo. Tarde o temprano tendría que confesarlo: no había sentido el Viento en su interior desde que escapara del santuario. El formidable vendaval que conjuró tras la muerte de Ayreen había sido, tal como le confesó a Nëufan, una fuerza totalmente ajena a su control. Su talento no había muerto, pero de repente no era capaz de emplearlo a voluntad.

Y no sabía por qué. Solo podía confiar en que fuera cuestión de tiempo. Noche tras noche se lo repetía en silencio: el Viento regresaría.

Pasados ocho días de navegación, Sounya divisó Nécora desde la cofa del palo mayor. La isla se alzaba sobre el mar entre altos y rocosos bordes castigados por la marea. Dado que las Hermanas de Gracia nunca habían moldeado sus costas, no había más remedio que aguardar a la pleamar para acceder a la playa, ahora cincuenta pies por encima del palo mayor.

Zeleste no quería esperar seis horas más. Se aproximarían en bote a la costa sur, donde la roca trazaba una cuesta irregular que podía treparse a mano, y dejaría la corbeta en manos de Vivianne. Pronto regresarían con una nueva tripulación.

Eso si Laurém, cazadora y antigua amiga, seguía ahí.

—¿Cuánto hace que no revisas ese cacharro?

Se lo preguntó a Mara mientras ascendían por la roca. Gracias a *Chispa,* la pequeña y ágil pirata trepaba con facilidad, disparando diestramente el garfio desde su muñeca e impulsándose con la cuerda para solventar los enormes peñascos.

—Demasiados siclos, capitana. Si no le importa, lo haré en una etapa de mi vida en la que me pueda pará un rato. Ahora ni pa’ cagá hay tiempo.

Desde donde estaba, Zeleste podía ver la desgastada cuerda de *Chispa,* así como la forma en que los bordes afilados de los peñascos amenazaban con sesgarla. Mara trepaba sin descanso ni vacilación, mientras que su capitana se valía de manos y pies para ascender como buenamente podía.

—Dígame una cosa —Mara activó de nuevo el resorte de su artefacto mientras apuntaba hacia arriba—. ¿Qué se tiene usté con Domotta?

Zeleste refunfuñó cuando su estómago chocó con un peñón demasiado grande para subirlo de un salto. Buscó una ruta alternativa.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Cuando aparesió en Pechvarry, no solo repetía usté el nombre de Martha. También hablaba de Domotta. Imagino que estaba soñando, pero no creo que Domotta se le aparesca a una en sueños sin rasón.

—¿Por qué no? ¿No has soñado nunca cosas que no tienen sentido?

Veinte pies arriba, Mara se detuvo para mirar a su capitana. El sol alumbraba dos colores por fin similares a los de antaño: el bronceado de la piel y la aguamarina del cabello. Porque todas decían que Zeleste tenía el pelo turquesa, pero Mara sabía que era aguamarina. Y que las monedas de diez astros eran «colorás» y no doradas. El mundo estaba daltónico perdido.

—Pues no, porque tós los sueños nos disen algo —respondió Mara—. Se entiendan o no. Si está en su cabesa, es porque le apasiona o le da miedo. Bueno, y luego está el páncreas, que provoca sueños raros cuando se irrita. Pero usté dirá que no cree en eso.

—No, Mara. No creo que mi páncreas intente mandarme mensajes subliminales —dijo Zeleste—. Me sentiré mejor cuando vea la cabeza de Magdan rodar por cubierta. Pagará por lo que nos hizo en el *Ira Flavia*.

—Ah, capitana. Ese es justo su problema.

Mara recogió de nuevo la cuerda hasta que estuvo enrollada dentro de *Chispa*. Alzó el brazo a continuación y tiró del resorte. El garfio volvió a salir disparado hasta caer justo entre dos rocas, ya muy cerca de la cima.

—¿Cuál es mi problema? —sonrió Zeleste, escéptica.

—Mucha vengansa, poco amó. Se guía usté por los impulsos equivocaos.

La capitana torció el gesto.

—Gracias, ave espiritual. Todos mis problemas se han esfumado en el acto.

—¡Es verdá y lo sabe! —Mara, ya lejos de la capitana, tenía que alzar la voz—. ¿Usté sabe lo que pasa cuando se odia más que se ama? Perdemos la esperansa, capitana. Por eso este mundo s'está yendo a la mierda: ¡no amamos lo sufisiente! —llegó al tope de su cuerda y recogió el garfio—. Ni follamos lo sufisiente. Y con infusiones de lúpulo y valeriana se relaja el espíritu y se evitan guerras; eso la gente no lo sabe.

Al ver que su capitana no decía nada, se giró. Podía ver la corbeta meciéndose lentamente sobre el mar a lo lejos.

—¿Qué? ¿No está de acuerdo?

—Eres una tipa muy extraña, Mara. No sé muy bien de dónde has salido.

Desde lo alto, la pirata puso sus enjutos bracitos en jarra.

—¿Qué más da de dónde salga? Nadie elige dónde empiesa, capitana. Es el finá lo que depende de nosotras.



VII

NÉCORA

Laurém Bagosta no debería haber nacido en Esprogal. «La última isla a la izquierda», como se la llamaba despectivamente, ofrecía pocas aventuras más allá de plantar ciruelos y ordeñar cabras montesas. Por eso se unió a una expedición de caza que no ofrecía paga alguna, pero prometía futuras riquezas a las más valientes. De haber sabido que Nécora estaba infestada de noctárnidos, habría seguido ordeñando bien contenta hasta llegar a vieja.

Las Islas Arcanas nunca se exploraron debidamente antes de la llegada de La Ascensión. El Hombre había sido sabio al mantenerse alejado de ellas, pensaba Laurém. Treinta años atrás, Taitinna, la famosa exploradora sorterrana, calculó mal el cambio de marea y encalló en las traicioneras faldas de la isla. Tras ingeniárselas para sobrevivir allí durante más de doce ciclos, descubrió un método para filtrar el veneno de los noctárnidos y convertirlo en un gel cauterizante que despertó el interés de Kathe De Voss, la Regenta por entonces.

Años más tarde, en su famoso *Relato de un Naufragio Providencial*, Taitinna describió la picadura de un noctárnido como «un tormento fuera del alcance de la más perturbada imaginación». No había efectos visibles en los primeros minutos, salvo la profunda herida que dejaban los quelíceros en navaja de las bestias. Cuando los efectos se manifestaban, ya era tarde

para cualquier cosa que no fuera redactar un apresurado testamento.

Algo en aquel condenado veneno diluía la sangre hasta convertirla en una trampa para el cuerpo. La carne se gangrenaba, los mareos daban paso al delirio, los ríos rojos brotaban de cada uno de los orificios del cuerpo y, si las hemorragias internas no se habían cobrado ya la vida de la pobre desgraciada, solo quedaba esperar a la lenta e insufrible asfixia.

Laurém presenció todo aquello en su segunda noche en la isla. Los ojos hinchados y sangrantes de sus compañeras, suplicando que las mataran pronto, aún la perseguían en sueños; a veces incluso a plena luz del día. Había perdido a tanta gente que los espectros escapaban de su baúl onírico, donde ya no había espacio para más.

Pese a todo, su expedición logró asentarse en Nécora. Aprendieron a cazar a las bestias y establecieron un puesto en el que comerciaban con pieles, frutos y conchas. Las piratas del Pacto del Piélago eran clientas habituales, sobre todo dada la proximidad del ya desaparecido refugio de Charebon. Eso fue hasta que Eylithea DiComo firmó el edicto que prometía poner fin al Pacto. Las noticias llegaban a Nécora con mucha demora, pero tras demasiado tiempo sin que el *Ira Flavia* pasara por la isla, las cazadoras empezaban a temer lo peor.

De hecho, no habían visto un solo barco en varias semanas. La colonia de Trigada, más accesible para los navíos que procedían de las Cinco Islas Mayores, se había erigido como nuevo centro neurálgico del comercio de las Arcanas. Cada vez más cazadoras sugerían que era momento de abandonar Nécora y buscar fortuna en otra parte.

Laurém se aferraba a la isla como el liquen a la roca. Poco había para ella en ningún otro lugar de Sya.

No recordaba cuándo había llorado por última vez. Se preguntaba si acaso se había acostumbrado demasiado a la crudeza y la desesperación; si había perdido su espíritu. Sobre todo, se preguntaba cuánto aguantaría sin maltámbar. La escasez de pólvora no era tan preocupante como otras carencias: mientras pudieran hacer fuego, mantendrían a los noctárnidos a raya. Por otra parte, cuando no había maltámbar…

Cuando eso sucedía, las mujeres enloquecían, empezando por la propia Laurém. Ese embriagador líquido destrozaría el hígado y corrompería el carácter, pero tenía la virtud de matar el tiempo. Sin ese apoyo, se empezaba a pensar demasiado en lo malo, es decir, en la realidad. Laurém tenía que lidiar ahora con el recuerdo permanente de Sérgîe, a quien sacrificó tres noches después de haberlo besado por primera vez. Igual que sacrificó a Angelia, la anterior líder de la expedición, solo que en esa ocasión su mano no tembló al asestar el golpe. Estaba habituada al proceso.

Ocho años atrás, cuando la expedición llegó a Nécora, había cerca de doscientas cincuenta cazadoras. Quedaban treinta y cuatro.

No había forma de acabar con los noctárnidos. Una y otra vez encontraban sus madrigueras, las llenaban de brea o turba y les prendían fuego. O las dinamitaban, según los recursos de que dispusieran. Y una noche tras otra, las criaturas regresaban.

No solo parecían reproducirse más rápido de lo que eran capaces de matarlas: también estaban adaptándose. Aguzándose. Como si cada progenie aprendiera de la masacre de la anterior. Algunas cazadoras decían que habían oído a las bestias *imitando* sonidos humanos para atraerlas. Esos rumores podían ser mero producto de la imaginación, pero tanto daba, porque Laurém no podía dejar de pensar en ellos.

Escribir misivas para madres que ya no verían a sus hijas se había convertido en rutina. En ello estaba cuando oyó una conmoción en el exterior. Antes de que se diera cuenta, las demás cazadoras habían entrado en la cabaña visiblemente crispadas.

No se sorprendió al ver quién capitaneaba las protestas. Sissia era una malvittana que no debería serlo, por cómo odiaba a su propia tierra. Y porque ni siquiera Malvitta se merecía un espíritu tan odioso, voluble y traicionero como el de Sissia Colleran.

—Dadme un minuto —dijo Laurém—. No estoy de humor para asambleas.

El coro de quejas y juramentos con que las cazadoras habían entrado en la cabaña se atenuó de inmediato. Cuando Laurém hablaba, su voz hacía olvidar su poco imponente cuerpecillo de tonel, con piernas igualmente rechonchas y brazos fofos. La típica fisonomía de Esprogal, rematada en este caso por unos ojos particularmente rasgados.

—Esto no es una asamblea —anunció Sissia, colocándose ante ella—. Es una despedida.

Laurém se levantó de su silla y se colocó en el centro de la cabaña, desde donde se aseguró de hundir su silenciosa ira en cada uno de los rostros presentes. Las réplicas que encontró en los ojos de sus compañeras fueron más bien mansas. Todas eran valientes hasta que Lau las miraba así.

—Hay cosas que nunca cambian —Laurém se dirigía ahora a Sissia, quien, por el contrario, era esbelta y altísima, casi doblándola en tamaño—. Llevas ciclos con la misma cantinela. ¿Qué gran promesa tienes en la manga, Sissia? ¿Qué vida piensas darles a tus compañeras cuando vuelvan a las islas mayores?

—Cualquier vida es mejor que esta —respondió Sissia sin inquietarse—. Y la tendremos cuando apresemos el próximo barco que pase por aquí.

—Ah, así que pretendes pasar de cazadora a criminal. Si lo que quieres es acabar convertida en nívea, pues sí: es un plan brillante.

—No has entendido nada.

La voz de la malvittana no sonaba como otras veces, cuando su cólera y su total ausencia de modales se mezclaba con el fuerte acento de su tierra. Parecía sospechosamente paciente.

—No es una decisión que te corresponda ya —dijo Sissia. Tras ella, varias cabezas asentían en señal de aprobación—. Estas mujeres ya no son responsabilidad tuya. Está decidido: nos vamos de aquí. Decide tú si quieres apartarte o entrometerte.

Laurém se encontró con una multitud que, aunque nerviosa, aplaudía las palabras de su rival. Dudó: para ella, el problema no tenía realmente tanto que ver con darse a la piratería como con ceder el liderazgo del grupo a Sissia Colleran. Eso era un pasaporte garantizado hacia el desastre.

Tenía que redirigir la situación de alguna forma.

—Estas mujeres llevan ocho años conmigo —protestó—. Tú llegaste hace apenas unos ciclos, y ahora les estás pidiendo que renuncien. ¿En serio? —alzó la voz para dirigirse a la muchedumbre—. ¿Así vais a deshonrar a todas las que dieron su vida para que nuestra comunidad siguiera en marcha? Todas esas muertes, esos sacrificios… ¿Y ahora tiráis todo su trabajo por la borda?

Su desesperado intento cayó en saco roto. Sissia se giró hacia sus compañeras y se encogió de hombros. Cuando volvió a encararse con Laurém, la tranquilidad que había exhibido hasta entonces desapareció.

—Púdrete entonces en este peñasco. Nosotras nos vamos.

—Por encima de mi cadáver.

Laurém dio un paso al frente, pero se detuvo enseguida. En medio latido, Sissia había sacado su pistolón y apuntado a la cabeza de la que ya no era su líder.

—Como quieras.

Frente a la boca de metal del arma, los ojos rasgados de Laurém se debatían entre el llanto y la entereza. De modo que así acabaría todo. Debería haberlo imaginado.

—¿A qué esperas? —masculló entre dientes—. Yo ya sé qué clase de mujer eres. Demuéstrales a tus compañeras que estoy en lo cierto.

—Suerte en el Abismo —dijo Sissia—. No creo que las Eternas velen por tu espíritu.

—Yo sí.

El dedo de la malvittana se apartó del gatillo. La voz ronca que acababa de hablar a sus espaldas no pertenecía al lugar. Antes de que pudiera darse la vuelta, notó el frío acero que le punzaba la nuca.

—Ligero cambio de planes —Zeleste la agarró del cabello sin apartar el sable de su cuello—. Di a tus compañeras que se retiren. No voy a pedírtelo tan amablemente la segunda vez.

Concentradas en la discusión que acababa de interrumpirse, las cazadoras no habían visto a Zeleste y Mara entrar en la cabaña. Sissia hizo señas a las demás para que se apartaran, tras lo cual Zeleste la obligó a bajar la pistola y unirse al retirado semicírculo que formaban sus compañeras.

La legendaria pirata acababa de enfundar su sable cuando una figura que apenas le llegaba al pecho se abalanzó sobre ella.

—¡Cómo me alegro de verte, malparida! —exclamó Laurém, envolviendo su cintura en un abrazo.—. No podrías haber llegado en mejor momento. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Es complicado. Fui capturada, me purificaron y luego volví a la vida —Zeleste encogió un hombro—. Un mal día lo tiene cualquiera.

Laurém rio a carcajada viva, pero la expresión seria de la pirata la confundió. Tras un carraspeo, y tratando aún de dilucidar si eso había sido un chiste sarcástico o no, apremió a su amiga a salir de la cabaña y conversar en un lugar más propicio.

—Buena idea, porque hay mucho de que hablá —Mara tomó la palabra—. Y rápido, que tenemos prisa y se ve que vosotras también. Lau, ¿es mucho pedí una infusión de… lo que sea?

—El páncreas —Laurém asintió—. Lo recuerdo.

—También, pero llevo días cagando agua y eso ya es cosa del colon.

—Algo podremos hacer. Y ya que sacas ese tema, espero que no os importe que este cacho de mierda nos acompañe —la cazadora señaló a Sissia—. Hay cuestiones de liderazgo que le gustará discutir, creo.

Lo que empezó como campamento acabó, al paso de ciclos y años, convertido en fuerte. Una empalizada de troncos y juncos amarrados con cuerdas de cáñamo rodeaba a las cabañas y tiendas de tela. El burdo portón por el que Mara y Zeleste habían accedido al recinto se cerraba cada noche, cuando los noctárnidos salían de sus madrigueras.

Laurém condujo a las piratas hasta un círculo de mesas y taburetes en torno a una hoguera. Dos hombres levantaron la vista del bucán en que ahumaban carne y, al reconocer el ojo cicatrizado y los rizos turquesa, necesitaron un tiempo para superar su estupor inicial. La líder de las cazadoras pidió al más joven de ellos que trajera agua, sin olvidarse de la petición especial de Mara.

Sentándose a la tosca mesa a la que Laurém señalaba, Zeleste maldijo en silencio. Si las cazadoras aceptaban su propuesta, esos hombres pasarían también a formar parte de la dote. Y su experiencia con hombres a bordo no había sido precisamente positiva hasta el momento. Magdan era la mejor prueba de ello.

Tras disculparse por no poder ofrecer maltámbar como era debido, Laurém volvió a agradecer a Zeleste que hubiera puesto fin al motín más breve jamás visto. Aunque contenta, la cazadora estaba también perpleja: había algo fuera de lugar en su vieja amiga. Juraría que el color de su cabello era mucho más intenso la última vez que la vio, y… ¿Qué era esa leve rugosidad que se adivinaba en su piel, también más pálida que de costumbre?

Previsiblemente, le costó darle crédito a la apresurada y enigmática narración con que Zeleste recapituló, como mejor pudo, lo ocurrido.

—No sé ni qué decir —Laurém seguía con la boca abierta—. Que alguien pueda regresar de la purificación es… difícil de digerir.

—Tranquila, nosotras todavía no lo hemos hecho del tó —indicó Mara tras un pequeño sorbo a su infusión—. ¿Habías oío alguna ves algo paresido? ¿Una nívea que renase?

—No. Tenía entendido que era imposible.

—Lo es —sentada a cierta distancia y con palpable resentimiento, Sissia Colleran se cruzó de brazos—. No hay quien se crea la chaladura que acabas de contar. Yo quiero saber qué ha pasado realmente.

—Genial, avísame si descubres algo —Zeleste apenas echó un vistazo en su dirección—. Por ahora, prefiero centrarme en lo que tenemos: un barco y muchos puestos que cubrir. Os ofrezco una salida, Lau. Quizá sea sacaros de la sartén para caer en las brasas, pero al menos no moriréis en una isla inhóspita.

—A ver, tampoco es la peor oferta de trabajo que me han hecho —rio Laurém—. Y navegar en una leyenda insumergible como el *Ira Flavia* tendrá sus ventajas.

—El *Ira Flavia* está en el fondo del mar —dijo Zeleste antes de llevarse su taza a los labios.

—Ahora tenemos una corbeta —explicó Mara, esforzándose por aportar optimismo—. Más rápida y manejable.

—¿Cuántos cañones? —preguntó Sissia.

—Eh… diesiocho— y el optimismo de Mara se extinguió.

Sesenta y dos menos que el *Ira Flavia.* Laurém Bagosta arqueó las cejas y resopló con frustración, pues debía rectificar: era la peor oferta laboral que le habían hecho nunca y con diferencia. Al mirar de reojo a Sissia se encontró con un milagro: por una vez, ambas estaban de acuerdo en algo.

Sin embargo, contempló a continuación la aciaga situación en que se encontraba el fuerte. Sus demacradas y harapientas compañeras deambulando en el exterior de la cabaña principal. La empalizada que las separaba de una interminable hueste de las peores criaturas de Sya. Los espíritus de Sérgîe, Angelia y demás camaradas que acechaban en el rabillo del ojo.

Ocho años.

—A tomar por culo —dio un manotazo sobre la mesa—. ¿Por qué no?

Zeleste esbozó una sonrisa y Mara jaleó la decisión. Por su parte, Sissia parecía incrédula.

—Amiga, hace un momento no estabas muy dispuesta a darte a la piratería —dijo la malvittana.

—Amiga —Laurém paladeó el sarcasmo de la palabra—, hace un momento te creías dueña de la situación. No vuelvas a cometer el mismo error.

—Tocá y hundía —exclamó Mara.

Sissia Colleran se revolvió en su taburete, esgrimiendo una estéril mueca de indignación mientras Zeleste y Laurém chocaban sus jarras. Les divertía la idea de brindar por la derrota de la malvittana; qué más daba que fuera con agua.

—No podremos evacuar el fuerte hasta al menos mañana —explicó Laurém—. Tampoco sé si todas las cazadoras apoyarán mi decisión, pero, oye, son libres de quedarse en este paraíso si quieren. Las convenceré.

—¿Sí? Pues empieza por mí —Sissia volvió a la carga—. ¿Qué beneficios podemos esperar bajo las órdenes de tu amiga, la increíble nívea resucitada?

—Pues no sé. ¿Qué tal el beneficio de seguir con vida, imbécil? Ese es tu problema, Sissia: nunca escuchas. Habrá que coserte la boca antes de que…

Zeleste alzó una mano conciliadora. Quería dejar hablar a Sissia. Apoyando los pies sobre el taburete, Mara se abrazó a sus propias rodillas como preparándose para un divertido espectáculo… O un épico impacto.

—Conozco los convenios del Pacto del Piélago —dijo Sissia con cierto orgullo—. La capitana se lleva cinco partes del botín; las oficiales, tres partes… y, ejem, claro está que quiero ser oficial. No olvidemos las compensaciones: doscientos astros por perder un brazo, ciento cincuenta por perder una pierna y cien por perder un ojo. Y toda mujer que acumule quinientos astros podrá pagar su derecho a abandonar el barco.

La espigada malvittana mostraba ahora una sonrisa triunfal y volvía a cruzarse de brazos. Zeleste, que había escuchado con respetuosa atención —al menos en apariencia—, retomó la palabra.

—Estoy de acuerdo. Qué gran creación, los convenios del Pacto… Los redactamos Vivianne y yo hace seis años, de hecho. No olvides que perderás diez astros por cada latigazo que tu capitana crea conveniente darte, que cortamos las manos a quienes roban a bordo y que nos encanta abandonar a su suerte a malvittanas bravuconas que nos lo ponen difícil o resultan ser unas inútiles; hasta podríamos llevarte de regreso a Nécora. En cuanto a los puestos de oficiales, será un placer tenerte como intendente de cocina.

—Y a tó lo que se te diga, respondes «sí, capitana» —apuntó Mara—. O le debes sinco astros.

—Eh, un momento —protestó Sissia.

—Me debes cinco astros —apostilló Zeleste, tras lo cual se puso en pie y se alejó de la mesa.

Atrás quedaron las carcajadas de unas y la humillación de otra. Celera empezaba a despuntar por el horizonte: no quedarían más de dos o tres horas de luz.



VIII

PORTO RÓMERO, SORTERRA

Magdan nunca regresó al *Anno Splendito*. La misma chambelana que la recibió en aquella sala en la que tantas cosas habían cambiado lo condujo al ala oeste del Capitolio. Minutos después se encontró en unos aposentos aún más grandes y ostentosos que los que había gozado la noche anterior. Cuando constató que sus bártulos seguían en la residencia, la parca respuesta de la sirvienta fue «nos encargaremos de eso». Su equipaje llegó treinta minutos después.

«Traeremos desayuno, comida y cena mientras esperas nuevas órdenes». La chambelana cerró la puerta sin que Magdan tuviera tiempo para hacer una sola pregunta. Ni siquiera conocía los pormenores de su nueva misión, más allá de que la Regenta quería a Zeleste viva.

Examinó los cojines de algodón con ribetes dorados, el lustroso aparador de caoba, las flores de jazmín que poblaban la bañera. Gobernadoras, embajadoras y otros tufos de alta alcurnia se habían hospedado en ese mismo cuarto del Capitolio. Claro que ellas podían abandonarlo cuando quisieran.

Concluyó que, como mínimo, disfrutaría de su jaula dorada mientras pudiera. Nadie le había prohibido fumar su sátiva mezclada con tabaco coreilés. No había letreros que le desaconsejaran derramar su esperma sobre las sábanas de lino blanco. «¿Para qué está el lujo si no es para abusar

de él? Esa es la quintaesencia del Magdanismo», le dijo a su invisible audiencia, que respondía con carcajadas y aplausos. «Un genio. ¡Este hombre es un genio!», clamaban las señoras. El reconocimiento y la admiración social estaban cada vez más cerca, pensaba mientras se masturbaba de nuevo antes de dormir.

Cuando ya empezaba a cansarse del aislamiento, así como del mismo plato de garbanzos que le traían cada seis horas, llegó al fin la mañana en que daría comienzo su misión. La chambelana entró en la estancia y, tras apartar los ojos con disgusto, pues el huésped gustaba de pasear desnudo en ella, le comunicó que debía estar listo dentro de treinta minutos. Magdan se pondría su atuendo preferido y prepararía su equipaje para una travesía previsiblemente larga. Antes de todo ello, descorrería las cortinas de su ventana y contemplaría el bullicio de la ciudad con los cojones orgullosamente expuestos en el alféizar. Espléndida mañana para irse de viaje.

Una carroza tirada por dos caballos negros aguardaba en el exterior del Capitolio, al final de la escalinata de mármol. No era una de esas berlinas con las que la Regenta solía desplazarse: se trataba de un vehículo modesto, sin adornos de terciopelo ni blasones dorados en las puertas. Al acercarse comprobó que el emblema de la Regencia no se veía en parte alguna, y que los lacayos a cargo de conducir el carruaje tampoco vestían uniforme de gala. Podrían haber pasado por los mismos pordioseros que cobraban veinte astros por mostrar los lugares más emblemáticos de la capital a turistas holgazanes.

La portezuela lateral de la carroza se abrió y, maldiciendo su estatura, Magdan se inclinó para poder entrar en el vehículo. Dentro esperaba la Maestra Oggianda, siempre escrutadora bajo su capucha oscura y sus cuatrocientas arrugas. También se encontró con una figura a la que no había visto nunca. Una mujer de unos treinta años con un cabello rojizo brillante. Ambas lo observaban con tan estricta seriedad que estuvo tentado de pedir permiso para excusarse e ir al baño, como había hecho en el pasado para escapar de situaciones que le daban mala espina.

No obstante, la carroza arrancó de inmediato. Los caballos emprendieron un relajado trote de camino a la sección sur de los jardines. No se adentrarían por lo tanto en la Piatza Campiona, sino que saldrían por la parte trasera del Capitolio, rodeando las Cincolinas para acceder directamente a la parte baja de la ciudad. El trayecto ideal para el secretismo. ¿Lo conducirían quizás a la ciudad militar de Corpo Rémano? ¿Al puerto de Trévane? ¿Al mismo Abismo? Habría preguntado cuál era su destino si no supiera perfectamente que recibiría reprimendas en vez de respuestas. No le dirían nada hasta que Oggianda, o quien estuviera al cargo de la misión, lo creyera conveniente.

Mientras sus nalgas trataban de habituarse al incómodo trote de la carroza, Magdan observó a la desconocida. Había una rara iridiscencia azulada en sus ojos, que por el momento miraban relajadamente por la ventana. Su cabello liso caía hasta los hombros con aquel rojo espléndido que, de inmediato, le hizo pensar en un fuego crepitando en el cielo de un atardecer. O en un estallido de sangre brotando de la carótida. La flor cerúlea de las Hermanas de Gracia lucía en sendas mangas de su toga, grisácea hasta la cintura y después blanca hasta el cuello. En sus

labios asomaba una tenue sonrisa que se ensanchó cuando se giró para devolverle la mirada.

Magdan tuvo que apartar entonces la vista y fingir interés en los arrabales que desfilaban tras la ventana. No dejaba de preguntarse cómo abismos contactaría con la duquesa. Si acababan por arrestarla, Magdan perdería la finca en Blanchelaut que la propia Thérésse Montpeyrousse le había obsequiado personalmente. Eso sí que no.

—¿Por qué vistes así?

—¿Disculpadme? —Magdan despertó de sus cavilaciones. Era la desconocida quien le había hablado.

—Eres una Silueta. ¿No se supone que deberías pasar desapercibido?

Le sorprendió la dulzura de su voz y de su acento, precisamente coreilés. Tomando constancia del anacrónico conjunto negro que llevaba puesto, Magdan entrelazó las manos sobre sus rodillas y trató de adaptar su tono al de ella.

—Debería, mi señora, pero he descubierto que atraer todas las miradas es mucho más efectivo. Sabéis, estoy escribiendo un libro…

—La Silueta Eme fue una petición personal de la duquesa de Note-Coreil —interrumpió Oggianda—. Yo jamás admitiría en el cuerpo a un individuo con sus métodos. Mucho menos a uno que pretende revelar nuestros secretos con un libro de memorias.

La Maestra de Siluetas hablaba con acritud y no se molestaba en disimularlo. Magdan seguía convencido de que el objetivo de la anterior sesión informativa era exponerlo y desprenderse de él; es decir, ejecutarlo. Ahora Oggianda tenía que convivir con el hecho de que la Silueta Eme era necesaria, pues la Regenta lo había elegido para aquella misión. Fuera cual fuera.

—Pensaba escribirlo con pseudónimo —aclaró. Oggianda bufó con su habitual cara de disgusto—. Mis señoras, sé que estoy vetado de hacer preguntas… Aun así, me ayudaría saber algo, un ápice de información siquiera, acerca de adónde nos dirigimos.

—¿No te han dicho nada? —preguntó la desconocida.

Desconcertado, Magdan vaciló. Aunque se lo había preguntado con una curiosidad aparentemente sincera, en su mirada percibía que solo lo estaba poniendo a prueba. Aquella mujer sabía perfectamente que andaba a ciegas.

—Lo cierto es que no. Pensaba preguntárselo a mi Maestra, pero parecéis incluso más encantadora que ella, señora… —dejó espacio para que la mujer se presentara.

—Te recomiendo que descanses —entre el azul profundo, las atentas pupilas de la desconocida menguaban—. Es importante que llegues en perfectas condiciones al lugar al que nos dirigimos. Por ahora, puedes llamarme Celadora.

«Celadora». Magdan interrogó a su Maestra con la mirada, pero la Bruja Inmunda miraba por la ventana con el mismo halo de cansancio que siempre mostraba. ¿Era posible? ¿Estaba ante la guardiana de las Eternas? ¿La única mujer que podía abrir y cerrar todos los santuarios de Sya?

Como si hubiera oído sus palabras, la Celadora asentía despacio. Muy despacio. Agachándose a continuación, abrió el pequeño cajón que había bajo su asiento y extrajo un

objeto marrón y rectangular. Una gruesa carpeta de cuero.

—Dime, Eme —la Celadora sacó un documento de la carpeta—. ¿Sabes qué es esto?

Magdan cogió el papel que le acababan de ofrecer. Lo que tenía ante sus ojos le recordó a los libros de ilustraciones anatómicas que leía con frecuencia. Trazos bellos y detallados con anotaciones para cada parte y detalle del cuerpo, solo que este no era uno humano.

Vio una figura alargada con una capa de vello en la parte superior. Una especie de segmentos repetidos que configuraban algo parecido a un abdomen, y decenas de protuberancias en forma de ventosa. Patitas.

—Es el helminto —dijo Magdan.

La Celadora asintió.

—¿Qué sabes tú del helminto, Eme?

—Sé que es bastante… —dudó un instante. ¿Con qué adjetivo lo describiría Oggianda?—. Pernicioso para la salud.

—Es el mal hecho criatura —murmuró la Maestra—. La peor plaga que ha visto el mundo desde la fiebre ervegiana.

«Después de vosotras, claro», pensó Magdan. Nunca entendió qué tenía ese gusano de especial. La humanidad se entregaba a veces a los vicios más absurdos. No obstante…

No obstante, la fiebre a la que se había referido Oggianda se produjo casi dos siglos atrás, en pleno ocaso del Hombre. Las historiadoras estimaban que un tercio de las vidas de Sya perecieron a causa de aquella epidemia. Él mismo había visto los efectos de la adicción al helminto en zonas pobres; especialmente en los arrabales de Malvitta. Ahora bien, nada indicaba que ese problema pudiera derivar en una tragedia comparable a la fiebre ervegiana, a no ser que La Ascensión hubiera ocultado la verdadera magnitud del problema.

—Llevamos un tiempo estudiando el fenómeno —explicó la Celadora—. Es una tarea difícil. Los testimonios cambian mucho de un individuo a otro. Más allá de la euforia que produce, sabemos que sus efectos son muy variables, que es más adictivo que cualquier otro estimulante conocido… Y que cada vez se trafica más con él.

—Si hay tráfico, hay beneficio para alguien —dedujo Magdan.

—Obvio —la Celadora le quitó la ilustración de las manos y volvió a guardarla en su carpeta —. Y creemos saber quién es. Cierto grupo que lleva demasiado tiempo eludiéndonos y que, al parecer, se esconde en el mar.

Magdan frunció el ceño.

—Creía que el Pacto del Piélago había caído.

—Ha caído —la tenue sonrisa regresó a los labios de la Celadora—. Por eso sabemos que las piratas no son las responsables. Esta plaga tiene otras maestras. Maestras que juegan a cambiarse de nombre. Por ahora no sabemos exactamente quienes son o dónde se esconden.

—Pero sabemos adónde enviar expediciones —dijo Oggianda—. Así que estamos cerca de descubrir el origen de ese gusano infecto.

—El origen… —Magdan cada vez entendía menos—. ¿Acaso esos gusanos no se reproducen?

—Si lo hacen, no sabemos cómo —la Celadora se encogió de hombros—. Todo apunta a que proceden de un único organismo, una especie de helminto madre que habita en un lugar concreto.

—¿Y bien? —preguntó Magdan tras una breve pausa—. ¿De qué lugar concreto hablamos?

La Celadora dejó de sonreír.

—De Domotta.

Caramba. En esta ocasión fue Magdan quien sonrió. Los puntos seguían sin estar del todo conectados… Pero los pocos que tenía bastaban para empezar un pequeño juego de intrigas en su cabeza que, como mínimo, lo mantendría entretenido durante el resto del viaje. Miró por la ventana a tiempo para ver los primeros molinos de viento entre los ocres prados de Sorterra. Se alejaban de la ciudad, adentrándose en el interior de la isla. Una excitación casi infantil brotaba en su interior: había algo fabuloso en desentrañar las cosas, ya fueran físicas o conceptuales. Cuerpos o secretos.

La Regenta no mentía. Sería un viaje largo. Abrió su alforja y preparó su pipa y su bolsita de tabaco.

—Espero que no le importe que fume durante el trayecto.

La Celadora recostó el cuello contra el cabezal de su asiento y cerró los ojos.

—Por supuesto que me importa.



IX

NÉCORA

Las cazadoras accedieron a unirse a la tripulación por práctica unanimidad. Nada deseaban menos que quedarse solas en el peor lugar de Sya y, al fin y al cabo, era Zeleste Sassuolo quien gobernaba ese navío.

Tal como Laurém había predicho, la oscuridad cayó mucho antes de que hubieran terminado de recoger víveres y materiales para su nueva expedición, de modo que Zeleste accedió a pasar una noche en el fuerte. El siguiente día se antojaba igualmente arduo, con constantes idas y venidas en bote hasta que mujeres y provisiones estuvieran en la corbeta.

Sin olvidar a los dos hombres. Su presencia a bordo suponía problemas casi garantizados.

Según el Códice, la naturaleza violenta y dominante del Hombre llevó a la revuelta conocida como el Amanecer de la Mujer. Con la caída de los reyes ulricanos llegó el auge del Eternismo; una ciencia que reemplazaría al fin a la superstición popular, el institucionalismo religioso, el dominio patriarcal. Zeleste empezó a cuestionar esa narrativa ya en su adolescencia, y por hacerlo la torturaron hasta casi quebrantarla.

En el pasado habría incorporado a esos dos hombres a su tripulación sin dudarlo, gustosa de estar desafiando una vez más los preceptos del Códice. El paso de Magdan por el *Ira Flavia*

había alterado ese criterio. Las incógnitas, además, seguían hurtándole el sueño a Zeleste Sassuolo. Dónde vamos a encontrar un refugio. Cuánto tardará La Ascensión en darnos caza de nuevo. Qué ha sido de mi Viento.

Se moría por contarle a sus compañeras todo lo que había visto en el santuario, pero temía que la tomaran por loca. Apenas se había atrevido a sugerirle algo de lo ocurrido a Ayreen, y ahora estaba muerta.

Casi parecía una advertencia.

Una distante pincelada rojiza en el horizonte era todo cuanto quedaba del día, y el dominio nocturno volvía a entregarse al paseo de Celera y Luna. Las cazadoras se habían ido ya a dormir; Zeleste seguía sentada sobre la hierba, pensativa. Sabía qué clase de pesadillas la aguardaban en el lecho.

—Le gustan los bichos, capitana.

Mara se sentó junto a ella. Con curiosidad, observó aquel escarabajo que exploraba los intersticios de unos dedos inmóviles. La capitana parecía a gusto dejando que el insecto campara por su mano.

—Me gusta su mundo —respondió Zeleste—. Trabajan, construyen, perduran. Son omnipresentes.

—¿Eso qué significa?

—Que están en todas partes.

—En el mar, no —Mara bostezó.

—Sabrán algo que yo no sé, entonces.

El pequeño coleóptero abandonó su mano y se perdió entre la tupida hierba.

—¿Cree que nuestra nueva tripulasión se va a esmerá tanto como un enjambre? —preguntó Mara—. Algo me dise que no caerá esa breva.

—Están desesperadas —la capitana suspiró—. Discutirán por el último pedazo de carne, competirán por una mejor tajada… Solo conozco una forma de evitar motines, y es dar por sentado que los habrá. Tarde o temprano.

Como hacía a menudo, Mara rio sin que nadie hubiese dicho nada gracioso.

—Qué curioso, debe sé lo único que la Regenta y usté tienen en común. A ella también le gusta cortá por lo sano.

—Igual que a todas sus predecesoras. Las Regentas han aprendido a gobernar imitando a los mismos imperios del Hombre a los que tanto reprenden; te lo garantizo.

—¿Eso cree? —Mara se rascó la nariz—. No es que me guste lo que tenemos ahora, pero en los imperios de antes, el trono era pa’ quien lo heredase. Lo único bueno que hiso La Assensión fue acabá con eso.

Zeleste forzó una sonrisa.

—La Ascensión no ha cambiado nada. Ahora las ciudadanas ricas eligen quién las gobierna, pero solo entre las representantes que las Estirpes Mayores de cada isla eligen para los comicios.

Y las Regentas siguen saltándose sus propias leyes cuando les conviene. Han cambiado monarquía por oligarquía; mismo veneno, receta distinta —arrancó un pequeño tallo verdoso y lo apelmazó entre los dedos—. El trono sigue ahí, y es el de siempre. Salvo que ahora una minoría privilegiada puede escoger quién lo hereda.

—Qué cosas.

Mara se dio cuenta de que la capitana tenía el ojo fijo en la parte superior de la empalizada. Arriba, en la pasarela, dos cazadoras montaban guardia y se aseguraban de que la hilera de antorchas de fuego permaneciese encendida de noche.

Había alguien más. Sentado con los pies oscilando en el aire, uno de los hombres que vieron al mediodía la observaba fijamente.

—Ese de ahí —dijo Zeleste en voz baja—. ¿Qué hace?

—Ah, Antoine, creo que se llama— recordó Mara—. Lau me dijo que a las dos semanas de vení aquí ya se había quedao viudo. Una lástima; parese mú joven.

La capitana permaneció en silencio. Mara se dio cuenta de que estaba tensa.

—No para de mirarme, puñetas —gruñó Zeleste.

—Bueno.

Sintió los ojos de su capitana escudriñándola.

—«¿Bueno?»

—Bueno —Mara se encogió de hombros—. Pues igual le gusta usté. ¿Por qué no habla con él? El moso está *maigrichôn* y tal, pero se le ve majo.

Por unos latidos, solo se oyeron cantos de grillos y aves nocturnas. Zeleste tenía ahora las manos aferradas a sus rodillas.

—No sé qué se dice en estas situaciones —confesó entonces.

Mara la observó con cierta incredulidad.

—A ver, mi capitana, puede probá a mové los labios y desí «hola». Luego le pregunta cómo se llama, de dónde es, qué le gusta hasé. El resto é cuestión de ir viendo, pero suele sé más fásil que manejá un barco, ¿no?

Lo recordó entonces: no era la primera vez que detectaba ese nerviosismo en su capitana. Ocurrió lo mismo en el prostíbulo del ya desaparecido refugio de Groschiatta. Vivianne insistió durante días hasta que Zeleste se animó a poner pie en él y, cuando lo hizo, se limitó a pegar nalgas y espalda en una esquina, más callada e irritable que nunca.

La mirada huidiza que mostraba ahora era idéntica a la de esa noche.

—Al cuerno, me voy a dormir —finalmente, Zeleste se puso en pie y marchó hacia una de las tiendas.

Cuando se hubo alejado unos pasos, Mara silbó con sorna. De modo que esas eran las únicas aguas que la intrépida Zeleste Sassuolo no sabía gobernar… ¿O era un problema distinto? Siempre había sospechado que los rumores sobre Martha Carnell eran ciertos. Que entre su capitana y la pirata más suicida e inestable del Pacto del Piélago había mucho más que amistad.

¿Y si Zeleste se encontraba en pleno proceso de duelo?

Se llevó las manos a los hombros. Juraría que de pronto hacía más frío que instantes atrás.

Las gruesas mantas de lana se le adherían a la piel.

Además del sudor acumulado en su cuello, Zeleste notaba un peso asfixiante sobre su pecho. No podía moverse. El techo de tela de la tienda temblaba con la brisa creciente.

Al fin logró girar el cuello. Noema estaba allí.

«Tengo miedo», susurraba.

Su respiración se agitó. Creía que es lo que querías, dijo. Que te dejara en el santuario y corriera por mi vida.

Noema no parpadeaba. La miraba fijamente con un temblor húmedo en sus ojos. «No debiste dejarme ahí abajo. ¿Por qué no volviste a por mí?».

Con esfuerzo, Zeleste logró mover los brazos. Apenas lo justo para apartar las mantas y revelar el cuerpo de su amiga.

Bajo el cuello de Noema no se veía carne alguna. Solo una confusión pulposa en la que asomaban costillas, músculos, órganos palpitantes. Una flácida putrefacción allí donde una vez hubo dos piernas.

Quiso gritar, pero no había aire en su garganta. El peso sobre su pecho se volvía ahora insoportable. Noema seguía mirándola con aquella súplica anhelante. Esperando aún a que regresara para salvarla.

«¿Por qué me dejaste sola, Zeleste?».

—Capitana. Capitana, despierte.

Boca arriba, envuelta en mantas y con la frente perlada de sudor, Zeleste parecía luchar por aire entre pesadillas. Su respiración se encontraba con algo rígido en su garganta, deshaciendo sus jadeos en gemidos de dolor.

—¡Capitana!

Mara trató de zarandearla, hasta que se dio cuenta del fuerte viento que estremecía toda la tienda. Era una brisa constante y gélida que arrastraba un silbido antinatural. Oyó entonces los gritos que rasgaban la noche; desesperados alaridos de alguien que luchaba por su vida. Cogió su sable justo cuando su capitana abrió al fin los ojos.

Por el terror que se adivinaba en sus pupilas, la pesadilla había sido horrible. Pero, tras la confusión de los primeros latidos, Zeleste tomó rápida conciencia de dónde estaba y se tranquilizó… Momento en el que la brisa empezó a menguar, y Mara comprendió entonces qué

había originado aquella súbita ventisca.

—¡Afuera! —exclamó Zeleste, cogiendo su sable—. ¡Rápido!

Salieron de la tienda sin nada más que calzones y camisón. Sus pies desnudos pisaron la fría hierba mientras, del resto de tiendas y cabañas, decenas de cazadoras emergían igualmente alarmadas y a medio vestir. Tardaron poco en encontrar el origen de los alaridos.

Junto a la base de la empalizada, alguien yacía tendido en el suelo. Vieron sus brazos agitándose en el aire, luchando angustiosamente contra un cuerpo oscuro que lo aprisionaba desde el pecho hasta los pies.

Al acercarse se dieron cuenta de que era Antoine, el joven al que habían visto antes en la pasarela. Los resplandores de los astros nocturnos iluminaron el contorno de lo que tenía encima, apresándolo: ocho patas finas y alargadas, como espigas plagadas de conciencia. Un tórax que se asemejaba a un saco hinchado, lo bastante grande para engullir a una mujer adulta y contenerla en larga digestión, entre los miles de vellos erizados de la criatura. Y delante, a pocas pulgadas del rostro de su aterrada víctima, dos apéndices que brillaban como una pulida roca volcánica. Dientes de noctárnido contrayéndose, palpitando a la par que gruesas gotas transparentes caían del filo. Quelíceros.

—¡Fuego! —gritó Laurém en algún lugar entre la confusión—. ¡Traed fuego! ¿Cómo abismos ha ocurrido esto?

Guiada por un raudo instinto, Zeleste encontró la respuesta a esa pregunta unos pies por encima del noctárnido.

Había un claroscuro en la cima de la empalizada, donde apenas dos horas antes ardían varias antorchas. Parte de la hilera de fuego se había apagado. El Viento que había conjurado involuntariamente en sus sueños había abierto una brecha, invitando a los horrores de la isla a penetrarla.

Blandió el sable. A su izquierda, junto a una de las chozas, vio otra antorcha sostenida en la pared por un grillete.

—Cógela y sube a la pasarela —le gritó a Mara—. Yo lo distraeré.

—Capitana, no podrá…

—¡SUBE!

Dándole un violento impulso, empujó a Mara hacia la choza y, acto seguido, cargó contra la criatura.

El noctárnido seguía acercando sus quelíceros al pecho del hombre, abriéndose paso a través de brazos que cada vez luchaban con menos energía. Los gritos de Antoine no tenían género. Notas desgarradas sin identidad, más allá de una conciencia que no terminaba de comprender el porqué de su muerte. El siseo del noctárnido recordaba a los soplidos de una ballena en la superficie, pero mezclados un fondo salivado. Venenoso.

Zeleste descargó con furia un golpe que cercenó dos patas del animal. El noctárnido se revolvió y elevó a su presa en el aire, negándose a soltarla. El siseo se convirtió en un gorgoteo

enfurecido, y la capitana aprovechó para clavar su sable en el inflado abdomen de la bestia.

Un chorro negruzco brotó de entre la capa de vello. Esta vez, el noctárnido se convulsionó, poniéndose en pie sobre sus patas traseras. Acto seguido se giró hacia su agresora.

Arriba, en la pasarela, Mara se disponía a reencender las antorchas cuando se fijó un instante en el exterior de la empalizada. Entre árboles y matojos, tan densos como para formar una alfombra de vegetación sobre el suelo, había movimiento. Y lo que parecían juncos que brotaban de entre el follaje se convirtió en cuerpos enteros que graznaban y siseaban. Vio uno, dos, treinta noctárnidos trepando hasta las copas de los árboles y arremetiendo contra la empalizada.

La mano con que empuñaba el fuego tembló. No le daría tiempo a encender todas las antorchas. Lo comprendió a la par que los siseos crecían y se multiplicaban, convirtiéndose en una incómoda lluvia de alfileres en el tímpano. Entre esos horribles ruidos se distinguía algo imposible. Algo *humano*.

Había gente entre aquella horda de noctárnidos, o bien había una cualidad humana en esas bestias. No sabía cuál de las dos posibilidades era más aterradora, ni podía pararse a contemplarlo. Mientras pedía ayuda a gritos, encendió la primera antorcha de la empalizada. Los noctárnidos se amontonaban unos sobre otros.

No lo conseguiría.

Empuñando el sable, Zeleste obligó a la malherida bestia a retroceder. Sus patas, finas como agujas y a la vez robustas como lanzas, hendían la hierba con movimientos demasiado rápidos para el ojo.

Otras cazadoras se unieron a ella y arrinconaron al noctárnido blandiendo espadas y cuchillos. Un resplandor anaranjado rompió la oscuridad y se aproximó al grupo: Sissia traía su propia antorcha, pero cuando estaba a punto de arrojarla, Zeleste detuvo su brazo.

—¿Qué haces? —Sissia forcejeó—. ¡Suéltame!

—Si provocas un incendio con toda esta hierba, nos matas a todas —dijo Zeleste—. ¡Dame la antorcha!

La malvittana dejó de resistirse. La determinación en su rostro no se imponía del todo al miedo. Había matado a muchos noctárnidos; no a los suficientes como para olvidar lo que ocurre cuando se comete un solo error.

Ya con la antorcha en su mano, Zeleste avanzó hacia la bestia, que había retrocedido hasta pegar su sangrante abdomen contra los postes de la estacada. Una sangre oscura se derramaba sobre la hierba. El veneno caía ahora de los quelíceros con un goteo constante; sin embargo, la

criatura no se daba por vencida. Sus seis patas restantes seguían agitándose furiosamente en el aire.

La capitana se colocó ante el noctárnido. Ante ella vio diminutas llamas flotando en perlas oscuras: los múltiples ojos inexpresivos del animal reflejaban decenas de antorchas, decenas de Zelestes, decenas de amenazas. Hasta que el fuego se hundió directamente contra ellos.

El noctárnido desprendió el siseo más horrible de cuantos se habían oído hasta entonces. Zeleste no se detuvo: siguió hincándole la antorcha en los ojos mientras el sonido de la carne chamuscada se mezclaba con los estertores de la bestia.

Cesando al fin sus siseos, el noctárnido se derrumbó en el suelo. Hubo un instante de quietud, un obituario que duró solo un latido… tras el cual decenas de crías abandonaron la base de un abdomen que ya no podía acogerlas y se precipitaron contra Zeleste.

La capitana las sintió antes de poder verlas. Patitas que trepaban por sus piernas, correteaban bajo su camisón, infestaban nariz y orejas. Se tiró al suelo, el corazón demasiado acelerado como para poder gritar siquiera, y rodó desesperadamente por la hierba. Recorrían cada pulgada de su piel.

Una antorcha se acercó entonces a ella. Al notar la proximidad del calor, las crías huyeron despavoridas y se refugiaron en la hierba, donde decenas de pies las esperaban para pisotearlas.

Arriba, la horda invasora arañaba ya la cima de la empalizada con sus patas delanteras cuando Laurém, acercándose a Mara desde el otro lado de la pasarela, logró prender la última antorcha. Frustrada, la masa oscura dejó de ascender y se retiró a la densidad de la vegetación.

Zeleste se palpaba todo el cuerpo en busca de picaduras. Aún le parecía sentir cosquilleos por todas partes. Los siguió sintiendo incluso después de que Sissia, quien se había arrodillado junto a ella, le dijera que no temiera. Que las crías no tenían veneno.

Al menos que ella supiera.

Cuando cesó el caos y los noctárnidos volvieron a la profundidad de la isla, no volvió a oírse el canto de los pájaros ni de los insectos nocturnos. En el fuerte solo quedaron los aliviados resuellos de las cazadoras, entremezclados con algunas voces que exigían una respuesta: ¿qué había sucedido? ¿Por qué tantas antorchas se habían apagado de repente?

Mara lo sabía, pero guardó silencio. Prefirió interrogar con la mirada a su capitana, preguntándose si ella también era consciente de lo que acababa de pasar. El viento que había agitado la tienda minutos antes no era natural. De hecho, su extraño silbido se parecía demasiado al que surgió tras la muerte de Ayreen en Londayn.

Solo entonces se dio cuenta de que Antoine, la víctima del ataque, seguía tendido el suelo.

Zeleste se aproximó a él. El pecho del joven subía y descendía trabajosamente. Pudo ver densos ríos de una sangre que, bajo los astros nocturnos, parecía casi tan oscura como la que su

sable había arrancado del noctárnido.

Las demás mujeres también se acercaron al moribundo. A la luz de las antorchas, Zeleste se encontró con un rostro en el albor de la muerte; un ruego que buscaba su mirada con dolor, incredulidad y, sobre todo, urgencia. Mientras Antoine pugnaba por aire entre la hinchazón de su garganta y el veneno que lo consumía por dentro, en sus pupilas se distinguía una aterrada aceptación de lo que estaba a punto de suceder.

Zeleste agachó la cabeza y maldijo cuanto pudo sin mover los labios. Eran maldiciones contra sí misma, contra sus pesadillas y su Viento sin control. Contra todo.

Laurém le puso una mano en el hombro.

—No tienes por qué hacerlo tú.

En respuesta, Zeleste volvió a erguir la frente.

—Sí. Sí debo.

Acarició el mentón de Antoine y sostuvo su mirada. Estuvo a punto de decir lo mismo que intentaron enseñarle en el internado de Pavlia Alcora. Que su espíritu no moriría tras abandonar su cuerpo. Que el poder de las Eternas velaría por él.

No encontró fuerzas para mentiras piadosas. Le dio la vuelta con cuidado y apoyó el sable sobre su nuca, buscando el lugar en el que cuello y cráneo se unían.

Cerró los ojos.



X

—¿Tienes idea de dónde estamos?

Tras dos largos días de trayecto, Magdan notaba las piernas entumecidas y un constante traqueteo en las sienes. Su cuerpo aún trataba de hacerse a la idea de que ya no estaba en la carroza.

A su alrededor se extendía una vasta llanura ocre y, muy a lo lejos, lo que parecían los confines del bosque de Valiosta. Varias colinas despuntaban al este, y en la cima de una de ellas asomaba una hormiga grisácea y distante que debía ser un edificio. Ya en el umbral de la visión, tras las colinas, se alzaba el monte Aggo. El punto más alto de Sorterra.

Era sutil, pero lo notaba. La brisa que soplaba tenía el resabio de la sal. La costa no podía quedar muy lejos.

—Diría que estamos en Lezhari, o en algún otro punto entre la comarca de Rómero y la de DiCanio —presumió, respondiendo a la Celadora.

No obstante, si hubiera debido guiarse por cualquier cosa que no fueran conjeturas geográficas, basándose únicamente en la tierra yerma, la ausencia de vida visible y su propio cansancio, sus cálculos lo hubieran situado más cerca de ese lugar titulado «culo del mundo».

—¿Y qué sabes de Lezhari? — preguntó la Celadora.

—Aparte de que acoge uno de los santuarios de Sorterra, poca cosa —señaló al edificio sobre las colinas—. Ese debe ser el antiguo internado de la Gracia… Así que el santuario debe estar cerca. Pero yo no he dicho esto, mi señora.

Contra todo pronóstico, la Celadora sonrió. Era la primera vez que conseguía arrancarle algo parecido al humor a la mujer del cabello de sangre, lo que interpretó como señal de que había

acertado con su suposición. El resto de sus sonrisas solo le habían sugerido superioridad, o bien oscuro sarcasmo.

La carroza había dado el alto a unos cien pies de donde estaban. Ambos cocheros habían descendido del vehículo y arrastraban un pesado baúl. Era lo bastante grande como para que Magdan deseara haberse pasado todo el trayecto metido ahí, donde podría resguardarse de la inquietante mirada de la Celadora y el mal humor de la Bruja Inmunda. Cuando dejaron el baúl en el suelo, Oggianda se acercó a ellos y les hizo un gesto con la mano. Los cocheros reaccionaron poniéndose firmes y abriendo la boca.

De los bolsillos de su capa oscura, la Maestra Oggianda extrajo algo que procedió a colocar sobre sendas lenguas de los hombres. Magdan apenas llegó a atisbarlo: láminas finas del color de la canela. Lonjas del olvido. Las Siluetas recurrían a ellas cuando la mejor opción era forzar a alguien a olvidar lo visto.

Esperaba que su boca fuera la siguiente en recibirla. Sin embargo, la Maestra pasó de largo y se reunió con la Celadora. Le costaba creerlo, pero así era: él no debía olvidar lo que estaba a punto de suceder. Fuera lo que fuera.

La Celadora se tomó unos instantes para observar los aledaños. Su rostro se volvió sereno y contemplativo. Alejándose unos pasos de su compañera, se arrodilló sobre el césped de ocre muerto y colocó ambas manos sobre el suelo.

Magdan no podía verle el rostro, pero creyó oír susurros que entonaban un cántico de sorprendente delicadeza. Con la voz de la Celadora, esas notas tenían una propiedad relajante, casi adormecedora. Notó un temblor bajo sus pies: la tierra se sacudía con un leve terremoto que no procedía de lo profundo, sino de los dedos de aquella mujer.

Cuando llegó el gran crujido y vio la grieta ovalada que se abría en el suelo, Magdan no sintió tanta sorpresa como un excitado orgullo. La entrada del santuario subterráneo de Lezhari acababa de revelarse ante él.

Los temblores cesaron y la Celadora se puso en pie. Por unos instantes pareció concentrada únicamente en respirar, como si acabara de someterse a un duro esfuerzo. Después se dirigió a él.

—Dime, Eme, ¿cómo imaginas la voz de las Eternas?

—Majestuosa, claro. Bellísima.

Se arrepintió al instante de haberlo dicho. La voz de las Eternas debía ser, en realidad, aterradora; lo bastante potente como para desintegrarlo. Solo una Madre conocía la respuesta a esa pregunta.

—Me alegro de que lo veas así —la Celadora señaló hacia la entrada—, porque estás a punto de hablar con una.

Le indicó que se acercara a la abertura en el suelo. Al asomarse a ella, Magdan vio el principio de una pendiente que descendía hacia la oscuridad. La Celadora lo observaba, quizá curiosa por ver su reacción, y entonces le hizo un gesto para invitarle —ordenarle— que bajara.

Magdan cogió aire. Miró a su alrededor un instante, pensando en su futuro libro. «Y vuestro

estimado héroe, desafiando a la eternidad y a todo lo escrito, ignoró el repentino peso en su ropa interior y se sumergió en las tinieblas».

La penumbra retrocedió cuando la Celadora entonó un nuevo cántico y dos conchas luminiscentes se encendieron en ambos lados de la caverna. Oggianda también descendió por la pendiente, seguida por los dos cocheros que arrastraban el enorme baúl. La luz ambarina de las conchas contorneó el nerviosismo de sus rostros.

Toda vez alcanzaron el final de la rampa, la grieta se cerró sobre sus cabezas y la brisa del exterior murió, dando paso al sobrecogedor silencio de la cueva.

—Ahora, escuchadme —un eco sombrío condensaba las palabras de la Celadora—. Estamos entrando en un lugar inviolable. Este es el hogar de las Eternas. De aquí surge el poder que da fertilidad a nuestras tierras, resiste el empuje del mar e imbuye la Gracia en nuestros espíritus. Así que pisad con respeto.

Siguieron a la Celadora unos pasos hasta que se toparon con las primeras losas. Vieron la escalera de caracol que descendía, según el Códice, mil quinientos peldaños hacia el santuario. Magdan sintió una inmensa felicidad por no ser él quien arrastraba el baúl, si bien era cierto que los cocheros no recordarían el tortuoso descenso ni nada de lo que verían.

—Se dice que aprecias la filosofía, Eme —le dijo Oggianda—. ¿Aprecias también la historia?

¿La historia que estoy a punto de hacer, como primer hombre que explora un santuario sin ser níveo? ¡Por qué no!

—Aprecio el conflicto —respondió—. Creo que las guerras y contiendas a las que sobrevivimos nos hacen ser lo que somos, Maestra. Aunque a veces parece que estamos condenados a repetir los mismos errores.

—Procuraremos darte una lección rápida entonces —la Celadora empezó a descender la escalera.

El grupo bajó peldaño tras peldaño mientras nuevos pares de conchas se encendían al paso de la Celadora. Magdan se topó con un aire mustio, cada vez más cálido a medida que bajaban al santuario.

—Párate a pensar en lo que ocurrió hace ciento cincuenta y ocho años, cuando empezó la historia del Eternismo —dijo la Celadora—. Cuando Marinne Thadèose, nuestra Primera Amanecida, sintió en su interior un poder asombroso; un don que le permitía mover la tierra a su voluntad y que parecía proceder, por inexplicable que resultara, de una presencia que la llamaba desde las entrañas del mundo.

Magdan reparó en la uniformidad de cada peldaño. No eran escaleras de caracol construidas por manos comunes, sino por el poder de la Gracia, la cual moldeaba tierra y roca mejor de lo

que vidrieras y herreras eran capaces de hacer con sus materiales. Aquella construcción era el resultado de decenas, cientos de ciclos quizá, de meditación y absoluto dominio del don concedido por las Eternas.

—Imagina la reacción de los antiguos ulricanos cuando, finalmente, Marinne se atrevió a abrir un túnel que le permitiera adentrarse en esas entrañas y encontrarse con la Eterna. Se trataba de una criatura majestuosa, milenaria y llena de poder, pero el Hombre no la vio así. El Hombre creyó que se acababa de abrir una puerta al mismo Abismo e hizo todo lo posible por cerrarla, además de asesinar a toda mujer sensible a la Gracia.

—¿Asesinar? —se sorprendió Magdan—. Pensaba que las esclavizaban, no que les arrebatan la vida.

—Pregúntales a esas mujeres si hay alguna diferencia —dijo la Celadora, sombría—. Por suerte, cada vez eran más los espíritus que sentían la llamada de la Gracia. La Eterna compartía su poder con nosotras para que, por fin, ocupáramos el lugar que el Hombre nos negó durante siglos. Ese fue el mayor error de los ulricanos. En vez de reconocer que a la mujer le había llegado su Amanecer, intentaron contenerlo con fervor religioso.

Magdan asintió con falsa convicción: en su fuero interno sabía que el mayor error de los ulricanos fue capitular a cambio de «evitar más muertes y preservar el futuro de nuestra especie». Eso sí que fue una estupidez. La ideología eternista se había radicalizado regencia tras regencia y ya era tarde para los hombres. ¡Gracias, Hijos de Ulric!

—Siendo justas con ellos —prosiguió la Celadora—, muchas mujeres también creyeron al principio que habían encontrado una diosa bajo tierra. Por supuesto, no estaban ante una divinidad. Solo ante la historia.

Los resoplidos de los cocheros pronto se convirtieron en jadeos, y después en gemidos lastimeros. La Celadora nunca se detuvo.

—Con el tiempo, la conexión entre la Eterna y sus oyentes se fortaleció. Las mujeres empezaron a entender mejor a la criatura y, a su vez, al poder que les había sido concedido. Descubrieron que la Gracia adoptaba muy diferentes formas… Lo que se traduce en muy diferentes utilidades. Y percibieron que existían más Eternas en las entrañas de Sya, todas hibernando desde hacía millones de años. La que Marinne encontró fue tan solo la primera en despertar.

El tiempo parecía haberse detenido durante el descenso. Magdan no tenía forma de saber cuántos minutos habían transcurrido desde el primer escalón. Cada vez que parpadeaba, sus ojos se topaban con un salto temporal hacia un instante posterior. El santuario ejercía una influencia perversa en mentes no sensibles a la Gracia.

Ni siquiera se dio cuenta de que ya habían llegado al final de la escalera. Ante él se abría ahora una inmensa galería, una cueva cuyo techo solo se distinguía por las ralas conchas luminiscentes que brillaban cientos de pies sobre su cabeza.

Varias figuras envueltas en túnicas marrones se inclinaron al ver a la Celadora. Eran

Hermanas de Gracia.

—Esto contradecía la antigua religión del Hombre, claro —continuó la Celadora—. Su fe partía del principio de que el Viento era la manifestación suprema del poder y la voluntad divina. Jamás entendieron que era una enfermedad. Una mutación que siempre acaba descontrolándose. Obviamente, esa enfermedad nunca fue rival para la Gracia, del mismo modo en que la superstición nunca será rival para la razón. El Eternismo no es una creencia, Eme. Es una observación de la realidad. Pura, simple ciencia.

Las Hermanas emprendieron el paso. Las siguieron a través de la galería, bajando después una nueva pendiente y deteniéndose finalmente ante una pared irregular en la que asomaba una hendidura ovalada. Según el Códice, esa era la entrada de la Arteria. El puente de unión entre el santuario y la cámara donde moraba la Eterna. Magdan no comprendió al principio cómo se suponía que iban a caber en ese diminuto túnel… hasta que las Hermanas se arrodillaron y extendieron los brazos, dando comienzo a su meditación.

Vio entonces cómo el túnel crujía y se ensanchaba. La Arteria se convirtió en un corredor que competía en tamaño con las galerías del Capitolio. Todas las Hermanas permanecieron arrodilladas y silentes ante la entrada del pasadizo mientras la Celadora y la Maestra se adentraban en él.

Magdan acababa de entrar en el túnel cuando notó algo extraño sobre su cabeza, bajo sus pies, en todas partes. No sabía qué era, pero lo presagiaba. Una amenaza afilada se cernía sobre él desde mil direcciones. Espinas que brotaban de las paredes del pasadizo y apuntaban hacia sus ojos.

—La Arteria sabe que no deberías estar aquí —dijo Oggianda—. Esas espinas están solo en tu cabeza. No te pasará nada.

Magdan se obligó a seguir caminando. Mientras tanto, la Celadora concluyó su narración.

—Los ulricanos fueron el último de los imperios del Hombre en caer en desgracia. Veinticuatro años después del Amanecer de Marinne, Veronia DiComo redactó los manifiestos que más tarde constituirían la base del Códice. Fue entonces, Eme, cuando la ciencia Eternista se convirtió en el estandarte de nuestro pensamiento. Lo que nos lleva al presente. ¿Has disfrutado la lección hasta ahora?

Magdan se limpió el sudor de la frente. El calor empezaba a ser insoportable, aunque Oggianda y la Celadora caminaban como si de un paseo por los jardines se tratase. Parecían más que acostumbradas, y no solo al calor. Había también un hedor espantoso que se avivaba a medida que avanzaban por el túnel, y Magdan solo podía asociar semejante fetidez a un cuerpo en descomposición.

—Siempre es un placer oír la crónica de nuestra historia, mi señora —aguantó las arcadas como pudo—. Pero diría que...

—¿Que todo esto ya lo sabes? —la Celadora suspiró—. No exactamente. Ahora vas a ver lo que el Códice no cuenta.

Al salir de la Arteria lo recibió una nueva gruta que se abría al menos ochenta pies hasta el techo. Una pared de roca lisa se alzaba al fondo de dicha gruta.

Estaban en la antecámara. El Códice la describía como el lugar en que Madre y Eterna hacían su íntima comunión.

—Verás, Eme. No las llamamos Eternas por lo que son, sino por lo que representan. Porque su intervención nos ha permitido poner fin a esa inestabilidad que definió a los reinos de antaño. Porque somos una Eterna Ascensión hacia la gloria y el orden. Sin embargo, sabemos que no son seres inmortales, sino orgánicos. Y como tales, tienen sus necesidades.

La Celadora hizo una larga pausa que Magdan, sintiéndose sutilmente interrogado, se vio obligado a romper.

—«Necesidades». No las imagino con apuros por llegar al baño a tiempo.

—Claro que no —la Celadora no rio la ocurrencia—. Lo que necesitan es alimentarse.

Dicho lo cual avanzó unos pasos, y un último par de conchas alumbró lo que Magdan ya no podría olvidar jamás.

Al fondo, ante la colosal pared norte de la antecámara, una figura yacía arrodillada. Parecía otra Hermana; al menos llevaba puesta la misma túnica marrón que vestían sus compañeras. Salvo que la suya mostraba desgarros por todas partes. Y entre esos jirones asomaba el contorno de una carne oscura y putrefacta. Por las mangas de su túnica no asomaban dos brazos, sino dos masas demacradas en las que se distinguía también el hueso.

Magdan se sacudió entre arcadas. Mientras la Silueta luchaba por no evacuar el contenido de su estómago, la Celadora esclareció lo que tenía ante sus ojos:

—Te presento a la Madre de Lezhari, Eme.

Bajo la desgarrada túnica, se vislumbró un movimiento a la altura de torso. Respiraba. Aquella Hermana seguía viva.

—Es un sacrificio admirable —dijo la Celadora—. Entregan cuerpo y espíritu para saciar a la Eterna. Solo así puede la Gracia seguir fluyendo.

Magdan se quedó petrificado. Lo que estaba contemplando no tenía nada que ver con la *majestuosa, placentera fusión* entre Hermana y Eterna que describía el Códice. Se fijó entonces en las raíces oscuras que brotaban de la tersa roca de la pared norte y descendían hasta incrustarse en las muñecas putrefactas de la Madre. Y distinguió, al acercarse tímidamente, la superficie orgánica y viscosa de esas protuberancias.

No eran raíces. Eran tentáculos. Venas. Magdan no fue realmente capaz de ponerles nombre, pero sí vio cómo se expandían y contraían al ritmo de un lento sonido de succión. Y lo que quiera que estuvieran sorbiendo se trasladaba desde el cuerpo de la Madre hasta la pared. De improviso, esa pared norte desprendía un terror inconcebible, pues Magdan entendía ahora que eran los brazos de la Eterna lo que brotaba de ella.

La figura descompuesta y aún viva bajo la túnica era su alimento.

—Eme, escúchame bien —dijo la Celadora—. Vas a ocupar el lugar de esta Madre; solo por

unos minutos. Ese es el tiempo que tendrás para comunicarte con la Eterna que habita tras este muro. Estas criaturas se nutren únicamente de espíritus femeninos, así que vamos a tener que… confundirla.

Le hizo una señal a los inquietos cocheros, quienes se dispusieron a abrir el baúl.

—Quítate la ropa —dijo la Maestra Oggianda.

Magdan titubeó. Oía esa frase con cierta frecuencia, aunque normalmente no era necesario arrastrarlo cientos de pies bajo tierra para que obedeciera.

—¿Me harían un favor? —preguntó Magdan—. Este atuendo es bastante caro y no quisiera mancharlo. ¿Hay algún lugar limpio en el que…?

—Desnúdate, imbécil —espetó la Maestra.

Mientras se apresuraba a quitarse el sombrero y desabrocharse el cuello de su capa, se fijó en lo que los cocheros sacaban del baúl. Era un ánfora de gran tamaño, casi más grande que él mismo. En cuanto terminó de desnudarse, los cocheros la alzaron con esfuerzo y vertieron su contenido sobre él.

De la cabeza a los pies, Magdan se vio untado de un espeso líquido de olor similar al yodo. La Maestra insistió en que cubrieran hasta el último rincón de su cuerpo con él. Pronto no fue capaz de distinguir ningún olor salvo el de aquella suerte de jalea amarronada. Convertido de pronto en una figura de barro, se dio cuenta de que los cocheros lo estaban atando de pies y manos con cabos gruesos.

—Eh, mis señoras… —Magdan escupió parte del líquido antes de hablar—. Hay muchas cosas que no entiendo. Si lo que desean es comunicarse con la Eterna, ¿no deberían hacerlo ustedes mismas mediante la Gracia?

—Normalmente, es la propia Madre quien se comunica con la Eterna y nos transmite lo que sabe —explicó la Celadora—. El problema es que, una vez la Eterna ha elegido su alimento, no podemos arrebatárselo.

—¿Por qué no? ¿Qué ocurriría si…?

—No quieras saberlo —la Celadora habló con marcado tono de advertencia—. Concéntrate en esto: tendrás que ser rápido. La Eterna empezará pronto a inquietarse, y si se da cuenta de que el alimento que esperaba no está ahí, habremos fracasado. Tu cometido es pedirle ayuda para encontrar a Zeleste. La Eterna sabrá cómo.

—¿Están seguras de que esto va a funcionar, mis señoras?

—Eso espero —contestó Oggianda—. Es la primera vez que lo intentamos.

La Celadora asintió como si diese su aprobación. Se acercó entonces al muro y apoyó ambas manos en él. Sobre su cabeza, los tentáculos retrocedieron y se desprendieron de la carne de la Madre, quien se desplomó de inmediato con un sonido esponjoso.

Toda la antecámara tembló. En la pared norte, tierra y roca empezaron a desplazarse hacia abajo hasta que el muro desapareció por completo. Un abismo de negrura era lo único que aguardaba al otro lado.

Magdan oyó un arrastrar que se aproximaba. También percibió una suerte de chapoteo viscoso, y el hedor que ya imperaba en el ambiente se avivó hasta hacerse mareante. Las paredes de la gruta retemblaban ante la inminencia de un cuerpo gigantesco.

Al ver lo que surgía de la oscuridad, Magdan entendió al fin por qué lo habían atado de piernas y manos.

—Buena suerte —la voz de la Celadora era poco más que ruido de fondo.

Sintió que algo en su mente se quebraba. No pudo ponerle nombre a lo que veía, pues no podía describir ni comprender lo que no tenía forma. Apenas distinguió bulbos, tumores, legiones de ojos brotando en partes indistintas de una colosal masa que emergía de la pared. Y al frente, dos gruesas serpientes que avanzaban hacia él. Buscando su carne.

Un pinchazo terrible despertó en su nuca cuando los tentáculos rozaron su piel. Dolió tanto que se olvidó de pensar. Olvidó el santuario, su nombre e incluso la propia Eterna, cuya verdadera forma acababa de revelarse ante sí. Solo quedó la oscuridad.



Magdan se vio de pronto en un estrecho túnel circular. Cuando un sonido gelatinoso llegó a sus oídos, percibió el ligero brillo que oscilaba en unas paredes de textura carnosa y grisácea.

Sus pies notaban también aquella baba que se le adhería a la piel y apenas le permitía moverse. Durante el sueño, si es que era un sueño, sintió que una voracidad lo envolvía. Un calor que despertaba punzadas de dolor en múltiples partes de su cuerpo.

La Eterna lo estaba masticando. O sorbiendo.

Tú.

Sentía la voz de la criatura propagándose por el túnel. También en su propia carne.

Tú no sabes a nada.

Cuando quiso responder a la retumbante voz, le pareció que las palabras morían antes de llegar a sus labios. Su garganta no tenía utilidad en ese lugar.

Necesitamos tu ayuda, dijo Magdan.

No habrá ayuda sin alimento.

La voz tenía una reverberación grave, ominosa… Y al mismo tiempo, había algo que desentonaba. Un matiz de urgencia que le traía la sensación de una mente caprichosa y salvaje. Como si estuviera comunicándose con un cachorro.

Tenemos que encontrar a Zeleste. Es un espíritu que escapó de este mismo santuario. Tienes que haberlo sentido.

La espesa baba del túnel empezó a fluir con más intensidad. Magdan sintió un cosquilleo en las rodillas: el líquido le cubría ahora mucho más que los pies.

Alimento, insistía la voz de la Eterna. *Honrad vuestra parte del trato.*

Sí. Ayúdame a encontrar a Zeleste y tendrás lo que pides.

Recuerdo a Zeleste. Intentó quitarme mi alimento. Sus manos me tocaron, llena de furia. Su sabor era distinto.

¿Distinto?

Fuerte. Demasiado fuerte.

Magdan no sabía si la Eterna se refería al coraje de Zeleste, a su Viento o a alguna consecuencia de la purificación. Aunque estuvo tentado de indagar más, la Celadora le había dicho que no tendría mucho tiempo.

¿Puedes ayudarnos?

No llegó respuesta. Un silencio absoluto reinaba ahora en el túnel. La viscosidad que engullía a Magdan dejó de fluir.

Sintió entonces una fuerza dantesca tirando de su piel. Acababan de empujarlo por un precipicio y caía, cada vez más deprisa, a través de tinieblas sin fondo.

Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, se vio en un mundo vertical.

Dos manos lo sostenían por los hombros; otras dos, por las piernas. Pese a la oscuridad, distinguió la piel, pálida y rugosa como la corteza de un árbol, de quienes lo llevaban en volandas. Dos níveas cargaban con él mientras ascendían una escalera de caracol.

Magdan sentía su propio cuerpo de forma distante, ajena… Y se dio cuenta de que, de hecho, no era su cuerpo. Aquellas extremidades blanquecinas no le pertenecían. Eran las de Zeleste.

La Eterna le estaba mostrando los recuerdos de la pirata.

Cuando trató de moverse, apenas logró contraer los dedos. Las níveas continuaron ascendiendo en maquinal y silenciosa marcha mientras Magdan seguía atrapado en una historia que no era suya, pero en la que el dolor, el miedo y la confusión se manifestaban como una espantosa y tangible realidad. Estaba presenciando —viviendo, más bien— el momento en que Zeleste Sassuolo dejó de ser una nívea y recobró su conciencia.

Zeleste empezó a reconocerse. Sintió la sangre desperezándose en sus piernas, luego amartillándole el pecho y finalmente despertando en su garganta.

Gritó.

Las níveas no se detuvieron al oír su alarido. Inexpresivas, se limitaron a contemplar el cuerpo que acababa de zafarse de sus manos. Dos pares de óvalos rojizos siguieron a Zeleste en la penumbra mientras, asustada, reptaba para descender la escalera de caracol.

No sabía dónde estaba. Tenía el cuerpo débil y entumecido, aunque su instinto crepitaba con más fuerza que nunca. Solo tras unos minutos reptando se percató de que podría estar en un santuario.

Trató de concentrarse. Todo lo acontecido el día de su captura seguía intacto en su mente. La monstruosa flota de la Marina Ascendente asomando en el horizonte. La calmada aceptación de lo que iba a ocurrir impresa en los rostros de su tripulación.

Envuelta ya en un estrato de pólvora, el *Ira Flavia* se reducía a un caos astillado. Hubo un estruendo en su oído derecho y una fuerza tremenda la mandó al suelo. Su memoria la confundió entonces con imágenes de una celda sin ventanas, de sangre en el rostro… Y finalmente, una pesadilla de metal. Un artefacto gigantesco cuya forma no recordaba con precisión. En cambio, la agonía, las argollas desgarrando sus muñecas, las cuchillas trazando un punzante circuito en su espalda… Aquello era imposible olvidarlo.

¿La habían purificado? Imposible. Se apercibió entonces del aspecto rugoso y blanquecino de su piel, así como de la irritación que sentía en sus ojos. Era una nívea. O lo había sido. Nada tenía sentido, pero tampoco tenía tiempo para buscarlo.

Logró incorporarse, aun con todos sus músculos protestando por el forzado desvelo. Siguió descendiendo hasta alcanzar la base de la escalera de caracol, encontrándose con una extensa galería que se abría ante ella. Conchas luminiscentes y purpúreas estrías de litósforo cubrían unos muros de roca perfectamente lisa. A lo lejos vio mesas de madera, un conjunto de colchones de paja y, colgado en una de las tersas paredes, un gran tapiz con el símbolo universal de la maternidad: una flor de nodriza sobre fondo blanco. El emblema de La Ascensión.

Sí. Estaba en santuario.

Sé que estás ahí. Un susurro persistía en sus oídos, de forma parecida al pitido que sigue a un estruendo cercano. Parecía la voz de Noema. ¿Había estado soñando con ella?

Oyó el lamento de un coro fúnebre que se aproximaba. Apenas tuvo tiempo de esconderse y ver las túnicas marrones de las Hermanas. Emergían de un hueco en el suelo, sollozando y abrazándose con la sombría complicidad de un gentío en un entierro. «Eternas» y «valiente» fueron las únicas palabras que distinguió en sus murmullos. El triste grupo se aproximó al tapiz y se arrodilló ante él, abriendo sus brazos en cruz.

El cántico que entonaron despertó una fugaz náusea en Zeleste. Había aprendido esos mismos versos en el internado de Pavlia Alcora. Se cerraban con el nombre de la Hermana que acabara de ser designada Madre del santuario.

Noema.

Reptó sigilosamente hacia el hueco en el suelo por el que habían emergido las Hermanas. Una rampa descendía hacia una garganta de oscuridad.

Tras recoger la vara de nácar que una Hermana sollozante había dejado caer instantes atrás, descendió por la rampa. Se topó entonces con la gran entrada ovalada de la Arteria. La luz ambarina de su vara menguó. Del túnel emanaba un hedor insoportable; tan fuerte que Zeleste

trastabilló, empellada por esa corriente abismal. La Arteria tenía sus modos de expulsar a las intrusas.

Su instinto la apremiaba ahora a darse la vuelta, pero los susurros de Noema, *sé que estás ahí, préstame atención,* regresaron a sus oídos. No podía irse sin ella.

Un dolor lacerante despertó en cuanto apoyó el pie en el interior de la Arteria. Apretó los dientes: sabía que esa agonía era imaginaria. Si se mostraba débil, aumentaría. Pese al miedo, pese al abismal calor que la empapaba en sudor, avanzó hasta que notó que el túnel se abría para dar a la antecámara. En ese momento supo que estaba en el lugar que nadie debía ver.

El nácar que empuñaba pareció recuperar su luminosidad. Al fondo de la antecámara se vislumbraba una figura encapuchada, inmóvil y postrada de rodillas ante la pared norte. Zeleste se aproximó a la figura y la rodeó para verle el rostro.

Allí estaba. La voz que había resonado en sus adentros desde que recobrara la conciencia. Era Noema, vagando en algún lugar muy lejano con los ojos en blanco. El asombro de la revelación privó a Zeleste de ver, al menos hasta pasados unos latidos, los tentáculos que brotaban de la pared y… succionaban. Incrustados en las muñecas de su amiga, succionaban.

Zeleste asió ambos tentáculos y tiró de ellos. Primero torpemente, luego con rabia hasta que se desprendieron de la carne. Noema cayó hacia adelante; un cuerpo inerte que aún respiraba. Los tentáculos se retorcieron como anguilas enfurecidas y se retrajeron hacia el interior del muro.

Hubo un sonido ensordecedor, algo mil veces peor que una explosión. El colosal mugido sacudió la tierra y degeneró en un tono cada vez más grave.

Zeleste aún no había comprendido que era la Eterna lo que se revolvía tras el muro, sacudiendo la antecámara con cada uno de sus alaridos. Oyó pequeños fragmentos de roca cayendo a su alrededor. Sin pensárselo, alzó el pequeño cuerpo de su amiga y se la echó al hombro, dispuesta a sacarla de allí.

La Arteria pareció respetarla en esta ocasión y recorrió el túnel sin dolor. No obstante, cuando ascendió la rampa y regresó a la galería principal del santuario, se topó frente a frente con las Hermanas.

Muchas gritaron horrorizadas y echaron a correr tan pronto la vieron; otras retrocedieron varios pasos. Una sola, distinguida por su mirada estrábica, permaneció donde estaba.

—¿Qué has hecho? —gritó la hermana Mánnica, señalando al cuerpo que Zeleste llevaba en brazos—. ¿QUÉ HAS HECHO?

Lo gritaría aún una tercera vez, esta vez desgañitándose; odio y pavor temblando en el rostro y arrancándole un nuevo rugido a la Eterna. La pirata no contestó. Se limitó a mirarla como si fuera ella a quien se le debiera una respuesta.

—Tienes que devolverla —Mánnica balbuceaba, insegura aún de si se comunicaba con una nívea o un espíritu intacto—. Si no lo haces…

—Inténtalo — Zeleste se arrodilló y, con cuidado, dejó a Noema en el suelo—. Trata de explicármelo. Convénceme de que debería importarme lo que ocurra a continuación.

Mánnica la miró al principio con herida incredulidad. Después, su expresión se ensombreció.

—Si lo que necesitas es justicia, cóbratela conmigo —la Hermana dejó que las palabras fluyeran despacio—. Entiendo que estés furiosa; sé que has sufrido. Pero la Eterna ha elegido una nueva Madre, y Noema debe cumplir su cometido. Nuestra nación, la vida de millones de mujeres y hombres, depende de ello.

Zeleste avanzó hacia Mánnica. Su andar era pesado y firme. Las pocas Hermanas que no había huido retrocedieron de nuevo, aterradas ante esa imposible y sin embargo innegable conciencia que les devolvía la mirada.

—Esta es vuestra justicia —Zeleste recorrió la cicatriz de su rostro con el dedo índice—. Esto es lo que me hicieron quienes te enseñaron esa palabra. Así que ahórrate los discursos y dime: ¿qué hay en la antecámara?

Mánnica vaciló antes de contestar.

—No sé lo que...

—¿Qué hay ahí abajo? ¿Qué coño acabo de ver?

Se oyeron los pasos que se aproximaban. Eran andares coordinados, muertos; pies marmóreos arrastrándose sobre la tierra. Decenas de óvalos rojizos brillaron en la penumbra.

Las níveas se acercaron, formando un semicírculo en torno a Mánnica y Zeleste.

—No sé qué puedo explicarte que no sepas ya. Has visto la antecámara donde mora nuestra Eterna. Unas pocas Hermanas tenemos la suerte de acudir aquí para cuidarla, aprender de ella y, quizá con el tiempo, ser elegidas la nueva Madre de este santuario. Cuando eso ocurre, nos fusionamos con ellas y nuestro espíritu trasciende la carne. Así, las Eternas mantienen viva la Gracia y la comparten con nosotras.

—«Nos fusionamos» —el ojo sano de Zeleste se entornó—. Parece que a las dos nos han contado el mismo cuento.

—No nos han contado nada más que la verdad —insistió Mánnica—. Las Eternas tienen una forma distinta de todo cuanto conocemos. Se requiere una apreciación especial de la Gracia para comprender su belleza.

—Si tan hermosa te parece, entra ahí y cúbrela de besos. Noema y yo nos vamos.

Las Hermanas reaccionaron con gritos de pánico.

—¡No! —exclamó Mánnica—. Es la Eterna quien elige, no nosotras. Si la enfurecemos, si quebramos su ciclo...

Pero Mánnica se detuvo ahí. La mirada de Zeleste le hizo comprender que de nada serviría seguir hablando. Podía dejarla marchar o tratar de impedírselo; no habría más opción ni diálogo.

La pirata dio un paso atrás y tensó el cuerpo, preparada para lo que venía.

—Apresadla —ordenó Mánnica.

Las níveas avanzaron al instante como un solo organismo. Movimientos repetidos con exactitud en uno y otro cuerpo. Zeleste apenas tuvo tiempo para recoger una roca del suelo y hundirla en la cabeza de la primera nívea. La segunda se vio cogida por un brazo, voló por los

aires y cayó al suelo con un golpe sordo.

Hubiera seguido así, abriéndose paso a través de aquella conciencia colectiva que no conocía el dolor ni la compasión, de no haberse visto totalmente superada en número. Decenas de brazos rugosos la asieron por todas partes, esperando una orden de Mánnica para despedazarla.

Fue otra la voz que dio una orden.

Un gemido rasgó la oscuridad. De inmediato, las níveas se detuvieron y soltaron a la pirata. Sus sanguíneas miradas estaban fijas en Noema, quien, tendida en el suelo, trataba de alzar su temblorosa mano izquierda.

Zeleste corrió hasta arrodillarse junto a ella. Noema respiraba con una terrible ausencia en la mirada; una gelidez peor que el vacío de una nívea. Cuando habló, Zeleste se reencontró con una canción olvidada que, sin embargo, nunca se había ido del todo. Y que ahora le pedía, con voz quejumbrosa, que la dejara en el santuario. Que le permitiera cumplir su función como Madre.

—No pienso dejarte aquí —Zeleste le acarició una mejilla.

Noema respondió con dolor, pero también con entereza: «No es tu decisión». Su garganta era un mecanismo apenas capaz ya de funcionar. Aun así, Zeleste distinguió una palabra más: perdón. Noema le pedía perdón.

Era una disculpa en nombre de todas las Hermanas, de La Ascensión y de la humanidad. El lamento de todas las que, sin haber ordenado su condena, tampoco hicieron nada por impedirla.

Poco a poco, las Hermanas se atrevieron a acercarse. Solo una de ellas, cuyo sudoroso cabello castaño asomaba bajo la capucha de la túnica, se atrevió a hablar.

— ¿Zeleste…?

Fue su forma de preguntar si realmente era ella. Si realmente había regresado de la purificación.

Secándose sus lágrimas, la renacida se puso en pie. No se dio la vuelta ni pronunció palabra: tan solo se inclinó para recoger una roca manchada de fluido níveo. Sangre densa y oscura como brea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al fin Zeleste.

—Hermana Sendra.

—¿En qué santuario estoy?

—En el de Lezhari.

Zeleste la miró entonces.

—Sendra, espero que seáis capaces de olvidar que me habéis visto —alzó la roca y la sostuvo entre ambas manos—. Yo lo haría.

En ese preciso instante, Magdan volvió a sentir una fuerza que tiraba de él. Esta vez hacia atrás.

Sin previo aviso, se vio arrancado de esa extraña ventana que lo asomaba a una memoria

ajena y regresó a una luz que debía ser el presente. La Eterna retumbó de nuevo en su interior, ahora con un gruñido. El llanto de una criatura a la que le arrebatan su comida.

Cuando abrió los ojos, se topó con la Celadora y la Bruja contemplándolo con curiosidad. Quiso hablar, preguntar, gritar, pero lo que salió de su boca no contenía nada de eso. Solo dolor y confusión.

Cuarta Parte





I

<u>CUADRO DE MANDO</u>
Zeleste Sassuolo — *Capitana*
Vivianne Camoille — *Primera Oficial*
Sounya Belamey — *Contramaestre*
Nëufan Riijster — *Cirujana*
Cannova ‘**Tostón’** deMarti— *Maestra Artillera*
Mara Ordunnay — *Oficial de Navegación*
Laurém Bagosta — *Maestra Carpintera*
Sissia ~~*Malparida*~~ Colleran — *Intendente de Cocina*

Con un último golpe de martillo, Laurém clavó el papel en el palo de mesana. La capitana la había obligado a corregir el apellido de Sissia, lo cual hizo resignada. «Estaba mucho mejor antes», aseguró.

Satisfecha, Zeleste subió al alcázar y contempló a su nueva tripulación. El sol matutino bañaba los rostros de las cazadoras, expectantes ante el discurso que estaba a punto de comenzar.

El primer contacto entre vieja y nueva tripulación había resultado, cuando menos, peculiar. Las cazadoras llegaron a la corbeta espoleadas por sueños de fortuna y gloria, pero sus sonrisas se volvieron muecas de perplejidad tras conocer a sus nuevas compañeras: la impertérrita cirujana, la malvittana aquejada del Ansia, aquella chica gorda que debía haberse equivocado de barco... No era exactamente la aguerrida tripulación que hubieran esperado. Y aunque hubo algunas risas e intercambios amistosos, veteranas y recién llegadas parecían tener bien poco en común.

Vivianne se unió a su capitana en el alcázar. Con una mano sobre la empuñadura de su sable,

la primera oficial dio comienzo al discurso de bienvenida.

—A ver —se despejó la garganta—. Sé que lo habéis pasado mal últimamente y que, como cazadoras, estáis acostumbradas al trabajo duro. Pero no penséis ni por un momento que esto será un paseo por la orilla a partir de ahora. El mar tiene sus propias reglas, y no perdona a quien se las salta —desenfundó su sable y lo blandió amenazadoramente—. Nosotras tampoco.

Mara observó a la multitud que la rodeaba. Las palabras iniciales de Vivianne no parecían haber motivado precisamente a las cazadoras. Algunas incluso se miraban entre sí, preguntándose quizá si aún estaban a tiempo de echarse atrás. La diminuta oficial de navegación se tapó los ojos con ambas manos.

—Os dejaréis la piel aquí —los ojos verdes de Vivianne ardían—. Treparéis por jarcias, izaréis y arriaréis velas, largaréis rizos y baldearéis cubiertas hasta que seáis capaces de hacerlo con los ojos cerrados. Os curtiréis con pólvora, con sangre, con frío en largas noches de guardia. Y como a alguna de vosotras se le ocurra…

—Gracias, Vivianne —Zeleste se apresuró a ponerle una mano en el hombro—. Ya me encargo yo.

Un tanto confundida, la primera oficial se hizo a un lado.

Zeleste no pronunció palabra durante unos latidos. Dejó que fluyera una melodía sin voz. La canción del agua contra la madera, con un tenue coro de aves sobrevolando la costa occidental de Nécora.

Habló entonces con calma y franqueza.

No prometió a las cazadoras que la vida sería fácil en adelante, pero sí pudo asegurarles que, al caer la noche, serían más libres que cualquier otra mujer sobre la faz de Sya. Ya no le debían lealtad a La Ascensión ni a las Eternas. Ahora sus destinos estaban en sus propias manos. Surcar el océano sin aliadas era aterrador, sí. Sin embargo, si todas protegían a la mujer que tenían al lado, si se comportaban como una familia, serían más fuertes que nunca. Libertad, fortuna, noches a las que poder cantar hasta perder el conocimiento: todo eso llegaría pronto.

Las cazadoras se mostraron más relajadas esta vez y, bajo pañuelos blancos y deshilachadas trenzas, asomaron sonrisas de esperanza. Una garganta disidente, con fuerte acento malvittano, se alzó no obstante en cubierta:

—Sigue habiendo una capitana —objetó Sissia—. De modo que sí debemos ciertas lealtades, después de todo.

—Tú quieres que esta gente te mate, está claro —rugió Laurém desde la mesana—. No aprendes, ¿verdad, cenutria?

—No, si a mí me encanta la libertad. Por eso me pregunto por qué no podemos escoger a nuestra capitana. Ellas eran siete hasta que llegamos nosotras. Ya que vamos a ser una «familia», deberíamos al menos comportarnos como tal, ¿no?

Un murmullo despertó a su alrededor. La artimaña de Sissia Colleran había surtido efecto: muchas de sus compañeras se mostraban de acuerdo con su propuesta. Las superaban en número.

¿No tenían voz ni voto sobre los puestos de oficiales? ¿Qué clase de familia eran entonces?

Zeleste intervino de inmediato. Acercándose al extremo del alcázar, ancló su ojo gris en la mujer más alta de la embarcación:

—Sissia, ¿crees que puedes ganarme en combate?

Los murmullos cesaron. Se oyó una risita nerviosa.

—Y tanto que puedo —respondió la malvittana.

—¿Querrías honrarnos demostrándolo ahora mismo?

Las cazadoras volvieron a mirarse, tratando de dilucidar si aquello iba en serio o no. Sissia subió al alcázar con una sonrisa de confianza. Zeleste, impasible, se limitó a desenvainar su sable y pasárselo a su contrincante, quien lo cazó al vuelo.

—¿Y usted con qué va a defenderse, *mi capitana*? —Sissia remarcó con exagerada pronunciación esas últimas palabras.

—Descúbrelo.

Escéptica ante lo que oía, la malvittana interrogó a sus compañeras con la mirada. Se encontró con bocas semiabiertas, ceños fruncidos, hombros que se encogían. Incluso las oficiales parecían preguntarse de qué iba todo eso.

Se encogió de hombros finalmente y esgrimió el sable, balanceándolo primero para medir su peso y agarre. Acto seguido, avanzó con decisión hacia la capitana y trazó un veloz movimiento lateral que apuntaba a sus costillas. Zeleste respondió con un salto hacia atrás que cubrió el espacio justo para evitar el tajo y, de inmediato, agarró a la malvittana por el puño.

La patada vino justo a continuación. Fue tan rápida que Sissia cayó al suelo primero y sintió el dolor después. El sable escapó de sus manos; la rauda mano de Zeleste lo cogió al vuelo. Sissia acababa de llevarse una mano a su dolorida rodilla cuando la capitana saltó sobre ella y se sentó a horcajadas sobre su estómago.

El sable se alzó en el aire. Las cazadoras dejaron escapar un gemido cuando vieron el acero caer contra el rostro de la que una noche antes iba a ser su nueva líder.

Kristine se tapó los ojos, incapaz de presenciarlo. Oyó entonces un rumor en el que se conjugaba el asombro y alivio de la multitud y, cuando volvió a mirar, descubrió que el sable se había clavado sobre la madera a apenas una pulgada de la oreja derecha de Sissia. La malvittana tenía el cabello atravesado por el filo del arma, y así se quedó, inmovilizada y ensartada en el suelo del alcázar, mientras Zeleste se ponía en pie.

—¿La siguiente?

No se alzó ningún brazo más. Las oficiales pasaron a mostrar sonrisas de alivio: pese al logrado efectismo de la escena, todas podían intuir que su capitana se la había jugado. Vivianne, por su parte, escrutaba a su vieja compañera como si cada vez le costara más reconocerla.

—Buen intento, Sissia —dijo Zeleste—. Un poco más y consigues suicidarte. No desesperes —y se agachó para desclavar el sable de la madera.

Avergonzada, Sissia regresó con sus compañeras mientras se palpaba la cara, comprobando

tal vez que todo seguía en su sitio. Un buen mechón de su cabello se había quedado en el alcázar.

La capitana sonreía ahora a la multitud.

—La bodega no va a llenarse sola, compañeras. ¿Qué tal si nos ponemos a ello? No os preocupéis, llegará el día en que podáis subir aquí y retirarme de una vez… Si me emborracháis lo suficiente.

Su última frase despertó algunas risas tímidas. Kristine observó que el humor en cubierta había cambiado: muchas de las nuevas tripulantes parecían menos tensas que minutos atrás. En sus miradas se reflejaban nuevos horizontes; un futuro abundante en esfuerzos y sacrificios, pero también en recompensas. Veían la parte de Zeleste que se correspondía con la leyenda. Capitana por decreto. Líder por orden del mar.

—Bienvenidas a bordo. El puente es tuyo, Vivianne.

Sus primeros días a bordo trazaron una torpe cuesta de aprendizaje. El mando daba una orden, la contramaestre se desgañitaba repitiéndola y las cazadoras se ponían en movimiento de inmediato. Sin embargo, sus pies vacilaban al trepar las jarcias, las velas se desplegaban con exasperante lentitud y unas mujeres chocaban con otras al correr de proa a popa. Era un nuevo mundo para las cazadoras; no menos sufrido que el que habían dejado en la isla, pero mucho más necesitado de sincronización constante.

Hubo algún que otro accidente, ya fuera al caer desde una cofa o al no lograr esquivar ese barril que rodaba sin ataduras por la cubierta. Nëufan pronto recibió sus primeras visitas en su improvisada enfermería y las oficiales tuvieron que poner fin a algunas peleas entre la inexperta y fatigada marinería. Aun así, ese nuevo mundo siguió desarrollándose sin interrupción las veintiséis horas del día. Y poco a poco, una verdadera unidad se forjó entre los puentes del navío.

Al cabo de una semana, Zeleste pudo sonreír satisfecha. Por fin veía las velas desplegarse a una velocidad competente. Por fin, el barco empezaba a hermanarse con las decenas de espíritus que lo habitaban. Y cuando la arboladura se extendió con plena libertad, cuando vio esos majestuosos cuerpos de tela abriéndose y flameando al viento, subió por el palo mayor hasta poner los pies sobre la tabla de jarcia del mastelerillo. La parte más elevada de la nave.

Enfundada en un desgarrado uniforme de la Marina Ascendente, respiró en la cima del mundo. Sintió la brisa marina en el rostro. Mirase donde mirase, se encontraba con la infinita contradicción del mar: quieto y volátil; misterioso y, a la vez, tan cercano. Mara recibió la orden de orzar a estribor para poner rumbo a Espigada, la mayor de las Islas Arcanas.

Era el momento de su verdadera resurrección. Zeleste Sassuolo volvía a hacer suyas las aguas de Sya.

Desde el castillo de popa, Nëufan contemplaba la estela blanca que dejaba la nave tras de sí. Girándose para observar el constante ajetreo sobre el puente, vio a Kristine junto a la mesa de guarnición del palo de mesana. La muchacha no estaba en su mejor momento. Se llevaba una mano al estómago mientras con la otra se agarraba al borde de la cubierta.

—Tienes mala pinta —la cirujana se acercó a ella y, con tono adivinatorio, añadió: «¿la comida?».

Kristine apretaba los dientes y gruñía. «Estoy bien», murmuró. Nëufan se dio cuenta en ese momento: no era en el vientre donde apoyaba la mano, sino un tanto más abajo.

—Tengo que tumbarme un momento —gimoteó la muchacha—. ¿Puedes… puedes decírselo a la capitana?

—Por supuesto, y te desollaría. Mientras no estés muriéndote o retorciéndote de dolor en el suelo, no permitirá que te ausentes del trabajo.

—Estarás de guasa.

—Mara sabe mucho de hierbas y remedios naturales. ¿Por qué no hablas con ella?

Kris agachó la cabeza. Lo cierto era que le daba vergüenza pedir ayuda. Cuando lo había hecho, no se había encontrado con demasiada comprensión. Ni siquiera por parte de Mara, la única que al principio le pareció más o menos amable. Unos días antes se había acercado a ella para decirle, en voz baja, que tenía su «cosa de mujer», como se decía discretamente en el ambiente en que se había criado.

—Vamos, que tiés el mejillón chorreando —rio Mara—. Si quieres limpiarte, ya sabes dónde están las letrinas. Las de popa no las uses, que son pa' las ofisiales.

Kristine miró entonces aquellos agujeros en los que las marineras hacían sus necesidades y las descargaban directamente al mar. Mara no le había dicho cómo se suponía que debía limpiarse, pero viendo los barreños de agua frente a los beques y los trapos de tela cien veces usados, pudo hacerse a la idea.

—¿Vas o no vas? —dijo Mara, notando la indecisión de la chica.

—Me temo que tengo cierto pudor. ¿No hay ningún sitio más… íntimo?

—*Pudor*, dise —como si la propia palabra le causara malestar, la oficial arrugó la nariz y farfulló algo así como «qué asquerosidad» mientras se alejaba.

Con Sounya no tuvo mejor suerte en eso de hacer buenas migas. Cuando supo de la enfermedad que padecía la contramaestre, se le ocurrió que, como gesto de buena voluntad, podría ofrecerle su ayuda.

—¿¿Q-qué dices, gorda?? —bramó Sounya—. ¿T-te ríes de mí?

—¡No! Solo había pensado que, si alguna vez lo estás pasando mal por el Ansia, podría darte un poco de mi sangre. Si es una pequeña cantidad, seguro que…

—¿Se puede estar m-más loca? —el ámbar se acentuó en los ojos de la contramaestre—. Escucha, no va así. A mí la sangre solo me sacia c-cuando hay peligro, cuando se dispara la *areladrina* o como la llamen. Si no, es como sorber barro. M-me hace más mal que bien.

—Ah.

Pensándolo bien, por buenas intenciones que tuviese, fue una ocurrencia bastante estúpida.

Sus interacciones con las demás marineras siguieron la misma tónica. «Inútil», «torpe» y «niña pija» parecían ya parte de la jerga marinera a la que debería acostumbrarse. Nëufan no pudo evitar compadecerla: la chica, dentro de la situación en la que estaba —y en la que era, efectivamente, una inútil—, hacía lo que podía. Le recordaba a Ayreen en sus primeros días como pirata.

—Te traeré unas hojas de melisa. No te las tomes hasta la noche o te quedarás dormida en el puente. Y que nadie se entere de esto.

La cirujana se dio entonces la vuelta y se alejó casualmente, fingiendo no haber dicho nada importante. Esas hojas de melisa eran lo único parecido a un calmante de cuanto disponía. Esperaba no acabar arrepintiéndose de lo que estaba haciendo.

Negó con la cabeza mientras se encaminaba hacia la trampilla de cubierta. «Me voy a arrepentir; está claro».



No había nada igual en toda Sya. Cada vez que su familia la llevaba de excursión a las cataratas de Dêx—Lisonges, sabía que la tarde sería inolvidable. A tan temprana edad, aún no sabía que esa era una palabra con dos caras.

Inolvidable.

Sentía el frescor del agua. Oscilando al borde del precipicio, los zapatos se turnaban, izquierda y derecha, arriba y abajo, para que el charol reflejara el espectáculo luminoso que acontecía sesenta pies debajo. Bajo el sol del ciclo estival, miles de ojos destellantes parpadeaban en el verdoso río en que moría la cascada.

«Es hermoso, ¿verdad?».

Mamá siempre pareció más joven de lo que era. Debía tener unos treinta y cinco años por entonces, pero en su memoria era un rostro eternamente veinteañero. Sí, era hermoso. ¿Por qué no podían ser todos los lugares del mundo así de hermosos?

«Para eso estamos tú y yo, hija. Para conseguir que lo sean».

Bioluminiscencia y magia le parecían, como a cualquier niña de su edad, la misma cosa. Podía pasar horas contemplando la danza iridiscente del río, donde la vida, ya fuera en forma de alga, pez o molusco, insistía en relucir más que el sol o las estrellas.

Notaba entonces un roce en el hombro y, al mirar a su derecha, dejaba escapar un respingo. Mamá estaba ahí hace un momento, ¿qué había…? Hasta que se giraba a la izquierda y se percataba: había vuelto a caer en la misma broma. Tan absorta estaba que mamá se había sentado a su otro lado sin que se diera cuenta. Pese al susto, siempre acababa riéndose.

El ciclo estival tocaba a su fin. ¿Por qué tenía que volver a la escuela? Una amiga tenía allí; una sola. El resto eran espíritus fríos y engreídos que se burlaban de su timidez o bien envidiaban lo madura y dedicada que era. Mamá conseguía que se olvidara de eso. A veces llegaba a olvidar que existía algo llamado escuela.

«Digan lo que digan, tú llegarás lejos», le recordaba siempre. «Cambiarás el mundo, hija. Lo sé».

Cuando se incorporó para apartarse del barranco, sucedió. Notó primero un cosquilleo extraño en las yemas de los dedos. Justo después, creyó oír una voz que no pertenecía al lugar. Una presencia cálida, como la de su madre, que la llamaba desde muy, muy lejos.

No obstante, no encontró el origen de esa llamada a su alrededor. Solo una lozana meseta que se extendía hasta donde alcanzaba la vista y, a quince o veinte pies de distancia, el mantel donde su padre y sus hermanas preparaban los panecillos de crema y la mermelada de naranja. El cosquilleo seguía mordisqueándole los dedos.

Mucho tiempo después seguiría convencida: ese fue el día en que sintió la Gracia por primera vez.

Acababa de cumplir ocho años; demasiado pronto para sentirla, si bien era sabido que algunas Hermanas ilustres, como Marinne Thadèose o Veronia DiComo, habían sido inusualmente precoces. Tendría que esperar para saber si su espíritu estaba realmente predestinado a cambiar el mundo.

«No te obsesiones con eso», le aconsejó mamá. «Con fuerza de voluntad se consigue tanto como con la Gracia». Como coordinadora y representante del gobierno central, su madre visitaba a menudo otras islas. Apenas un ciclo después de esa tarde en las cataratas partió a un viaje a Malvitta del que nunca regresó.

No cayó en la cuenta hasta al cabo de unos años: mamá ya se lo había advertido. El mundo no siempre es bonito. Los monstruos existen. Y matan a personas inocentes por sus ideas, como las segregacionistas hacían en Malvitta.

Ese era su destino. Acabar con esos monstruos. Para que ninguna niña tuviera que echar de menos a su madre.

Cuando los derrotase, se prometió, regresaría por fin a Dêx—Lisonges.

Los panecillos de crema se deshacían en su boca. La hierba se hermanaba con sus dedos. Aún podía cerrar los ojos y verse allí, en un jardín de la memoria donde todo era mucho más sencillo. «Mira, Valquerîe», decía su padre mientras le ofrecía una flor de ardientes tonos rojos. «¿A que tiene el mismo color que tu pelo?».

—Bienvenida de nuevo, Celadora —dijo la Regenta Eylithea—. Siéntese, por favor. Estaré con usted en un momento.

No obstante, junto a la mesa del despacho no había ninguna silla para ella. Se quedó de pie con las manos entrelazadas mientras la Regenta, sentada ante un escritorio tan blanco como su vestido de seda semitransparente, mojaba la pluma en un tintero de cobre y firmaba los documentos que tenía delante. Parecía emplear más tiempo en dejar su elegante firma en ellos que en leerlos.

En la pared a su izquierda, la historia de las líderes de la Ascensión quedaba narrada en una

hilera de cuadros. Desde Veronia DiComo, la Madre Fundadora, hasta su tataranieta, quien ahora gobernaba la nación. Era difícil no fijarse en lo poco que se parecían. Salvo por aquella nariz afilada y, quizás, el aura de cansancio en la mirada… Aunque Veronia doblaba en edad a la presente Regenta en el momento de ser retratada.

—¿Todo bien en el viaje de vuelta?

La Celadora asintió. Por suerte, había podido dormir sobre una superficie que no traquetease sin cesar. En cualquier caso, lo peor de las dos noches de regreso no había sido la carroza, sino Magdan.

—¿Cómo está nuestra querida Silueta? —preguntó Eylithea.

Meditó un instante qué contestar.

—Eme necesitará algunos días más para volver a la normalidad. Pero creo que podrá cumplir su cometido.

La Regenta recibió el comentario con un murmullo, «mhm», y siguió moviendo la pluma. Aún no había levantado la vista de sus papeles, los cuales firmaba y dejaba a continuación sobre dos pilas adyacentes. Valquerîe supuso que eran órdenes de castigo, y que una pila correspondería a las purificaciones y otra a las ejecuciones. Normalmente eran las magistradas quienes tomaban esas decisiones, salvo en casos complejos.

Desde que Eylithea DiComo tomara posesión de su cargo, la definición de «caso complejo» se había ensanchado con creces.

—Confío en que tengamos clara la siguiente etapa del plan —dijo la Regenta.

Por el tono empleado, así como por el uso de la primera persona del plural, Valquerîe entendió que Eylithea no confiaba del todo en la citada claridad de la operación. Más bien quería ponerla a prueba.

—Espero vuestras órdenes para embarcar, Su Ilustrísima —contestó—. A partir de ahí, dependemos de lo que Magdan haya conseguido rescatar de la mente de nuestro objetivo. Esperemos que todo salga como estaba previsto.

La Regenta detuvo la pluma y alzó los ojos.

En ellos, Valquerîe encontró la Nada. Al menos, no había nada con lo que pudiera conjeturar. No había forma de adentrarse en aquellos discos grisáceos donde brotaban, aquí y allá, filamentos dorados y rojizos. Unos ojos singulares, medio ocultos bajo la pesadez de los párpados, donde lo que a veces no parecía más que cansancio o aburrimiento, en otros momentos revelaba una aterradora vacuidad.

En sus conversaciones con representantes menores de la Regencia había quedado claro que Eylithea era impopular en buena parte de su propia administración. Tomaba decisiones que a todas luces parecían precipitadas o, al menos, puramente viscerales. «Es arrogante, impulsiva y joven. Vamos, que tiene todo lo malo», había dicho en cierta cena de gala Yessique Marqueaux, la delegada del Gabinete de Economía, con el quinto cóctel de la noche en la mano. «Se cree cisne y no pasa de pavipollo». Por entonces pensó que la delegada tenía al menos parte de la

razón. Demasiados mitos se habían levantado en torno a la pálida belleza y los etéreos andares descalzos de Eylithea.

Pero cuando hablaba en privado con ella se sentía extraña. Desnuda. Como si la Regenta fuera un hoyo que engullera palabras triviales y trampas del lenguaje. Y entonces no parecía impulsiva, ni arrogante, ni joven.

Tampoco había oído hablar de Yessique desde hacía un buen tiempo.

—Celadora, a veces tengo un presentimiento extraño. No sé si sabrá de lo que hablo. Es eso que se siente al saber que alguien no miente, pero tampoco está diciendo todo lo que piensa. ¿Conoce esa sensación?

—Estáis describiendo más o menos mi estado natural —bromeó Valquerîe con cautela.

—¿Cómo es que la tengo siempre con usted?

Valquerîe se sobrepuso a la sorpresa inicial. Era momento de dejarse de sutilezas. Si la Regenta quería sinceridad, la tendría.

—Su Ilustrísima, creo que estáis a punto de cometer un grave error.

—La escucho —la Regenta dejó la pluma sobre el tintero.

—Entiendo la importancia de Domotta. Entiendo las razones por las que es necesario ir allí, y no cuestiono los numerosos intentos que usía y sus predecesoras han hecho por conseguirlo.

La Regenta no parpadeaba. Casi diría que no respiraba.

—Pero también creo… —prosiguió la Celadora—. Creo que reclutar a Zeleste para tal propósito es una mala idea. Ya expresé al Gabinete de Ciencia mi opinión. Después de lo que ocurrió en su purificación, ¿cómo podemos saber si su mente o su espíritu siguen siquiera de una pieza? Además, quizá haya otra solución para Domotta.

—¿Como cuál?

—Como bloquear el acceso a ella. Cercarla. Tenéis una flota prodigiosa a vuestra disposición.

—Marina y Ejército están ocupadas en Soleterno. No puedo dejar la conquista de todo un continente a medias.

Eso sin mencionar a Malvitta. El segregacionismo estaba especialmente agitado tras la destrucción de Londayn, un evento que algunas rebeldes habían interpretado como una venganza tardía por parte de los antiguos dioses del viento. No dejaba de resultar irónico.

—Tratar con criminales nunca acaba bien. Vuestra tatarabuela lo sabía —Valquerîe ladeó la cabeza en dirección al retrato de Veronia.

—Mi tatarabuela murió hace más de cien años —dijo Eylithia—. El mundo en que gobernó era muy diferente. Y estuvo demasiado ocupada reformándolo como para vaticinar el peligro que vendría de Domotta un siglo después.

—¿Qué os hace pensar que Zeleste será capaz de traspasar esos vientos? La última expedición, la que capturó a Martha Carnell, no descubrió nada nuevo. Esa pirata era quien mejor conocía a Zeleste; su amante, si lo que Eme averiguó en su compañía es cierto. Y está tan

muerta como todas las demás. No estoy tan segura de que nuestra misión vaya a producir un resultado distinto.

Eylithea bajó la cabeza unas pulgadas. Sus largos labios esgrimieron una mueca incómoda. A Valquerîe casi le tranquilizó ver un trazo de expresividad en la Regenta.

—Rara vez estoy segura de algo, Celadora. Yo tenía dieciséis años cuando me designaron candidata. Apenas dos ciclos como gobernadora en Allecento y mi familia ya me pedía que fuera su representante para la próxima Regencia. No estaba segura de querer eso. ¿Cómo iba a estarlo? Aún me ponía nerviosa al hablar en público —dejó escapar un suspiro en el que había ternura y abatimiento a la vez—. Tenía toda una vida por delante.

Por lo que sabía Valquerîe, su familia la eligió precisamente por su juventud y aquella peculiar belleza de raíz andrense. Raíz a la que homenajeaban con el arcaico y pretencioso nombre que le habían puesto. Creían que un perfil diferente llamaría la atención de la élite votante y que, tras más de medio siglo de derrotas en los comicios, los DiComo recuperarían el prestigio de antaño.

Y Eylithea, ciertamente, era buena oradora. Encandilaba sobre todo a los hombres, que contemplaban con fascinación sus discursos de candidatura en la Piatza Campiona y tiraban del brazo de sus ricas esposas: «¡Esa sí que habla como una futura Regenta!». Muchos la tomaron como una suerte de reformista que igualaría los derechos de ambos sexos. No podía culparse al Hombre por ser así de iluso.

Tenía ahora la mirada perdida en las paredes de su despacho. Aún era joven, pero ya había arrugas en torno a sus ojos. Ya había experimentado los vaivenes del liderazgo. La oscuridad del mundo.

—Tenéis… —Valquerîe rectificó—. Tenemos otros medios capaces de doblegar el viento.

—Ya los hemos usado —la Regenta rompió su aparente letargo.

—Quizá no sea suficiente con uno. Podríamos coordinarlos. Enviar a los mejores que tenemos y combinar sus esfuerzos.

Eylithea alzó una ceja. Apenas media pulgada.

—Le resulta muy cómodo enviar hombres a una muerte segura, Valquerîe.

La Celadora estuvo a punto de contestar lo obvio. Que los Objetos no eran realmente hombres; al menos, no según la propia ideología Eternista. Y que sí, tal vez le resultaba cómodo, pero no tanto como a ella.

Prefirió no decirlo. Un «mis disculpas, Su Ilustrísima» le ahorraría muchos problemas.

—Sé lo que está pensando —Valquerîe se tensó al oírlo. En boca de la Regenta, esas palabras tenían una resonancia particular—. Leo el Códice todos los días, igual que usted. Y sí, Celadora; aliarse con nuestras enemigas es una traición injustificable. Eso es lo que nuestro más valioso texto nos enseña. Por desgracia, el Códice no habla de cómo La Ascensión se ha traicionado a sí misma.

—¿Su Ilustrísima?

—Las Eternas no nos concedieron su Gracia para que nos ciñéramos a reglas inamovibles, sino para devolver la gloria a Sya. Zeleste es un recurso. Me pregunto qué pensarían las Eternas si me negara a utilizarlo por meras cuestiones morales. Dirían que estoy desperdiciando su regalo. Lo que pasó en su purificación es, en cierto modo, la forma con que la Gracia me alertó de mi error.

Bajo su ceño fruncido, una ira se contenía ahora en los ojos de la Celadora. Había tantas mentiras, tanta retórica deshonesta, tanta insolencia en la comodidad con que la Regenta deformaba la realidad con sus palabras, que Valquerîe no pudo evitar odiarla.

Lo que suponía también odiarse a sí misma. Eran cómplices de una misma trama. Las dos lo sabían, si bien Eylithea parecía aceptarlo con una calma enervante. Su leve sonrisa era el último clavo de una mentira que sostenía al mundo.

—Curiosas ideas, mi Regenta.

Eylithea dejó de sonreír y regresó con su pluma y sus documentos.

—Todo estará dispuesto en un par de días. Su misión la espera, Celadora. Algo me dice que cumplirá usted un papel importante en ella.

—¿Intuís eso en base a vuestra filosofía? —ironizó Valquerîe mientras se dirigía hacia la puerta. Poco le importaba ya enfurecer a Su Ilustrísima.

—No —la Regenta no levantó la vista de la mesa—. Es solo una corazonada.

Antes de regresar a sus aposentos, se encaminó hacia la escalera de caracol de La Antorcha y ascendió los peldaños que conducían al punto más alto del Capitolio.

En lo alto de la torre ardía un fuego que marcaba permanentemente el techo de Porto Rómero. Justo bajo esa llama, un mirador circular de mármol ofrecía unas vistas inmejorables a la ciudad. Desde allí divisó, por encima de los muros de piedra que delimitaban el puerto, la flota que se acercaba. Tres imponentes naves que la conducirían allá donde estuviera Zeleste.

A esa distancia, casi parecían los juguetes con que una niña se entretendría recreando guerras navales en el campo de batalla de su bañera. Una niña, tal vez, con futuras manos de Regenta.

Había en realidad más de mil espíritus en aquellos bajeles. Cientos de cañones. Y también el poder de la Gracia, manifestado en el cobrefil que recubría el casco de las tres embarcaciones. Ese material, duro como el acero y a la vez ligero como la seda, era quizá el mayor logro de las Hermanas Transmutadoras, a las que Valquerîe admiraba más que a ningún otro capítulo de la Cofradía Eternista. Auténticas artesanas de la Gracia.

Sintió una caricia en el hombro. Una sensación cariñosa y familiar acudió a su mente y, por un instante, la imaginó a su lado.

«Te echo de menos», susurró a mamá.

Ya no había una ciudad bajo sus pies, sino aguas resplandecientes. Cataratas y fulgores

reflejados en sus zapatos de charol. La risa de papá y sus hermanas, la mermelada de naranja, flores rojas camufladas en su cabello. Tal vez su madre también estaba ahí, rozándole el hombro; y si se daba la vuelta, podría verla una vez más.

Pero sabía que era el viento. Nada más que eso.



—Ay, por las bragas sucias de la Regenta, ¿qué abismos se supone que es *eso*? —entre un abultado corro de piratas, Tostón trataba de entornar los ojos.

Kristine extendía sus brazos al máximo para sostener el gran rectángulo de tela que intentaba mostrar. Toda actividad en cubierta se había suspendido para mirar, o más bien tratar de descifrar, la desconcertante mezcla de formas y colores que la muchacha había anunciado como «nuestra nueva bandera».

A primera vista se diría que un espíritu borracho había bailado sobre la tela y rociado pintura en todas direcciones. No obstante, poco a poco, el cerebro comprendía un cielo, un astro oscilante, un rostro anguloso, una nariz rota. Kristine había dibujado a Zeleste con el mar y el cielo de fondo… aunque aquello no podría, de ninguna forma, calificarse de retrato. Los colores se mezclaban y superponían en una especie de confusión deliberada. Las formas, más que mostrar, sugerían. Las piratas no sabían muy bien qué pensar.

—Es como una cosa del futuro —Mara estaba boquiabierta—. Chiquilla, ¿has creao un nuevo estilo o qué?

—Entiendo que no estuvieras a gusto en el Liceo—observó Nëufan—. Sabiendo lo tradicional que es el arte Eternista, te habrían acusado de brujería.

Las piratas seguían murmurando y casi empujándose por arrimarse a la tela. La perplejidad daba paso rápidamente a la fascinación: «increíble», «pues la pija tiene arte», «si lo hiciese todo así de bien…». Kristine no cabía en sí de gozo. Era la primera vez que sentía haber despertado verdadera admiración con su talento.

Zeleste se aproximó a ella y examinó la ilustración durante largos latidos, acariciando apenas

los bordes de la tela.

—A Mara le gusta creerse la única artista a bordo. Va a haber que cortarte las manos antes de que le chafes el espíritu.

—Ah, no es para tanto, mi capitana —Kristine se ruborizó. Nunca supo fingir modestia, pero tenía que intentarlo.

—¿De dónde has sacado la pintura?

—Llevaba algunos botes en mi saco cuando escapé de casa. El resto… He tenido que improvisar.

Prefirió obviar sus pequeños experimentos artísticos con cuanto pudo tomar prestado de la cocina del barco, incluyendo aceites, tinta de calamar y sangre de pescado. Zeleste tampoco indagó más. De ciertas cosas prefería no enterarse.

Como buena contramaestre, Sounya ordenó a la tripulación que dejara de remolonear y regresara a sus puestos. Sin embargo, pronto volvió a contemplar la tela y así se quedó un buen rato, con una mezcla de embeleso y perplejidad en sus ojos enfermos de Ansia. Solo Vivianne parecía inmune al hechizo artístico, además de, previsiblemente, Tostón. La apática maestra artillera valoró los esfuerzos de Kristine como «un ñordo rarísimo» y regresó al puente.

—No sé yo de qué nos va a servir una bandera —gruñó Vivianne—. Poca necesidad tenemos de anunciarnos al mundo.

—Me gusta creer que llegaría el día en que podamos hacerlo sin temor —afirmó Zeleste—. Guardémosla por ahora.

Con un «a sus órdenes, capitana» que no se molestaba en disimular su escepticismo, la primera oficial empezó a enrollar la tela. Zeleste ya se encaminaba a las escaleras del alcázar cuando Kristine la detuvo.

—¿Qué tal *Renacida?*

La capitana se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Oí decir a Sounya que navegar en un barco sin nombre es como beber de una botella sin etiqueta. O como criar un pollo sin cabeza… Bueno, algo así. ¿Qué tal *Renacida?*

En las comisuras de los labios de Zeleste asomó una contenida diversión. Algunas de las oficiales habían discutido ya esa cuestión, cada cual con una propuesta más horrible que la anterior. *Sangre Infinita*, sugería Sounya. *Sielo y Lus*, se arriesgaba Mara. Hasta el momento, *Qué Más Dará el Puñetero Nombre* había sido la mejor sugerencia de Tostón.

—Estás inspirada —dijo la capitana—. Sigue así.

—Lo intentaré —Kristine dudó—. No me resulta fácil, la verdad.

—¿El qué? ¿Inspirarte?

Asintió. «De hecho, me cuesta horrores motivarme; incluso con lo que más se supone que me gusta», se dijo en silencio. Por la forma en que Zeleste la observó unos latidos, hubiera dicho que acababa de leerle la mente.

—No intentes que te resulte fácil, Kris. Intenta que valga la pena. De eso se trata.

Con una leve inclinación de cabeza, la capitana se despidió y regresó al alcázar.

Sostenida por un juego de cuerdas atadas al cabrestante de proa, Kristine apenas había pintado las dos primeras letras en el casco del barco cuando aquel ruido la sobresaltó. Un mugido grave se imponía al mar que ondulaba bajo sus pies. Desde la cofa, los labios de la vigía soplaban la caracola a pleno pulmón: había avistado un barco.

Zeleste lo vio a través del catalejo que había encontrado en el camarote de la anterior capitana. Una goleta a dos cuartas a babor. Sus velas cangrejas parecían en mal estado; quizá maltrechas por una tormenta reciente.

La orden de la capitana llegó a oídos de Vivianne, quien a su vez la repitió a la contramaestre. De inmediato, la recién bautizada *Renacida* se llenó de cuerpos que trepaban por las jarcias, voces correteando por la madera y rápidas cadenas de manos que transportaban balas de hierro y barriletes de pólvora hasta el segundo puente, donde los cañones asomaban tras sus portas. Por primera vez se pitaba a zafarrancho sin que se tratara de un ejercicio.

La corbeta orzó para aprovechar el viento del sureste. Varios sables abandonaron sus cintos y silbaron en el aire, listos para la sangre.

—¿Veremos al fin su dominio del Viento? —preguntó Vivianne a la capitana.

Zeleste dudó. Sus dedos tamborileaban el negro cuero que revestía el extremo frontal del catalejo.

—No será necesario. Fíjate en esto.

La primera oficial recibió el catalejo en sus manos y apuntó al horizonte.

Sobre la cubierta de la goleta no se veía ningún movimiento. No había tripulantes. Habría dicho que iba a la deriva de no ser por el pedazo de tela que pendía de una cruceta del mástil central: un naranja brillante cabriolando en el aire. La bandera de castigo con que se alertaba de una plaga a bordo.

—Ya decía yo que la suerte nos había sonreído muy pronto —refunfuñó Vivianne.

—No. Algo no encaja —Zeleste se pasaba el dedo índice por los labios—. Si están en cuarentena, ¿por qué siguen las velas izadas? Lo normal es arriarlas para no quedar a merced del viento.

—Igual la cosa se descontroló antes de que pudieran reaccionar.

La capitana torció el gesto. Ignoraba qué plaga se extendía tan rápida e imprevisiblemente como para no poder encargarse de cuatro velas. Además, otro detalle acababa de captar su atención: en la popa de la goleta, un bote pendía aparatosamente de uno solo de sus pescantes. Alguien había intentado desestibarlo y echarlo al mar, pero el proceso quedó interrumpido a medias.

—Mejor será que nos acerquemos con cautela —resolvió Zeleste.

Percibieron el hedor mucho antes de abordar la goleta. Procedía de la mesana, donde yacían cuatro jaulas como las que se empleaban habitualmente para transportar animales a bordo en travesías largas.

Las jaulas permanecían cerradas. Tras sus herrumbrosos barrotes, las piratas distinguieron las ennegrecidas masas responsables de la hediondez.

Lo único que quedaba de los cerdos era carne putrefacta; marañas de intestinos y cuencas vacías donde se percibían amarillentos temblores. Las moscas habían tenido tiempo para alimentarse y anidar. A la izquierda de la mesana, otras carcasas más pequeñas revelaban cuál de las jaulas había servido de gallinero.

Zeleste y Laurém tuvieron que darse la vuelta, luchando por contener las arcadas. Por su parte, Tostón arrugó la nariz y contempló lo que quedaba de esos animales con su inexpresividad habitual. «Qué desperdicio de cena», murmuró negando con la cabeza.

—¿Por qué los dejaron aquí? —dijo Laurém—. ¿Perdieron el apetito o qué? Esto no tiene sentido.

Nada lo tenía, a juzgar por lo que veían a su alrededor. Barriles volcados. Harina y galletas desperdigadas de babor a estribor. Jarcias arrancadas de sus crucetas. Un gran surco verdoso, tal vez mantequilla podrida bajo el sol, yacía frente a una trampilla abierta de par en par. El acceso a la bodega.

Zeleste alzó la voz para que la oyeran en la *Renacida*:

—Luz.

Cogió al vuelo la vara de nácar que Sounya le lanzó desde su puesto de contramaestre. Acarició la perla incrustada en su extremo y el nácar reaccionó al tacto, envolviendo su mano izquierda en un fulgor azulino. La capitana alzó entonces la vara mientras desenvainaba su sable con la derecha.

—Seguidme—ordenó a Laurém y Tostón, y se adentró en la bodega.

Los tablones de la escalerilla crujieron bajo el peso de sus botas. El interior de la nave albergaba hedores alejados de la habitual pestilencia de un navío; una densa humedad que traía un miasma desgraciadamente familiar. La muerte, Zeleste lo sabía bien, olía así.

Alzó el brazo. La burbuja de luz azulada reveló el caótico abandono de la bodega: por todas partes se veían toneles tumbados, cajas abiertas y botellas que rodaban con el dormido vaivén del barco. Aunque nada más se movía, la capitana podía sentirlo. No estaba sola. Avanzó con cautela hasta que oyó algo que se desentendía del constante rechinar de la madera.

Parecía un gimoteo. En el fondo de la oscuridad. Apenas había dado un paso en esa dirección cuando oyó un alarido que reverberaba con locura animal.

La oscuridad regurgitó un cuerpo que cargaba contra ella. Zeleste pudo ver, en el contraste oscuro y azulado que tenía ante sí, un principio de deformidad que gruñía y espumeaba por la boca.

Su brazo derecho reaccionó como un resorte. El acero surcó la oscuridad y rajó la garganta de la enajenada figura que la embestía. Brotó una oscura sangre, y aquel grito salvaje dio paso a un gorgoteo que murió pocos latidos después.

Laurém y Tostón corrieron hasta alcanzar a la capitana, blandiendo sus sables hacia la penumbra. Cuando la antorcha de Zeleste alumbró el cuerpo que acababa de derrumbarse, pudieron ver que era una mujer. O lo había sido algún día. Tenía el rostro demacrado, con unos pómulos hundidos y unas cuencas salientes en clara señal de desnutrición extrema. Las hemorragias cutáneas le cubrían el rostro y las extremidades, como una fase terminal del peor caso de escorbuto imaginable. No se veían dientes entre sus contorsionados labios. Más perturbador aún era el fondo de sus ojos, donde ni siquiera la muerte encubría la locura en que aquella desgraciada había vivido sus últimos días.

De la oscuridad brotó un nuevo gimoteo. Luego otro, y otro. Un coro de lamentos despertaba en la bodega. Zeleste alzó la antorcha y avanzó apenas dos pasos. Fue entonces cuando las vieron.

Apoyadas contra las paredes de la bodega, al menos quince o veinte mujeres sollozaban y extendían sus brazos. Suplicaban ayuda, o tal vez solo buscaban la cordura que habían perdido. Parecían tan demacradas y enfermas como la que había atacado a Zeleste, salvo por el hecho de que ni siquiera tenían fuerzas para levantarse. Entre sus lentos aspavientos se percibían algunos bultos que no se movían, pero desprendían un tufo similar al de las jaulas en cubierta.

—Joder —susurró Laurém, y repitió varias veces la palabra hasta que acertó a formular algo diferente—. ¿Qué abismos ha pasado aquí?

Tuvieron que merodear varios minutos entre el moribundo cántico de la penumbra hasta que encontraron, en manos de una de las marineras muertas, aquel tarro de cristal.

Algo se deslizaba, serpenteaba en su interior. Solo cuando tuvo el tarro a escasas pulgadas de sus ojos, Zeleste pudo distinguir la viscosidad, el vello, las patitas que se amontonaban unas sobre otras y dejaban su rastro de baba en el cristal del recipiente.

Helminto.

Zeleste cerró los ojos y maldijo entre dientes. Otro recuerdo que creía enterrado hace tiempo regresaba a ella. Otro fantasma que se resistía a morir.

Sucedió muchos años atrás, cuando conoció a Vivianne poco después de escapar de Pavlia Alcora. Pasaban día tras día rapiñando comida por las calles de Tirusso y, al caer el atardecer, llegaba la hora de refugiarse en su callejón y guarecerse del frío entre felpudos polvorientos y

pellejos de animal.

Zeleste sabía que no podía regresar con su familia. Abandonar el camino de la Gracia, como había hecho, era a ojos del Códice una traición indefendible. Y aunque su madre perdonara su deshonra, Zeleste no quería exponer a su familia a ciertos riesgos. La Regencia tenía la costumbre de tratar a criminales y cómplices de silencio con la misma consideración.

Ya no había vuelta atrás. Su única opción era romper con su pasado y confiar en que la dieran por muerta.

Vivianne y su pandilla de pillastres serían su nueva familia; las callejuelas de Tirusso, su nuevo dormitorio. Recordaba el hambre y frío constantes. También cómo el ingenio se aguzaba en esas circunstancias. Aún se sabía de memoria los atajos y escondrijos con que burlaban a las gendarmes, el camino rápido hacia los almacenes abandonados en que se resguardaban cuando había tormenta. Sus días transcurrieron así hasta que encontraron una familia aún mayor. Una que nadie hubiera deseado tener, pero que pondría fin al frío y los rugidos constantes de sus estómagos.

Fue el primer contacto de Zeleste con el helminto, una amenaza por entonces considerada marginal en Sya.

En Tirusso circulaba la leyenda de La Dueña de los Gusanos. La mujer que controlaba los bajos fondos de toda Sorterra; de toda Sya, se llegaba a decir. Unos rumores hablaban de sangre que brotaba incesantemente de sus ojos. Otros, de ilustraciones danzantes en la piel que hablaban por ella. Había quien aseguraba incluso que no era humana. Que había burlado las reglas de la vida y la muerte, y se hallaba en una especie de meridiano entre ambas. Por eso la llamaban Frontera.

Fueran leyendas absurdas o no, lo cierto es que Frontera acabó encontrándolas.

Al principio su voz la traía una intermediaria. Una mujer manca que les ofreció diez astros por completar una entrega. El paquete que les entregó estaba envuelto en varios paños atados con un cordel negro. «Sabré si lo habéis abierto, así que contened vuestra curiosidad.» Aceptaron y cumplieron.

Después vinieron tres, cinco, doce paquetes. A menudo salían de la ciudad y caminaban horas hasta llegar a fincas y villas, dejando los envoltorios en manos de porteros y criados sin intercambiar más de dos palabras. No sabían con certeza qué transportaban, aunque podían imaginarlo. Y su estómago lleno valía más que cualquier pregunta impertinente.

Tampoco sabían dónde o cuándo recibirían su pago. La mujer manca las encontraba sin más.

«Hoy no haréis ninguna entrega. Hoy daréis un paso adelante». Fue una oscura noche en la que Celera y Luna habían perdido su brillo. Descendieron los postes de atraque del puerto hasta poner pie en una carabela que flotaba entre una pequeña multitud de navíos mercantes. Entraron

en la bodega y, en cierto sentido, nunca salieron de allí.

Frontera tenía una turbadora forma de desbaratar la memoria. La vieron, oyeron su voz, pero no perduró ningún recuerdo de su apariencia física. El encuentro que tuvieron en esa carabela actuaba igual que una ilusión en el rabillo del ojo: cuando se intentaba mirar, desaparecía.

Extrañamente, sí recordaban a la perfección las palabras que Frontera compartió con ellas.

Viviréis en el mar. Llevaréis revelaciones de isla a isla.

Seréis recompensadas por vuestro esfuerzo.

Llegaréis lejos.

Sirvieron a bordo de una de las goletas de aquella misteriosa organización que nunca se refería a sí misma con nombre alguno. La capitana de la embarcación se limitaba a mencionar a Frontera o a hablar de «nuestra gente». Junto a una dotación de apenas quince espíritus, algunos de ellos masculinos, Zeleste ofició una especie de práctica de lo que había sido su breve aprendizaje en la Academia Naval, antes de que las Hermanas Indagadoras la enviaran a Pavlia Alcora. Navegaban de uno a otro confín de Sya y cada cierto tiempo se dirigían al norte de las islas Arcanas, donde otros navíos les procuraban provisiones y una nueva remesa de helminto.

Al cabo de unas semanas, una de las marineras perdió la razón sin motivo aparente. Deliraba en su hamaca con la mirada perdida. La capitana anunció entonces que era hora de «reemplazarla». Zeleste y Vivianne contemplaron con horror cómo el sable perforaba el corazón de la enajenada y teñía el coy de sangre.

«Este es el destino de quienes desobedecen órdenes», advirtió la capitana. «El helminto es para las clientas, no para nosotras».

Las ejecuciones de ese tipo se sucedieron en los siguientes ciclos. Al parecer, no muchos espíritus resistían la tentación de probar el helminto. Y una vez probado, parecía imposible no repetir la experiencia una y otra vez, hasta que el helminto no salía y el cerebro se convertía en pulpa inservible.

Zeleste no era ajena a esa tentación. Creía sentir un apremiante cosquilleo en el pecho cada vez que se acercaba a uno de los tarros de cristal. Ese hormigueo pronto empezó a perseguirla a todas horas. Despertaba en mitad de la noche con un ansia creciente, junto con la inexplicable certeza de que el remedio para dicha ansiedad esperaba dentro de esos tarros.

Llegó la noche en que dejó de resistirse. Los gusanos la habían llamado por su nombre en sueños. Era una locura; la clase de locura que no puede ignorarse. Además, sería una vez. Solo una.

Bajó a la bodega, abrió con sigilo uno de los botes y se llevó el gusano a la oreja. Sintió el frío y baboso deslizar del animal en su interior. Lo importante no fue el éxtasis que sobrevino después. Tampoco la forma en que todos sus sentidos se exaltaron, percibiendo sabores y olores procedentes de un mundo hasta entonces velado. Lo que Zeleste no olvidaría jamás fue la irrompible conexión que de súbito sintió consigo misma, con su entorno… y, sobre todo, con el Viento.

Guiada por una especie de fervor ajeno, regresó a la cubierta superior y extendió los brazos bajo las estrellas. El mundo respondió a su llamada. La brisa hizo danzar su cabello turquesa con creciente intensidad.

Creía que su poder había muerto tras las noches de enmienda en el internado. Que torturas y suplicios habían terminado por sepultar su talento. Ahora volvía a sentirlo fluyendo entre sus dedos.

El Viento la obedecía de nuevo.

Hubiera repetido esa experiencia la noche siguiente, todas las noches, si Vivianne no hubiera intervenido en ese preciso instante.

Zeleste solo recordaba que alguien la arrastró hasta la cocina del barco y, una vez allí, el helminto salió en cuanto esas providenciales gotas de aceite caliente cayeron en su oído izquierdo. Nadie oyó sus gritos de dolor, porque la mano de su amiga le tapaba la boca con todas sus fuerzas.

—¿En qué Abismos estabas pensando? —le preguntó Vivianne.

Sintiéndose aún a caballo entre dos universos, Zeleste describió lo que había sentido. Le habló por primera vez del Viento, y de cómo creía haber perdido ese don hasta que el helminto, tenía que ser el helminto, lo había despertado.

Vivianne se turbó al oír su historia. Como cualquier espíritu de Sya, había oído hablar del abominable poder con que el Hombre se destruyó a sí mismo y que La Ascensión, supuestamente, había logrado erradicar. Eso era lo que su amiga tenía dentro.

Tras restar pensativa durante largos minutos, tomó una decisión que Zeleste jamás olvidaría.

—Si el Viento es tuyo, es tuyo. Que La Ascensión y la Regenta te traten como a una enfermedad si quieren. Mientras seas tú misma, Zeleste, yo estaré a tu lado —suspiró—. Pero no hagas más gilipolleces de estas, ¿vale?

Zeleste la abrazó. El pecho de su compañera ahogó lágrimas y sollozos que se prolongaron durante toda la noche, igual que el dolor en su oído. Vivianne permaneció despierta junto a ella hasta el amanecer.

—Tenemos que salir de este puto barco —dijo Vivianne—. Ya es hora de que nos busquemos el nuestro.

Zeleste miró al horizonte y escuchó el suave murmullo del mar.

—Sí.



La tierra es ya hermana nuestra, pero la mar sigue siendo una madre dura e inclemente, y nos nutre a la vez que castiga con su desapacible abrazo. Si de verdad quiere entrar en la Marina, hágalo con el valor de una guerrera y la curiosidad de una científica. Puede que incluso llegue usted a apreciar ese abrazo.

—JAINELL BESMARC, *Cartas a una guardiamarina en ciernes*

PORTO RÓMERO, SORTERRA

Tenía ciento treinta pies de eslora y casi treinta y cinco de manga. Vistos desde el puerto, se diría que sus mástiles arañaban el cielo. El cobrefil relumbraba bajo el abrazo del sol, convirtiendo el colosal casco en un espejo dorado. Cuando sus ciento cuarenta y seis cañones disparaban, la nube de humo resultante era tan inmensa que el propio barco desaparecía bajo ella. Era el único navío de línea con cuatro puentes de combate. Y no había nada, nada sobre la faz de Sya capaz de resistir el poderío de su artillería.

La almiranta Zerayd inflaba el pecho y erguía su mentón mientras compartía estos y otros detalles por los que Valquerîe no había preguntado. En torno a la imponente nave, que descansaba sobre una plataforma lo bastante grande como para acoger a un regimiento, los astilleros bullían de actividad. Daba la impresión de que media ciudad se preparaba para aprovisionar al *Stendarte Di Grazza.*

—Y pensar que había quien lo tachaba de despilfarro —Zerayd chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Que un navío de esta envergadura no sería práctico. Como todo, es cuestión de las mentes que lo gobiernan —se señaló la sien—. En Cabo Marsiyade, esta preciosidad acabó con dos tercios de la flota rebelde sin apenas sufrir un rasguño. Fue mi última batalla como capitana de navío; un ascenso bien merecido. Supe esperar a mi oportunidad, ¿sabe?

—Hm.

—Las jóvenes de hoy en día son demasiado impetuosas. Solo piensan en gloria, medallas, su nombre grabado a fuego en la historia. Y al final es el fuego enemigo lo que graba sus nombres en lápidas. Con osadía se ganan batallas, pero con inteligencia y disciplina se ganan guerras. Ese es mi lema. ¿No le parece un buen lema?

—Ajá.

Valquerîe llevaba ya un buen rato contestando con interjecciones y monosílabos. La almiranta no le estaba dejando espacio para mucho más.

Zerayd Geslaard había sido una vez la clase de heroína de guerra de las que se pintan retratos y se cuentan leyendas en escuelas. Tras dominar las costas de Malvitta en los levantamientos segregacionistas de Covent Bae, la destinaron a Soleterno para asistir al ejército en la conquista del Lejano Continente. No obstante, toda vez firmó el edicto que decretaba la erradicación de la piratería en Sya, la Regenta Eylithea la hizo regresar. Fue Zerayd quien comandó la flota que acabó con el *Ira Flavia* y capturó a Zeleste.

Su retrato en el Museo Naval de Sorterra era célebre, sobre todo por la destreza con que la pintora había disimulado sus nada heroicos rasgos físicos. Un día esbelta y cautivadora, Zerayd había ganado peso, perdido el brillo de su cabello oscuro y descuidado el principio de bigote femenino que asomaba sobre las comisuras de sus labios. Para colmo, sus dos famosos dientes incisivos parecían haber crecido en proporción a sus ascensos.

Esos dientes, que recordaban vagamente a los colmillos de ciertos animales del Confín Glacial, le habían valido un apodo que la enfurecía. Era rígida, metódica y orgullosa; tres cualidades que Valquerîe habría esperado de cualquier oficial vossení. Por desgracia, Zerayd también le resultaba tan insufrible como una palurda malvittana.

—No se preocupe, Celadora —decía Zerayd—. Si hay algo capaz de cruzar la infame Puerta de Domotta, es el navío que tiene delante. Sabe, las salvajes de Soleterno amenazaron con hundirlo invocando a… no sé qué sepia gigante, una deidad del agua a la que adoran. Dijeron que surgiría de las profundidades y engulliría nuestra flota si no la retirábamos de sus costas.

—Ya. ¿Y qué hicieron ustedes? —preguntó Valquerîe.

—Reventar su aldea a cañonazos —sus enormes dientes asomaron con un cacareo forzado—. Lo cual me recuerda… Tengo un regalo para usted.

Rebuscó en un bolsillo de su casacón verde. Valquerîe recibió en sus manos una funda oscura y, al abrirla, se encontró con un cilindro de madera. Tenía una hilera de orificios en el lateral y una ranura ovalada en el extremo.

—¿Es… una flauta?

—Algo así —respondió Zerayd—. No me pida que recuerde la palabra con que la llaman las salvajes; nadie se aclara con esa sarta de gruñidos y escupitajos que tienen por idioma.

Valquerîe inclinó la cabeza para mostrar su agradecimiento. En sus adentros se preguntaba cuál era el verdadero propósito del obsequio. Tal vez la almiranta gustaba de dar regalos exóticos para constatar su prestigio; igual que la duquesa Thérésse, solo que con mucha menos elegancia. O era una excusa para hablar de la siguiente proeza en su historial militar.

Quizá solo quería deshacerse de la condenada flauta.

—«Expansión, modernidad, progreso» —dijo Zerayd, admirando de nuevo los astilleros—. ¿Ha leído el *Patente Destino*? Qué hermoso texto; coincido con él al cien por cien. Sí, las salvajes tendrán dificultades para evolucionar e integrarse, pero lo mismo le ocurrió al Hombre. Una vez nos encontramos con una tribu caníbal que…

—Almiranta, quería preguntarle algo.

—¿Eh? —Zerayd parpadeó, perdiendo la estela de sus propias palabras. Parecía acostumbrada a interrumpir a las demás, no lo contrario.

—Usted ha recibido órdenes directas de la Regenta, igual que yo —la Celadora bajó un ápice la voz—. ¿No le confunde nada de esta misión? ¿No se siente llena de preguntas?

—Es una misión… diferente para mí, sí. Pero no sé exactamente a qué se refiere.

—Pues en primer lugar…

—Si lo dice por Domotta, no tema —Zerayd volvió a adelantarse. Lo que ella tenía que decir era más interesante—. Esta expedición no fracasará. Si la Regenta ha escogido a sus mejores naves y oficiales es porque está absolutamente segura de que esta vez lo conseguiremos.

—Almiranta…

—Sí, yo también me pregunto qué descubriremos allí. Y ardo en deseos de contárselo a mis hijas, porque esté segura de que cumpliremos la misión. Se trata de confianza: si una proyecta la victor…

—Zerayd, me refiero a Zeleste.

La almiranta la observó, más cauta ahora. La Celadora la había interrumpido con notable irritación en la voz.

—Ah —carraspeó—. Bueno, Celadora, no es mi deber interpretar órdenes, sino cumplirlas. Yo la capturé, la entregué y luego regresé a mi servicio. Si hay que hacerlo por segunda vez, sea. Todo esfuerzo tiene su recompensa.

Y asintió para sí, como si quisiera recordarse que aquello era lo único que importaba.

El personal de los astilleros arrastraba todo tipo de cajas, sacos y barriles que pronto llenarían la bodega del *Stendarte*. Las oficiales daban órdenes y pasaban de un grupo a otro para coordinar el aprovisionamiento. Entre el bullicioso ajetreo, Valquerîe avistó a Magdan: se acercaba escoltado por dos infantas, cada una sosteniéndolo por un brazo.

—¿Cómo estás, Eme? —preguntó la Celadora.

Magdan tardó unos latidos en reaccionar. Tenía el mismo aspecto con el que había salido del santuario de Lezhari: mirada perdida, labios balbuceantes y dificultad general para reconocer su entorno.

—Encantado de *reconocerme*, Celadora —respondió—. ¿Y usted?

Lo que no había perdido era su peculiar sentido del humor. Valquerîe sintió cierto alivio, pero advirtió que la almiranta estaba de pronto furiosa.

—¿Qué es esto? —exclamó Zerayd.

—La silueta Eme nos acompañará en el viaje —explicó Valquerîe—. Otra orden directa de la Regenta. ¿No se lo habían dicho?

Zerayd profirió un gruñido incrédulo.

—Me dijeron que habría una Silueta a bordo. No me dijeron que habría un… «Silueto». Y menos este malparido.

—La almiranta y yo vivimos grandes aventuras juntos, Celadora —la Silueta Eme parecía encontrar sus palabras entre delirios—. ¡Qué estupenda ocasión para retomarlas!

Con la tez encendida, Zerayd resopló y se giró hacia el *Stendarte* mientras contaba mentalmente hasta diez. A Magdan le flojearon las piernas de improviso y solo los brazos de sus escoltas evitaron que se hincara en el suelo. Cuando lo ayudaron a incorporarse, los gestos de hastío de las infantas constataron que así se habían pasado toda la mañana.

—Problemas, Celadora —masculló Zerayd—. Problemas, y bien grandes. Mejor será que me acompañe.

Descendieron hasta el tercer puente del *Stendarte*. La almiranta, a paso rápido y sin rastro del buen humor que lucía antes, abrió la puerta de un pequeño camarote junto al dormitorio de las oficiales. En su interior no había más que una hamaca, un baúl y una estera roja.

—Tendré que pedir que instalen un segundo coy —dijo la almiranta—. Apenas habrá espacio para dos, pero se las apañarán. Cualquier cosa antes que dejar que esta plaga ande suelta por mi barco —señaló a Magdan.

—¿Quién duerme aquí? —preguntó Valquerîe, examinando el camarote.

—El Objeto, Celadora.

Valquerîe arrugó la frente. No podía creer que la almiranta estuviera dispuesta a juntar a Eme con un espíritu sin identidad en la misma habitación. Los Objetos debían estar solos, salvo

cuando se los llamaba a cubierta para dirigir el viento. Ese era su único propósito en vida, si se la podía llamar así.

—Es inaceptable —protestó—. Eme debe tener un espacio que le permita vivir en condiciones. Este no lo es.

—Sírvase meterlo en su camarote entonces, porque en el mío no va a entrar. Y tampoco en el de las tenientas.

—De acuerdo. Viajará en el mío.

La almiranta la contempló con estupor.

—Mire —Zerayd entrelazó las manos tras la espalda—. Usted no lo ha comprobado con sus propios ojos, pero este hombre es la cosa más despreciable y repugnante que existe.

—Yo también le tengo mucho cariño, almiranta —balbució la Silueta.

Desprendiéndose bruscamente de las infantas, Magdan se adentró en la diminuta estancia. Durante unos latidos pareció lúcido y enérgico de nuevo. No más tarde del cuarto o quinto paso, perdió el equilibrio y se desplomó sobre la hamaca, arrancándola de sus sujeciones y acabando de bruces en el suelo.

—Ya veo que existe una agradable relación profesional entre ambos —dijo Valquerîe a la almiranta.

—Tómeselo a broma si quiere. Sé de lo que hablo. Este hombre se infiltró en el navío de Zeleste y logró escapar a duras penas; personalmente, no me habría importado si lo hubieran castrado vivo. Encontramos su bote cuando apenas le quedaban fuerzas para seguir remando. Fue él quien nos reveló la localización del *Ira Flavia.* La noche siguiente tras la batalla, una de mis tenientas pasó por la enfermería que tiene justo ahora bajo sus pies. ¿Sabe lo que encontró?

Hizo un gesto en dirección a Magdan, que seguía bocabajo sobre la estera.

—No me pida que le explique lo que le estaba haciendo al cadáver de una de mis compañeras. He visto mucho en tres décadas de combate, Celadora. Me he enfrentado a una notable colección de espíritus codiciosos, depravados, inhumanos; auténticos pedazos de mierda seca. Esto… —observó a Eme con repugnancia—. Esto es otra cosa.

Sin darse la vuelta, Magdan levantó un dedo en el aire. «No iba a dejar que la comida se echase a perder», murmuró con la boca pegada a la estera. Su brazo regresó al suelo con un golpe sordo.

Mientras la almiranta farfullaba algo indecible entre dientes, Valquerîe trató de reconducir la conversación:

—Todas tendremos que adaptarnos en este viaje —«sí tiene ciertas objeciones a las órdenes de la Regenta, después de todo», pensó—. Eme tendrá que permanecer encerrado, yo tendré que hacerme a la vida en la mar… y usted tendrá que compartir su liderazgo conmigo.

Zerayd dejó escapar una risita. Solo después pareció darse cuenta de que la última frase de la Celadora no era una broma.

—Va a tener que repetirme eso.

—Bueno, soy la máxima autoridad científica a bordo. Si alguien representa directamente la voluntad del Eternismo, y por extensión de la Regenta, esa soy yo. Confío en que esto no lleve a discusiones ni malentendidos.

—Ay, que la almiranta se solivianta —murmuró Magdan contra el suelo.

—Va a ser un viaje muy largo —Zerayd se ajustó su oscuro sombrero alquitranado—. Y estoy segura de que encontraremos un modo de… colaborar.

—La almiranta giganta se achanta y solivianta.

—Puto lunático —Zerayd apenas levantó la voz—. Celadora, no olvide que está usted en un navío militar. Hay decisiones en las que no le conviene entrometerse.

—Oh, no se me ocurriría entorpecer a la más brillante oficial que jamás ha protegido nuestras costas —Valquerîe contuvo su sonrisa a duras penas—. Solo le pido que tenga en cuenta mi opinión.

La almiranta volvió a inflar el pecho. Esta vez, sus hombros parecían un tanto más relajados.

—Eso haré.

Y extendió una mano que, tras una pausa, Valquerîe estrechó mientras esbozaba esa sonrisa mansa que tanto se había esmerado en practicar. Siempre había sido poco dada a ceder baza en debates y discusiones, hasta que las Hermanas Instructoras le enseñaron el valor de la deferencia. Era sorprendente lo que se podía lograr concediendo falsas victorias.

Zerayd Geslaard también sonreía. Sus dientes frontales despuntaban con el orgullo de minutos atrás.



V

LA RENACIDA

Jugosa, dorada, en su punto; la carne del pescado se separaba dócilmente de las espinas. Llevándose el tenedor a la boca, Tostón masticó con indiferencia ante la atenta mirada de las demás.

—Bah.

Sus compañeras se desternillaron y más de una boca escupió el vino que acababa de sorber. Nëufan, sentada en el extremo opuesto de la mesa, negó con la cabeza.

—¿Es esa tu reacción para todo? Hay que saber apreciar ciertas cosas de la vida, Tostón.

—Está bueno, cirujana; con eso basta. Usted es de las que espera siempre lo mejor y luego pasa lo que pasa. Yo no espero nada. La mayoría de las cosas me hacen bah y bien está que me hagan bah: así no me decepciono.

—Con nihilismo absoluto llegaremos muy lejos —Nëufan la desdeñó con un aspaviento—. Bah.

—Eso es —Tostón asintió—. Va usted aprendiendo.

Sissia entró en el camarote con una nueva bandeja entre las manos. Toda la mesa jaleó el buen arte de los cocineros de a bordo: aquella tarta de queso y almíbar al ron se antojaba el

postre perfecto para la mejor cena que habían tenido en mucho tiempo.

Una única comensal se mantenía callada y pensativa, echando de vez en cuando un trago de vino y mesándose sus rizos turquesa.

—¡Un b-brindis por nuestra intendenta de cocina! —Sounya levantó su copa—. Se te da bien esto, ¿eh, Sissia? ¡Ni que hubieras nacido p-para ello!

La aludida tuvo que apretar los labios y morderse la rabia durante unos minutos, ya que en la mesa se intercambiaron continuos chistes sobre lo acertado que era el nuevo cargo de Sissia. Vivianne puso fin a la humillación dándole permiso para que se retirara.

La tarta no duró más de quince latidos sobre la mesa. Las piratas masticaron con desenfreno, volvieron a llenarse sus copas y, espoleadas por Mara, vociferaron la primera estrofa de *Que Rujan Las Aguas*. Hubieran cantado también la segunda de no ser por un prodigioso eructo, tonalidad ascendente incluida, cortesía de Laurém. El ebrio coro se deshizo en una ola de risotadas, tras lo cual se produjo un breve silencio.

—Está usted muy callada, capitana —dijo entonces Laurém.

Zeleste ni siquiera había mirado la tarta. Las piratas sabían que no era por falta de apetito: en el *Ira Flavia*, el insondable estómago de la capitana daba lugar a constantes chascarrillos. «No engorda, pero traga como si no hubiera mañana. *Chouête*, yo creo que se ha comío el mañana», dijo una vez Mara.

La capitana apenas había abierto la boca desde que regresara de aquella goleta. Como en sus primeros días en Pechvarry. La *Renacida* cubrió el silencio con sus crujidos y su lento vaivén. No se oyó nada más durante lo que parecieron minutos.

—Los viejos recuerdos nunca saben quedarse en su sitio, eso es lo que ocurre —Vivianne se incorporó bruscamente de su silla—. Seguro que recordáis cómo nos conocimos la capitana y yo. Aquel grupo sin nombre y la malparida que lo lideraba.

—Frontera —dijo Mara, casi en un susurro. Era una leyenda oscura, tanto por las aterradoras historias que se contaban de esa mujer como por lo poco que se sabía realmente de ella.

—Sabéis, nunca averiguamos de dónde procedía el helminto —prosiguió Vivianne, tambaleándose ante la mesa con ojos ebrios—. Hay quien dice que esos bichos salen de Domotta, pero… si es por rumores, los peores pedos de la Regenta salen de allí también. Frontera dirigía muy bien su imperio, eso es lo único que sé. Y todo imperio necesita un capitolio, ¿no?

Tras mirar brevemente a su primera oficial, Zeleste cerró los ojos y hundió el rostro en sus manos. Acababa de adivinar lo que vendría a continuación.

—Pues bien, creo que sé dónde está. No solo hemos encontrado vino, pólvora y cadáveres en esa goleta— Vivianne hurgó en su casaca—. Había un botín mejor.

Y con un golpetazo que derramó su propia copa, estampó algo sobre la mesa. Todas las piratas se levantaron de sus sillas para ver de cerca aquel papel arrugado y amarillento, así como las extrañas marcas de tinta que lo poblaban.

—Es… ¿un jeroglífico? —preguntó Laurém.

Vivianne soltó una risita mientras lamía el vino que ahora caía por su muñeca.

—Es un tesoro, amiga. Si sabes leerlo.

Su dedo índice recorrió el papel de un extremo a otro. Las piratas vieron una sucesión de símbolos circulares, cada uno con intrincados patrones geométricos que, si bien nunca se repetían, eran apenas distinguibles entre sí.

—Todas las capitanas de Frontera llevaban consigo un papel como este. Ahora bien… —la primera oficial sonrió con picardía—. Nunca había carta de navegación alguna en sus camarotes.

—Eternas —Nëufan entornaba los ojos—. Esto es Cechancali.

—M-me va a decir ahora q-que entiende usted el idioma de las salvajes —dijo Sounya.

—Hasta cierto punto. Serví en una expedición a Soleterno poco después de licenciarme en el colegio médico. Nos acompañaba una lingüista a la que la Regencia había enviado al Lejano Continente para estudiar y descifrar el idioma. Un día se marchó del campamento y nunca volvimos a verla. Esa mujer se identificaba más con las nativas que con nosotras.

—Pff —Tostón bufó mientras volvía a llenar su copa—. Seguro que las nativas la identificaron como tentempié sin problemas.

—¿Y bien? —preguntó Mara—. ¿Entiende algo, sirujana?

Nëufan se concentró, observando los símbolos con la misma fría distancia con que examinaba heridas en sus pacientes. Precisó de varios minutos para hacer una traducción aproximada, pero dedujo que cada símbolo representaba un lugar concreto del Océano de Levante. Reconoció el Lejano Continente en el sur, y también las islas Arcanas, a las que las cechancalis conocían como *Tanamilta,* «la primera cosecha». Asimismo, las Volcán, donde Zeleste y Vivianne solían reunirse con otros navíos de Frontera para reabastecerse, estaban representadas como *Tletanpali,* «fuego que nace del mar». Los símbolos estaban, de hecho, dispuestos sobre el papel con relativa equivalencia a su posición geográfica.

Fue ascendiendo en dirección norte cuando Nëufan empezó a encontrar signos que excedían su conocimiento. Uno en concreto la dejó helada. El único que no mostraba una tinta oscura, sino rojiza.

Según explicó, la lingüista estaba especialmente obsesionada con ese signo cuya traducción se le resistía, pues las nativas se negaban a pronunciarlo. Solo lo utilizaban para marcar la frente de ciertas fallecidas, tras lo cual entregaban sus cuerpos a bandadas hambrientas de aves carroñeras a modo de sepultura.

—Sería su forma de representá la muerte —sugirió Mara.

—Mucho más que eso —dijo la cirujana—. Marcan este símbolo en quienes han vivido en deshonra o bien son ejecutadas por crímenes contra su propia tribu. Para las cechancalis no hay muerte, sino transformación… salvo si el espíritu se corrompe demasiado. Mi compañera creía que esta palabra representaba una zona de la que no se regresa jamás.

—Domotta —Vivianne lo dijo con triunfal certeza—. Estáis viendo un mapa del Océano de

Levante, chicas. No hay duda.

No obstante, algo desconcertaba a la cirujana, absorta ahora en el símbolo que había justo debajo de la supuesta Domotta.

—Sé que este patrón significa «hogar» —su dedo recorrió los círculos casi concéntricos que serpenteaban el interior del símbolo—. Y creo que este otro indica «fuerza» o «energía». Del resto no estoy segura.

—Hogar, fuersa, energía… —Mara buscó ideas en el aire—. Yo el único hogar que he tenío es un barco. Y aquí energía no falta.

—¡D-de eso me encargo yo, de que no falte! —voceó Sounya, demasiado beoda sin embargo para sostener su copa sin derramarla.

—Hm —Nëufan seguía pensativa—. Tendríamos que pensar en esas palabras como lo haría una civilización primitiva, creo. La fuerza, por ejemplo, de un poblado bien defendido. O una empalizada.

—Una fortalesa —dijo Mara.

La sugerencia despertó un pequeño brillo en los ojos de las presentes. Fuera una suposición acertada o no, el instinto colectivo había emitido su juicio.

—Si Frontera dirige su imperio desde una fortaleza, puedo apostar a que también guarda allí sus riquezas —dijo Laurém.

—Las cuales estarán bien defendidas —objetó la cirujana—. ¿No estaremos precipitándonos un poco? Es decir, ¿como siempre?

—No. Porque tenemos al Viento de nuestra parte —Vivianne recogió el mapa y lo enrolló—. Nuestra capitana barrió Londayn y barrerá también a Frontera y su puñetera guarida.

Y enderezó su copa para volver a llenarla. Los vítores de las oficiales inundaron el camarote. Se levantaron brazos en el aire y se dieron golpes en la mesa hasta hacerla temblar. Pero Zeleste, que había permanecido con la cabeza hundida entre las manos, puso fin al jolgorio.

—No vamos a atacar esa fortaleza.

Se hizo de nuevo el silencio. Las copas se quedaron a pulgadas de los labios mientras las piratas se miraban entre sí.

—¿Q-qué dice, mi capitana? —más que perpleja, Sounya parecía desgarrada.

—¿Se encuentra usté bien? —preguntó Mara.

Zeleste apenas pudo devolverles la mirada. Sí, se encontraba bien. Hacía ya días que su piel y su cabello habían vuelto al color de antaño. Se conducía con el vigor de siempre, ya fuera trepando un mástil o empuñando un sable. Todas lo habían visto. Aun así, seguía sin poder conjurar el Viento a voluntad. Era un vacío inexplicable para ella misma. ¿Cómo iba a explicárselo pues a las demás?

Se puso en pie. Hasta entonces solo le había confiado la verdad a Nëufan. Había llegado el momento de que las demás lo supieran también.

A su espalda, un pesado ulular sacudió el vidrio del ventanal del camarote. Un cántico grave

cuya vibración convertía el mar entero en un ondulante anfiteatro. Otros ululares despertaron en la distancia. Ballenas orfeas.

La interrupción fue, de algún modo, una señal para Zeleste. Quizá sería mejor dejar las revelaciones para más tarde.

—Todo a su tiempo —dijo al fin—. Necesitamos una flota. Cuando la tengamos, podremos pasar a objetivos mayores.

Volvió a sentarse sabiendo que tan solo había ganado algunos días más: si no recuperaba pronto el control de su don, la verdad acabaría saliendo a flote. Las oficiales, por su parte, se preguntaban en silencio cuándo había sido la última vez que habían visto a Zeleste dudar de esa manera. Si es que la habían visto dudar alguna vez.

Mirando de reojo a la capitana, Vivianne encendió su pipa. En sus ojos de esmeralda se reflejaba una sigilosa desconfianza.

Al mediodía siguiente, un accidente trastornó la atmósfera de la *Renacida.*

Se había ordenado un ejercicio de artillería. Kristine formó parte del grupo elegido para bajar al puente principal, que albergaba tanto los cañones como las hamacas de la marinería. En otros tiempos se hubieran asignado tres mujeres por cañón, pero las limitaciones de tripulación redujeron el número a dos.

Empuñando el atacador, Kristine introdujo la carga de pólvora en el cañón. Su compañera cargó el proyectil y lo taponó con un taco de estopa. Kristine enrolló entonces un cabo en torno al botafuego y, tras colocarse a una distancia prudente, prendió fuego al cabo y lo acercó a la mecha que esperaba en el cascabel del cañón.

Estaba preparada para todo salvo para el estruendo del disparo, mucho más fuerte de lo que había imaginado. Sintió la explosión en los huesos y perdió el equilibrio. Lo más aterrador era el ruido: por un instante, creyó que sus tímpanos habían volado junto con la carga de pólvora. Cuando el resto de los cañones tronaron, el puente se convirtió en un denso tapiz de humo en el que Kristine no reconocía formas ni sonidos.

Supervisando la escena, Tostón recorría el puente con su inquebrantable desgana. Tras cada salva daba la orden de limpiar los cañones, orden a la que Kristine, desorientada y ensordecida, reaccionaba siempre con lentitud. La maestra artillera no tardó en detectar la única pieza de artillería que no disparaba al ritmo de las demás.

—¡No oigo nada! —gritó Kristine.

—La mecha, joder. ¡Que prendas la mecha!

Kristine volvió a atar el cabo en torno al botafuego y prenderlo con la antorcha. Cuando estiró la mano, no podía ver siquiera si el cañón estaba cerca. Era imposible saberlo con aquella humareda.

—¿La has encendido?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—He… he acercado el…

—Me cago en tu espíritu. Aparta, imbécil.

Echó a Kristine a un lado. Cuando estaba a punto de arrebatarle el botafuego, el cañón se disparó.

Tostón no acertó a comprender, hasta mucho después, que la chica sí había logrado prender la mecha. En cambio, comprendió de inmediato lo que significaba aquella horrible presión en la pierna y el inmenso dolor que vino acto seguido.

Las artilleras interrumpieron su actividad al oír los alaridos que inundaban el puente. Cuando la humareda empezó a disiparse y vieron el amasijo de carne que pendía entre el muslo y la pantorrilla de la maestra artillera, aplastada bajo el inmenso peso del cañón, solo acertaron a contener el aliento.

Los gritos continuaron en la enfermería. Zeleste no precisó el veredicto de Nëufan para saber que nada podía hacerse ya por salvar la pierna izquierda de Tostón. Torcida en un ángulo imposible, su pantorrilla pertenecía más a un títere roto que al cuerpo de una mujer.

—Nëufan, sé que andas escasa de material —dijo Zeleste—. Pero… ¿Tienes algo que pueda servir de anestesia?

Aun habiéndose enfrentado a heridas incluso peores, la cirujana parecía agitada. Era perturbador ver a Tostón, la estoica e impertérrita Tostón, gritar y retorcerse de esa manera. Sounya, Mara y las demás lanzaron algunas palabras de ánimo, siempre desde la puerta del pañol. No se atrevieron a entrar.

—Cualquier cosa. Aunque tengas que improvisar —apremió Zeleste.

Nëufan miró de reojo el estante a su derecha, donde pocos días atrás aún tenía su bolsita de melisa. Hasta que decidiera dársela a Kristine.

—Puedo… distraerla —dijo con resignación.

Momentos después, la cirujana se acercó a la cama donde yacía su compañera herida. «Ehm… Tostón, te voy a contar un chiste», balbuceó. Los ojos de la maestra artillera se llenaron de terror.

—Una vossení, una coreilesa y una malvittana naufragan en las costas de Soleterno —sostuvo el muslo de Tostón mientras ataba un cinturón en torno a él—. En cuanto llegan a tierra, se ven capturadas por una tribu y el cacique les dice: «si no queréis que os sacrifiquemos a los dioses, tendréis que superar tres pruebas. La primera, recoger un fruto venenoso de lo alto de ese árbol. La segunda, entrar en la jungla y matar a una pantera. La tercera, fornicar con el hombre

más feo de nuestra aldea».

Mientras la cirujana apretaba la correa del cinturón, Zeleste procedió a verter arena sobre el suelo del pañol. Regresó junto a Tostón en cuanto vació el saco.

—La coreilesa intenta huir y la matan a flechazos —prosiguió Nëufan—. La vossení intenta trepar al árbol, pero se cae a las primeras de cambio y se rompe el cuello. La malvittana se sacude la ropa, trepa al árbol, recoge el fruto sin problemas y se adentra en la jungla llena de confianza.

Acercó la sierra a la carne. El metal dentado brillaba bajo la tenue iluminación de la estancia. La capitana le pasó varios paños limpios.

—Pasa un largo rato y la malvittana no regresa de su lucha contra la pantera. Entonces, cuando la tribu ya empieza a impacientarse, la tipa sale de entre los árboles llena de arañazos y dice: «vale. Y ahora, ¿dónde está el hombre al que hay que matar?».

Tostón respondió con un gemido aún más desgarrado que los anteriores. En los días siguientes, la tripulación discutiría si problema estaba en el chiste en sí mismo o en la gracia de quien lo había narrado. Sí hubo al menos consenso en que la cirujana lo había intentado, que no era poco.

—Tengo otro. Una Hermana de Gracia y un hombre entran en una taberna. El hombre saca un racimo de uvas, se baja los pantalones y dice…

—Cállese, por lo que más quiera —dijo Tostón, agarrándola por el cuello de la camisa.

Nëufan tragó saliva y asintió. Zeleste se acercó con un pequeño trozo de cuerda y se lo puso a Tostón en la boca. La maestra artillera lo mordió con fuerza mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Zeleste también lloró. Y sostuvo la mirada, al menos durante unos latidos. Los gritos adquirieron un cariz insoportable a medida que carne, nervio y hueso cedían ante los movimientos de la sierra. La sangre inundó la tela de la camilla improvisada para después derramarse sobre la arena que cubría el suelo.

Teñidas de rojo, las manos de la cirujana jamás temblaron.

Tostón aún gritaba cuando la pantorrilla se separó al fin del muslo. La artillera contempló su sanguinolento muñón con horror, y seguía absorta en él cuando acercaron el trapo empapado en gel cauterizador de noctárnido. Zeleste lo comprendió entonces: Tostón no temía el dolor ni la muerte. Temía la invalidez. Convertirse en un lastre y acabar siendo abandonada a su suerte. Siempre la había considerado el espíritu más imperturbable con el que había navegado, pero en el momento de la verdad, Tostón se aferraba a la vida tanto como sus compañeras.

Finalmente, la artillera apartó los ojos de la fantasmal carne que ya no tenía y se recostó sobre la cama. Su mirada se entornó. Bajo piel lívida, entre párpados titilantes, había una triste lucha por mantener la conciencia.

Zeleste la cogió de la mano.

—Sabes, Tostón, de pequeña conocí a una niña que estaba obsesionada con trepar. Árboles,

tejados, murallas… El reto no importaba. Lo importante era trepar alto. Todas le advertían que algún día se caería, y sucedió. ¿Sabes qué hizo cuando perdió las piernas? Siguió trepando. Pasó a tener los brazos más fuertes y ágiles que he visto.

Con los ojos cerrados, Tostón balanceaba la cabeza lentamente. Oía la voz de su capitana, aunque no sabía ya de dónde procedía.

—¿Sabes qué me dijo una vez? Que, sin haber perdido sus piernas, nunca habría descubierto sus brazos. Pensaba que esa niña era la persona más valiente a la que conocería jamás —Zeleste intentó sonreír—. Hasta que te conocí a ti.

—Yo no soy una niña, coño —gimoteó Tostón.

Cuando Nëufan enfundó el muñón con el trapo de gel cauterizante, se oyó un sonido parecido al del agua cayendo sobre brasas. La carne crepitó mientras Tostón abría la boca, buscando aire, buscando pensamientos que poder articular. Entonces perdió el conocimiento.



VI

EL STENDARTE DI GRAZZA

Eso que ves balancearse de un lado a otro son tus pies sobre la hamaca. A veces miras abajo y te encuentras con el suelo entablonado de un camarote. Otras no hay más que una oscuridad que susurra tu nombre y te devora de entrañas afuera. Y en esa penumbra asoma, junto con un insoportable hedor, el rostro de la Eterna persiguiéndote más allá de tus pesadillas.

Magdan. Te llamas Magdan. Es importante recordarlo, porque cada vez que abres los ojos te da la impresión de que estás en un lugar distinto. Céntrate, Magdan. Estás en un barco. La Regenta —ah, qué mirada, qué aroma el de la Regenta— te ha enviado en busca de Zeleste; por eso estás aquí.

Pero… ¿Estás realmente aquí? Tal vez aún sigues en el *Ira Flavia,* donde durante semanas no fuiste un hombre, sino una mujer. Cambiar tu voz, reinventar tu lenguaje corporal y afeitarte a escondidas no fue tan complicado. Lo difícil era alternar entre Magdan y Marciella sin extraviarte.

En ocasiones te parece que aún estás en el santuario, atenazado por el viscoso abrazo de una criatura milenaria y voraz. Abres los ojos y no terminas de estar seguro de si estás viendo tu cuerpo o el de Zeleste. O bien descubres que estás aún en el puerto, junto a la Celadora y la

almiranta, mientras el *Stendarte* se prepara para zarpar.

No. Ya habéis zarpado, aunque no sabes si eso fue horas, días o ciclos atrás. No sabes si zarpasteis mañana o si zarparíais ayer.

¿Por qué hablas contigo mismo en segunda persona? Sabes que no hay nadie más en el camarote, ¿verdad?

Cállate, te dices. Lo hago porque así consigo centrarme y reconocerme, aseguras. Logras bajar de la hamaca y mirarte en el pequeño espejo octogonal del camarote. Eres Magdan. Tu entorno no deja de mutar; ese es el destino del mundo. Todo cambia. Incluso la Regenta —¡pero qué mirada!— cambiará.

Lo que refleja el espejo al mirarte, en cambio, siempre ha sido igual.

Pensándolo bien, ¿cómo no te va a costar reconocerte? Ha sido así desde que tienes uso de razón. Ya desde pequeño no estabas del todo seguro de quién eras: tus compañeros en la escuela masculina te marginaban por extraño, tus maestras te castigaban por holgazán y las mujeres de Briançon, donde te criaste, te ignoraban por apocado e indeciso. Llegaste a creer que no habría lugar para ti en este mundo. Inscribirte en una academia teatral, pese al rechazo inicial de tu madre, fue un último y desesperado intento por encontrar tu identidad.

El teatro era una de las pocas actividades en que mujeres y hombres podían trabajar conjuntamente. Ahí aprendiste dos cosas. Una: eso que llaman miedo escénico no está en ti, pues siempre viste el escenario como una oportunidad para transformarte y olvidar todo lo que temes. Y dos: cuanto más mentías, cuanta menos sinceridad mostrabas en tus interacciones diarias, más éxito tenías en cualquier faceta concebible.

Te costó entenderlo, pero en este mundo los hombres no deben mostrarse tal cual son, sino tal como las mujeres esperan que se muestren. Lo veías en tus propias compañeras de escenario, todas igual de encantadoras y egocéntricas al mismo tiempo. Flirteaban y coqueteaban con todos los intérpretes masculinos salvo contigo, el elemento feo y extraño postrado en su silla solitaria. Hasta que empezaste a observar a tus compañeros y en cómo se comportaban con las damas. Se mostraban siempre serviles, corteses, obedientes; eso sí, sin dejar de aparentar cierta independencia, cierta fortaleza de carácter. Ya lo dice el cuento del amo de llaves. «Agacha la cabeza cuando oigas tu nombre; álzala cuando oigas un grito de auxilio». Quieren que seas sumiso… salvo en esos momentos en que necesitan que no lo seas.

Brêgitte Simmaux. Es curioso que hayas olvidado tantos nombres y, en cambio, recuerdes ese al instante. Magnífica intérprete, belleza sin igual, primogénita en una familia de clase alta. Te hizo soñar con visitas a los jardines de Montpeyrousse cogidos del brazo, con una mansión a la que proteger. Con una vida feliz.

Por suerte, te diste cuenta de cómo era realmente. Cuando le reprochaste que se besara con

otros intérpretes después de tres maravillosas tardes contigo, se encogió de hombros. Cuando insististe, se limitó a explicar con frialdad que solo había «interpretado un papel» contigo y que, en todo caso, no te debía explicación alguna. Seguiste insistiendo, ella respondió burlándose de ti y justo ahí, en ese instante, empezaste a convertirte en lo que eres.

Brêgitte fue tu primer beso, tu primer cadáver y también tu primer bocado. Hoy sigues sin saber exactamente por qué lo hiciste, más allá de que su carne *te relajaba*: el puñal desató el silencio al hundirse en ella, y ese sabor metálico despertó una paz desconocida al entrar en contacto con tu boca. Te sentiste más fuerte que nunca. Y pensaste, tal vez, que habría más fuerza oculta en ese corazón que apenas acababa de dejar de latir.

Nunca te despistaste, no obstante. Entendiste de inmediato la única opción que tenías de ahí en adelante: deshacerte del cadáver y huir. Aún te sorprende lo fácil que resultó desaparecer sin dejar rastro y refugiarte los bosques, mendigando de tanto en cuanto por pequeñas y aisladas poblaciones como Jeau-Lignac-ê-Goirac.

Estás en un navío de línea en busca de Zeleste. ¿O es Zeleste quien te busca a ti? En el espejo, tus ojos se esfuerzan por encontrarte. Cada vez es más difícil.

Poco después, auspiciado por un nombre falso, encontraste trabajo en un taller de navajas y hojas de afeitar. En retrospectiva, parece cosa del destino, ¿verdad? Péllàre, la capataza del lugar, te trataba mucho peor que Brêgitte, pero de vez en cuando te concedía algunos favores. Solo tenías que dejar que te palpara la entrepierna de vez en cuando. Luego esperabas hasta la noche y, ya en el despacho del taller, dejabas que te desnudara. Tenías solo quince años, mas no recuerdas sentirte asustado ni intimidado en tus primeras experiencias sexuales. Tan solo confundido. ¿Eso era todo? ¿Esa era la placentera y sublime experiencia de la que hablaba la gente?

La capataza también te introdujo en el maltámbar y la sátiva. Ambas sustancias te inducían sensaciones interesantes, sobre todo la segunda. Te ayudaba a pensar con claridad. De hecho, fue fumándola cuando caíste en la cuenta: tu fuerza se había apagado en los meses posteriores a lo sucedido en Briançon. Le propusiste a Péllàre hacerlo en el bosque la próxima vez, en lugar de en el despacho. Sería más excitante. Confirmaste así lo fácil que es engañar a las mujeres cuando se adopta el papel adecuado: Pèllare te veía como un muchacho asustado e indefenso. Y lo que aprendiste en la academia teatral te ayudó a reforzar ese papel.

Ni cuando clavaste la navaja, ni cuando la sangre te empapó la frente, ni cuando el cuerpo de la capataza dejó al fin de moverse. Nada. No sentiste nada. Eso confirmó tus sospechas: tú no eres humano, sino algo diferente. Superior. Solo cuando al fin le abriste la caja torácica sentiste algo parecido a la emoción. Te fascina el interior de los cuerpos. El sabor de la carne. Es en el exterior donde no hay nada.

Tampoco tardaste mucho en descubrir la absurdidad humana. La gente finge bromear cuando en realidad habla muy en serio. O finge hablar en serio cuando, en realidad, no cree lo que dice. La humanidad se arma de ideas huecas —«moral» o «consecuencias», por ejemplo— como

excusa para no hacer ciertas cosas. Eso es lo que te separa de ella.

En Jeau-Lignac-ê-Goirac también conociste a dos chicos sin hogar que sobrevivían a base de limosnas. No fue difícil convencerles para que se unieran a ti. Si lo que necesitaban era dinero para sobrevivir, había un método mucho más rápido de conseguirlo.

Los llevaste al bosque. Allí les explicaste lo fácil que sería hacerse pasar por pobres muchachitos que acaban de ser asaltados por unos bandidos. Lo tenías todo pensado. Cuando las viajeras caían en el engaño, dejabas que se acercasen para introducirles un sacacorchos por la nuca o el conducto del oído. Los gritos no duraban mucho. El Tridente Demente: así decidiste que os llamaríais. No porque estés loco, sino porque, bueno, ¿quién puede resistirse a una rima pegadiza?

Cuando ciclos después os arrestaron, volviste a interpretar tu mejor papel. Las gendarmes creyeron a pies juntillas que aquellos dos muchachos te habían obligado a hacerlo todo. No es tan difícil llorar a voluntad y, además, estaba claro que un chico asustadizo y educado como tú no podía tener nada que ver con esa chusma. Tampoco tenías sangre en la ropa. Aprendiste a matar rápida y sigilosamente, cosa que confundía a los otros dos Dementes —el método lento era más divertido—, pero tú intuías que algún día te sería útil.

Y era satisfactorio, eso de matar con eficacia. No sabrías decir por qué. Hay algo placentero en hacer las cosas bien.

Después de aquel contratiempo, decidiste pasar desapercibido una temporada. Trabajaste en el puerto de Radieu, donde pronto te hartaste de subir y bajar por los postes de amarre con pesados sacos y bultos atados a la espalda. Ese es un trabajo para níveas. Se te ocurrió que quizá la fortuna esperaría en Montpeyrousse; es la capital de Note-Coreil a fin de cuentas. Y para allí que te fuiste, con un par de botas deshilachadas y el puñado de astros que te quedaba.

No obstante, a unas ocho millas de la capital te topaste con aquel edificio de paredes blancas y un techo de tejas rojas. Entraste pensando que era una posada; por suerte, la patrona del burdel te aclaró dónde estabas. «¿Buscas trabajo?», te preguntó. Nunca te habías planteado semejante línea profesional, pero qué diantres. La paga era mejor que en puertos y talleres. Tampoco tenías demasiados reparos en hacer lo que se te pedía: Brêgitte y Péllàre te habían entrenado en cierto modo para ello. Allí adquiriste la costumbre de mirarte en espejos y arreglar tu aspecto para parecer atractivo. En cierto modo, se es tan atractivo como se esté dispuesto a serlo.

Cierta noche llegó al burdel un hombre con varios bártulos de viaje. Un gendarme que acababa de graduarse y se dirigía a Montpeyrousse para incorporarse a su nuevo puesto en el barrio de Senguine-Setrière. No sabías que los hombres podían ejercer esa profesión. Más tarde aprendiste que eso solo era posible en Note-Coreil, donde la duquesa goza de cierta autoridad para redactar sus propias leyes, y que en todo caso la proporción era de casi un hombre por cada mil mujeres. Ese dato, en cualquier caso, tuvo escasa importancia dentro del plan que acababa de trazarse en tu mente.

Cuando el gendarme dormía, ya satisfecho, lo asfixiaste con la almohada. Tomaste su ropa,

su equipaje, su identidad. Y con todo ello te presentaste en la gendarmería de Senguine-Setrière, listo para retomar la vida que acababas de hurtar.

Te discriminaron desde el primer día, sí, pero sabías que acabarías ganándote el respeto de tus compañeras. Y así fue. Las patrullas callejeras eran soporíferas, si bien pronto sobresaliste en tus dotes de deducción e interrogatorio. Porque sabes olfatear. Sabes cuándo alguien miente y cuándo no. Y no es difícil ganarse la confianza de la gente. Solo hay que prestar atención a lo que ilumina sus miradas. «Es un hombre dócil y atento. De los que saben escuchar».

Las gendarmes de Montpeyrousse pasaron de menospreciarte a competir por acostarse contigo. Tu propia sargenta te ofreció matrimonio, y era un buen partido. Hija de una familia de posibles. Aceptaste, por supuesto, aunque ciclos después se produjo aquel desgraciado *accidente* que tan buena herencia te dejó.

Disfrutaste, al fin, de esa comodidad que tanto te había costado ganar. Podías comer en mesones decentes. Comprar sátiva de la mejor calidad. También descubriste nuevas y sorprendentes aficiones: la biblioteca local tenía volúmenes fascinantes, sobre todo los relacionados con anatomía. Otras noches preferías retomar antiguos hábitos. Para ello, las indigentes eran una opción fácil, aunque ni mucho menos óptima. El sabor se pierde en cuerpos malnutridos.

Pero, claro, acabaste descuidándote. Llevabas tanto tiempo haciendo esto que ni se te pasó por la cabeza que alguien pudiera sobrevivir a una puñalada certera. Fue así como te hiciste esta quemadura en la muñeca: aquella mujer empuñaba una de esas antiguas antorchas de fuego que solo utilizan quienes no pueden permitirse una vara de nácar siquiera. Trataste de huir y regresar a casa. Cuando oíste el chasquido de un arcabuz en tu nuca, supiste que se te había acabado la suerte.

El juicio fue rápido. Los interrogatorios y las torturas no. Te endilgaron las muertes de otras mendigas a las que también habías matado, o tal vez no fuiste tú; a saber. Más que triste, recuerdas sentirte furioso en esa diminuta celda con un cubo para las heces. ¿Cómo abismos era posible? ¿Cómo podías haber cometido un error tan estúpido?

Pocos días antes de la ejecución recibiste una extraña visita en tu celda. «Ha pasado mucho tiempo desde la academia teatral, ¿verdad, Magdan?». Te quedaste atónito. «Muchos ciclos desde que el Tridente Demente sembrara el terror en ese bosque, ¿cierto?».

Cuando ya pensabas que estabas volviéndote loco, la mujer lo aclaró. «Las Siluetas podemos ser lentas, pero al final lo sabemos todo. Por suerte para ti, esto puede jugar en tu favor. Alguien se ha fijado en tus habilidades. Y desea hacerte una oferta».

Quién, preguntaste.

«Qué más da. Puedes escoger entre muerte o servidumbre. Te daré diez minutos para que te lo pienses».

No te lo pensaste.

Días después de salir de prisión supiste que era la duquesa quien había oído hablar de ti. «Yo

sé que tú eres un buen hombre», te dijo Thérésse en su mansión mientras te acariciaba las mejillas con sus manos arrugadas. «La justicia a veces comete errores; eso es todo». No estabas seguro de si aquella vieja era extraordinariamente ingenua o si solo chocheaba. De hecho, tardaste semanas en percatarte: Thérésse Montpeyrousse era exactamente lo mismo que tú. Con más edad y elegancia, y mucho mejor actriz. «Verás. No creo que Eylithia sea la persona indicada para liderar esta nación. Tengo otros planes. Sin duda, un joven tan inteligente como tú sabrá guardar un secreto. Nuestro secreto».

Te contemplas en el espejo octogonal. ¿Trabajas para la duquesa, para la Regenta, para ti mismo? ¿Y quién eres? ¿Un actor frustrado? ¿Un fabricante de cuchillas? ¿Asaltante de caminos, gendarme, Silueta?

Tus ojos no responden. Nada responde. Los días transcurren despacio en el navío, o donde quiera que estés. Unas veces parpadeas y te descubres de regreso en el santuario, en el *Ira Flavia*, en un escenario. Otras te llegan lo que parecen ser recuerdos de Zeleste. Al menos dirías que no son tuyos.

De tanto en tanto, una puerta se abre y la Sacerdotisa de Fuego te trae comida. Dice llamarse de otra forma, aunque esas llamas lo desmienten. Ahí, en su cabello. Puedes olerlo, ¿verdad?

Ella también conoce a la Regenta.

—Abre la boca —dijo la Celadora.

Obedeció. El sabor alimonado de la sopa devolvió a Magdan a la realidad. Si acaso eso tan absurdo y mundano era la realidad.

—Relájate. Tu mente aún intenta recuperarse. Es cuestión de tiempo.

Intentó calmarse mientras sorbía la cuchara que llegaba a su boca. La Celadora lo observaba detenidamente.

—Magdan, pronto llegaremos a las Arcanas. Si Zeleste no está allí, ¿dónde crees que deberíamos buscarla? ¿Qué más te dijo la Eterna?

Magdan trató de bucear en los pensamientos e imágenes que había rescatado de su breve paso por las vivencias de Zeleste. No obstante, solo logró recordar lo que la Eterna, aquella cosa sin forma, había bramado.

Tú no sabes a nada.

Se echó a reír. Rio hasta que le dolió el estómago y las lágrimas corrieron por sus mejillas.



VII

Los días posteriores al accidente de Tostón trajeron una suerte renovada a la *Renacida*. Primero, apresando a un galeón que navegaba de las Arcanas a Note-Coreil. Además de comida y especias, en su bodega encontraron varios barriles de lo que más se echaba en falta a bordo: maltámbar.

Apenas dos días después persiguieron a una brigantina que llegó a devolver fuego. La *Renacida* sufrió impactos menores y hubo algunas heridas, por suerte ninguna de gravedad. En cambio, el timón enemigo quedó inutilizado tras la segunda salva de artillería, tras lo cual solo quedó la tripulación para defenderse.

Kristine siguió a las piratas mientras abordaban el barco envueltas en un estrato de humo y pólvora. Corrieron tras su capitana, emularon su grito a pleno pulmón y descargaron toda su ira sobre la cubierta enemiga. Pronto se oyeron los primeros alaridos. En la humareda, Kristine veía siluetas que caían al suelo entre gorgoteos y espantados alaridos, mientras que otras se desplomaban sin proferir sonido alguno, silenciadas de inmediato por los disparos de Sissia y las pocas piratas que contaban con pistolones.

Una mujer emergió del humo y, blandiendo una daga, cargó contra ella. Kristine logró esquivarla en el último latido; al girarse, vio a sus compañeras atacando a la mujer desde todas direcciones. El acero se hundió repetidamente en la carne. Los gimoteos duraron tan solo unos latidos más.

Cuando el silencio reemplazó al fragor de la batalla, notó una mano que la agarraba por detrás. Temblando, estuvo a punto de girarse con un mandoblazo, pero se detuvo al toparse con los ojos ambarinos de Sounya. «Hemos ganado, artista», rio la contramaestre.

Kristine no sentía haber ganado nada. Solo estaba aterrada.

Por su parte, enfundando un sable teñido de rojo y viéndose rodeada de cadáveres, Zeleste se preguntaba por qué aquella dotación, desnutrida y de edad avanzada en su mayoría, se había defendido con tan desesperado ahínco. Lo comprendió cuando al fin se rindieron: la brigantina era todo cuanto quedaba de un pequeño negocio mercantil, cada día más eclipsado por el auge de las grandes compañías de Sorterra. Si perdían el barco, lo perdían todo.

Las supervivientes no tuvieron más opción que unirse a las piratas. Había tres hombres a bordo, uno de los cuales acababa de quedarse viudo. Para ellos, el martirio no había hecho más que empezar.

La victoria se celebró efusivamente aquella noche. Llovió maltámbar y se cantaron canciones marineras con etílico desenfreno. Mientras el líquido ambarino ardía en su garganta y nublaba sus sentidos, Kristine empezó a sentirse cada vez más incómoda. Aquello no tenía nada que ver con las borracheras adolescentes que compartiera con el alumnado del Liceo. Algunas piratas parecían demasiado efusivas con su vocerío desatado, sus ebrios empujones; esos intercambios de insultos que, si escondían veladas muestra de amistad, Kristine no acertaba a distinguirlas.

Zeleste observaba el jolgorio desde el alcázar. Se retiró a su camarote tras apenas un par de tragos a su taza de maltámbar. «Siempre hace lo mismo», murmuró Sounya. «La capitana se cansa de la fiesta cuando empieza lo mejor».

Kristine también pensó en retirarse. Desde el accidente de Tostón, notaba que buena parte de la tripulación la miraba con desdén. Incluso la empujaban casualmente al cruzarse con ella en cubierta. Empezaba a pensar que no debía estar allí. Que regresar a Vossen con su familia, la obligaran o no a alistarse en la Infantería Ascendente, era una perspectiva mucho mejor. *No sabe dónde se está metiendo.* Las palabras de Zeleste en Villa Léas no dejaban de resonar en su cabeza.

Acababa de regresar al segundo puente cuando las vio. Un pequeño grupo de las antiguas cazadoras rodeaba a uno de los hombres apresados en la brigantina. Le habían quitado la ropa y, en su rostro, Kristine pudo ver cómo el joven trataba de contener su odio y algo más. Arrodillada ante él, una de las cazadoras lo masturbaba y gemía, más con burla que con excitación.

Se dio la vuelta. Quizá debería volver más tarde. Acababa de pensarlo cuando una figura altísima le cortó el paso.

—Hola, niña pija —dijo Sissia—. ¿Tan pronto te vas a dormir?

Kristine trató de esquivarla, pero la malvittana le apresó el brazo.

—No, no —Sissia se mofó con una mueca—. Las prisas no son buenas. Yo apenas he empezado a divertirme.

Kristine forcejeó en vano mientras Sissia empezaba a arrastrarla hacia el otro extremo del

puente, donde aguardaban el afligido hombre y las cazadoras. Un curioso olor mentolado llegó a su nariz. Kristine solo supo de qué se trataba días después, cuando oyó a Sissia reprendiendo a gritos a otra pirata por haber perdido *el ungüento*, fuera cual fuera. «¿Cómo abismos vamos a tensarles la ballesta ahora, so merluza?», gritaba la malvittana.

Percatándose de lo que pretendían obligarla a hacer, Kristine se debatió con todas sus fuerzas. La fría mano de la pirata no la soltaba.

—No te resistas, anda; si te va a gustar. Igual así espabilas un poco y dejas de causar accidentes. ¿O es que no has tenido bastante con Tostón?

La carcajada de Sissia duró apenas medio latido. Con un impulso de pura rabia, Kristine le arañó en el rostro hasta que consiguió zafarse. En respuesta, la malvittana maldijo y, tras arquear el brazo en el aire, descargó una bofetada que envió a la muchacha al suelo.

Sissia se palpó la sangrante línea que subrayaba ahora su ojo izquierdo.

—Mala idea, artista. Muy mala idea.

Kristine no pudo dormir esa noche. Tenía la sensación de que quizá no volvería a hacerlo jamás.

Empezó a verlos. Primero, en el rabillo del ojo. Luego, a plena luz del día. La asían, putrefactos y humeantes, mofándose de ella. «Diente por diente», decían. «Una pierna por otra». Los cadáveres se amontonaban unos sobre otros mientras se arrancaban la lengua y sacaban sus tripas por la boca. «¿Aún te da miedo subir por las jarcias?». La buscaban con brazos sombríos y descompuestos, entre fantasmagóricas sonrisas. «Baila o muere, Kristine. Baila o muere, Kristine. Baila o…».

—¡Kristine!

Abrió los ojos. Las sucias y afiladas uñas de la primera oficial repiqueteaban una copa de cristal.

—Rellénamela. Y despierta de una vez, atontada —gritó Vivianne.

Reconoció el camarote de Zeleste a su alrededor. Se había pasado la mañana entera ayudando en cocina, o eso creía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la noche de celebración? Mientras rellenaba la copa de Vivianne, notó el peso de aquellos ojos esmeralda que la aguijoneaban con un mensaje claro: «Eres débil, chica. No me sirves».

Los cadáveres también se lo decían. Volvían a manifestarse en el rabillo del ojo cuando menos los esperaba. Los oía de noche, tras cerrar las escotillas de la bodega, flotando sobre su hamaca. «No sirves». Se levantó de la hamaca y bajó hasta el último puente. Allí, rodeada de munición y pólvora en la santabárbara, no podrían verla llorar.

Lo sacó del bolsillo de su pantalón. El ejemplar de helminto se enroscaba en sus dedos, dejando un pequeño rastro de baba sobre su piel. Nadie sabía que lo tenía. Nadie vio cómo abría disimuladamente, mientras ayudaba a transportar las mercancías de la goleta de Frontera a la

Renacida, uno de los tarros de cristal.

No sabía exactamente por qué lo había cogido. En el Liceo había oído historias asombrosas. Sèrge, un compañero cuyo talento envidiaba —secretamente, pues era presumido hasta lo indecible—, le había dicho que el espíritu cambiaba después de probarlo. Que el helminto infundía valor, convicción absoluta; una claridad en la que miedos y distracciones se esfumaban.

Y aquel gusano tenía algo de irresistible. La adicción que creaba, su capacidad de destruir la mente dejó de parecerle importante. Al fin y al cabo, una experiencia era una experiencia. Podría dejarlo cuando quisiera.

—¿Qué haces?

Se giró alarmada.

Kristine se encontró con dos lagunas negras y una nariz chata: la cirujana, Nëufan, la había descubierto justo cuando se acercaba a la puerta del camarote de Zeleste. Sobresaltada, Kristine no pudo evitar que su mano soltase lo que empuñaba.

—No podía dormir —se excusó.

De inmediato se agachó para recoger el puñal del suelo. Los ojos negros de la cirujana no dejaban lugar a dudas: lo había visto.

Sosteniendo su vara de nácar bermellón, Nëufan examinó a la chica. Kristine se estremeció al notar su mirada. La cirujana siempre tenía los ojos puestos en ella; en todo. «Tiene un bisturí en el espíritu», había comentado una vez Mara. «Te abre y disecsiona sin que te des cuenta».

—Ibas a entrar en el camarote de la capitana —dijo Nëufan—. Tienes suerte de que sea yo quien te haya encontrado con ese puñal en la mano.

Kristine restó en silencio. Sus nervios se crispaban por momentos.

—Pretendas lo que pretendas —Nëufan dio un paso al frente—, te aseguro que es una pésima idea.

—¿¿Qué más da si lo es?? —gritó Kristine de repente—. ¿Por qué te importa? En este barco, a nadie le importa nada.

La cirujana avanzó otro paso. Uno solo, pues Kristine volvió a sacar el puñal y lo esgrimió hacia ella.

Nëufan se detuvo. La chica parecía en plena crisis nerviosa. Su mirada enferma estaba remachada por unas profundas ojeras; llevaba días sin dormir. Apenas parecía viva desde la celebración de la semana anterior.

—No quiero hacerte daño —la cirujana habló con calma—. Intento ayudarte.

—Nadie puede ayudarme, Nëufan. Creía que Zeleste lo haría. Aunque ella misma me llamó estúpida por no querer regresar a Vossen, con mi familia. ¿Y sabes qué? —blandió nerviosamente el puñal—. Tenía razón.

—Zeleste no tenía por qué responsabilizarse de ti, para empezar. Lo hizo porque apreciaba a tu tía. Si esperas unas semanas más, podremos...

—No —Kristine avanzó. Sostenía ahora el puñal con menos temblor—. Vais a llevarme a las Arcanas ahora mismo. Me las apañaré por mi cuenta.

—Las Arcanas te matarán en cuestión de latidos, igual que te matará la capitana si no bajas la voz. Además, Zeleste siempre duerme con un ojo abierto.

Con un súbito chirrido, la puerta del camarote se abrió. La voz adormecida de Zeleste rezongó tras el vano de la entrada.

—Además, siempre duermo con un ojo abierto.

Un brazo surgió de la penumbra y apresó a Kristine por la muñeca. Antes de que pudiera forcejear siquiera, la chica ya había sido arrastrada al interior del camarote.

—Quizá debería entrar con vosotras —sugirió Nëufan.

La *Renacida* empezó a balancearse con más agitación. Una tormenta rugía en la lejanía.

—Quizá no —Zeleste cerró la puerta.

Tras el ventanal rectangular del camarote, la tormenta se aproximaba con bramidos discontinuos. Celera y Luna maquillaban la oscuridad con su fulgor blanquiverde.

Nada más iluminaba la estancia, pero Kristine había dejado de buscar la luz. Ya no la necesitaba. Así había sido su vida en los últimos años: una oscuridad creciente. Un mundo en el que no tenía sitio. Ni en Vossen, ni en el Liceo, ni en el mar. Ahora entendía que, fuera donde fuera, buscara donde buscara, no habría más que oscuridad. Y tendría que combatirla con violencia, o la penumbra la devoraría.

La sombra de Zeleste se recortó contra el ventanal. Deambulaba de un lado a otro del camarote entre exasperados resoplidos.

—Está bien —Zeleste se detuvo al fin—. Quiero que hablemos con calma.

—No pienso escucharte. Tu barco te pertenece; yo no.

—Kristine, en mi mundo es complicado sobrevivir y cuidar de alguien como tú al mismo tiempo.

—¡Que se joda tu mundo! —su joven garganta se quebraba—. Sois todas horribles. Eres horrible, Zeleste. Matas y saqueas para sobrevivir.

La capitana restó inmóvil.

—Soy una pirata. No sé qué esperabas.

—Creía que eras diferente. Que solo luchabas por tu libertad. Que, al menos, harías lo posible por evitar más sufrimiento del necesario. Ahora veo que no te importa nada. Ni siquiera te importa lo que le hicieron a ese hombre, ni lo que me obligaron a hacer.

—Un momento —Zeleste alzó una mano en la penumbra—. ¿Te obligaron a hacer *qué*?

No veía las lágrimas que escapaban de los ojos de Kristine, pero podía oírlas. Se había retirado de la fiesta antes de tiempo, como siempre. Ahora solo podía pensar que en esa ocasión no debería haberlo hecho.

—Lo que dicen es cierto —dijo Kristine—. Tú nunca volviste de la purificación. No del todo. El color ha vuelto a ti, pero tu espíritu no. Y menos aún el Viento.

La capitana no contestó. Porque sabía que era cierto, o tal vez porque no le importaba.

—Deberías estar muerta —las palabras de Kristine se perdían entre sollozos y saliva—. Como todo lo que no tiene propósito. Mi tía lo tenía. Hasta La Ascensión lo tiene. ¿Por qué existes, Zeleste? ¿Qué propósito tienes tú?

Un relámpago iluminó ambos rostros. El de Kristine, enfurecido y febril. El de la capitana, cabizbajo y triste.

—Por ahora, sobrevivir —dijo Zeleste tras un largo silencio—. E intentar que tú y las demás también lo hagáis.

—Ya. Como Ayreen.

El nombre despertó un dolor que Zeleste creía enterrado. Dos puños se apretaron entre tinieblas.

—Ni se te ocurra mencionar ese nombre —susurró la capitana—. Navegamos juntas durante años, no tienes ni idea de…

—¿De la cantidad de compañeras a las que has sacrificado para salvar el pellejo? Empiezo a hacerme a la idea, créeme.

—Escúchame —Zeleste luchaba ahora por contener su ira—. Yo una vez me sentí igual que tú. Sin lugar en el mundo. Rechazada fuera donde fuera. La vida que tengo… No la elegí, ¿comprendes? Cayó a mis brazos y me aferré a ella para seguir viviendo. Tú aún tienes toda tu vida por delante. Y eres tú quien debe decidir tu destino, no tu familia ni La Ascensión.

—Buen discurso. ¿Se lo sueltas a todas tus amigas antes de dejarlas morir?

Kristine vio cómo la sombra recortada en el ventanal cambiaba de postura… y de pronto se abalanzaba contra ella. Oyó no más de tres o cuatro zancadas hasta que los fríos dedos de la capitana se cerraron en torno a su cuello.

Su espalda se estrelló en el suelo. Apenas había tenido tiempo de gritar de dolor cuando sintió su cuerpo inmovilizado. Zeleste estaba ahora sentada sobre su cintura, agarrándola por debajo del mentón con ambas manos.

El viento rugió con fuerza.

—No vuelvas a decir algo así —gruñó Zeleste.

—¿O qué? ¿Me llevarás al Abismo con mi tía, donde no tendrás que preocuparte de mí?

—Cállate.

—¿Sabes qué dice Vivianne a tus espaldas? Que no eres la de siempre. Que la purificación acabó contigo. Tus amigas te abandonan, Zeleste.

—¡Cállate!

Las manos pasaron de oprimirle la garganta a constreñirla con rabia. Kristine estaba exactamente igual que Sissia en su primer día a bordo, cuando Zeleste retó a la tripulación a derrotarla en combate. En esta ocasión, sin embargo, no había ningún arma. Solo manos que le robaban el aire y uñas clavándose en su cuello.

El vaivén eterno del mar se detuvo. La *Renacida* empezó a inclinarse hacia estribor.

—No hables del Abismo como si lo conocieras —las palabras de Zeleste se perdían en saliva —. Tú no sabes lo que es perderlo todo. ¿Quieres una disculpa por la vida privilegiada que te ha tocado? ¿Eso quieres?

Las manos de Kristine tantearon desesperadamente los tablones de madera del suelo, donde debía haber caído el puñal. Mientras tanto, el silbido del viento crecía hasta convertirse en un aullido que, de algún modo, replicaba una voz humana. El colérico grito de la mujer que ponía fin a su vida.

—¿Quieres conocerlo ahora mismo, Kristine? Puedo acabar con tu sufrimiento en un latido. ¿No es mejor que lo que te espera mañana?

Tras la capitana, la mesa del camarote volcó. Platos y cubiertos cayeron al suelo. La lámpara, la mesita de noche, el baúl: empellado por un viento súbito, el mundo se precipitaba hacia la derecha, donde aguardaba el gélido y definitivo abrazo del mar. La *Renacida* amenazaba con volcarse.

Los dedos de Kristine alcanzaron algo frío y liso. Agarró el puñal al principio por el filo, tal como llegó a su mano.

Hubo otro relámpago. Y en el latido de luz que iluminó el camarote, dos miradas dispares se encontraron. Kristine vio una gran cicatriz y un gris enfurecido… y Zeleste, dos luceros oscuros por los que escapaba un último aliento. Y algo más. En las pupilas dilatadas de la chica había algo más.

Le soltó la garganta.

Por un instante solo pudo permanecer encima de Kristine, aterrada ante lo que había estado a punto de hacer. Acababa de apercibirse de que, una vez más, el Viento se había conjurado a consecuencia de su ira.

Se puso en pie. Tanteó el suelo del camarote, trastabillando a medida que tanto su mente como el propio navío recuperaban su equilibrio.

Encontró la vela de cera y la caja de fósforos que habían caído de su mesita. Prendió de inmediato la vela y la acercó a la oreja de la chica, quien seguía tosiendo y resollando. Cuando la primera gota de cera fundida cayó en su oído, Kristine encontró al fin el aire que buscaba.

Su grito sonó a la par que un trueno sacudía el vidrio del ventanal. Retorciéndose en el suelo, Kristine notó una mano sobre su pecho: Zeleste trataba de calmarla, pero ese dolor seguía ardiendo en el tímpano.

El helminto salió entonces de su oreja.

Bajo la llama de la vela, el gusano se retorció sobre la madera tal como su huésped hiciera

latidos antes, hasta que unos dedos los asieron. Zeleste contempló aquel viscoso fragmento del pasado entre el índice y el pulgar.

Con un suspiro, se dejó caer en el suelo, donde permaneció sentada un largo rato.

Después solo hubo lluvia. La tempestad, como si quisiera dar tregua a los dos espíritus exhaustos que recuperaban su aliento en el camarote, menguó por momentos. El barco pasó a mecerse suavemente. Arriba podía oírse a la tripulación de guardia recogiendo las velas y desplegando los tormentines.

—¿Qué pretendías? —preguntó Zeleste.

Kristine no tenía respuesta, ni fuerzas para llorar siquiera. Las frases inconexas y nerviosas que acudieron a su boca bastaron, de todos modos, para que Zeleste entendiera lo desesperada que estaba.

La capitana le contó a Kristine su historia con Frontera y el helminto. Cómo ella también se había sentido sin esperanza, hasta que Vivianne se la devolvió. Con un abrazo, con palabras, y también con hechos.

Ahora era ella quien abrazaba a Kristine. «Lo siento», acertó a balbucear la chica. Solo tras un largo silencio, Zeleste contestó: «yo también». El viento silbaba ahora apagado. Una triste, débil nota que moría tras gruesas paredes de hierro y madera.



Tostón volvía a tener diez años. Estaba de nuevo en ese apartado villorrio a las afueras de Brizzamare. Un lugar del que aún no había escapado del todo.

De día, el villorrio pasaba por otro conjunto de granjas, molinos y albergues que nadie recuerda jamás. De noche, las familias salían de sus viviendas y abrían la trampilla oculta junto al pozo para descender al Oratorio de Nuestros Olvidados Señores. La sacerdotisa le introducía las hojas de beleño negro en la boca y Tostón las masticaba durante todo un minuto antes de tragarlas.

La penumbra se convertía en un cálido abrigo. Los antiguos dioses, afligidos por el olvido al que La Ascensión los había sometido, hablaban a través de la lengua de la sacerdotisa. Pasado, presente y futuro se presentaban ante ella como parte de un mismo estrato. Era lo que más recordaba de su infancia: cuando el culto llevaba a cabo sus ceremonias nocturnas, lo olvidaba todo. Incluso lo sola que se sentía.

Tras el éxtasis de las oraciones, las familias subían la escalera para regresar a sus casas. Ya en el exterior, aún afectada por el beleño, Tostón escuchaba el sabor de los colores y tanteaba la voz de la naturaleza con la lengua. Bajo una cascada de aromas y premoniciones, las voces rasgaban el filo de su oído:

«Está fuera de control; creo que es evidente. No tardará en matarnos a todas. ¿Cuánto más vamos a aguantar así?».

La voz, creía, procedía de una espiga podrida que descollaba en un campo de gladiolos. Tostón se acercó: aquella espiga mala se imponía a sus hermanas, lozanas y sin embargo encorvadas ante su podredumbre. «Es normal que os cueste decidiros», decía la espiga. «Es

Zeleste de quien hablamos. Pero si hay que escoger entre lealtad o supervivencia…».

A lo lejos asomaba una tormenta. En el rugiente cielo, las nubes avanzaban maquinalmente y los relámpagos se esmeraban en dejar su firma sobre el campo.

«Esa no es Zeleste. Lo he notado desde el principio. Hay pedazos de ella, nada más».

El cielo crepitó y Tostón notó un calor que le asaltaba la frente. Al abrir los ojos, ya no estaba en el campo ni tenía diez años.

Estaba en un pañol del *Renacida*, tendida sobre dos hileras de cajas y telas que componían una cama. Nunca se había sentido tan cansada. Notaba los dedos de los pies; tanto en la pierna que aún conservaba como en la que no.

Las voces seguían ahí, en cualquier caso. Y no procedían del cielo ni de una espiga podrida. Venían de la cubierta inferior, donde se situaban la santabárbara y otros pañoles del navío:

—No tiene por qué ser violento. Puede que hasta lo comprenda.

—¿Qué ganamos nosotras?

—Una capitana en su sano juicio. Y más maltámbar.

Volvió a cerrar los ojos.

La despertaron unos dedos que se entrelazaban con los suyos. Zeleste estaba ahora de pie junto a la cama. Su ojo grisáceo la observaba con atención.

—¿Cómo te encuentras?

Tostón quiso responder, pero la lengua se le resistió. No logró reencontrarse con el lenguaje hasta que la jarra de agua llegó a sus labios.

—Jodida como nunca, capitana. Y usted sabe que detesto exagerar.

Zeleste sonrió apenas. Parecía tan abatida como cuando apareció en Pechvarry cual espectro demacrado.

—¿Y Nëufan? —preguntó Tostón.

—En el puente. Ahora mismo no hay más heridas a las que atender… Y quiere dejarte descansar —la capitana hizo una pausa—. Mara te está preparando una pierna a medida; solo le falta barnizarla. Dice que es su obra maestra.

—Cuando Mara dice eso hay que echarse a temblar.

—A la renacuaja no le falta talento, reconócelo.

—Bah. No tanto como el que tiene usted para ocultar cosas.

La sonrisa de Zeleste se esfumó.

Tostón y ella intercambiaron una larga mirada. Más que sorpresa, en el rostro de la capitana

se dibujaba un incómodo alivio. Ese momento se había hecho esperar demasiado.

—¿Confía en mí, capitana? —preguntó Tostón.

Zeleste suspiró. Más de una vez le había dicho a la artillera que no confiaba en nadie, y que por eso seguía con vida. Tostón había notado, no obstante, que la capitana solía decirlo con palabras inusualmente forzadas.

—Si es sinceridad lo que me pides, creo que te la has ganado —dijo Zeleste.

—Bien. Pues cuénteme qué ocurrió en ese santuario. Explíqueme cómo escapó de Lezhari. Ya no puede controlar el Viento, ¿verdad?

La capitana apartó la mirada. Tostón solo podía ver ahora el lado de su rostro en el que asomaba la gruesa cicatriz, donde no había forma de asomarse a su espíritu. Acercando entonces el barrilete que Nëufan empleaba a modo de silla, Zeleste se sentó junto a la cama.

Por primera vez, lo contó todo. Todo cuanto vio desde que despertó en la escalera de caracol de Lezhari. El santuario, la Arteria, Noema. La oscuridad desde la que bramaba la Eterna. Y el Viento... el Viento seguía en su interior, pero había cambiado. Ahora se comportaba como un ente que despertaba por su cuenta. «Una fuerza no gobernada por la razón», según Nëufan.

Zeleste se descubrió sintiéndose más tranquila tras su narración. Había expulsado un aire enfermo. Por su parte, Tostón la había escuchado con los ojos cerrados. Respirando lenta y pesadamente.

—Gracias, capitana —y no dijo nada más.

Sin saber qué más podía o debía añadir, Zeleste se puso el tricornio y se incorporó. Ya se dirigía hacia la escalera que conducía a la cubierta superior cuando se detuvo. Tostón acababa de susurrar algo.

—¿Cómo dices? —preguntó Zeleste.

—Digo que ahí abajo se ha estado fraguando un motín.

Regresó a la cama. De inmediato, puso su mano derecha sobre la frente de la maestra artillera.

—Estás ardiendo. Deberías…

—Sé muy bien lo que es un delirio y esto no lo es —Tostón habló con súbita firmeza—. La he oído. No sé si hace días, horas o minutos; pero la he oído.

—¿De quién hablas?

Tostón no respondió. Por unos instantes dio la impresión de haberse quedado dormida.

—La malvittana —sus ojos se abrieron de nuevo—. Esa malparida tan alta.

—¿Sissia?

—Decía que está usted fuera de control. Y tiene razón. Se lo digo para que vaya preparándose, capitana.

Zeleste fruncía ahora el ceño en pensativo silencio.

—Agradezco el aviso —dijo.

—Había una voz más —Tostón acercó una mano a su hombro—. La de Vivianne.

Al regresar a la cubierta superior, Zeleste se encontró con una reunión a la que todas parecían estar invitadas salvo ella. La tripulación se aglomeraba en torno al mástil de mesana con la mirada puesta en el alcázar. Cuando advirtieron su presencia, todas las voces y cuchicheos cesaron.

Adivinó quién presidía la conferencia antes incluso de elevar la vista al alcázar. Dos feroces esmeraldas le devolvieron la mirada desde lo alto. Junto a ellas, Sissia sonreía con aire triunfal.

—Bien —Vivianne chasqueó la lengua—. Al final no ha habido que ir a buscarla.

Zeleste buscó a sus amigas entre la multitud. Las encontró frente a la borda de estribor, atadas de manos mientras otras marineras las apuntaban con sables y pistolones. Distinguió, entre los rostros de las rebeldes, a varias de las cazadoras que acompañaban a Sissia cuando esta se enfrentó a Laurém en Nécora. La malvittana acumulaba intentos de deposición.

—No pongas esa cara —dijo Vivianne—. Estas cosas pasan. Así es más o menos como conseguiste tu primer navío, ¿recuerdas?

—Sí. Era una época en la que podía confiar en ti.

Vivianne bajó la mirada. Con una parsimonia nada propia de ella, entrelazó ambas manos ante su vientre y adoptó una postura relajada, humilde en apariencia. A pesar de la traición que estaba cometiendo, respetaba a Zeleste.

Tal vez solo era una estrategia. Adoptar una falsa impresión de concordancia.

—No quería que llegara este día —Vivianne suspiró—. Pero lo de la otra noche colmó el vaso. Ese viento que estuvo a punto de hacernos volcar… Ni una sola mujer a bordo cree que procedía de la tormenta. Ni siquiera tus oficiales. Pregúntaselo.

Zeleste no lo preguntó. En vez de eso, subió la escalera del alcázar. Despacio, pero con confianza, hasta que se colocó ante Vivianne.

—Acepto el reto —y con total seriedad, añadió: «elige arma».

La primera oficial rio con cierta compasión.

—Creo que no lo entiendes —apartándose sus rizos castaños del rostro, Vivianne dio un paso al frente—. Esto ya está decidido. No lo compliques más.

—¿Por qué no? —insistió Zeleste—. ¿Te da miedo poder cagarte encima el día de tu estreno?

—Oh, creo que al final se decía «mi capitana» —Sissia avanzó, colocándose de nuevo junto a su compañera de crimen—. Me debes cinco astros.

—Sissia, deja que me encargue yo —Vivianne dejó de sonreír.

—Por si no te has dado cuenta, Zeleste, tú ya no tienes voz aquí —la malvittana no pareció oírla—. Nunca la tuviste. Sin tu don no eres una mierda.

—¡Silencio!

La bofetada pudo oírse en el extremo opuesto del navío. Llevándose la mano a una mejilla que se había enrojecido al instante, Sissia trastabilló y miró a su agresora con rabia, aunque solo

de reojo. Vivianne no dio la más mínima muestra de arrepentirse. Si acaso, su mirada dejaba claro que su lugarteniente tendría que ir acostumbrándose a esas cosas.

—Es muy sencillo —los ojos esmeralda se anclaron de nuevo en Zeleste—. La mayoría de la tripulación prefiere una capitana que no sea una bomba de relojería andante. Deja que esto siga su curso y no habrá que derramar sangre.

Pasó apenas un latido hasta que Zeleste desenvainó su sable.

—Derramémosla —y blandió el arma.

Vivianne se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza, como si la reacción de Zeleste la decepcionara. En realidad, resultó un gesto calculado: había reaccionado tal como esperaba.

—Yo creo que he sido comprensiva —Vivianne se dirigía ahora a la expectante tripulación —. Pero ya veis que con la locura no se puede razonar. Si alguien la apoya, adelante; no tengo quejas. Es solo que tendrá que hacerlo fuera de este barco.

—De mi barco, so gilipollas —espetó Zeleste.

Aunque se contuvo, el verde intenso ardió en los ojos de la primera oficial.

—Si vas a tomarte la justicia por tu mano, Vivianne, hazlo con propiedad —sentada en la borda, Nëufan alzó la voz para que la oyeran en el alcázar—. Demuestra que eres la más fuerte con hechos, no con palabras.

—¡¡Eso!! —el chillido de Sounya sonó como uñas rasgando una pizarra—. ¡Si q-quieres lealtad, gánatela con sangre, t-t-traidora!

—Dibujemos una raya —dijo Mara—. Quien te apoye, que se ponga a un lao; quien no, al otro. A vé si es sierto que la mayoría está contigo.

Esa sugerencia despertó una nube de susurros entre las marineras. Algunas parecían, de hecho, estar de acuerdo con la idea de Mara. Zeleste esbozó una sonrisa al ver la confusión que se perfilaba en el rostro de Vivianne. Tal vez su motín no tenía tanta convicción como había dado por hecho.

Acto seguido percibió algo distinto en ella. Una luz astuta brotando en su interior. Vio cómo desenvainaba la espada; con mucha calma, para que todas las miradas se posaran en ella. Para crear una nueva forma de pedir la palabra. Por un raro instante, Vivianne Camoille desprendió teatralidad.

—Está bien —concordó—. Le daremos a Zeleste una oportunidad para que nos diga la verdad.

Sus rizos cobrizos bailaban con insistencia contra su piel. En algún lugar se oyó una moneda cayendo al suelo.

—Sopla —dijo Vivianne a Zeleste—. Demuestra que el Viento sigue de tu lado. Demuéstranos que eres tú.

La capitana podría haber respondido recordándole que llevaba ya ocho años demostrando quién era. Que, si acaso, era Vivianne quien tenía que demostrar su capacidad para liderar. Podría incluso haber descargado un golpe que le abriera el cuello antes de que nadie pudiera

reaccionar. Infinitas posibilidades se reprodujeron en su mente sin que ninguna se hiciera realidad. Zeleste se dio cuenta allí mismo de que ya no había escapatoria.

—Tengo mucho tiempo —musitó Vivianne.

La furia que brotó en Londayn no hizo acto de presencia. Había ya demasiadas capas de impotencia enterrándola. Nëufan le había dicho que su poder no era el motivo por la que todas la seguían, pero las decenas de rostros desafiantes que ahora la observaban sugerían lo contrario.

—Dilo. Mira a estas mujeres a la cara y admite que estás rota. Es lo mejor.

A pesar de su arrogancia, había sensatez en las palabras de Vivianne. No quedaban motivos para negar lo evidente. Zeleste sintió que el último ciclo había sido una lucha por retrasar un final inevitable.

Un final que ella decidiría.

En torno a la empuñadura del sable, sus nudillos emblanquecieron. No se iría sin luchar.

Un fuerte silbido rompió la tensión en cubierta. Todas las cabezas se giraron a babor: una persona, una sola, había apartado un instante la mirada de la tensa escena en el alcázar. Con desesperados aspavientos, Kristine señalaba al horizonte y gritaba: «¡Barco! ¡Barco!». En la lejanía, a ras de mar, un resplandor dorado rompía el horizonte como un sol ilegítimo.

Vivianne extendió el catalejo y vio que no era uno, sino tres los resplandores que se aproximaban. Tres cuerpos de cobrefil que abanderaban todo el peso ideológico, tecnológico y armamentístico de La Ascensión. Anunció, aún perpleja, lo que acababa de avistar: un navío de línea y dos fragatas de la Marina Ascendente.

Mientras un nervioso corro de murmullos despertaba entre la tripulación, Vivianne miraba a Zeleste con desconcierto. Casi parecía pedirle consejo.

—Qué interesante —Zeleste sonrió— vas a tener que tomar tu primera decisión como capitana. Aprovéchala.



A bordo del *Stendarte Di Grazza*, setecientos cincuenta espíritus se pusieron en movimiento en cuanto se pitó a zafarrancho de combate. Tres mástiles como secuoyas coreilesas se llenaron de cuerpos a la par que los silbidos de la contramaestre indicaban los primeros despliegues y giros de velas. En los cuatro puentes inferiores, varias cadenas humanas transportaron pólvora y munición hacia las secciones de artillería. Los timbales dejaron de redoblar en el mismo momento en que el Objeto hizo acto de presencia en cubierta.

Envuelto en una única prenda de tela negra que le cubría de la cabeza a los tobillos, caminaba despacio mientras dos infantas lo sostenían por los brazos y lo guiaban a través de una marabunta de marineras. La máscara blanca que ocultaba su rostro mostraba un perfil vagamente humano: dos ojos inertes, una nariz minúscula, una inexpresiva línea a modo de labios.

Bajo esa máscara no había ningún hombre; solo un vestigio. Un espíritu que, en algún momento de su vida pasada, descubrió que poseía el mismo poder con el que los antiguos imperios del Hombre se conquistaron y aniquilaron entre sí. La Regencia ejecutaba de inmediato a quien mostrase indicios de poseer el Viento, con una sola posibilidad de salvación: renunciar a su humanidad. Perder toda seña de identidad para convertirse en un artilugio al servicio de La Ascensión.

En la Marina no estaba permitido mencionar a los Objetos fuera de una misión. La mayor parte de Sya ni siquiera sabía que existían. Eran secretos que permanecían encerrados hasta que la Regencia les daba una función, generalmente comandar el viento a bordo de un navío de línea. Solo la Regencia sabía cuántos había y, de hecho, se especulaba con que pudiera haber un único Objeto, dado que nadie había visto jamás a más de uno en el mismo lugar.

Tampoco tenían nombre. Solo un apelativo que, a fin de cuentas, resumía el propósito de su existencia.

Las marineras lo ayudaron a subir por las jarcias hasta ocupar su sitio en la cofa superior del trinquete. Bajo la tela negra asomaban dos pies a los que la luz del sol no había tocado en semanas. Quizá ciclos.

Mientras tanto, en proa, la almiranta se henchía de orgullo. La satisfacción de ver sus órdenes ejecutadas al instante, de contemplar cómo se materializaban sus planes de batalla, siempre la hacía sonreír. A su lado, la Celadora miraba de reojo aquellos incisivos descomunales y pensaba que no había sonrisa más vacua y decepcionante que la de Zerayd Geslaard. Las mujeres a las que respetaba sonreían cuando el trabajo estaba hecho, no antes.

A ambos flancos del *Stendarte*, las dos fragatas escolta rompían la formación y adelantaban al buque insignia, impulsadas ahora por el viento del Objeto. La *Audazza* y la *Priva Cursora* no tenían las dimensiones de su hermana mayor y contaban con dos puentes de artillería en lugar de cuatro. Aun así, eran naves igualmente imponentes, con la majestuosidad de su arboladura dorada y la protección de su casco de cobrefil. Tras sobrepasar al *Stendarte,* se abrieron respectivamente a babor y estribor mientras la almiranta daba la orden de abrir fuego.

Valquerîe frunció el ceño.

—Es una maniobra preventiva, Celadora —dijo Zerayd, anticipándose a la reprimenda—. Para que sepan que vamos en serio. ¿O espera que nos den la bienvenida?

Se oyó la primera salva. Tras un estruendo coordinado, las balas surcaron el aire con un sonido que a la Celadora le recordó al de la tela rasgándose. Se fijó en que solo el segundo puente de ambas fragatas escupía humo y, de todos modos, el trecho de mar que las separaba de la corbeta pirata parecía demasiado amplio como para causar daños eficaces.

No obstante, con la segunda salva, los proyectiles empezaron a acercarse demasiado. Aquellos espumosos salpicones saltaban del agua a escasos pies de la corbeta enemiga. Bajo su toga blanca y gris, las manos de la Celadora se movían con nerviosismo.

—Almiranta, si uno solo de esos proyectiles…

—Sí, sí —Zerayd volvió a extender su catalejo—. Relájese. Mis mujeres están bien entrenadas. Solo acertarán cuando se les ordene hacerlo.

—¿Ha pensado en lo que le dije?

—Qué —la respuesta de la almiranta sonó más como una afirmación seca que como una pregunta.

—Lo que discutimos anoche. Sigo pensando que las piratas se mostrarán más receptivas si deja que sea yo quien dialogue con ellas. También si evitamos muertes innecesarias. Es crucial ganarnos la confianza de Zeleste.

—Tendrá su momento de gloria, Celadora. Hay algo llamado cadena de mando; concédale un poco de crédito, si no es mucho pedir.

Llegó una tercera salva. Y una cuarta. El *Stendarte* avanzaba plácidamente mientras la

almiranta, que no despegaba el ojo de su catalejo, movía los labios en silencio. Parecía asentir y felicitarse a sí misma, satisfecha ante una victoria ya proclamada entre susurros.

—Vaya —murmuró de pronto.

Valquerîe la miró alarmada y esperó a que la almiranta explicara su repentina preocupación.

Esperó.

—¿Y bien? —su voz tembló un ápice.

—Oh, vaya —repitió Zerayd distraídamente —. Vaya, vaya, vaya.

—Almiranta, no haga que me hierva la sangre. ¿Qué es lo que ha visto?

—Bueno… No sé muy bien cómo describirlo. Veo a las piratas, pero no parecen prepararse para ningún combate. De hecho, diría que no parecen interesadas en navegar. Están… de pie, no sé de qué otro modo puedo decirlo.

—¿Qué significa eso? ¿Y Zeleste?

Zerayd recogió el catalejo. Por primera vez desde el inicio del viaje, una sombra de duda asomaba en su mirada.

—Dígame que Zeleste está ahí —insistió la Celadora.

—Oh, lo está —Zerayd caminó hacia el palo mayor, donde aguardaban sus oficiales—. Pero algo me dice que vamos a tener que ofrecer un trueque por ella.

Cuando la flota rodeó a la *Renacida*, el Objeto alzó los brazos y dobló sus muñecas como si sostuviera una invisible cúpula por encima de su rostro enmascarado. En respuesta, los vientos amainaron y el *Stendarte*, empujado ahora por una corriente suave y precisa, maniobró para colocarse en paralelo a la corbeta. La capitana Josefyne se llevó un pesado cono de bronce a la boca: «Os habla el mando del *Stendarte*. Bajad las armas. No atacaremos si no atacáis primero». Varios cabos cayeron del navío de línea. Veinte pies más abajo, dos de las piratas se aproximaron para atarlos a los cabrestantes de su propia embarcación.

La almiranta Zerayd se asomó por la borda y buscó rostros reconocibles en la cubierta de la corbeta. Las piratas formaban un grupo compacto; demasiado incluso para encontrar cierto color de cabello sin igual. Por otra parte, había inesperadamente unos pocos hombres, aunque era difícil saber si eran prisioneros o parte de la dotación. Con su mezcla de cabellos revueltos, camisones deshilachados y botas sucias, aquella tripulación parecía un triste antónimo de la que tenía a sus espaldas.

Cuando ambas naves quedaron amarradas entre sí, ordenó que se tendiera una jarcia a modo de escalera. Las primeras en bajar a la *Renacida* fueron las infantas de Marina, que se dividieron en dos filas y apuntaron a las piratas con sus mosquetes. Acto seguido, tras ajustarse su sombrero alquitranado y alisarse el uniforme, la almiranta descendió.

Al principio se limitó a deambular por la cubierta, mirando alrededor como si inspeccionara

una cantina cochambrosa en la que estuviera a punto de poner orden. Después se detuvo ante las piratas y puso los brazos en jarra. Su pecho se infló, alineándose con una tripa que su grueso uniforme azulado no conseguía disimular.

—Señoras, lamento comunicar que sus prósperas vacaciones marítimas han llegado a su fin —señaló a sendas hileras de mosquetes a izquierda y derecha—. En circunstancias normales, estas armas ya se habrían disparado y estarían todas muertas. Pero, como habrán sospechado, las presentes circunstancias no tienen nada de normal. Así que escuchen, aprendan y jueguen bien sus cartas. Vivirán unos cuantos años más.

Hablaba y gesticulaba como una actriz en el Teatro Regente... Si dicha actriz fuera una impostora y la auténtica estuviera amordazada en el camerino. Sus ojos recorrían a las piratas de arriba abajo con la misma actitud con que pasaría revista a su propia tripulación.

—Por lo que a mí respecta, las reglas de esta vida siempre han estado claras. Toda nación necesita un orden. Y para que ese orden prevalezca, la nación y sus ciudadanas deben colaborar, no saltarse las normas ni destruirse mutuamente. Qué parte de esto no han entendido ustedes, lo ignoro. En qué momento de sus vidas todo se empezó a torcer, lo desconozco. He aquí lo único que importa: el *Stendarte di Grazza*, navío que ahora les saluda, les trae muchas cosas. Tenemos comida abundante, maltámbar, jabón, disciplina, modernidad… Y lo más fundamental: una oportunidad. Una que lleva la firma de Su Ilustrísima.

Ensanchó la sonrisa. Sus prodigiosos dientes frontales adelantaron al labio inferior. Algunas piratas se preguntaron si la susodicha firma de la Regenta estaría en esos dientes.

—Una Ilustrísima a la que ustedes dieron la espalda hace tiempo, lo que supone darle la espalda a toda La Ascensión. Por suerte, la Regenta es sabia y compasiva, y tiene una propuesta muy especial. Una oferta que vale por sus vidas. Una oferta que…

—Morsa.

Zerayd se quedó callada. Sus dientes se retrajeron hasta esconderse, como si la mención de su viejo apodo, el mismo que se había asegurado de silenciar a base de éxitos y condecoraciones, los hubiera acobardado. ¿Había oído bien? Las piratas ni siquiera habían parpadeado. Todas la miraban con la misma mezcla de expectación y perplejidad que habían mostrado desde el principio de su discurso.

—Una oferta que… que no se repetirá —carraspeó antes de continuar—. Recientes acontecimientos han hecho que la Regencia requiera una agente autónoma para resolver cierta tarea de vital importancia. En esta corbeta, adquirida por cierto ilegítimamente en los astilleros de Londayn, se encuentra la agente que busca. El primer paso es parlamentar con ella para poner en marcha la primera fase de…

—Morsa.

—...una incursión en tierras lejanas que… Que por ahora no voy, no puede mencionarse, eh… Donde gloria y fortuna aguardan…

—¡Palurda!

Las voces llegaban de distintas partes del barco, pero allá donde mirase, Zerayd no lograba ver ninguna boca moviéndose. Tampoco se oían risas, lo que hacía que la situación fuera aún más desconcertante.

Trató de reconducir su discurso, pero la compostura inicial de la almiranta estaba ya rota. A bordo del *Stendarte,* las oficiales empezaban a mostrar gestos nerviosos. La Celadora resopló con frustración.

—Muy bien —Zerayd se dio por vencida—. Zeleste, sal de donde estés y da la cara.

—Zeleste no tiene lo que se dice voluntad propia ahora mismo —le contestó una voz ronca y burlona—. Si quieres a tu «agente», vas a tener que hablar antes con su intermediaria.

—Ajá —la almiranta lo consideró durante un par de latidos—. ¿Y quién es su intermediaria?

—Vivianne Camoille.

Hubo una pausa.

—Muéstrate pues, Vivianne.

Mientras las desorganizadas filas de piratas se separaban, Vivianne se abrió paso hasta colocarse al frente de su grupo. Al ver sus rizos cobrizos, así como aquel fuego verdoso en su mirada, una luz de discernimiento asomó en el rostro de la almiranta.

—La Muerte Glauca —dijo Zerayd—. Así que eres tú quien está al mando. ¿Qué ha pasado con tu amiga? ¿Os habéis peleado?

La almiranta exhibió su animalesca sonrisa de nuevo. Ciclos atrás, cuando vieron el pailebote que huía del asalto al *Ira Flavia,* hubo apuestas en cuanto a qué miembros del Pacto del Piélago iban a bordo. Cierta capitana de Porto Rómero le debía ahora cien astros.

—Qué va, nos lo pasamos bien juntas —Vivianne se mantenía tranquila, siempre con una mano sobre la empuñadura de su sable—. Aunque… cuando nos acordamos de ti, nos entra un poco de pena. Debe ser triste no poder luchar sin que otras mil quinientas desgraciadas te hagan todo el trabajo.

—Yo también me acuerdo de ti —Zerayd enarcó las cejas—. ¿No viste cómo te saludaba mientras huías del *Ira Flavia?*

Vivianne se encogió de hombros.

—Igual os estaba enseñando el culo en ese momento.

—Ya veo —las cejas de la almiranta se desplomaron—. Volviendo a Zeleste, si no te importa…

—Me importa.

—Bueno, es una lástima, porque hay mil quinientas *desgraciadas* a las que les importa más —miró de reojo a las infantas que, armas en mano, la flanqueaban—. Y a otros tantos mosquetes, también.

—Bien jugado —Vivianne practicó una sarcástica reverencia—. Quizá podamos concederte un deseo. ¿Sissia?

La espigada malvittana emergió de entre la tripulación. Tras ella apareció el ansiado

turquesa: arrastrada del brazo, Zeleste mostraba ambas muñecas atadas por un cabo.

Zerayd sintió una curiosa emoción al reencontrarse con ella. La criminal más perseguida en toda Sya. A la que ya había dado caza. A la que ya habían purificado. Y allí la tenía de nuevo. Era una situación insólita, y también un magnífico broche a su historial militar.

—Zeleste Sassuolo. Créeme si te digo que no esperaba volver a verte nunca.

La pirata no contestó. En su ojo sano brillaba un mar muy diferente del que sostenía a ambos navíos. Furioso y, no obstante, impotente.

—La verdad, me muero de ganas por hacerte mil preguntas —dijo la almiranta—. Pero seguro que encontramos un ambiente más cómodo para charlar. ¿Qué tal una copa de vino en el *Stendarte?*

—Diez mil astros —intervino Vivianne.

Sorprendidas por igual, la almiranta y Zeleste la miraron.

—Qué valiente —Zerayd Geslaard bufó entre asombro e indignación—. Demasiado, diría yo. ¿Te parece que estás en situación de poder hacer exigencias?

—Me parece que Zeleste tiene algún que otro puñal en la espalda —Vivianne señaló a Sissia, ahora agazapada tras los rizos turquesa—. Y tú, algún que otro cañón apuntándote a la frente. ¿Los ves?

Zerayd no pudo evitar que sus ojos se movieran instintivamente al velamen, donde buscó mosquetes o pistolones que asomaran entre jarcias. Observó de reojo las cofas. Nada. Podía ser un farol, o podía ser que la Muerte Glauca era más previsora de lo que pensaba.

—Si vamos a hablar, que sea con ciertas garantías —insistió Vivianne—. Diez mil astros y luego haces con Zeleste lo que te plazca.

—¡Yo t-tengo una oferta mejor! —la voz aguda y estridente de Sounya emergió en cubierta —. ¡Por veinte astros le c-corto la cabeza a esa traidora de mierda que intenta tomarte el pelo, Zerayd!

—¿Veinte? —exclamó Mara, indignada—. Ni caso, almiranta. Yo se la corto sin cobrá y luego le dejo tocarme el chocho si quiere.

—Morsa —dijo alguien.

Poco a poco, el silencio que había reinado en cubierta se descompuso. Una algarabía dispar cobró forma mientras unas piratas disputaban el liderazgo de Vivianne y otras lo defendían. Cierta voz argumentaba que diez mil astros era poco pudiendo pedir, ya que estaban, veinte mil. Desde el palo de mesana, Nëufan rogaba prudencia: antes de negociar, ¿no habría que saber para qué necesitaba la Regenta a Zeleste?

También había alguien que no quería dinero, sino una finca en Porto Rómero. Jardín, cochero y corral de gallinas incluidos. Zeleste sonreía, divertida espontáneamente con la situación, mientras Vivianne y Zerayd trataban de poner fin al multitudinario debate sin éxito.

La Celadora actuó.

Una explosión de colores bañó los rostros de las piratas. Al alzar la vista, vieron el rojo

sanguíneo del cabello de aquella mujer… y los puntos luminosos que escapaban de su mano abierta y revoloteaban por encima de su cabeza. Parecían motas de polvo en las que se mezclaban mil tonalidades, al principio desordenadas, pero que, conforme se elevaban por encima de la cubierta de la *Renacida,* formaban el contorno de una flor de nodriza en el aire. Una colorida representación del símbolo de La Ascensión.

En los quince o veinte latidos que duró, esa magia brilló más que el sol. Las piratas enmudecieron, cautivadas por el espectáculo, hasta que comprendieron qué acababa de ocurrir. Lo que la mujer había arrojado al aire era un puñado de vitaliquen. Las Algas Pensantes. Organismos casi legendarios que muy pocos ojos llegaban a ver; menos aún en pleno movimiento.

La llamaban «susurrar al vitaliquen»; una técnica descubierta en tiempos de la regencia de Séléine Montpeyrousse. Con la Gracia se podía instruir a esos organismos para que adoptaran cierta forma por unos latidos. A Séléine le pareció un buen método para expresar la voluntad Regente sin estar presente. Una firma imposible de falsificar.

—Me alegro de tener vuestra atención —Valquerîe se había subido a la regala del *Stendarte* —. Acabo de mostraros la palabra de la Regenta. Y todas sabéis que su palabra es inquebrantable. La Ascensión os ofrece una tregua. Si estáis dispuestas a dejar rencillas a un lado, y Su Ilustrísima lo está, nadie morirá hoy. De hecho, podréis cambiar vuestro destino para siempre. Solo tenéis que dejarnos hablar con Zeleste por unas horas.

—Este sería un buen momento para decirnos quién eres —declaró Vivianne.

El vitaliquen empezó a desvanecerse en el aire y regresó lentamente al puño de la Celadora. Valquerîe dejó que transcurrieran varios latidos, saboreando los interrogantes que se intuían en las cabezas absortas que la observaban. Disfrutando con el enigma de su propia figura.

«Llave y cerrojo, centinela y guía», recitó. «Un solo espíritu custodiará todas las moradas de las Eternas. Sin su presencia, nadie entrará en el santuario. Sin su permiso, nadie saldrá del mismo».

A medida que reconocían las frases del Códice, los cuchicheos de las piratas crecieron en sorpresa y admiración. En una vida, era mucho más probable ver a una Silueta, o incluso a la Regenta, que encontrarse con la Celadora.

—Sí, bueno, un honor tenerte aquí con nosotras y bla, bla —Vivianne suspiró—. ¿Ha cambiado algo en la situación sin que yo me entere?

—Todo cambia cuando soy yo a la que envían. ¿Por qué no cenas esta noche con nosotras, Vivianne? Tienes derecho a conocer los pormenores de nuestra misión. Tu compañera malvittana también está invitada.

La almiranta Zerayd dedicó a la Celadora un claro gesto de desaprobación. Probablemente de repugnancia.

—Claro —se mofó Vivianne—. Metedme en la despensa para que sea más fácil trocearme.

Valquerîe observó su entorno. Sus ojos pasaron por las naves escolta, las filas de cañones, las

infantas que apuntaban con sus mosquetes.

—Es justo decir que, si quisiéramos matarte, ya lo habríamos hecho.

Vivianne soltó una carcajada. Una muy forzada. Podía seguir negociando con toda la arrogancia del mundo, pero su rival estaba en lo cierto. Apartó por fin la mano de su sable y dobló el cuerpo para hacer una última, casi elegante reverencia.

—Esperamos vuestra hospitalidad, Celadora.

Quinta Parte





I

Encontrar tu propósito equivale a descubrir tu valor.
Descubrir tu valor equivale a ser feliz.
Tienes la obligación de afrontar ese periplo hacia ti misma.
Tienes la responsabilidad de ser feliz.

—REGENTA VERONIA DICOMO, *El Códice* (Andanzas)

«Creo que estás destinada a cosas mayores». Eran palabras que tenían el mismo sabor que las de su madre, pero con un resabio en forma de advertencia. «No olvides templar tu carácter con prudencia. Hay tentaciones por todas partes».

Valquerîe recordaba con todo detalle el día en que cambió su túnica marrón por la azulada. Las Instructoras la despidieron con su famosa caricia final; un abrazo tan cálido, tan vivo de Gracia, que algunas iniciadas decían que con él nacía un nuevo grado de conciencia. Y al concluir la ceremonia, tras cruzar el portón del internado por última vez, pisó la hierba ocre de Lezhari y miró atrás. El lugar en el que había transcurrido el año más importante de su vida ya se había convertido en arquitectura del pasado. Un edificio más.

Los tres años siguientes corresponderían a su etapa de Andanzas. Todas las Hermanas peregrinaban de una punta a otra de Sya en busca de su vocación específica. La Cofradía Eternista les daba total libertad de itinerario, con la única condición de no dedicar más de tres ciclos a una misma tarea.

Valquerîe convivió primero con las Hermanas Constructoras en Esprogal, aprendiendo a levantar muros y plataformas de tierra. Elaboró nuevos materiales y aleaciones con las Transmutadoras en Malvitta. Sincronizó latidos distantes entre madres e hijas con las Nodrizas

de Vossen y, en Note-Coreil, acompañó a las Indagadoras en busca de nuevos espíritus tocados por la Gracia. Todos los capítulos le aportaron conocimiento y experiencia, pero siempre tuvo claro dónde acabaría. Y se aseguró de que esa fuera la última parada de sus Andanzas.

Las Archivistas hacían mucho más que catalogar y restaurar textos. Dedicaban su vida a encontrar nuevas aplicaciones del don concedido por las Eternas. Fueron ellas quienes propusieron la teoría de la transmutación durante la regencia de Paola Boavesta. Eran la base del conocimiento de la Gracia. Pasado, presente y futuro de La Ascensión.

Valquerîe recordaba haber pasado días enteros sin despegar la vista de tratados y pergaminos. El tiempo se suspendía en polvorientas salas de estudio, donde el olor a papel antiguo se convertía en un efluvio que la abstraía de su entorno. Recordaba sentirse extrañamente adormecida y pletórica a la vez mientras leía, absorbía, desentrañaba secretos. Y en medio de todo, una sensación reinante que debía ser paz. Nada más que paz.

El estudio de los misterios de la Gracia no era una tarea para cualquier mente. La mayoría de los escritos eran crípticos y ambiguos; enloquecedores a su manera. Valquerîe disfrutaba adentrándose en esa oscuridad. Las Archivistas pronto quedaron sorprendidas con su intuición y Elàdia, una de las administradoras del Archivo de Porto Rómero, la adoptó en cierto modo como pupila predilecta. «Estás destinada a cosas mayores».

Fue Elàdia quien le dio permiso para acceder a la Bóveda. Valquerîe se convirtió en la primera iniciada que recibía ese privilegio en décadas.

Su corazón se disparó nada más entrar. Los volúmenes que tenía ante sus ojos no solo estaban prohibidos, sino que la mayoría de los espíritus de Sya ni siquiera sabían de su existencia. Se habían escrito en décadas anteriores a la formación de La Ascensión, algunos del puño y letra de Veronia DiComo. La Iluminada. Madre de toda una nación.

Acercándose al aguijón metálico, su dedo índice tembló al abrir uno de esos volúmenes por primera vez. La sangre debía caer por el punzón y deslizarse en los pequeños conductos que descendían por los flancos del forro dorado del libro. El cerrojo que mantenía el tomo cerrado solo se abría tras recoger cierta cantidad de líquido.

Valquerîe lo comprendió mucho después, cuando supo que las administradoras recogían periódicamente la sangre vertida en esos libros y luego la escuchaban través de la Gracia. Aquel mecanismo de cierre no estaba diseñado para impedir lecturas no deseadas, sino más bien para saber qué Hermanas habían leído qué libros. E incluso cuándo.

En cierto modo, era también una forma de mesurar la sed de conocimiento. Demasiada sangre podría provocar desmayos. Demasiado saber podría conducir a la locura.

«Hay tentaciones por todas partes».

—Por su bien, espero que sepa lo que se hace —dijo Zerayd.

La almiranta no podía quedarse quieta. Su sitio estaba en el centro de la gran mesa de madera pulida, pero apenas aguantaba diez latidos sin moverse de allí.

—Su espectáculo de esta tarde ha estado bien, lo reconozco. Esta vez hágame el favor de estarse calladita y dejarme hablar, ¿comprendido?

Con las manos a la espalda, Zerayd emprendía una marcha en la que pasaba por su vitrina de trofeos, la mesita con su juego de copas de cristal y sus botellas etiquetadas, el marlín de trescientas veinte libras y, tras bordear las catorce sillas tapizadas en rojo, regresaba a la suya para repetir el trayecto en dirección contraria. En un par de ocasiones se detuvo para contemplar brevemente el retrato de Jainell Besmarc, primera almiranta de la Marina Ascendente; una leyenda entre marineras que colgaba, por supuesto, debajo del retrato de Zerayd Geslaard.

Las oficiales, ya fuera por entereza o por etiqueta, parecían contener mejor su inquietud. Valquerîe había observado cómo cambiaban sus posturas nada más entrar en el gran camarote de la almiranta. Calladas, atentas, circunspectas. Se sentían verdaderamente honradas por estar en esa sala.

Pero de vez en cuando la observaban de rojo. Y Valquerîe casi se veía obligada a responder a esas reprimendas silenciosas: no. No sabía lo que se hacía. Solo tenía la sensación de que era necesario hacerlo.

Oyendo pasos que se acercaban, la almiranta regresó a su silla y se puso firme. Imitándola, las demás oficiales se giraron hacia la puerta.

Vivianne y Sissia sonrieron de inmediato al entrar.

—Joder, dadme un par de latidos para digerir tanta clase —se mofó Vivianne, admirando las dimensiones del camarote—. Os he traído un regalo. No íbamos a ser menos.

Y señaló a Zeleste, quien entró cabizbaja tras ellas. Valquerîe no tuvo ninguna duda: la mordaza que le habían puesto en la boca era innecesaria. Lo único que pretendían era humillarla.

Tras darles una escueta bienvenida, Zerayd las invitó a sentarse. Vivianne la ignoró, no obstante, y se dedicó a inspeccionar el camarote, incluyendo el apartado dormitorio. Se permitió varios comentarios jocosos respecto a la calidad de las sábanas y la decoración del sable que colgaba sobre el cabezal de la cama, tras lo cual ordenó a todas las comensales que se pasaran al otro lado de la mesa. «Ni en broma voy a comer de espaldas a la puerta», proclamó.

No esperó a que se le diera ningún permiso para coger la botella de Seidamal, el ron de especias más caro de toda Sya, y servirla en la primera copa que vio. Por su parte, Sissia bebió directamente de la botella y después se la ofreció a las oficiales.

Se limitaron a mirarla en silencio.

Ya todas sentadas, Zerayd procedió a las presentaciones. Además de la Celadora, la acompañaban Josefyne, Argênte y Karla, capitanas respectivamente del *Stendarte*, la *Audazza* y la *Priva Cursora*. Estaban también Evia, tenienta de infantería de marina, con su uniforme rojo que la distinguía del resto; Maqrèine, la anciana maestra de navegación, y Alecza, la más joven de toda la historia en alcanzar el grado de primera tenienta de la Marina. Zerayd se extendió en

destacar los logros de todas ellas y en explicar por qué habían sido elegidas para la misión, lo que le arrancó un sonoro bostezo a Vivianne.

—Sois todas guapísimas —dijo la pirata—. Mi nombre completo lo conocéis de sobra. A mi lado está Sissia, mi segunda al mando. Y después… —estiró la mano para quitarle la mordaza a Zeleste—. Está la Hija del Viento.

Más allá de fruncir el ceño, Zeleste no hizo gesto alguno ni pronunció palabra. Parecía soportar la indignidad a la que estaba siendo sometida como buenamente podía.

Vivianne cogió un tenedor y dio unos golpecitos en su plato vacío.

—Está bueno el aire —dijo.

—Sí, la cena llegará enseguida —aclaró Zerayd—. Mientras tanto, podríamos discutir los primeros detalles de…

—Qué coño. Con el estómago vacío no se discute nada, y menos negocios. ¿Es que nadie en esta mesa tiene modales?

Tres cocineras entraron en el camarote y anunciaron los platos conforme los servían; un menú distinto para cada invitada. A Vivianne le correspondió un estofado de ternera a la coreilesa, adobado con ajo, perejil, tomate y vino de Orebourgue más guarnición de caracoles en salsa de almendras. Para Zeleste, una sopa característica de Sorterra con escorpina, calamares, pulpo y patatas, además de una ración de pan relleno con queso y aceitunas rojas. El plato de Sissia nunca llegó a anunciarse, pues la malvittana se lo arrebató a las jóvenes manos que lo traían. «Muchos colorines e ingredientes raros para que luego sepa igual que lo que cocinaba yo en la *Renacida*». El asombro en sus ojos tras el primer bocado indicó claramente lo contrario.

—Bueno —Vivianne habló con la boca llena—. Ahora que nos hemos hecho amiguitas, creo que podemos hablar en confianza. Necesitáis a Zeleste. ¿Para qué?

—Hay cierto lugar que representa un gran interés para Su Ilustrísima Regenta —explicó Zerayd—. Un lugar al que ha intentado acceder en varias ocasiones, pero siempre se le ha resistido.

—Sí, a mí a veces también me cuesta limpiarme el culo —dijo Vivianne.

La almiranta apartó un instante la vista de su invitada. Trataba de reunir paciencia.

—Nos referimos a Domotta.

Las piratas dejaron de comer. Zeleste ni siquiera había tocado su plato, pero la atención con que escuchaba a la almiranta cambió por completo.

—Tu jefa tiene intereses muy curiosos —observó Sissia.

—Y tanto —concordó Vivianne—. Mucha gente ha intentado entrar ahí. Nadie regresa. Por eso nos mantenemos alejadas del lugar, si os lo preguntabais.

—Son los vientos que rodean la zona, ¿cierto? —preguntó Maqrèine, la maestra de navegación—. Lo que hace que Domotta sea inaccesible.

Vivianne bebió de su copa mientras se encogía de hombros. No conocía la respuesta y podría morirse tranquilamente sin averiguarla.

—¿Zeleste? —preguntó entonces la almiranta.

La cicatriz y la luna grisácea le sostuvieron la mirada.

—Eso dicen.

Zerayd consultó en silencio a sus oficiales. No terminaba de creer que sus invitadas no supieran nada sobre aquellos supuestos vientos, pero tampoco parecía que insistir fuera a producir resultados distintos.

—En cualquier caso, la información que la Regencia ha recabado en los últimos años apunta a que así es —dijo Zerayd—. La Celadora se lo explicará.

—Que no se moleste —Vivianne se adelantó—. Me da lo mismo lo que la Regenta averigüe o deje de averiguar. Qué pretende; eso es lo que me preocupa. Algo importante habrá en Domotta para que esté dispuesta a olvidar lo mucho que hemos dado por saco.

Con una leve inclinación de cabeza, la almiranta Zerayd cedió el turno de palabra a la Celadora.

—¿Os gustaría saber de dónde procede el helminto? —preguntó Valquerîe—. Tengo entendido que cierta historia os une a él.

Todo rastro de sarcasmo desapareció del rostro de Vivianne. Daba la sensación de haberse quedado sin palabras por primera vez.

—¿Y usted qué coño sabe de eso?

Relajada, Valquerîe mantenía las manos apoyadas sobre sus muslos.

—Sé que probablemente no guardas buenos recuerdos de tu tiempo al servicio de Frontera.

—No… la verdad es que no —la pirata volvió a llenarse su copa, acaso para disimular sus nervios—. ¿Qué tal si se deja de gilipolleces y me explica a qué viene esto?

—Viene a responder tu pregunta. El helminto está devorando Sya, Vivianne. Hay barrios y aldeas en los que vida social se ha colapsado, y ese caos ha empezado a extenderse también a las grandes ciudades. Su expansión ha desafiado toda nuestra capacidad de control hasta ahora. Por muchas detenciones que hagamos, por muchos barcos que requisemos… la realidad es que el helminto nos gana terreno —miró a Zeleste—. Tu amiga Martha sabía un par de cosas sobre Domotta, ¿no es así?

Junto a la cicatriz, un ojo plomizo se encendía con rabia. Y con algo más. Algo que ninguna de las presentes, salvo tal vez la Celadora, habría sabido identificar.

—Sabemos que el helminto procede de Domotta —prosiguió Valquerîe—. Y nos dirigimos allí para poner fin al origen de ese mal. Cueste lo que cueste.

El silencio pesó sobre la mesa como una enfermedad innombrable. La forma en que Zeleste y la Celadora se sostuvieron la mirada irradió una tensión que incluso a Vivianne y Sissia les resultó incómoda. Tras una larga pausa, la Celadora cogió su cuchara y siguió sorbiendo su sopa de champiñones.

—Lo que suele contarse es que Frontera tiene una base de operaciones, una fortaleza, y que cría al helminto ahí —dijo Vivianne, quien ahora parecía más prudente al escoger sus palabras.

—Ese es solo el lugar desde el que dirige su imperio —sin levantar la vista de su cuenco, Valquerîe negó con la cabeza—. El helminto madre, origen de toda su mercancía, está en otra parte.

—¿Cómo está tan segura?

—Miles de espíritus han dado su vida por confirmar esa sospecha. Incluyendo a Martha Carnell.

—¿Martha? —Zeleste intervino voluntariamente por primera vez—. ¿Cómo?

Bajo su cabello pelirrojo, la Celadora evitaba ahora el contacto ocular con ella.

—Todo a su tiempo, Zeleste.

Vivianne pensó durante un largo rato. La copa de vino descansaba entre sus dedos, agitándose de vez en cuando sin acercarse nunca a sus labios. Tras una rápida mirada a su secuaz, la pirata volvió a dejar la copa sobre la mesa y habló.

—Matemos dos pájaros de un tiro. Tomemos su fortaleza y después vayamos a Domotta.

—De ninguna manera —negó la Celadora—. Esa fortaleza no es una prioridad.

Pero la almiranta le había puesto una mano en el hombro.

—Un momento. ¿Acaso sabéis dónde está esa fortaleza?

—Nos topamos con cierta goleta hace no mucho —explicó Vivianne—. Tenía helminto suficiente para proveer a toda una ciudad. Y también un mapa en clave. ¿A alguien le sorprende que la fortaleza de Frontera esté a no más de treinta leguas de Domotta?

Zerayd se pasó una mano por el mentón. No había que forzar demasiado la imaginación para leer los sueños de prestigio y reconocimiento que desfilaban ante sus ojos castaños. Los de Vivianne, por su parte, adivinaron esa sed de gloria al tiempo que una sonrisa se perfilaba bajo ellos.

—No será por falta de pólvora, Zerayd —Vivianne indagó en aquella ambición—. Con esta flota puedes hacer lo que quieras. Tendrán que levantarte estatuas en Porto Rómero para agradecértelo.

—Almiranta… —masculló la Celadora.

—No quiero estatuas, Vivianne; solo cumplir con mi deber —afirmó Zerayd—. Ni una sola de mis mujeres regresaría a Sorterra para decirle a la Regenta que tuvo esa fortaleza a tiro de cañón y decidió pasar de largo. Acepto tu propuesta, pero Zeleste quedará enteramente a nuestra disposición cuando hayamos acabado.

—Joder, almiranta —Vivianne levantó su copa—. Si de verdad nos ayudas con esto, tienes barra libre en la *Renacida* hasta que revientes.

Hubo un brindis que las oficiales recordarían como el más extraño de todas sus carreras, y en el que solo tres mujeres parecían alegrarse por la improbable alianza que se acababa de formar: sorbiendo su vino, Zerayd soñaba con un ascenso a almiranta general o tal vez un salto a la política en el Gabinete de Defensa. Sissia se recreaba diseñando la mansión que podría permitirse con la fortuna que pronto saquearían.

Por su parte, Vivianne empezaba a tramar su plan para escapar de la flota tras obtener lo que quería.

—Yo también tengo una condición —dijo—. Solo una. La *Renacida* debe ser mía, durante y después de la misión. No lo haré de ninguna otra forma.

—¿No deberías discutir eso con Zeleste? —sugirió la almiranta.

—Ah, está más que discutido —terció Sissia—. Hasta podemos hacerlo oficial ahora mismo. Que salga de tu boca, amiga: ¿quién es la capitana de la *Renacida*?

La malvittana se había puesto en pie para acercarse a la silla de Zeleste. Al ver que no respondía, y que de hecho ni se dignaba a mirarla, Sissia la cogió bruscamente por el mentón y le alzó la cabeza.

—Ay, el orgullo, qué jodido es —le apretó las mejillas hasta que los labios de Zeleste se contrajeron entre dolor y repulsión—. Sobre todo cuando no te quedan razones para tenerlo.

El ojo sano de Zeleste reunía todo el odio del mundo.

—Veamos —Sissia fingió concentrarse—. Perdiste tu flota. Perdiste el *Ira Flavia*. Perdiste a tus amigas. Y ahora has perdido tu confianza. Sí, está claro que ya no eres capitana de nada.

Los rostros de las oficiales esbozaron una callada compasión mientras La Muerte Glauca, sonriente, observaba la escena cruzada de brazos. Su sonrisa, sin embargo, se deshizo por momentos en una mueca incómoda… y un conflicto, una cierta herida interna asomó en ese gesto.

Vivianne no hacía nada por detener la vejación a la que Zeleste estaba siendo sometida. Extrañamente, tampoco parecía disfrutar ante lo que estaba presenciando. Ni a Zerayd ni a las oficiales se les escapó esa contradicción.

Nadie se fijó en cómo la Celadora cerraba los ojos y se apartaba mentalmente del camarote. Cómo su pecho se inflaba y retrocedía bajo la toga, respirando con calma. Sus manos bajaron de la mesa hasta regresar a sus muslos.

—No te queda nada, Zeleste —seguía burlándose Sissia—. Estás muy, muy sola.

—No es cierto —dijo Elàdia —. Nunca pienses así.

Los Archivos de Porto Rómero eran un espacio lúgubre y solitario. El silencio, la oscuridad y un constante olor a pergamino antiguo se daban la mano en esos largos y estrechos pasillos. La excepción era el patio interior, donde Valquerîe se sentía como si regresara al mundo real. Podía oler las madreselvas, sentir aire fresco en la piel, mojar las puntas de los dedos en el pequeño estanque circular. Era el único espacio abierto del recinto, y en él había detalles que evocaban su pasado en Note-Coreil. Pulgadas de hogar.

—Sabemos que el espíritu es algo común en todos los seres vivos —explicaba la administradora—. La ciencia aún no ha descubierto de qué está hecho, o qué ocurre con él

cuando expiramos. Pero sabemos que está ahí. Es lo que las Eternas consumen cuando una Hermana es elegida para ser Madre. La carne y la sangre son solo una parte de lo que toman de nosotras.

Caminaba a su lado mientras recorrían la arcada que rodeaba al estanque. Elàdia era una de esas mujeres de las que nadie guarda jamás un mal recuerdo. Sabia, exigente y atenta con cada una de sus pupilas, la administradora tenía la virtud de saber explicarlo todo con claridad y sencillez. También la de controlar cada detalle de cuanto ocurría a su alrededor.

—El espíritu es, en otras palabras, una parte indivisible de un cuerpo… al menos, de uno vivo y consciente. Puedes sobrevivir sin él, aunque solo en la medida en que los impulsos eléctricos del cerebro mantengan tu cuerpo en marcha. Una rueda hidráulica siempre se moverá por la acción del agua, pero, ¿qué podrá hacer esa rueda sin tracción? Existir y, paulatinamente, deteriorarse. Nada más.

—¿Es eso lo que les ocurre a las níveas? —preguntó Valquerîe.

La administradora la observó. Era mucho más baja y, aun así, a Valquerîe le daba la sensación de tener que mirar hacia arriba antes de dirigirse a ella.

—Sí —respondió—. Pero no es ahí donde quiero que pongas tu atención.

Tenía una forma muy particular de sonreír. Cada vez que Valquerîe acudía a ella con una nueva duda sobre los textos prohibidos de la Bóveda, Elàdia respondía con ese gesto que, de alguna forma, comunicaba rigor y cariño a la vez. «Tranquila», parecía decir. «Esto será difícil de asimilar, pero acabarás haciéndolo».

—Quiero que pienses en lo que sabes, no en lo que está por llegar. Sé que quieres descubrir cosas nuevas. No obstante, antes de ganarte el futuro, tienes que hermanarte con el presente. Cierra los ojos y piensa en tu cuerpo.

Pensó. Las palabras de Elàdia eran una luz abriéndose paso en su interior. Despertando su sangre y guiándola a través de sus venas. Aligerando el peso de la conciencia.

—Piensa en la cantidad de elementos que compartes con el aire que respiras. Con la misma tierra que mueves por arte de Gracia. Carbono, oxígeno, calcio, fósforo, sodio… Por lo que sabemos, el universo tiene muchos elementos en común con nosotras. La eternidad está hecha del mismo material que tú.

«El tejido que da forma a Sya habita también en tu cuerpo». Los labios de Elàdia ya no se movían. La Gracia unía ahora las mentes de ambas. «Eres parte del todo. Así que nunca estarás sola. Nunca».

Era aún muy joven, demasiado como para entender su propio don. Solo en los Archivos había tomado conciencia de la soledad que le deparaba el camino que había elegido. Una vida consagrada a la Gracia y La Ascensión. Nunca tendría hijos. Nadie la esperaría en ningún hogar. Por primera vez, esa perspectiva resonaba con una nota trágica.

Eran mujeres como Elàdia las que conseguían que se mantuviera optimista.

Valquerîe pensó en lo que le dijo. Siguió estudiando los libros prohibidos. Adentrándose en

el tejido del universo, en los secretos que Sya aún encerraba. Cierta noche, poco después del aniversario del Despertar, tuvo otra pregunta para la administradora.

—Mi cuerpo y la tierra tienen mucho en común. Y albergan energías similares.

—Sí — Elàdia asintió.

—Pero la Gracia se manifiesta de muchas formas. Y se transforma en poderes muy distintos.

—Así es.

—Si la Gracia puede moldear la tierra, desestructurarla…

Se detuvo. Llevaba semanas pensando si debía siquiera preguntárselo.

—¿...puede hacer lo mismo con un cuerpo como el mío?

La administradora levantó los ojos del grueso tomo que leía.

Su sonrisa ya no estaba. En cambio, observaba a Valquerîe con visible inquietud. Como si hubiera pasado toda la vida temiendo que llegara esa pregunta.

—Hay una diferencia entre lo que puede enseñarse y lo que *debe* enseñarse —cerró el libro —. Aunque quizá contigo podamos hacer una excepción.

Al principio no fueron más que toses. «Te lo tengo dicho, Sissia», rio Vivianne. «Bebes como si no hubiera mañana». Pero Sissia siguió tosiendo y, tras soltar a Zeleste e incorporarse, las toses pasaron a algo más.

La esbelta malvittana se llevó las manos al pecho, donde sus dedos temblaron como si buscaran un modo de arrancárselo, de extirparse el dolor. La saliva que cayó de sus labios era densa, bermeja; cada vez más parecida a la sangre. El siguiente tosido descargó una súbita lluvia rojiza sobre la mesa.

Vivianne murmuró un «qué abismos…» y miró enfurecida a las oficiales, pero los rostros confusos que encontró descartaron al instante la posibilidad de un envenenamiento. Se acercó a Sissia para tratar de ayudarla. Acababa de cogerla por los hombros cuando vio que estos empezaban a sacudirse. Los espasmos dieron paso a convulsiones. Las convulsiones, a alaridos.

Zerayd y las oficiales se pusieron en pie. Pronto, todas las manos intentaban controlar el cuerpo de Sissia, que seguía retorciéndose violentamente en el suelo del camarote. La sangre ya no caía de su boca: escapaba de sus ojos, de su nariz, de ambos oídos. En su cuello, aquí y allá brotaban bultos que después se convertían en grietas. Heridas que se abrían más y más. La piel de Sissia se deshacía como un cristal resquebrajándose.

Los gritos se descompusieron en un estallido, una suerte de arcada que reflejaba la forma en que garganta, cuello y torso se hacían pedazos. Fue entonces cuando las mujeres empezaron a apartarse y retroceder. Los rostros, antes preocupados, se mostraban ahora aterrados. Y en el horror y la confusión del momento, nadie reparó en la única persona que no se había movido de su silla.

Nadie vio las manos que danzaban bajo la mesa. Gráciles, turbadores dedos que enhebraban el hilo etéreo de la Gracia.

Vivianne se percató demasiado tarde. El rictus de concentración de la Celadora. Las gotas de sudor que bajaban por su frente, circundando sus párpados cerrados.

La pirata entendió y no entendió. No sabía qué clase de poder estaba presenciando, ni tenía tiempo para comprenderlo. Se llevó la mano al interior de su bota y sacó el cuchillo por detrás del talón.

No obstante, antes de que pudiera acercarse a la Celadora, sucedió.

El pecho de Sissia dejó de existir. Una súbita hendidura se abrió donde antes había un torso, y la caja torácica se separó como si una fuerza salvaje, hambrienta de libertad, se abriera paso desde dentro. Consciente de lo que ocurría tal vez durante una fracción de latido, la malvittana se convulsionó una última vez y luego dejó de moverse.

El tiempo se había detenido en el camarote. Quedaron las miradas de espanto, las arcadas que contenían el vómito y las que no conseguían hacerlo. Lentos crujidos de un navío que continuaba meciéndose, ajeno a la pesadilla que acababa de hospedar.

Solo después de un largo instante, las presentes se dieron la vuelta y encontraron una explicación a lo ocurrido. Una explicación que había permanecido en todo momento sentada en el mismo lugar.

Temblorosa, la mano izquierda de la Celadora alcanzó la jarra de agua y vertió el contenido en su vaso. Bebió con un ansia apenas contenida y, de inmediato, volvió a llenarlo.

—Creo que algunas no lo entendéis. Es una nación lo que depende de nosotras. Yo estoy aquí en nombre de la Regenta, de La Ascensión, de toda Sya. ¿Y vosotras? ¿Por qué estáis aquí? ¿Por medallas y planes de jubilación?

Los jadeos fragmentaban la ira de su voz. Su cara, empapada en sudor, mostraba el rastro de un esfuerzo físico y mental que la había llevado al límite.

—Tendrás tu fortaleza, si es lo que quieres —ahora fijos en Vivianne, sus ojos azules se endurecían—. Pero a Zeleste no le pondrás un dedo encima. Ni tú, ni nadie. Tiene una misión que cumplir. Asegúrate de recordar que estás viva gracias a eso.

Con esfuerzo, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, dejando un camarote estupefacto tras de sí.

—Sígueme, Zeleste. Es hora de que hablemos a solas.



II

La vio en la zona del combés, contemplando un mar sereno con las manos apoyadas en la regala. Celera y Luna flanqueaban su silueta y la bañaban en resplandores dispares.

—¿Qué eres? —preguntó Zeleste.

Con calma, la Celadora se dio la vuelta. Su respiración había vuelto a la normalidad, pero Zeleste podía notar su ausencia de energía. Toda la que tenía se había derramado minutos antes.

—¿No me tomas por humana?

En su voz había tristeza. Y parecía genuina. Bajo las mangas de la toga, sus manos seguían temblando.

—Lo que has hecho ahí abajo no lo es —dijo Zeleste.

La Celadora suspiró.

—Soy muchas cosas, supongo. Igual que tú. Hemos cambiado mucho desde que compartiéramos dormitorio en Pavlia Alcora.

Zeleste lo había sospechado desde el primer momento en que la vio, cuando acababa de lanzar el vitaliquen. No obstante, fue en la cena cuando lo supo con seguridad. Un cabello como el suyo no se olvidaba.

Su traición tampoco.

—Creo que no hemos cambiado en nada, Valquerîe. Yo sigo siendo un problema para tu gente. Y tú sigues siendo un animalito obediente —miró las flores azules bordadas en los hombros de su toga—. Te han sentado bien los años. Espero que delatarme a las Hermanas Instructoras te sentara igual de bien.

—No fue fácil hacerlo. Pero... era necesario.

—Para ti.

El ojo de Zeleste no mostraba enfado. Ni siquiera decepción. Si una vez había albergado odio hacia la que un día fue su amiga y la de Noema, o si todavía lo hacía, ya no podía percibirse a simple vista. Ahí yacía un espíritu que se había enfriado con el tiempo.

—Yo no creo que este mundo sea bonito, Zeleste. Creo que es un mundo cruel e injusto; sobre todo cuando permitimos que lo sea. Por eso te delaté. Por eso les dije a las Hermanas Instructoras que vi cómo el Viento te obedecía. Llevo muchos años estudiando los antiguos imperios del Hombre, y todo lo que he aprendido me dice que tu poder no ha causado más que miseria y destrucción durante siglos. Además de corromper a quien lo posea.

—Qué irónico que ahora lo necesitéis, ¿verdad?

De nuevo, sintió la tristeza de la Celadora. La energía que la había abandonado.

—Sí. Así es.

Zeleste se acercó; apenas medio paso. Tras ella, tres infantas la apuntaron con sus mosquetes, pero Valquerîe les indicó con la mano que volvieran a bajarlos.

—Que te quede bien claro —Zeleste la observaba fijamente—. No pienso ayudarte. Sé que la Regenta me matará en cuanto haya conseguido de mí lo que quería. No tengo una sola razón para fiarme de ella; mucho menos de ti. Así que adelante, matadme. O mejor, volved a purificarme, a ver si esta vez lo hacéis como es debido. De todos modos, te mataré si no acabas conmigo antes.

Por la forma en la que asintió, casi hubiera dicho que la Celadora le daba la razón. Que se consideraba, honestamente, menos importante que los deseos de venganza de su interlocutora.

—No te pido que lo hagas por mí —dijo Valquerîe.

Se llevó las manos a un bolsillo horizontal en la parte media de su toga, donde el gris y el blanco se encontraban. De ahí extrajo algo oscuro y rectangular.

—Te pido que lo hagas por ella. Por todo lo que amas.

Los dedos de Zeleste acariciaron la rasgada textura de un forro de cuero. Las páginas del cuaderno parecían reblandecidas, como rescatadas del agua o de un sótano mohoso. Estaba a punto de preguntar qué se suponía que era cuando Valquerîe se adelantó a sus intenciones.

—Quizá no sabías que Martha escribía un diario.

Entonces tuvo que mirarla. Tuvo que ahondar en el azul oscuro de sus ojos y darse cuenta de que era cierto. No consiguió reprimir la tristeza que ahora la invadía; lágrimas que sabían a impotencia.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Aunque Martha nunca le permitió leerlo, una vez consiguió hojear un par de páginas a escondidas. Aquel diario escondía palabras de esas que transforman espíritus. Capaces de destruir corazas y resucitar ánimos perdidos.

En el caso de Zeleste, capaces de enamorar.

—La corbeta que robasteis en Londayn pertenecía a corsarias —reveló la Celadora—. Mujeres que renunciaron al Pacto del Piélago para servir a La Ascensión. La Marina dispone de unos pocos navíos de ese tipo; son las Siluetas del mar. Capturaron a Martha pocos días antes de

que cayera el *Ira Flavia.* Acto seguido, por alguna razón, se dirigieron a Domotta. No estoy segura, pero creo… Creo que Martha convenció a las corsarias de que te escondías allí, de que habías descubierto una forma de entrar en la zona. Semanas después, la corbeta apareció a la deriva, como tantos otros barcos que ese sitio devuelve sin rastro de la tripulación. Es como si el lugar quisiera mostrarnos lo que ocurre cuando se intenta entrar. Como cuando las tribus de Soleterno devuelven el cadáver decapitado de una emisaria.

Zeleste se mantuvo en silencio. Más que sostener el diario en las manos, lo aferraba como si temiera perderlo. Esas páginas cobijaban sentimientos del pasado que ya no regresarían.

Ataviado con una toga, otro fragmento de su pasado la observaba con tenebrosos ojos azules. Y seguía punzándole el corazón con sus palabras.

—Como verás, Zeleste, estás muy presente en esas páginas. Debo confesar que no me sentí cómoda leyéndolas. Odié violar vuestra intimidad, aunque fuera mi deber hacerlo. Y el Códice jamás aprobaría esa clase de afecto entre dos mujeres, pero eso no significa que no pueda entenderlo. El espíritu de Martha debía ser intenso y radiante como pocos, como también lo era el amor que sentía por ti. Casi… —bajó la mirada—. Casi diría que te envidio.

El ojo gris de Zeleste se cerró al tiempo que apretaba los labios. Hacía lo posible por reprimir una lágrima que era más fuerte que ella. Valquerîe la observó con una mirada llena de entendimiento; quizás incluso de compasión.

El *Stendarte* seguía meciéndose con calma.

—Siempre decía que moriría en Domotta —Zeleste hablaba ahora en susurros—. Que traspasaría ese velo, aunque fuera para no regresar jamás.

—Lo sé. También lo escribió.

Le puso una mano en el hombro. Zeleste la rechazó, si bien no hubo violencia en su gesto. Tan solo un deseo de privacidad.

—Esto no cambia nada, Val —sin darse cuenta, la llamó tal como hacía en su adolescencia —. ¿O intentas decirme que Martha sigue viva?

—No lo sé. Sí estoy segura de que la leerás esta noche. Verás que ella también soñaba con Domotta. Y querrás ir allí.

—¿Por qué?

La Celadora le habló de los libros prohibidos de los Archivos. Los misterios inimaginables que desentrañó allí a costa de su propia sangre. Cierto volumen escrito en tiempos del Imperio Ulricano, *Dier Ursprengstad*, incluía una descripción detallada de lo que presumiblemente era Domotta.

En su momento, Valquerîe lo consideró poco más que un conjunto de desvaríos apenas coherentes; la obra de algún lunático. Los sueños que Martha describía en su diario, no obstante, le recordaron mucho a ese libro. Demasiado.

—No creo en sueños ni leyendas —dijo Zeleste—. Solo en lo que veo.

—No puedes ver el Viento, pero crees en él. Lo dominas, de hecho. ¿O quizá ya no?

La pirata guardó silencio.

—Zeleste, ¿acaso no te preguntas por qué estás aquí? ¿Por qué no funcionó tu purificación?

El sabor a metal y las mil cuchillas atravesándole la espalda regresaron al instante. Era lo único que Zeleste conservaba de aquel proceso, mas no podía describirlo como recuerdo. Era más bien una pesadilla remanente. Alaridos lejanos que nunca dormían del todo.

—Lo justo sería decir que sí funcionó, al menos en su planteamiento —explicó Valquerîe—. La purificación es un proceso que no diseñamos nosotras. Te conectamos a una Aberración. Una máquina, Zeleste. Construida por el Hombre mucho antes de que La Ascensión trajera la armonía a las Cinco Islas de Sya. Los ulricanos la empleaban en varios de sus rituales: arrancaban el espíritu del cuerpo y lo proyectaban al firmamento, donde se perdía para siempre. Para ellos, esa Aberración era el instrumento principal de sus sacrificios religiosos. Nosotras la utilizamos para crear a las níveas.

El tejido del mundo se descomponía. Todo daba vueltas. Zeleste sintió por momentos que cuanto veía a su alrededor no era real. Solo un mal sueño del que nunca despertaría.

—Alguien saboteó la Aberración justo antes de que te purificaran. Quién, cómo, por qué… La Regenta está decidida a averiguar todo eso, y lo hará. Mientras tanto, puedo decirte esto con certeza —se acercó a Zeleste hasta que sus labios rozaron su oído—. Tanto Domotta como el helminto tienen mucho que ver con el Hombre. El gusano también formaba parte de sus desalmadas liturgias. Y esas corrientes imposibles que protegen el lugar… Solo un imperio en la cúspide del dominio del Viento podría haber creado algo así.

Un imperio como el ulricano. Zeleste tragó saliva. Apartándose de su oído, la Celadora volvió a contemplarla con su singular calma. Esa firmeza inquietante bajo la cual, no obstante, sus manos seguían temblando.

—No creo que el Viento me pertenezca ya —la pirata habló con un convulso hilo de voz—. Se manifiesta sin mi permiso. Nace de mis pesadillas, de mi ira; nunca de mi voluntad. No estoy segura de poder hacer lo que esperáis que haga, Valquerîe.

—Tu poder sigue intacto. Es tu espíritu lo que no lo está. Y no creo en las coincidencias —sus ojos descendieron hasta el diario que Zeleste aún sostenía—. Igual que no creo que las palabras de Martha sean mero producto de la locura. Domotta esconde la respuesta a preguntas que no deberías ignorar.

Valquerîe se apartó de la regala. Dirigiéndose hacia la escalerilla del puente, se detuvo y, dándose la vuelta, contempló la quietud nocturna.

—Aunque podría equivocarme, claro. Podría ser más conveniente acabar contigo. Que el recuerdo de Martha y los días en que el Viento era realmente tuyo mueran para siempre. No me corresponde a mí decidirlo.

Cuando la Celadora se marchó, las tres infantas pudieron al fin bajar sus mosquetes. Zeleste se quedó sola ante la noche. Una zozobrante oscuridad le devolvía la mirada, con un resplandor blanquecino y otro verdoso observándola atentamente. Y dándole menos respuestas que nunca.



III

37o del Ciclo Estival

Voy a morir pronto.

Nos están dando caza, una a una. Dentro de poco, el Pacto del Piélago será solo un recuerdo y, al igual que mi espíritu, habrá que leer páginas como estas para encontrarlo. No tardarán en dar conmigo. Y después te encontrarán a ti.

Te veo constantemente, aunque no estés aquí. Te confundes con mis sueños de Domotta. En lo alto de una torre oscura, más allá de las praderas de ébano, te veo marcada por sangre. Veo tu muerte. Y por algún motivo, me siento tranquila… porque sé que entonces volveremos a vernos. Es extraño. Pero lo sé.

Creo que es el helminto. Siempre me has advertido de sus peligros. Y te he mentido tantas veces, Zeleste… te he dicho una y otra vez que me he apartado de él cuando, en verdad, no quiero hacerlo.

Nunca lo entenderías: necesito escuchar su voz. Entender sus mensajes. Los susurros del helminto huelen a sabiduría ancestral; a madera milenaria. Necesito averiguar qué significan. De dónde proceden.

Dirás que estoy enferma. Yo digo que elijo estarlo. La vida no me da motivos para seguir

otro camino. ¿Para qué quiero una despiadada realidad que ya sé lo que me depara? Prefiero buscar ese otro mundo en el que el mar se endurece y la tierra se revuelve entre olas y espuma. En el que La Ascensión lucha por migas de pan mientras nosotras asamos cerdos y venados en el pabellón del Capitolio.

En ese mundo, Zeleste, no tengo que soñarte. Ni imaginar que tu piel roza la mía. Porque estás aquí conmigo.

Sigo esperándote.



IV

Tostón volvió por fin a pisar la cubierta de la *Renacida*, si bien no consiguió hacerse a la idea de que estaba en el mismo barco que la semana anterior.

Tal como temía, Vivianne había consumado su motín, pero eso no era todo. Tres navíos de la Marina Ascendente escoltaban —¡escoltaban!— a la corbeta pirata, pues se había formado una alianza temporal con la Regencia. Kristine había desaparecido: ahora en su lugar había una chica que trepaba las jarcias con agilidad, cargaba los cañones sin miedo y, en suma, no parecía la gorda pija que embarcó tiempo atrás. Y en cuanto a Sissia, ni rastro. Al preguntar por ella solo encontró hombros que se encogían y cabezas que se rascaban. Se daba por hecho que había muerto, pero la única que sabía cómo era Vivianne y no parecía dispuesta a hablar del tema.

Ni siquiera la propia Tostón era la misma. Ahora, sus pasos eran una sucesión de pisada y golpe de palo, pisada y golpe de palo. Más que una nueva extremidad, la pata de madera que Mara le había confeccionado le parecía una nueva jodienda.

—Como para dejaros solas —refunfuñó mientras zanqueaba hacia el trinquete—. Me ausento unos días y ala, todo a la mierda. ¡Bah!

Tras una semana de navegación rumbo norte, la flota se situó a unas quince millas del área que indicaba el mapa de Vivianne. A la mañana siguiente, con los primeros arreboles matutinos, se pitó a zafarrancho de combate.

La flota de la Marina formó en posición de triángulo invertido, con la *Audazza* y la *Priva*

Cursora como vértices de ataque mientras el *Stendarte* permanecía en retaguardia, justo por delante de la *Renacida*. La almiranta le había dicho a Vivianne que podrían unirse al ataque solo en la fase final, cuando la situación estuviera controlada. La Muerte Glauca no puso objeción alguna. Era el resultado de la batalla lo que le interesaba, no su planteamiento.

La maquinaria del *Stendarte* se puso en marcha. Envuelto en la capa negra que ocultaba su piel, y con una máscara blanca que le confería un rostro sin rasgos, el Objeto subió a la cofa del trinquete y extendió sus brazos. En proa, a pocos pies del enorme bauprés de su navío de línea, la almiranta oteó el horizonte con su catalejo. Un hormigueo de emoción corrió por su cuerpo al divisar una estructura en la lejanía.

Poco después, el hormigueo se convirtió en una incómoda perplejidad. Y cuando la flota estuvo lo bastante cerca como para que el catalejo le permitiera ver con claridad, Zerayd se vio obligada a contener sus nervios.

A lo largo de su vida, y especialmente de su carrera militar, Zerayd había aprendido a reírse del miedo. Tal y como ella lo entendía, el pánico era una respuesta visceral a lo desconocido o lo inesperado. Y no había nada que temer cuando se contaba con organización, disciplina y coordinación.

Lo que le mostraba el catalejo, no obstante, echaba todo eso por tierra.

La fortaleza era una manifestación arquitectónica de la anarquía. El caos hecho estructura. La almiranta tardó en comprender dónde empezaba o terminaba esa confusa mezcla de hierro y madera, si aquello eran torres vigía o simplemente mástiles arrancados y recolocados, si las escalerillas que conectaban un nivel con otro estaban en vertical, horizontal o ambas cosas a la vez.

Paulatinamente, lo entendió. No era exactamente una construcción lo que se levantaba por encima del agua. Era un amasijo de barcos. Embarcaciones de todo tipo que se unían, ataban, oprimían y atravesaban entre sí hasta formar una difusa parodia de castillo flotante.

Distinguió movimiento en la caótica configuración. Vio cuerpos trepando por mástiles torcidos y correteando por destartaladas cubiertas en las que, quizá, aguardaban varios cañones listos para disparar. Lo que no distinguió fue un plan de batalla. Todo lo que había aprendido en la academia naval, y sobre todo en la mar, partía del principio de que el enemigo *tiene forma*. Esa forma podía romperse, fragmentarse, improvisar… Pero había una configuración sólida a la que atacar. Una popa con quilla más débil, una muralla menos guarecida. En aquel caso, no distinguía una parte frontal, trasera o lateral; solo hierro, madera y desconcierto.

A su lado, otros catalejos bajaron a la par que se levantaba un murmullo nervioso. La capitana Josefyne, perpleja al igual que todas sus compañeras, la miró de reojo.

—¿Órdenes, almiranta?

Zerayd hizo una mueca con la que pretendía aparentar que se estaba concentrando, aunque solo logró que sus célebres dientes despuntaran aún más.

—Sigamos adelante. Que las fragatas avancen y se preparen para abrir fuego.

Josefyne se llevó la mano a la frente y asintió. La orden corrió de mujer a mujer en la cubierta del *Stendarte*, hasta que dos de las tenientas alzaron sus megáfonos para transmitir el mensaje a la *Audazza* y la *Priva Cursora.*

En lo alto del trinquete, las manos del Objeto empezaron su danza. El viento que soplaba del noroeste menguó y, de inmediato, invirtió su dirección. La almiranta observó cómo las dos fragatas se abrían por las amuras de babor y estribor, dejando sendas estelas de agua a su paso y ganando en velocidad. La poderosa arboladura de ambas naves flameaba majestuosamente, así como lo hacían las franjas azules y púrpura de las banderas de La Ascensión, izadas en las toldillas.

Oyeron el primer cañonazo cuando aún estaban a unas dos millas del objetivo. En cubierta, decenas de rostros se giraron hacia la fortaleza, donde un distante hongo de humo delataba cuál de las torres inclinadas acababa de abrir fuego. Zerayd puso los brazos en jarra, ensanchado su oronda figura un poco más.

—Igual que en Covant Bae, ¿verdad, capitana? —le dijo a Josefyne, quien sonrió al recordar el penúltimo capítulo de la rebelión malvittana—. Ya lo dije entonces y lo volveré a decir: abrir fuego antes de tiempo solo consigue darle más tiempo de reacción al rival. El ímpetu es útil, pero la paciencia es decisiva.

—Es justo suponer que en esa fortaleza no abunda el conocimiento táctico —observó Josefyne—. Sí tendrán cierta pericia en el uso de la artillería, si tantos años han permanecido en…

—Bobadas —Zerayd se desentendió de la observación con un aspaviento forzado—. Es su ubicación lo que las ha mantenido protegidas. Si ya hay pocos motivos para acercarse a Domotta, menos aún hay para bordearla. Además, fíjese en eso.

Josefyne extendió el catalejo y apuntó al lugar que indicaba la almiranta. Era difícil orientarse en la imposible maraña de naves incrustadas, pero terminó identificando todas las posiciones elevadas que escupían nubes de humo. Esos quebradizos pedestales de madera, inclinados y dispersos sin orden aparente a lo largo de la incoherente fortificación, apenas podían calificarse como torres de artillería. Si acaso, eran soportes construidos con mástiles y baos de decenas de buques distintos, colocados con la maña justa para que se tuvieran en pie.

—¿Qué cañones cree que pueden soportar esas torres? —preguntó la almiranta—. ¿De cuatro? Diría que de ocho, como mucho. Ponga ahí encima un cañón de doce y todo se viene abajo. No tienen nada que pueda inquietar a nuestro cobrefil. Nada.

Josefyne bajó el catalejo y dudó. Sabía que la almiranta haría todo lo posible por no transmitir dudas, pero por muy estoica que se mantuviera bajo su sombrero alquitranado, había percibido nerviosismo en su voz. Tras pensar brevemente si debía hacérselo notar, optó por guardar silencio. Había que confiar en el mando. Por supuesto.

Los cañonazos continuaron mientras se aproximaban. Algunas torres disparaban cada veinte o veinticinco latidos, un intervalo propio de una dotación artillera experimentada, mientras que

otras tardaban más de un minuto en recargar. En el *Stendarte* se empezó a percibir el característico ruido de los proyectiles surcando el aire. Después, cada vez más cerca, se oyeron los chapoteos.

En la cofa de la mesana, ochenta pies detrás del Objeto, unos ojos especialmente agudos se fijaron en los penachos blancos que las balas enemigas levantaban en el agua.

En la Marina, la reputación de la joven tenienta Alecza se expandía en muy variadas direcciones: tenía fama de joven prodigio, fama de promiscua, fama de altanera y complicada… Y, sobre todo, de tener la visión más fina de toda Sya. «¿Sabéis por qué Alecza nunca se casó con el hijo de la magistrada? Vio al muy asqueroso caminando del brazo de otra mujer… desde la cima de Montequinno. Sí, la más alta de las Cincolinas de Porto Rómero; lo vio desde ahí. Lo que no vio fue el momento de cortarle los huevos».

Por exageradas que fueran las historias, lo cierto era que Alecza veía cosas que nadie más percibía. Y lo que acababa de advertir había puesto todos sus sentidos en alerta. Bajó de la cofa con agilidad y, ya en cubierta, se acercó a Zerayd.

—Almiranta, tenemos un problema.

—Qué ocurre esta vez, tenienta —Zerayd no lo preguntó: más bien lo recitó con monotonía. Alecza encontraba problemas en todas partes, los hubiera realmente o no.

—Nos están… —Alecza no estaba segura de cómo formularlo—. Nos están atacando con algo extraño.

—¿Eso qué significa? ¿Nos disparan palabrotas también?

—Los proyectiles —la tenienta señaló al mar—. No son normales.

Trató de describirle a la almiranta lo que había visto. Tras avistar la última bala de hierro estrellándose en la mar, habían pasado siete, ocho latidos… y después, una inesperada burbuja de agua se había levantado en el mismo lugar del impacto. Como si algo enorme se hubiera agitado bajo la superficie.

—¿Seguro que ha visto bien, tenienta? —preguntó Josefyne—. Eso no tiene ningún…

—Estoy *muy* segura, capitana.

Alecza apretó los labios. Estaba harta de la envidia de sus compañeras, sobre todo por parte de oficiales superiores. Muchas la veían como una sombra que se tragaba sus méritos. La joven recién llegada que les birlaría el próximo ascenso.

Zerayd trató de fijarse en los impactos de los proyectiles. No encontró nada de lo que Alecza describía.

—Estaremos atentas. Regrese por ahora a su puesto.

—Almiranta…

—La necesito en la cofa, tenienta; no aquí.

Alecza saludó con resignación y se marchó. Cuando estuvo segura de que no podría oírla, Josefyne se arrimó a la almiranta y habló con discreción.

—En realidad me gusta la ambición de esa zagala. pero alguien debería decirle que no se

puede...

Justo entonces se produjo la explosión.

Un infierno había brotado en la proa de la *Priva Cursora.* Aquel muro de fuego crecía hasta alcanzar el sobrejuanete de proa. Un asustado vocerío resonó mientras la cubierta se colmaba de humo, y las oficiales de la *Renacida* vieron cómo los cuerpos de varias marineras se unían a la lluvia de astillas que se desprendía del barco y caían al mar.

La almiranta creyó al principio que se habría producido algún incidente en los puentes de artillería, pero esa idea se esfumó enseguida. El movimiento alocado que se percibía bajo la humareda, acompañado de gritos y órdenes desesperadas, no dejaba lugar a dudas: la explosión se había producido en cubierta. Fuego enemigo.

El segundo impacto fue aún más virulento que el primero. Brotaron nuevos estallidos rojizos y anaranjados entre el humo. Se oyó un fuerte chasquido, seguido de un crujido que se arrastró durante varios latidos. Una mole vertical emergió de la nube de humo y cayó hacia adelante: la *Priva Cursora* acababa de perder su mástil de trinquete.

Poco pudieron hacer Josefyne y Zerayd en esos instantes en los que todo cambió. Las tenientas gritaban desde sus megáfonos de bronce, tratando de preguntarle al mando de la *Priva Cursora* qué abismos estaba sucediendo. Zerayd vio la fortaleza, ya a menos de una milla de distancia, escupiendo nuevos disparos de artillería. Miró entonces arriba, donde Alecza hacía desesperados aspavientos y gritaba algo que se perdía entre la multitud de alaridos y explosiones a estribor.

La almiranta tenía la boca abierta. Hubo un espacio de nueve o diez latidos en los que, una detrás de otra, las firmes estructuras de su mente cayeron. La estructura de su aprendizaje, de su experiencia, de su flota: todo parecía caer al mar. Todo se hundía en la anarquía, arrastrado hacia un dominio en el que las cosas sin sentido, como esa fortaleza que escupía un fuego desconocido desde el norte, gobernaban por encima de la lógica.

—¿¿Qué abismos nos están disparando?? —gritó Vivianne.

La *Renacida* seguía en la retaguardia, a no más de treinta pies de la popa del *Stendarte.* Las piratas pudieron ver las explosiones que devastaban a la *Priva Cursora,* ahora empezando a perder velocidad y rezagándose con respecto a la *Audazza.* Una tercera explosión se llevó el palo mayor del navío escolta, que empezaba a dejar de ser una fragata para convertirse en una mera trampa flotante, envuelta en humo y desprovista de velas con las que navegar. Los gritos aterrados de las marineras se oían con toda claridad a bordo de la *Renacida.* La sinfonía de una

masacre de la que no había escapatoria.

Subida a lo alto de la vela gavia, Kristine aguardaba las órdenes de la contramaestre junto a la quincena de marineras que poblaban las jarcias. Sin embargo, tanto la dotación destinada al aparejo como la que permanecía en cubierta tenía ojos para una sola mujer.

Al igual que le ocurría al mando del *Stendarte*, Vivianne se había quedado paralizada por momentos. Había acordado con Zerayd que, en caso de que el plan de ataque previsto se torciese, aguardaría hasta recibir nuevas órdenes. Esas órdenes no llegaban. El *Stendarte* seguía avanzando a sotavento mientras, a estribor, su nave escolta sucumbía a la artillería de la fortaleza.

Reaccionando por fin, Vivianne se dirigió a Mara, quien mantenía las manos en el timón.

—Ocho cuartas a estribor. Viento a través. Nos largamos de aquí.

Se giró para repetir la orden a Sounya, pero ni la contramaestre ni la oficial de navegación reaccionaron.

—¡He dicho que nos largamos! ¿O es que no veis lo que está pasando?

Zeleste, temporalmente una marinera rasa más, abandonó su puesto en la mesa de guarnición del palo mayor. Acercándose a las escaleras que conducían al alcázar, gritó bien alto para que toda la cubierta la oyera.

—¿Estás loca? Si viramos ahora, nos quedamos expuestas. Tenemos que mantenernos detrás del *Stendarte*.

—El *Stendarte* va a acabar virando tarde o temprano, y no voy a esperar a que sea demasiado tarde —se giró de nuevo hacia Mara—. ¡Haz lo que te digo!

—Vivianne —Zeleste había apoyado un pie sobre el primer escalón—. Escúchame bien. No te dejes llevar por el pánico, si das esa orden…

—¡Tú ya no tienes voz aquí! —Vivianne rugía, toda paciencia agotada ya—. Mara, ¿a qué coño esperas?

—Seleste tiene rasón —contestó Mara—. Nos estás pidiendo que nos pongamos a tiro.

Con un bufido, Vivianne bajó del alcázar. Sus ojos recorrieron la cubierta hasta encontrar a cierta ex cazadora a la que Mara había estado instruyendo en el uso del timón.

—Désrée, eres la nueva timonel. Dile a Mara que se aparte y sácale los ojos si hace falta —elevó de nuevo la voz para dirigirse a la tripulación—. ¡Si alguien más piensa desobedecerme, que lo diga bien alto! Tenéis la muerte ahí delante, ¿por qué no saltáis por la borda y vais a buscarla? ¿O tal vez prefiráis hacerme caso?

Las piratas se miraron, inseguras. Su nueva capitana parecía lejos de estar tomando la decisión correcta, sobre todo viendo la vacilación de las oficiales.

—No van a tener que buscarla, imbécil —dijo Zeleste—. Las estás condenando tú sola.

—Una palabra más —gruñó Vivianne—. Di una sola palabra más y te juro…

El tono entre ambas creció, a la par que lo hacía la incertidumbre entre la tripulación. Désrée subió entonces al alcázar. Al ver que Mara se negaba a abandonar su puesto, avanzó hacia ella,

dispuesta a tomar el timón por la fuerza.

Antes de que lo hiciera, Mara desenvainó su sable y, con un veloz movimiento ascendente, tajó el cuello de la cazadora.

Désrée retrocedió a pasos tambaleantes. Su mano derecha no consiguió tapar el río carmesí que escapaba de la carótida. La sangre brotó de entre sus dedos a entrecortados borbotones, salpicando el timón y los tablones de la cubierta, hasta que la antigua cazadora pareció comprender que su vida había acabado y se derrumbó.

La *Renacida* quedó vacía de voces. Por unos latidos, lo únicos sonidos que se oyeron pertenecían al caos que llegaba de la *Priva Cursora*, a los fogonazos de artillería que seguía escupiendo la fortaleza, a la indiferencia del mar.

Vivianne rompió el estupor desenfundando su pistolón. Apuntó a Mara y cerró el ojo derecho mientras apretaba el gatillo. El disparo llegó a sonar, pero solo después de que una fuerza la embistiera por la derecha y la tirara al suelo.

El pistolón se le escapó de los dedos y rodó por la cubierta. Vivianne acababa de incorporarse cuando se encontró cara a cara con los ojos ambarinos y voraces de Sounya, agitados ante la visión de la sangre. La contramaestre se le había echado encima justo antes de disparar.

Forcejeó con ella hasta apartarla con un codazo directo a los dientes. Otra mujer cayó al suelo cuando intentaba evitar que Zeleste recogiera el pistolón.

Vivianne gritó. Y con su grito, la *Renacida* cayó en la vorágine.

Fue un instante tan oscuro como decisivo. Un latido en el que dio tiempo a que se desenfundaran sables y cuchillos, se rompieran amistades, se formaran dos desorganizados bandos. Nadie tuvo el lujo de pararse a pensar. Algunas mujeres se habían mostrado fieles a Vivianne desde el principio. Otras nunca lo habían sido. Y un tercer grupo, el que no sabía a quién seguir, actuó por instinto y se enzarzó en la lucha sin poder discernir siquiera quién luchaba contra quién.

Vivianne trató de reunir a sus seguidoras en torno al mástil mayor mientras las oficiales hacían lo propio en el alcázar, pero la batalla nunca tuvo tiempo para cobrar forma. Alguien que la hubiera presenciado desde la distancia habría dicho que aquello era una locura. Que todas las piratas se estaban enfrentando entre sí.

Ese alguien fue la tenienta Alecza, quien oteaba ahora a la *Renacida* desde su cofa. Y fue más o menos así como lo comunicó al mando del *Stendarte*, que seguía pendiente de una reacción por parte de Zerayd que no terminaba de llegar.

—Por Veronia, ¿qué están haciendo ahora? —se desesperó la capitana Josefyne—. ¿Se han vuelto todas locas?

—¡Creo que Zeleste y sus compañeras se han rebelado! —gritaba Alecza desde la cofa.

Valquerîe se abrió paso en cubierta hasta unirse a la almiranta frente al bauprés. Había permanecido en su camarote a petición expresa de Zerayd, petición que respetó hasta oír las explosiones y entender que nada iba según lo previsto.

—Brillante lección de estrategia, almiranta. Aplaudo todas y cada una de las decisiones que ha tomado hasta ahora. ¿Quiere hacer el favor de sacarnos de este desastre?

La almiranta vio a la *Priva Cursora* pasando a estribor, ya totalmente rezagada de su nave gemela. El humo colmaba la cubierta de una agonizante fragata que pronto se iría a pique. A babor, un nuevo proyectil hendió el mar a escasos pies de la *Audazza*. La fortaleza empezaba a fijar su fuego en el siguiente objetivo.

—Zerayd, ¡sácanos de aquí ya!

La voz de la Celadora despertó una luz olvidada en la almiranta. Zerayd Geslaard no hubiera podido decir cuál fue la última vez que alguien mencionó su nombre de pila durante una misión. Como si de pronto recordase quién era, escapó de la misma parálisis de combate que había visto decenas de veces en otras marineras. El miedo a la muerte tenía ese poder. Desbarataba la voluntad de las mujeres y las despojaba de toda capacidad de reacción.

No sucumbiría a él.

Valquerîe vio cómo la expresión de la almiranta se endurecía. Cómo miraba rápidamente a su alrededor, buscando soluciones, atajando caminos en los que otras mentes se habrían perdido para siempre, hasta que actuó.

—No podremos escapar a tiempo —Zerayd se giró hacia su primera oficial—. Ordene a la *Audazza* que se coloque ante nosotras. Que el Objeto empuje con todas sus fuerzas.

La capitana Josefyne la miró con asombro.

—¿Almiranta...?

—Vamos a embestir esa fortaleza —respondió. Lo dijo como si acabara de ordenar una maniobra común y no una auténtica locura—. La *Audazza* atraerá la mayor parte del fuego mientras nos acercamos; mientras tanto, nosotras cubriremos a la corbeta. Pase lo que pase, Zeleste debe sobrevivir.

—La *Audazza* quedará destrozada —protestó Josefyne.

—La *Renacida* no. ¡Hágalo!

Josefyne reaccionó por fin. La orden corrió por el navío hasta llegar al Objeto, cuyas manos pálidas se alzaron un poco más en el aire. Bajo la inexpresiva máscara, un rostro invisible se concentraba y llevaba su mente al límite. El Viento fluyó poderosamente a través de sus dedos marmóreos, inflando la colosal arboladura del *Stendarte* y precipitando al navío contra la fortaleza.

Vivianne desarmó a su rival y lanzó una estocada hacia arriba. La mujer desprendió un grito extraño, infantil, mientras se llevaba las manos a un ojo que ya no tenía. Vivianne la apartó entonces de un empujón y subió a toda prisa hasta el alcázar.

Nadie dirigía el timón. Mara lo había abandonado para unirse a la batalla en la parte central del barco, donde el acero rechinaba y los cuerpos se amontonaban entre alaridos que, poco a poco, se desvanecían en un triste mar de gemidos.

Encarada a popa, Vivianne puso ambas manos sobre el aparato. Se disponía a girarlo cuando un raro instinto le hizo darse la vuelta.

Allí estaba Zeleste.

Subía lentamente los últimos peldaños del alcázar. Había salpicaduras de sangre en su piel, en su acero, en el vivo turquesa de sus rizos. Avanzaba con su ojo grisáceo anclado en su próxima oponente.

Vivianne Camoille soltó el timón y la miró frente a frente.

Ambas lo supieron al instante. Se entendieron sin mover los labios, empuñando sus sables y midiéndose mutuamente a pocos pasos de distancia. Aquél sería el último encuentro. Solo una de las dos seguiría escribiendo su historia. El alcázar de la *Renacida* sería el escenario en el que el capítulo de Vivianne y Zeleste llegaba a su fin.

El viento arreció. Sus cabellos danzaron mientras se observaban durante tensos latidos. Todo surgió de forma alocada y se reflejó allí, en las esmeraldas. También en el iris grisáceo. Correteos por las barriadas de Tirusso. Hambre y lluvia. Una mano entrelazándose con otra. Frontera y el helminto. El *Ira Flavia.* «Si el Viento es tuyo, es tuyo. Mientras seas tú misma, Zeleste, yo estaré a tu lado».

Vivianne detuvo con facilidad el primer embate de Zeleste. El intercambio de golpes que hubo acto seguido fue un precipitado diálogo en el que ningún acero doblegó al otro. Ambas mujeres se conocían bien: sabían cómo luchaban, qué reacción habría tras un golpe fallido, cuándo insistirían, cuándo retrocederían. Si Vivianne lanzaba una estocada hacia adelante, Zeleste saltaba hacia atrás y esquivaba el filo por media pulgada. Cuando Zeleste encadenaba dos, tres golpes seguidos y lograba apartar el sable rival por un latido, Vivianne se echaba a un lado y recuperaba el agarre de inmediato.

La prudencia de los primeros golpes se extinguió. Ambos sables se mordieron con cada vez más impaciencia y menos respiro. Los jadeos se convirtieron en gruñidos; los gruñidos, en gritos. El sudor cubría las frentes de dos mujeres que ya no se reconocían como amigas, ni siquiera como espíritus. Tan solo cuerpos a los que había que destruir.

Vivianne sintió que sus fuerzas la abandonaban. Los ataques de su rival eran ahora furiosos, inmisericordes. Empezó a sentir la sombra de una duda, o acaso de una terrible certeza: estaba perdida. Sería la primera en caer.

Como si hubiese olido su miedo, Zeleste golpeó con más fuerza. De pronto era ella la única que atacaba. Su acero dentelleaba sin tregua a una rival que a duras penas lograba contenerlo.

Agarró la empuñadura con ambas manos para descargar un mandoble final. Ese fue su error, pues Vivianne tuvo un instante para reaccionar y clavó una rápida estocada en su hombro derecho.

El acero entró en el mismo lugar en que la metralla de arcabuz lo hiciera semanas atrás en Londayn. Zeleste no gritó: lo que salió de su boca fue más bien un respingo, una sorprendida bocanada. El dolor la inmovilizó durante el tiempo justo para que Vivianne la desarmara con otro golpe. El sable abandonó sus dedos y salió volando por encima de la borda.

Cayó al suelo.

Había ya menos de un cuarto de milla entre la fortaleza y la línea recta que formaban la *Audazza*, el *Stendarte* y la *Renacida.* A medida que el viento del Objeto adquiría un cariz huracanado, las proas de los navíos de línea restallaban tras superar cada ola y chocar con la mar.

Pronto, la *Audazza* sufrió el primer impacto. Una detonación tan violenta como la que antes había sacudido a la *Priva Cursora* estalló en el flanco de babor de la fragata.

La almiranta apretó los dientes. Su segunda escolta se convertía también en un nido de fuego y humo. Otros proyectiles silbaban a babor y estribor. La anárquica fortaleza se hacía cada vez más grande ante sus ojos, pero ahora la duda estaba en si la *Audazza* resistiría el tiempo suficiente.

En la cofa del trinquete, Alecza extendió el catalejo y apuntó a popa. Las piratas se habían quedado al menos doscientos pies atrás, privadas del viento que el Objeto concentraba ahora en el vértice frontal de la batalla.

Vio entonces cómo la *Renacida* desviaba su rumbo y viraba a estribor, saliéndose de la formación. En el alcázar, avistó a Vivianne girando el timón. Zeleste yacía tendida en el suelo junto a ella.

—¡Está herida! —gritó Alecza—. ¡Zeleste está herida!

La almiranta torció el gesto. La frustración podía leerse en su rostro, pero por encima de todo, había determinación.

—¡Más viento! —gritó Zerayd, mientras nuevas explosiones destrozaban a la *Audazza*—. ¡Más velocidad! —se giró a Josefyne—. ¡Ahora! ¡Dos cuartas a estribor!

A la orden de la almiranta, los mástiles giraron. El *Stendarte* rebasó a su escolta, golpeando el cobrefil de su popa y precipitándose contra la fortaleza. Zerayd ordenó a todas las mujeres presentes en proa que retrocedieran hacia el mástil mayor. Los gritos de la contramaestre y las tenientas se repitieron mientras se echaban a la carrera: «¡Agarraos! ¡Preparaos para el impacto!».

El dolor no estaba únicamente en el hombro. Se extendía a la nuca como un latigazo que la mantenía inmóvil en el suelo.

La *Renacida* había cambiado de rumbo. El sol, momentos atrás a su derecha, estaba ahora ante ella. Vio las manos que giraban velozmente el timón y después lo soltaban, recuperando el sable. Los pies de Vivianne se acercaron a ella para asestar el golpe final.

Alzó la vista una última vez. No había compasión en los ojos glaucos. Nada en Vivianne encontraba motivos para retrasar el momento. Zeleste se había incorporado, aunque solo a medias. Solo para que la muerte la encontrara con una rodilla hincada en el suelo, y no tendida lastimeramente sobre él.

A estribor, un destello captó su atención.

Podía ver la fortaleza, así como la imponente mole de cobrefil que se precipitaba sobre ella. El *Stendarte* superaba a un navío en llamas y cargaba de frente contra una desordenada pesadilla de madera y hierro. Se dio cuenta de que la *Renacida* había abandonado ya la línea de ataque, quedando expuesta a las torres de artillería que seguían diezmando la flota de la Marina.

Se giró justo a tiempo para ver a Vivianne levantando el brazo con que empuñaba el sable, e hizo entonces lo que su rival no esperaba: cargó contra ella.

Vivianne cayó al suelo del alcázar. Zeleste logró incorporarse y, con el último resquicio de aliento que le quedaba, corrió hacia la borda. Saltó al agua en el momento exacto en que un fogonazo, seguido de un estruendo, brotaba en una de las torres de artillería enemigas.

Recuperando su arma y poniéndose en pie, Vivianne tuvo tiempo de ver a su contrincante saltando desesperadamente por encima de la regala. Solo una fracción de latido antes de morir, en el instante previo a la explosión, comprendió que en realidad Zeleste no huía de ella, sino del último disparo de la fortaleza.

Zeleste se zambulló en un breve mundo de espuma y burbujas donde todo se ralentizó. El verdor del agua se contaminó con el pequeño reguero rojo que escapaba de su hombro, donde la sal aguzaba el dolor. Fueron sus piernas, no sus doloridos brazos, las que la devolvieron a la superficie.

Asomó la cabeza justo a tiempo para presenciar el fin de la fortaleza. El *Stendarte* atravesaba el amasijo de barcos igual que un ariete horadaría una muralla. Una sucesión de crujidos y chirridos ahogó el rumor del mar: las pequeñas torres de artillería se derrumbaban a medida que el imparable avance del *Stendarte* partía el amasijo de barcos en dos.

También alcanzó a ver, al mirar atrás, el humo que envolvía el alcázar de la *Renacida*. La tragedia que había evitado por apenas un suspiro.

En medio del dantesco escenario, Zeleste se vio perdida como un pez desorientado en la inmensidad del mar.

Tosió. Aquella agua no tenía el sabor salino que cualquiera hubiera esperado. Era un reguero de muerte lo que sentía entre los labios.



«Tienes pinta de haberte caído de una montaña de mierda».

Y tú de haber nacido en una, respondió Zeleste. La chica del cabello castaño volvió a reírse desde lo alto del árbol.

«Eh, me caes bien. No se te ve gilipollas del todo. Toma, ¿tienes hambre?».

Que te follen, no te he pedido ayuda.

Le dio la espalda. Sin embargo, su estómago seguía protestando. Demasiados días deambulando por Tirusso sin rumbo, techo ni apenas algo que echarse a la boca.

«¿Adónde vas? Esas calles te van a matar si sigues sola por ahí. No seas lerda y acepta mi ayuda».

Claro. Y después me pedirás algo a cambio.

«A lo mejor. Pero así somos yo y mis amigas». Señaló a la maraña de rostros harapientos que rodeaba a Zeleste. «Hoy por ti, mañana por mí. Puedes unirte si quieres. Aquí cuidamos unas de las otras».

Eso mismo me dijeron en el lugar del que vengo.

«Yo soy distinta», dijo Vivianne. «Te doy mi palabra».

El escupitajo salió disparado de los labios de Tostón y cayó a los pies del maltrecho cadáver.

—Ni siquiera debería estar de una pieza. Va a dar por culo hasta el final, la muy malparida.

En el pañol de la *Renacida*, las oficiales formaban un semicírculo en torno a una burda cama

compuesta por varias cajas de madera. Sus camisones estaban cubiertos de rasgaduras y salpicones de sangre seca que, en su mayoría al menos, no era suya. Sin embargo, por la forma en que contemplaban lo que quedaba de Vivianne, nadie hubiera dicho que sentían el más mínimo dolor.

—No m-m-merece ni que me beba su sangre —gruñó Sounya, que en cualquier caso ya había tenido cuanta quiso en cubierta—. Abismos, no merece ni que m-mencione su sangre.

—¿Cómo ha podío? —Mara oscilaba entre la rabia y la nostalgia—. Después de tós estos años… *Foutrée.* Era nuestra hermana.

—¿Lo era? —cuestionó Nëufan—. Dudo que ella entendiera esa palabra del mismo modo. Siempre le frustró ser la segunda, y ya en Pechvarry actuaba como si Zeleste nunca hubiera regresado. La codicia infectó su espíritu hace tiempo.

Solo una de las presentes parecía ajena a esa atmósfera. Zeleste apoyaba ambas manos sobre la manta que cubría a Vivianne hasta el pecho. Suspiró con calma, negando con la cabeza.

—No seáis así.

—Así, ¿cómo? —Tostón interrumpió su segundo escupitajo—. ¿Así de justas? Una traidora no se merece otra cosa.

Zeleste esbozó una cansada sonrisa. Sabía a qué le recordaban esas palabras.

—«La traición borrará tu nombre de la historia» —las piratas callaron al reconocer el texto del Códice—. «Más allá del odio, nadie te recordará nunca por lo que fuiste; ni amigos, ni familiares. Quien traiciona se aparta del camino para siempre». Desde pequeñas nos han educado para que veamos así a quienes un día nos dan la espalda. Yo ya he sentido bastante odio por hoy.

Movió las manos a lo largo del brazo izquierdo de Vivianne. Una de las pocas partes intactas de su cuerpo.

—Nos traicionó, sí. Antes de eso, ¿cuántas veces se jugó la vida por nosotras? Han sido ocho años a su lado; es ese tiempo lo que me llevaré a la tumba, no los últimos dos días. Me niego a recordarla únicamente por el momento en que decidió seguir su propio camino. Me niego a ser un altavoz del Códice —cogió el extremo de la manta. Con suavidad, la subió hasta tapar el desfigurado cadáver—. Al menos esa es mi elección.

Las piratas guardaron silencio. No estaban para nada de acuerdo con su capitana; sin embargo, tampoco olvidaban los momentos en que, ciertamente, Vivianne se había sacrificado por ellas. Las palabras de Zeleste tenían sentido y no lo tenían. Esa contradicción bastó para que por unos latidos miraran al cadáver, ahora tapado por una manta sanguinolenta, desde un prisma diferente.

El recuerdo de Vivianne sería más difícil de digerir de lo que creían.

—Ya sabéis cuál es nuestro siguiente destino —Zeleste se dio la vuelta para mirarlas a los ojos—. Y me resulta difícil explicaros esto, pero… Tengo que ir allí. No sé si ese lugar esconde la respuesta a mis preguntas, y dudo mucho que La Ascensión nos haya contado toda la verdad sobre esta misión. Solo sé que no quiero morir sin intentarlo. Tampoco es justo, sin embargo,

pediros que hagáis lo mismo.

Cabizbajas, las piratas no supieron qué decir. Fue Mara, acercándose a su capitana y observándola con determinación, la primera en tomar una decisión.

—Si me niego a ir a Domotta, la Marina me raja el cuello antes de q'anochesca. Y no sé si la Regenta perdonará mis crímenes, pero dejarla a usté de lao, yo eso sí que no. Cuente conmigo.

La cirujana también dio un paso al frente.

—El helminto ha causado sufrimiento de sobra —afirmó Nëufan—. Si el gusano madre está allí, quiero ser la primera en descubri… Eh, destruirlo para siempre.

—¡Joder q-que sí! —los ojos ambarinos de Sounya resplandecieron cuando se unió a sus compañeras—. Y si Domotta debe arder, ahí estaré yo p-para encender la mecha. Ni en b-broma me pierdo eso.

Sonriendo, Zeleste contuvo a duras penas un temblor en el labio inferior. Jamás encontraría amigas mejores. Si su espíritu seguía más o menos de una pieza era gracias a ellas.

Una sola oficial no había abierto aún la boca. Tostón apartó la mirada, pero al ver el escaso éxito de su intento por hacerse la ausente, renqueó con su pata de palo y se unió a las demás con un resoplido.

—Bah. Como un cencerro estáis —miró a Zeleste—. Mire, capitana, a mí ese sitio me importa un zurullo, pero no pienso dejarla sola. Y no me pregunte por qué —en voz baja, añadió: «no vaya a ser que me arrepienta».

Con el rabillo del ojo, Zeleste detectó una presencia que no esperaba en el pañol. Kristine había sobrevivido a la batalla.

—¿Estás bien? —se acercó a ella de inmediato.

La chica respiraba agitadamente con la mirada puesta en el infinito. Varios latidos después, reaccionó.

—Eso creo.

Zeleste la observó. Nada en Kristine parecía igual que al principio de la travesía. Pese a ello, de algún modo, se mantenía extrañamente… entera. Teniendo en cuenta todo lo que había vivido y lo poco preparada que estaba para ello, otras mentes de su edad se habrían hecho añicos.

La suya seguía allí. Lejana y trastocada, pero allí estaba.

El silencio prosiguió hasta que se oyeron unos pasos acercándose. El uniforme azulado y las botas negras de Zerayd entraron a continuación en el pañol.

—Benceno abisal —dijo la almiranta—. Eso era lo que nos disparaban. ¿Habéis oído hablar de él? Dicen que los ulricanos fueron los primeros en utilizarlo, y que me aspen si sé cómo. Se supone que se elabora a partir de no sé qué pez abisal cuya vejiga está llena de gas. Introducen esas vejigas en proyectiles y, en cuanto se desintegran al impactar, liberan el caos que llevan dentro. Ingenioso, sí, pero yo personalmente no cargaría mi barco con algo que podría explotar si se me cae de las manos.

Si Zerayd había reparado en el cadáver que tenía a pocas pulgadas de su cintura, no dio desde

luego muestra alguna de ello. Solo la mirada enfurecida de Zeleste la hizo recapacitar. Advirtiendo por fin la manta empapada en sangre, se cuadró mientras se quitaba su sombrero alquitranado y lo sostenía entre las manos con la cabeza gacha. Un ritual que había repetido muchas veces a lo largo de su carrera.

Zeleste confió en que en dichas ocasiones hubiera sabido hacerlo con más acierto.

—Tenemos a Frontera —anunció Zerayd cuando consideró que había guardado silencio por suficiente tiempo—. No ha sido fácil, pero la tenemos. La mala noticia es que no hemos encontrado gran cosa de valor en lo que ha quedado de la fortaleza. Helminto suficiente para embriagar a toda Sya, eso sí. Y una reserva de astros que, francamente, esperaba mucho más extensa teniendo en cuenta la operación que se cocía en esa pesadilla.

—Una verdadera lástima —se mofó Zeleste—. ¿Qué os ha dicho Frontera?

La almiranta cambió de postura. Tenía algo en mente, pero parecía incómoda solo de pensar en formularlo.

—Nada. Y, la verdad, casi lo prefiero así. Esa mujer, si es que la puedo llamar tal cosa, nos produce… —le costó bastante terminar su frase—. Malestar.

Zerayd inspiró y sacudió la cabeza, como si intentara desprenderse de algún mal recuerdo incrustado en ella.

—Lo único que ha dicho ha sido tu nombre —le dijo entonces a Zeleste—. Una y otra vez. Diría que es su forma de insistir en que quiere hablar contigo.

—¿Está en el *Stendarte?*

La almiranta asintió.

—La hemos encerrado en el sollado. Te agradecería que vinieras de inmediato; no tengo ninguna intención de retenerla prisionera por mucho tiempo. ¿Qué ha pasado aquí antes?

Las piratas le narraron los acontecimientos que dieron lugar al imprevisto motín en la *Renacida*. La tripulación se había reducido a casi la mitad, y ese último cañonazo había dejado maltrecho el timón. No obstante, los daños no eran lo bastante graves como para no poder repararlos en el mar.

Zerayd Geslaard tenía problemas mayores. El *Stendarte* había pasado de albergar ochocientos espíritus a tener que hacer espacio para mil doscientos, dado que la *Audazza* había quedado inservible y la *Priva Cursora* se hundió pocas horas después de la batalla. No era precisamente el informe de misión con el que había soñado regresar a Porto Rómero. Y aún quedaba Domotta.

La almiranta seguía reflexionando sobre lo ocurrido cuando cierto rostro captó su atención.

—¿Qué hace esta chiquilla aquí?

—Me llamo Kristine.

Zerayd la observó unos latidos con el ceño fruncido. La joven había dicho su nombre con cierta insolencia. No le había gustado que la tildaran de «chiquilla».

—¿Kristine Jarnëssche? —la almiranta acababa de recordar algo—. Tú eres la hija de

Constanze Jarnëssche, la magistrada, ¿cierto? ¿Sabes que tu madre ha removido cielo y tierra para encontrarte?

Una breve inquietud se agitó en los ojos negros de la chica.

—Incluso le escribió una carta a la Regenta. El barrio púrpura es de lo poco que ha sobrevivido en Londayn —Zerayd reprochó a Zeleste con la mirada—. Pero no te encontraron en casa. ¿Qué haces aquí?

—Me escapé.

La almiranta no preguntó por qué. El tono de la muchacha daba a entender que no diría nada más al respecto.

—Bueno, es una suerte haberte encontrado. Ven conmigo al *Stendarte;* podrás darte un baño y comer en condiciones.

—Mejor no.

—¿Cómo que…? — Zerayd frunció el ceño—. Mira, muchachita, no sé qué clase de amistad has trabado con estas mujeres, pero tengo órdenes de velar por tu seguridad. Así que pórtate bien y sígueme.

Kristine tartamudeó y, tras coger aire, logró lanzar una bomba trémula: «Q-que te den por culo, morsa».

Algo se averió en el cerebro de la almiranta. Más allá de balbucear, parpadear con pleno aturdimiento y mirar a las piratas, que se habían quedado igual de atónitas, no acertó a reaccionar. Incluso Tostón tenía la boca abierta de par en par.

—Pero bueno, ¿qué clase de mocosa malcriada eres tú?

—La que te está mandando a la mierda —el temblor remitía por momentos en la voz de Kristine —. Esa misma.

—¡Jovencita, muestra respeto o tend…!

—Respeto es lo que habría que enseñarte, engolada asquerosa.

—¿Crees que tu madre estaría orgullosa de ver cómo te estás compor…?

—¡Morsa!

Las piratas alternaban la mirada entre una y otra contendiente, pero los insultos llegaban a un ritmo más veloz del que sus cuellos podían seguir. El intercambio siguió con más o menos la misma delicadeza hasta que, harta de que la mojigata fulminara cada una de sus frases, la almiranta gruñó y se dio la vuelta.

—¡Ya veo que le habéis enseñado bien! ¡Espero que estéis orgullosas! —y abandonó el pañol.

Las piratas necesitaron unos instantes para digerir su propio estupor, tras lo cual estallaron en carcajadas. Sounya le dio las gracias a Kristine por haber dicho buena parte de lo que todas pensaban de Zerayd mientras Tostón comentaba que, sin duda, en el Liceo debían enseñarse cosas más útiles de lo que pensaba.

Zeleste también rio, aunque no tanto como sus compañeras. La almiranta tenía razón.

Kristine debería estar con su familia, o al menos en tierra firme. Lo extraño era que, desde la noche en que le sacó el helminto, la chica no había vuelto a expresar la más mínima queja. Incluso se había vuelto una buena marinera.

Había visto la misma transformación en muchos de los espíritus que habían navegado a su lado. Como Mara. O Ayreen. Una transformación útil, pero inquietante en cierto modo. A veces se preguntaba si, más que infundir coraje a sus mujeres, lo que había conseguido era robarles la inocencia.

—¿Vas a hablar con Frontera? —le preguntó Kristine de improviso.

Incómoda, Zeleste asintió. No estaba segura de querer hacerlo. Reencontrarse con una parte del pasado que su propio cerebro prefería no recordar del todo.

—Me gustaría acompañarte —dijo la chica.

—¿Por qué?

Kristine dudó.

—Quiero saber qué es el helminto. Entenderlo.

Zeleste lo explicó tan claramente como pudo: no había nada que entender del helminto. Era una sustancia enloquecedora. La euforia, la sensación de control, todo cuanto Kristine sintió al consumirlo tenía un nombre: alucinación.

En realidad, eso fue lo que procuró decirse a sí misma cuando lo probó por primera y última vez. Que el helminto no causaba más que alucinaciones. El Viento que creyó haber perdido tras las torturas de Pavlia Alcora regresó al consumirlo, sí, pero fue una coincidencia. Nada más.

Kristine insistió.



Descendieron cuatro puentes antes de llegar al sollado. La alféreza que las guio tuvo que abrirse paso entre una apretada multitud de marineras a las que ahora se sumaban las supervivientes de la *Audazza* y la *Priva Cursora*. Zeleste tuvo que darse la vuelta más de una vez para asegurarse de que Kristine no se perdía en la congestión del *Stendarte.*

Fue precisamente al mirar atrás cuando se percató de cómo la miraban las marineras. Miedo, intriga, desprecio. Una oscura mezcla de emociones la seguía por los abarrotados pasillos del navío. Notaba los susurros muertos que se reanudaban en cuanto pasaba de largo, y también un cosquilleo persistente e incómodo; un efluvio de rencor en la nuca. Zeleste entendió que la tripulación del *Stendarte* no culpaba a la almiranta, a Vivianne o al helminto por la masacre de aquella mañana. La culpaban a ella. Y por mucho que la Regencia hubiera dejado clara la importancia de la misión, el secretismo que envolvía a la misma daba pie a rumores de todo tipo. Rumores a los que la Marina no era inmune.

Una última escalerilla en el cuarto puente la depositó en la húmeda y rancia burbuja olorosa del sollado. Acababa de poner pie allí cuando se dio cuenta de que algo no iba bien.

La madera ahogaba los crujidos de sus propias pisadas. Los sonidos, incluyendo su propia respiración, se desvanecían en un aire de repente gélido. En cambio, el rumor de la mar se escuchaba con inusual claridad, como si ya no se agazapara tras tabiques de madera y planchas de cobrefil.

Se detuvo por un momento. La atmósfera, el aire del lugar parecía… incoherente. El vaho que salía ahora de su boca gravitaba en la oscuridad sin llegar a disiparse.

Dejando atrás pañoles de víveres y municiones, se plantó ante una puerta junto a la cual

esperaban la almiranta y un pequeño grupo de infantas. Una de ellas le tendió una antorcha de nácar violáceo, momento en que Zeleste observó que a la joven le temblaba el brazo. Lo que había tras la puerta era más fuerte que su pulso.

Cruzada de brazos, la almiranta tampoco lograba esconder su inquietud.

—No lo olvides: lo más importante es conseguir información sobre Domotta. Y no permitas que se meta en tu cabeza —Zerayd cambió el pie con que apoyaba el peso de su cuerpo—. No es agradable, créeme.

Dejando escapar un último suspiro, la almiranta abrió la puerta. Tras hacerle una señal a Kristine para que la siguiera, Zeleste se adentró en la penumbra.

Estaba en un compartimento diminuto, seguramente el que compondría el tabique de popa del sollado. A sus pies vio varias pilas con tablones de madera y clavos sueltos de diversos tamaños. No entendió por qué veía puntos luminosos que bailaban ante sus pies, hasta que se dio cuenta: los clavos se movían. Repiqueteaban el suelo entablonado como si alguna energía imantada corriese bajo él.

Cuando alzó un poco más la antorcha, la luz amoratada reveló dos pies oscuros e hinchados, con unos dedos grotescamente anchos. Tras ellos se distinguían las patas de una silla.

Frontera estaba sentada en ella.

Cuántas cosechas sin verte, Zeleste.

La voz paralizó a Kristine cuando acababa de entrar en el compartimento. Sus piernas no respondían.

Caminas entre enemigas como si fueran aliadas. ¿Es la magia con que has vuelto del Abismo? ¿O es solo que te has acostumbrado a tus cadenas?

Ni siquiera parecía una voz. Sonaba como una reverberación en el fondo de un cántaro. O más de bien de un pozo. Una fosa maloliente y ancestral. Había un eco, o en todo caso la voz *se desprendía* de uno: Kristine tenía la sensación de que ese eco aparecía antes de que Frontera abriera la boca, no después.

Zeleste ya no sostenía la antorcha. Más bien se aferraba a ella.

—Yo no he vuelto de ningún Abismo —la voz de la pirata, al igual que su cuerpo, luchaba por no temblar—. ¿O acaso sugieres que es allí es donde acaban los espíritus purificados? ¿Es eso lo que hacen las máquinas del Hombre?

De nuevo, se oyó una vibración antes de que llegara la voz. Esta vez con la resonancia de una risita.

De modo que lo sabes. Sabes de la existencia de las Aberraciones. Eres un animal obstinado, Zeleste. Dicen que el espíritu y los recuerdos se rompen en el mismo momento en que se ve una de esas máquinas, antes incluso de entrar en ella. No deberías ser más que pulpa. Una cáscara podrida.

Kristine sentía que no era capaz de levantar la vista del suelo. Que tenía que hacer acopio de algo más que voluntad para mirar a esa silla.

El ámbar violáceo reveló el enorme cuerpo de Frontera. Bajo unos muslos gruesos como la cabeza de un delfín y una espalda tan ancha como la propia puerta del compartimento, la silla parecía un juguete a punto de romperse; una broma de mal gusto para un gigante. Codos, tobillos y rodillas apenas podían intuirse en una carne prodigiosamente robusta y musculosa. Kristine creyó que la oscuridad se burlaba de ella cuando vio, sobre la piel terrosa de la mujer, el perfil de varias sombras que reptaban y se contorneaban.

No eran serpientes. Eran tatuajes. Una tinta consciente que culebreaba alrededor de dos voluminosos pechos y se enroscaba en un abultado vientre.

—Solo sé lo que me han dicho —aclaró Zeleste—. Que me conectaron a una de esas máquinas y que mi espíritu se separó de mi cuerpo. No recuerdo nada de la purificación.

Frontera respondió, aunque sus labios no hicieron movimiento alguno. Era la penumbra. No podía verse cómo movía los labios por la ausencia de luz. Al menos eso se dijo Kristine.

Purificación y Abismo son solo potajes de letras. Igual que espíritu. Igual que Gracia, Códice o «progreso». Tu raza siempre hace lo mismo. Cultiváis palabras para obligar al mundo a crecer a vuestro antojo, en lugar de cultivar el mundo para germinar las palabras que necesitáis.

Kristine lo vio en sus anchas fosas nasales, en el grosor de sus labios, en los marcados ángulos de sus pómulos: era una nativa de Soleterno. No había más que dos lunas blancas donde debían estar los ojos. Tal vez era ciega, o tal vez las Cechancalis no necesitaban ojos para ver.

Tú descubriste otro camino. Probaste el helminto. ¿No notaste un cambio? ¿No se rasgó el gran velo? ¿No sentiste el mundo como una parte de ti, en vez de verlo tan solo como la tierra que te rodea?

—Una goleta llena de cadáveres y mentes destrozadas —la respiración de Zeleste se agitaba —. Eso es lo que he visto. Tu helminto destruye y enloquece. No hables de él como si fuera una puerta a la trascendencia.

Y sin embargo, el Viento despertó en cuanto lo probaste por primera vez.

Zeleste enmudeció por un momento.

—Ya lo había sentido antes de eso.

Sobre la terrosa meseta de la piel de Frontera, las serpientes se detuvieron. Una sonrisa se perfiló en la oscuridad.

El helminto destruye y enloquece, sí. Destruye lo que es débil y enloquece lo que, para empezar, nunca estuvo cuerdo del todo. Solo espíritus de cáñamo, fuertes y a la vez flexibles, puede cruzar la frontera entre vida y muerte sin perderse. Confiáis demasiado en la superficie, en lo sólido, como para recorrer esa senda.

—Lo que no te impide lucrarte mientras tanto.

La sonrisa se extinguió. Por un latido, los tatuajes centellearon y se encresparon. Culebras que cercaban los pechos y se ponían en guardia.

Ah, sí. El oro con que le ponéis precio a la tierra, al aire, a la nada. Me divierte usarlo

contra vosotras mismas. Será todo cuanto podrá encontrarse entre los huesos de lo que un día fue tu «gran tribu».

—De modo que lo haces por venganza. Todo esto es por el daño que La Ascensión le ha causado a tu pueblo.

Más potajes de letras.

No espero que entiendas por qué derramo el helminto por el mundo, Zeleste. No espero que entiendas nada. Y por mucho que mi guarida haya caído hoy, nada cambiará. Otras Fronteras ocuparán mi lugar. Nada puede detener la voluntad de Quienes Miran.

El nácar violáceo tembló cuando Zeleste se cambió la antorcha de mano y dio un paso adelante.

—«¿Quienes Miran?». ¿De qué hablas?

Kristine sintió manos que la empujaban de algún modo hacia atrás. Voces que nunca había oído le gritaban que corriera. Que huyera de la habitación enseguida.

Cuando cruces la Puerta de Domotta, los conocerás.

—¿Tú la has cruzado? ¿Has estado allí?

Pasaron varios latidos sin respuesta hasta que regresó el eco.

No con mi cuerpo. He visto Domotta a través del helminto. Igual que lo hizo Martha. Igual que ese espíritu tan joven que tienes a tu lado. Sé que oís los gemidos de ese lugar en pesadillas.

Cuando el cuello de Frontera se giró, apenas dos pulgadas, no pareció un movimiento natural. Era como ver a un títere obedeciendo a la mano de su dueño.

¿No es cierto, Kristine?

La chica no acertó a mover un solo músculo. Los había oído en sueños, noches después de probar el helminto: vientos que ululaban y rugían como monstruosidades etéreas. Solo ahora se daba cuenta de que podían ser los de Domotta.

Su corazón latía con fuerza.

«Sya». Así nombráis lo que veis. El símbolo que habéis elegido para vuestro mundo, sin saber que hay otro detrás. Uno que jamás veréis con vuestro frío razonamiento. En ese mundo, son Quienes Miran, y no La Ascensión, los que gobiernan. El helminto es solo una ventana desde la que poder asomarse a él.

Su grueso cuello volvió a girarse.

Es ahí donde se fue tu Viento, Zeleste. Si hubieras bailado conmigo, jamás habrías perdido las riendas de tu poder. Estáis condenadas a cometer los mismos errores que cometieron los ulricanos.

¿No me crees? Adelante. Entra en Domotta. Es un buen destino para quienes buscan una muerte diferente.

Tras erizarse bruscamente, los tatuajes se relajaron.

Y rápida.

—¿Qué me espera allí? —Zeleste estaba casi sin aliento—. Tiene que haber algún modo de

entrar de forma segura.

¿Ahora me pides ayuda?

Te ofrecí mi voz hace mucho tiempo. Una música que te hubiera acercado al Viento más que nunca.

La rechazaste.

—No lo pregunto solo en mi nombre, Frontera. Están muriendo personas que nunca le causaron mal alguno a tu pueblo; muchísimas. Podemos… —pensó qué abismos podía ofrecerle a cambio—. Podemos reducir tu condena. Solo tienes que decirnos lo que sabes.

No seas patética.

De repente, las serpientes oscuras se quedaron totalmente inmóviles. Kristine y Zeleste sintieron que algo se desvanecía en la mujer. Su enorme cuerpo se distendía al tiempo que su respiración empezaba a menguar. La voz y el calor de Frontera se alejaban de la estancia sin que su cuerpo se moviera de la silla.

En el suelo del compartimento, los inquietos clavos dejaron de tamborilear.

Te creía diferente, Zeleste. Te creía una enemiga de La Ascensión. Tus palabras y tus acciones demuestran que no lo eres. Mi presencia aquí ya no tiene sentido.

—¡Espera!

Fue en vano. Frontera ya no estaba. Lo que quedó fue una aterradora ausencia; algo más vacío que un cadáver sentado aún en la silla. Aquella escultura hueca e inmóvil seguía mirando a Zeleste en la oscuridad.

La pirata ni siquiera se había dado cuenta: su antorcha de nácar se había quedado sin brillo.



—No olvide llamar antes de entrar —dijo la guardiamarina, apartándose de la puerta—. Es el protocolo en los camarotes de las oficialas.

Zeleste ya tenía la mano en el pomo cuando se detuvo.

—«¿Oficialas?» —frunció el entrecejo—. ¿Desde cuándo se dice así?

—Oh —la guardiamarina se rascó su nariz aguileña. Tenía cara de estudiosa—. Es cierto, usted no habrá leído el último boletín del Gabinete de Información. Son medidas necesarias para modelar un lenguaje que refleje adecuadamente el papel de nuestras competencias en una socied…

—Olvídalo —Zeleste giró el pomo y entró sin llamar.

En el camarote esperaban, además de Zerayd, las mujeres a quienes ya había conocido en aquella fatídica cena: las capitanas Josefyne, Argênte, la tenienta de infantería Evia, la navegadora Maqrèine, la Celadora y la joven tenienta Alecza. La única ausencia era la de Karla, capitana de la *Priva Cursora*, cuyo cuerpo yacía ahora en el fondo del océano junto a los restos de su fragata.

Las oficiales se reunían en torno a una mesita circular de caoba sobre la que descansaba una carta de navegación. Dejaron de hablar en cuanto la pirata hizo acto de presencia. La almiranta echó un vistazo a su derecha: sobre un sofá de gamuza blanca colgaba un reloj de pared.

—Llevamos treinta y siete minutos esperándote —y, con marcada sorna, añadió: «¿Hemos dormido bien?».

Zeleste ni siquiera la miró. Su ojo sano, marcado por un cerco oscuro que contestaba la pregunta de la almiranta, vagó adormecido por el camarote. Se detuvo al ver los platos que

descansaban en la misma mesa que acogió la última cena de Sissia. Esos dos trozos de bizcocho eran todo lo que quedaba del desayuno.

Se acercó y cogió una de las porciones triangulares. Tras un bocado que se llevó la mitad de la ración, se aproximó a las demás con la mirada puesta en la carta de navegación.

—Explicadme —al menos esa fue la palabra que las oficiales rescataron entre los mordiscos de Zeleste.

La almiranta la miró de reojo, desaprobando lo que veía. A continuación, se inclinó sobre la carta y señaló con el dedo.

—Mañana a las ocho en punto pondremos rumbo a Domotta. Desde donde estamos, la zona queda a barlovento; claro que el Objeto nos quita ese problema de encima —sobre el mapa, su grueso índice se desplazó dos cuadrantes a la izquierda—. Justo aquí se encuentran las Espinas del Adiós. Habrás oído hablar de ellas.

—Sí. Un buen regalo para la vista antes de morir.

Le hincó un segundo bocado al bizcocho. Una llovizna de migas cayó indiscriminadamente sobre el mapa.

—Pasadas las Espinas, la *Renacida* tomará la delantera —prosiguió la almiranta, no sin antes limpiar las migas con cierta irritación—. Pase lo que pase cuando entremos en Domotta, creo que lo ideal será que tú estés al frente.

—«¿Pase lo que pase?». Creía que estabais seguras de que era el viento lo que protegía el lugar.

—Lo estamos —afirmó la Celadora—. Qué clase de viento; eso es lo que no sabemos.

Zeleste la miró. Su instinto le decía que Valquerîe mentía. Que en realidad no estaba segura de nada… O quizá lo sabía todo. Como siempre, aquellos ojos azules hacían un excelente trabajo de impermeabilidad. La Celadora protegía muy bien sus secretos.

Sin duda, la Regenta le había ordenado hacerlo.

—¿Cuántas expediciones más ha habido, Valquerîe? —preguntó Zeleste—. ¿Cuántas veces ha intentado La Ascensión llegar a Domotta?

Consiguió arrancarle un pequeño gesto de nerviosismo.

—Treinta y dos —respondió Valquerîe—. Esta será la trigésimo tercera.

—Coño —con una sonrisa cáustica, Zeleste observó a las presentes—. No se puede decir que vuestra querida Regenta no lo haya intentado. ¿Qué espera encontrar allí exactamente? Porque honor y dignidad ya os digo yo que no.

—Sabes muy bien qué esperamos encontrar —la capitana Josefyne intervino—. El helminto madre.

Zeleste se giró hacia ella con una leve expresión de sorpresa.

—Tus mascotas saben hablar, Zerayd —tras llevarse a la boca lo que quedaba del bizcocho, se frotó las manos—. Ahora solo falta enseñarles a pensar.

—En realidad… —dijo la Celadora—. Deberíamos estar preparadas para cualquier cosa. El

helminto ha existido en Sya desde mucho antes que nosotras; solo en los últimos años se ha convertido en una plaga, seguramente por las operaciones de Frontera.

—Un problema menos —murmuró una de las oficiales mientras sorbía de su taza. Ausente de vapor, su té se había enfriado hacía tiempo.

—Sí, aunque el verdadero problema nos espera en Domotta. Según el Gabinete de Ciencia, ese lugar podría ser el vestigio final del Imperio Ulricano. Su último bastión. Y todas habéis oído hablar de las pérfidas máquinas que construyeron, pero nadie sabe con exactitud cuántas Aberraciones crearon ni para qué las utilizaban.

«Salvo una», pareció decirle a Zeleste con una mirada de reojo. Por alguna razón, la pirata recordó con inquietud las palabras de Frontera. Cómo había mencionado a Quienes Miran.

—Con permiso, Celadora… —la tenienta Alecza intervino con prudencia—. Usted debe saber mucho más acerca de la historia del Hombre que nosotras. ¿Qué cree que es Domotta, exactamente?

La Celadora la observó, guardando silencio durante largos latidos. Ni uno solo de sus mechones rojizos se movió.

—Quizá el Abismo —dijo al fin.

Las oficiales intercambiaron miradas. Habían oído esa palabra empleada de muchas formas; nunca con absoluta literalidad.

—Es broma, tenienta —la Celadora carraspeó, acaso arrepentida del momento que había elegido para el sarcasmo—. Pero, como ya he dicho, tenemos que estar preparadas para lo que sea.

Herméticos, los ojos azules se posaron en Zeleste.

—Sé que lo conseguirás. Dominarás esos vientos. Cumpliremos nuestra misión y Sya podrá respirar de nuevo gracias a ti.

Por toda respuesta, la pirata se dio la vuelta y fue a por el último trozo de bizcocho.

—¿Por qué no? A estas alturas, creo que nada me sorprendería; ni yo misma. ¿Hay algo más que aclarar o puedo volver ya a mi barco? Tengo una compañera a la que dar sepultura.

—Nosotras también —la almiranta Zerayd apretaba ahora los dientes—. A cientos de compañeras que han dado su vida por salvar la tuya. Muestra un poco de respeto, maldita engreída.

Zeleste estaba a punto de lanzar una furiosa réplica cuando, en una decisión inusitada por su parte, agachó la cabeza. Sus condolencias llegaron con un reticente susurro y no más de cuatro palabras.

—Una última cosa —dijo la almiranta tras un denso silencio—. Imagino que andarás… escasa de tripulación, dados los recientes acontecimientos.

—Imaginas bien.

—Enviaré en bote a cuarenta de mis mujeres. La *Renacida* las necesita mucho más que nosotras. Y quiero que una de mis oficialas te acompañe —se giró hacia la más joven del

camarote—. ¿Alecza?

—Sí, almiranta —de inmediato, la tenienta se puso firme.

—A partir de ahora estás bajo el mando de Zeleste.

Con un «a la orden», Alecza se llevó la mano a la frente.

—Ni hablar —Zeleste se cruzó de brazos—. Tengo mi propia gente de confianza, gracias.

—Preferiría no discutir hasta el fin de los tiempos contigo —suspiró la almiranta.

—Yo preferiría que no me endilgara espías ni perritos guardianes. Sabemos cuidar de...

Calló al ver que la tenienta se acercaba a ella.

—No la decepcionaré —Alecza hablaba con firmeza—. Será un honor servir con usted, capitana.

Zeleste la observó detenidamente. Se fijó en la intensidad de sus ojos castaños, en la prominencia de su frente bañada por el sol, en esos labios carnosos que se apretaban con determinación. Lo primero que había pensado al oír sus palabras era que esa tenienta solo quería ganarse su confianza, o al menos impresionar a su almiranta. Ahora que la tenía cara a cara no estaba tan segura.

—Estarás mejor con tu gente. Camas limpias, uniformes, disciplina... —Zeleste ancló la mirada en el ojo izquierdo de la joven—. Una reputada almiranta...

—No me importará cambiar de aires, capitana.

Ocurrió lo inesperado. Mirándose, los labios de ambas mujeres se coordinaron para esbozar idénticas sonrisas. Alecza estaba de espaldas a las oficiales, así que nadie salvo Zeleste pudo ver su gesto. Y en él encontró algo que no encontraba fácilmente; menos aún en una obediente tenienta de la Marina.

Era complicidad. Sazonada con astucia, arrojo, ambición y demás cualidades que a Zeleste Sassuolo le encantaba descubrir en la gente. Aquella joven no daba la impresión de querer pasar mucho más tiempo junto a su almiranta.

En otra vida, habría sido una excelente pirata.

—Hay hamacas de sobra, creo.

Dicho lo cual, Zeleste se llevó el bizcocho a la boca y se encaminó a la puerta.

Lo que hacía la Marina, igual que la mayoría de quienes se vieran obligadas a realizar entierros en el mar, era envolver los cadáveres en tela y coserla de los pies a la cabeza. Antes de ello, las supervivientes peinaban a sus compañeras caídas y hacían lo posible por limpiar y cubrir sus heridas. Tras un breve discurso funerario, se recitaban los nombres de las difuntas. Los bultos caían al mar mientras el silencio imponía su ley en cubierta.

Las piratas no envolvían los cadáveres ni los acicalaban. Se limitaban a quitarles la ropa, descenderlos en bote y dejarlos con suavidad en la mar. Era en principio una cuestión práctica:

no abundaban los recursos en una nave pirata, de modo que tela y ropa harían un mucho mejor servicio como repuesto que como parte de un rito fúnebre.

Pero, a fuerza de costumbre, las piratas habían encontrado un significado a sus austeras sepulturas. Aquellos espíritus se habían forjado en el océano, de modo que ahora dormían en él y legaban sus cuerpos desnudos como alimento de peces y bestias. Sus gestas y errores flotaban en la superficie hasta que los caprichos de olas y corrientes los arrastraban al fondo.

Fue así como despidieron a Vivianne. Acercándose al extremo del bote, Zeleste alzó su desfigurado cuerpo y lo dejó reposar en el agua. Tostón y Sounya lo empujaron suavemente con los remos, y la que fue siempre fue su amiga, al menos mientras quiso serlo, empezó a alejarse. El último de una larga serie de cuerpos enfilándose ahora hacia el destino que el piélago eligiera para ellos.

No hubo discursos ni plegarias. Solo tragos a una botella de vino mientras se contemplaba la puesta del sol en el horizonte.

Nëufan aún tenía presentes las imágenes de aquella despedida a la mañana siguiente, mientras la corbeta y el navío de línea, empujadas grácilmente por el poder del Objeto, navegaban rumbo oeste.

Apoyada en la regala de babor, la cirujana observaba la cofa del trinquete del *Stendarte*. Allí, en lo alto, una figura enmascarada y solitaria abría sus brazos en cruz y domaba el viento casi tan fácilmente como Zeleste lo hiciera en el *Ira Flavia.*

Siete años atrás, cuando un error por el que aún no había logrado perdonarse la llevó a perder su licencia de cirujana, Nëufan se sintió igual que ese hombre soterrado bajo una túnica negra y un impasible rostro de cera blanca. Invisible, omitida. Fuese donde fuese, la mirada sin vida de aquella niña la perseguía.

Tras ese *accidente* —le llevó mucho tiempo aprender a aceptar esa palabra—, olvidó que se llamaba Nëufan. Olvidó a la muchacha dedicada y ambiciosa que soñaba con ser la primera en trasplantar un corazón, en descubrir una sustancia que destruyera bacterias infecciosas sin dañar al paciente, en abrir las puertas de la inmortalidad. En su lugar quedó un espíritu nocivo, enfermo de miedo y pesadumbre, sumergido noche y día en un maltámbar que solo ayudaba a seguir olvidando unas horas más.

Al final, dado que no había forma de reconocer al ser lastimero y colérico en que se había convertido, su marido y sus hijos también se olvidaron de ella. Por eso acabó en Groschiatta, un antiguo puesto comercial en las islas Mïtten al que el tiempo y la desidia acabaron convirtiendo en un refugio criminal. Allí se recibía con brazos abiertos —y manchados de sangre— a las prófugas, las indeseables, las que no tenían otro sitio donde ir.

Fue en Groschiatta donde se reencontró con su espíritu, aunque fuera del modo en que la

soledad se encuentra a sí misma. Trabó amistad con otras mujeres que también huían de todo. Como Zeleste y Vivianne. No había bebido desde entonces. Se sentía orgullosa de su capacidad de contención, sobre todo dados los desatados festines a los que las piratas se entregaban con frecuencia.

La fiebre, sin embargo, seguía en ella.

Aún despertaba a veces en mitad de la noche y ocurría. El hormigueo nacía en las piernas y se extendía a todo lo demás. Empezaba a temblar sin poder controlarlo. De nada servía repetirse que solo era un episodio posterior del síndrome de abstinencia: las arañas seguían invadiendo su piel. Y ahí, en el mismo hipotálamo de la oscuridad, dos ojos moribundos la observaban. Susurraban su nombre.

—Nëufan. Eh, cirujana, que se lo pierde.

Tostón la arrancó de su ensimismamiento. La tripulación, ahora una mezcla de camisones desastrados y pulcros uniformes azules de la Marina, se apelotonaba en la proa de la *Renacida*.

—Nunca creí que llegaría a verlas —Laurém hablaba con verdadera admiración.

—Aprovecha, porque igual será lo último que veremos —dijo Tostón—. Bah.

Nadie quería perdérselo. Con marea alta, las Espinas del Adiós permanecían ocultas bajo el mar, y cualquier nave habría tenido que mantenerse alejada de la zona so riesgo de encallar en ellas. Con la bajamar, en cambio, podían verse en todo su esplendor. Siete pilares rocosos, separados cada uno por exactamente diecisiete pies y medio, formando una perfecta e inquietante fila mucho más larga, en realidad, de lo que las mareas permitían ver. Nadie sabía cuántas Espinas dormían en lo profundo del océano. Solo los últimos siete peldaños de esa escalinata natural conseguían asomarse, por unas horas, a la superficie.

Aquellos minerales relucientes cubrían hasta la última pulgada de cada pilar, como una insaciable floración de hongos cristalinos. Las geólogas los habían bautizado y catalogado; lo que no habían conseguido era extraerlos. No había punzón, martillo o explosivo siquiera que consiguiera arrancar esos minerales, mucho menos dañar a las Espinas. «Inasequiblita» era, en opinión de Nëufan, un nombre no demasiado inspirado, pero ciertamente ilustrativo.

—¡Bueno, ya sabéis c-cómo va! —exclamó Sounya—. Se pide un deseo y, cuando rebasemos los p-pilares, se hará realidad.

—¿Qué dises, merlusa? No va así —le corrigió Mara—. Este es el confín del reino los muertos; po eso las llaman Espinas del Adiós. Es lo último que ven los difuntos antes d'abandonar nuestro mundo. Desde aquí puedes hablar con ellos.

—Pues yo había oído que este era el peine con que se cepillaban los dioses del viento —dijo Tostón—. O los palillos con que se quitaban los paluegos de los dientes, yo qué sé.

Las marineras y oficiales del *Stendarte*, que navegaba sesenta pies a babor de la *Renacida*,

tampoco quisieron perderse el espectáculo. En la borda de estribor, en jarcias y cofas, en el castillo de proa: todos los espíritus del navío de línea guardaron silencio mientras las Espinas desfilaban ante sus ojos. La luz del sol caía en la inasequiblita y se rompía en tonalidades azuladas y violáceas, reflectándose en los rostros anhelantes de la tripulación. Nëufan supuso que a bordo del abarrotado *Stendarte* se discutirían otros mitos y especulaciones sobre el origen de las Espinas. Y al igual que el sol proyectaba su fulgor en ese mineral vidrioso, las marineras proyectarían sus sueños, miedos y esperanzas en las ficciones que compartían.

Cuando los pilares quedaron atrás, la *Renacida* siguió el plan de la almiranta y se posicionó delante del navío de línea. En ese momento, Nëufan divisó una figura conocida en el alcázar del *Stendarte*: la Celadora estaba a punto de empezar un discurso. Ante ella, del combés al castillo, cientos de marineras se arrodillaban con la cabeza gacha. Las palabras de la Celadora no llegaron con claridad a sus oídos. Solo distinguió menciones a las Eternas, al coraje, a la deuda que La Ascensión tendría por siempre con ellas. Varios párrafos del Códice también parecieron acompañar su discurso.

Nëufan recordó lo que en cierta ocasión oyó decir a su capitana y que ahora parecía manifestarse ante sus ojos. La forma en que las marineras se arrodillaban, la aureola casi sagrada de la Celadora, la solemnidad de la escena... Lo que veía no era diferente a lo que se habría visto en una antigua ceremonia religiosa.

«Es una religión disfrazada de ciencia». Así había descrito Zeleste al Eternismo. En su momento, Nëufan descartó esas palabras como mero producto del odio y el resentimiento; emociones que, por otra parte, Zeleste tenía buenos motivos para sentir.

Pero en aquel instante, minutos antes de adentrarse en Domotta, la cirujana se topó con una nueva perspectiva. ¿Cuál era la diferencia entre religión y ciencia, a fin de cuentas? En sus propias palabras, la primera se basaría en fe y autoridad; la segunda, en observación y discusión. La ciencia se cuestionaba constantemente a sí misma. Eso la distinguía de los sistemas dogmáticos del Hombre.

Sin embargo, Nëufan sabía perfectamente lo que le ocurría a quien cuestionase cualquier principio fundamental del Códice. O a las Hermanas de Gracia que se apartaban del camino que La Ascensión dictaba para ellas.

Y si lo que la tripulación del *Stendarte* hacía en aquel momento no era en cierto modo rezar, ¿qué hacía entonces? Si postrarse ante su sacerdotisa y rogar que el destino les sonriera no era un acto de fe, ¿qué era pues?

Nëufan nunca había sido supersticiosa. Era vossení, al fin y al cabo. La clase de espíritu para el que una rosa es una rosa y la muerte es la muerte. Sabía que los misterios de Sya se resolverían mediante ciencia y lógica, no con esperanzas abstractas. Aun así, solo por un parpadeo, sintió el impulso de arrodillarse y encontrar algo a lo que poder rezar.

Sobre todo cuando advirtió el banco de niebla en el que se estaban adentrando. La colosal e insondable nubosidad que colmaba el horizonte.

Tostón tenía razón. Nunca regresarían de aquel viaje.



VIII

LA PUERTA DE DOMOTTA

Pronto se hizo imposible ver más allá de diez o doce pies de distancia. Cada vez más espesa, la niebla se convertía en un grueso manto que envolvía a ambas naves. El brillo del sol también murió tras aquel telón blanquecino.

A la orden de la almiranta, el Objeto hizo amainar el viento. La *Renacida*, seguida muy de cerca por el *Stendarte*, avanzó con cautela a través de la bruma. Las voces en ambas cubiertas se apagaron. Quedaron únicamente las caricias del agua, el suave flameo de las velas, las campanillas de popa. Nerviosos latidos del corazón.

Desde la cofa del palo mayor de la corbeta, los ojos de Alecza percibieron algo. Allí, a estribor, una sombra alargada se alzaba entre la ubicua blancura de la niebla. La tenienta se agarró a las jarcias con una mano e inclinó el cuerpo hacia adelante para verla más de cerca, aunque fuera unas pocas pulgadas.

Era una forma voluminosa. Turbia. Cuando alzó la mirada, se percató de que la sombra se elevaba alto; más alto de lo que podía distinguirse entre la bruma. Por apenas medio latido, creyó verla con claridad suficiente como para darse cuenta: esa forma negruzca que se barruntaba entre la blanca espesura nada tenía de sombra. Era sólida. Podría ser el lateral de un arco, pues parecía

arquearse ligeramente a medida que ascendía. La niebla se hizo entonces aún más compacta y, cual espejismo, el pilar oscuro se esfumó tras ella.

Fue en ese instante cuando el viento, sin más, se extinguió. Las velas dejaron de ondular. Ambas naves quedaron inmóviles sobre unas aguas que, de pronto, se parecían más a una alfombra translúcida que a una fuerza en movimiento.

Zerayd había experimentado una calma chicha en varias ocasiones durante su carrera. Cuando la atmósfera se quedaba huérfana de viento y las olas morían. Cuando la tripulación se resignaba sabiendo que durante días, quizá semanas, no habría nada que hacer salvo contar las horas y esperar.

En ninguna de esas ocasiones había contado con un Objeto a bordo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a sus oficiales, reunidas con ella en proa.

Alzó la vista. El Objeto seguía en su cofa con los brazos extendidos. Si hubiera podido hablar bajo la máscara —si no le hubieran cortado la lengua años atrás—, le habría dicho a la almiranta que él tampoco podía explicarlo. Los ecos que sentía en la atmósfera, esos pequeños cosquilleos que captaba por instinto y convertía en poder que fluía entre sus dedos, habían desaparecido de forma repentina. Tan repentina como una muerte. No había viento, sencillamente.

Zerayd comprendió lo que el Objeto gesticulaba desde la cofa: «no, yo tampoco lo entiendo». Miró entonces hacia la *Renacida*. La corbeta estaba también detenida; las piratas, tan perplejas como ella. Los pocos pies de mar que se divisaban entre la bruma eran ahora un espejo horizontal. Sin ondulaciones. Sin movimiento. El *Stendarte* ni siquiera se mecía.

Silencio absoluto.

Los pasos de la almiranta se oyeron con claridad cuando caminó hacia el castillo de proa. Zerayd escudriñó el nuboso horizonte mientras sentía una agitación inexplicable creciendo en su interior. Se dio cuenta de que estaba jadeando: el terror venía de todas partes y de ninguna. De lo profundo de la niebla y de sus propias entrañas.

Algo la observaba.

Cientos de mujeres se echaron al suelo cuando, sin previo aviso, el silencio se rompió. Lo que habían oído era más estridente que un trueno. Más súbito que un disparo de cañón.

Marineras y piratas se llevaron las manos a los oídos. Lo único con que hubieran podido comparar aquel sonido sería un trombón. Un instrumento titánico y ultraterreno retumbando desde los cielos. Zeleste notó sus tímpanos sacudiéndose con dolor. Su mente emblanqueció por momentos, anulada por ese atroz encuentro en el umbral del oído.

El estruendo tronó durante unos cinco latidos y, en el último, cambió a una tonalidad más aguda. Tras una breve pausa se oyó un traqueteo que parecía proceder del mismo fondo del mar. Ruedas de una enorme máquina poniéndose en marcha. Dientes de metal oxidado empujándose.

Las que estaban en la proa de la *Renacida* fueron las primeras en verlo: la niebla ante ellas retrocedía, revelando un vasto mar que seguía estático. El confín blanco se replegaba, aunque solo parecía hacerlo en dirección norte.

Pudo verse entonces una sombra que, a media milla de proa, empezaba a emerger de la bruma. Surgió al tiempo que regresaba el silbido del viento. Una brisa inesperada que vibraba con una tonalidad incisiva, animal. Casi un aullido.

Zeleste vio la forma grisácea que avanzaba hacia la *Renacida* desde el horizonte. La hubiera descrito como una enorme nube de vapor si no fuera por cómo se movía. Rápida y ávidamente. Una voraz inteligencia que cambiaba de forma.

Y podía verle el rostro. Una mandíbula angulosa. Un hueco en el que una boca gigantesca se abría, rugiendo y ululando mientras arremetía contra la flota. No era una faz humana y, sin embargo, Zeleste percibía una especie de conciencia en el viento que se estrellaba en su rostro. Una llena de odio y furia.

«Capitana…», dijo una voz a su espalda. Pudo ser la de Mara. Con tan poca voz y tanto terror era imposible identificarla.

La deformidad de vapor siguió aproximándose a toda velocidad. El viento arreció con un bramido cada vez más agudo.

—¡Zeleste!

Sus compañeras se lo suplicaban ahora. No sabían qué esperaban que hiciera; con qué milagro su capitana podría salvarlas.

Aun así, rogaban que lo hiciera.

Tú no sabes a nada.

La voz de la Eterna, que se había repetido en su interior en cada momento del viaje, se esfumó en cuanto Magdan oyó el ulular del viento.

Ignoraba cuántos días llevaba encerrado. A veces tenía la sensación de que el mundo exterior se había olvidado de él, y solo podía percibirlo mediante sonidos que se filtraban entre la madera. El griterío de la contramaestre. Explosiones lejanas y mujeres cayendo al mar. Y ahora, un horror que se acercaba con un silbar tan agudo, tan aterrador, que de alguna forma acabó volviéndose divertido.

Y es que, sin más compañía que la hamaca, el espejo y cuatro mudas paredes, Magdan había tenido tiempo de acostumbrarse a la locura. Incluso de hacer buenas migas con ella. Esas visiones en las que se entremezclaban su pasado, el rostro de la Eterna y los recuerdos de Zeleste ya no lo inquietaban. Si su mente debía construir una maltrecha realidad a partir del delirio y la confusión, que así fuese. Podría soportarlo.

Incluso había momentos en que sentía que la cordura regresaba. El caos en su cerebro

guardaba silencio y, por unos minutos, se perfilaba una vaga conciencia de dónde estaba.

No, no era la guarida del Ángel de Fuego. Era el camarote de la Celadora. Con aquella claridad, regresaron también las palabras que la Regenta le había dicho en privado, justo antes de enviarlo al *Stendarte*. El aroma de Eylithea era un frescor inextinguible que lo traía de vuelta a la realidad.

«Es solo un presentimiento, Magdan, pero creo que esta misión no podrá tener éxito sin ti».

La oía, pero apenas la escuchaba. Solo quería perderse en ese cabello bicolor que no terminaba nunca. En su fragancia avainillada y el sueño de sus ojos de tormenta.

«Eres quien mejor ha llegado a conocer a Zeleste». Los labios de la Regenta acariciaban su oído.

Sí.

«Sabes lo que detesta. Lo que teme. Lo que la enciende».

Sí.

«Ese será tu cometido, Eme. Encenderla si es necesario. Cuando el calor flaquea, cuando las llamas empiezan a morir en la hoguera, ¿qué hacemos? ¿Dejamos que el frío nos consuma?».

Oh, por Veronia. Qué hermosa era Eylithea. Y la entendía. ¡Qué bien la entendía!

«No, Magdan. Buscamos más leña. Reavivamos las llamas. Eso es lo que hacemos».

El viento era ahora un rugido. El hambre de una bestia enfurecida que resquebrajaba el cobrefil y sacudía el cuerpo del navío. Justo en ese momento, Magdan se puso en pie y empezó a dar brincos por toda la estancia.

—¡Os entiendo, mi Regenta! —gritó—. ¡Os entiendo!

Aún saltaba de alegría mientras abría el pequeño baúl de la Celadora y vertía su contenido en el suelo. Estaba seguro de que la horquilla acabaría apareciendo. Ya no habría puertas cerradas.

Mientras retrocedían hacia la mesana, Zeleste y las oficiales no podían apartar la mirada de Lo Que Se Acercaba. El rostro se hacía aún más colosal a medida que se aproximaba a la corbeta. Una imparable montaña de viento y humo.

Y sus rasgos se deformaban. Las cuencas de los ojos se deshacían como un líquido grisáceo esparciéndose en una superficie irregular. La boca se abría más, cada vez más; y la penumbra que habitaba en sus fauces se ensanchaba para engullir a la *Renacida.*

La corriente que soplaba y ululaba se había convertido en vendaval. Como el que se habría sentido en el umbral de una tormenta, salvo que aquel vendaval tenía conciencia y voz propias. Tanto las piratas como las militares lo sintieron: algo parecido a garras clavándose en su piel y tirando de ella con violencia. Una agonía invisible que no solo las envolvía, sino que se metía dentro del cuerpo, donde podían sentir sus propios espíritus calcinándose, molificándose, desprendiendo gritos de auxilio demasiado débiles como para ser oídos.

En el *Stendarte* era tal la parálisis, tan intenso el pavor que gobernaba ahora a la tripulación, que nadie vio al hombre descamisado que subía por el trinquete.

No vieron a Magdan alcanzar la misma cofa en la que un aterrado Objeto yacía de rodillas. No le vieron apoyar un pie sobre la baranda de la pequeña plataforma y gritar, con todas sus fuerzas:

—¡Zeleste! ¡Zeleste! ¡ZELESTE!

Repitió el nombre hasta poner pulmones y garganta al límite. En la cubierta de la *Renacida*, las cabezas empezaron a girarse y otear el aire en busca del origen de aquella desconcertante llamada.

Zeleste la oyó también. Y cuando se apoyó en la regala y miró al *Stendarte*, que aguardaba a doce cuartas por babor, se encontró con una imagen rocambolesca: un hombre desnudo de cintura para arriba que, subido a la cofa del trinquete, se desgañitaba y movía desquiciadamente los brazos. El demente no paró de gritar su nombre hasta que consiguió atraer su atención.

—¿Me recuerdas, Zeleste? —Magdan siguió gritando—. ¿Recuerdas al error que se llevó por delante al *Ira Flavia?* ¡Ay, capitana mía por unos días, nunca debiste confiar en mí!

La pirata no encontró al principio sentido en aquellas palabras. Había demasiada confusión, demasiado ruido y pánico. Hasta que Magdan dijo el nombre con el que las piratas la habían conocido. Una mujer que nunca fue mujer: solo una Silueta infiltrada en el *Ira Flavia* con la misión de matar a la capitana.

—¡Marciella! —como el loco que era, Magdan empezó a reír a carcajadas—. ¡Esa soy yo! ¿Me recuerdas?

El nombre sonó como un latigazo en la memoria de Zeleste. Las trastornadas carcajadas siguieron resonando bajo el atronador viento, entre la bruma.

—¿Qué fue de ti, Zeleste? —gritaba ahora el loco—. ¿Dónde estás? Yo te lo diré: ¡en el fondo del mar, junto a los huesos de tu antigua tripulación! ¡Todo gracias a mí! ¡Yo hundí tu espíritu en el Abismo! ¿Y sabes qué?

Como si así pudieran verlo mejor, Magdan saltó y trepó por las jarcias hasta situarse varios pies por encima del Objeto. La figura enmascarada parecía tan perpleja como la almiranta, la Celadora y todas las demás lo estaban en cubierta.

—¡Sigo hundiéndolo! ¡Sigo riéndome de ti! ¿Adivinas quién fue? ¿Quién mató a tu amiga Helga?

Kristine, que había retrocedido hasta la escalerilla del alcázar, se estremeció al oírlo. No relacionaba a aquél demente con el hombre acicalado y extrañamente vestido a quien conociera en Londayn. Salvo por su cuerpo esbelto… y sus pantalones negros.

Lo que Zeleste sintió fue totalmente diferente.

Sus manos aferraron la regala como si quisieran arrancarla. Los nudillos emblanquecieron. Un grito desquiciado cobró forma en su ojo gris.

Magdan seguía gritando, aunque sus burlas se oían ya muy lejos.

Las piratas vieron cómo Zeleste, enrojecida y sudorosa, se alejaba de allí. Cómo el raciocinio se esfumaba de su rostro, dejando nada más que un manantial de furia.

La deformada faz de humo estaba ahora a menos de sesenta pies de la proa.

Zeleste soltó la madera de la regala y se llevó las manos al cabello. Clavó las uñas en sus mejillas. Los insultos que escapaban de su boca se perdían; no tanto bajo el vendaval como en su propia saliva. Sus compañeras la vieron dar vueltas sin rumbo, buscando tal vez un arma con la que disparar al loco del *Stendarte* o solo algo en lo que poder descargar su ira. Buscando a Helga, Ayreen, Noema, Martha y todos los nombres a los que no pudo salvar. Transformándose en lo mismo que había destruido Londayn.

Se arrodilló, apretando los puños como si una energía imparable estuviera a punto de escapar de ellos. Tostón acertó a gritar justo a tiempo:

—¡Al suelo! ¡Todas al suelo!

Obedecieron en el mismo momento en que Zeleste abrió la boca y desprendió un alarido sin género que se impuso al vendaval. Un rugido que apuntaba al mástil frontal del *Stendarte.*

El Viento emergió de inmediato.

Nació de un vacío que parecía encontrarse justo en el estribor de la *Renacida.* Magdan apenas tuvo tiempo a agarrarse a las jarcias con todas sus fuerzas. Sintió una fuerza que se estrellaba directamente en su rostro y arrancaba sus pies de los aparejos. La arboladura del *Stendarte* se onduló con furia y empezó a rasgarse.

Magdan ni siquiera vio al Objeto salir volando. Cerró los ojos por un latido y, cuando los volvió a abrir, la figura enmascarada ya no estaba allí. Abajo, la almiranta y algunas mujeres lograron asirse a cabos y jarcias mientras decenas de cuerpos rodaban por cubierta y otros tantos caían por la borda.

La Hija del Viento siguió gritando. Con más rabia y dolor del que ella misma pudiera comprender, aulló mientras su vendaval se ensañaba con el *Stendarte*. El trinquete del navío de línea empezó a resquebrajarse. La gigantesca nave se escoraba peligrosamente.

Se oyó entonces algo similar a un trueno.

Fue lo bastante fuerte como para que Zeleste despertara de su frenesí y pusiera fin al vómito de su propio poder. Se giró justo a tiempo para ver a la enorme conciencia vaporosa, tan deformada ya que apenas se parecía a un rostro, a punto de engullir la corbeta… Y acto seguido, desapareció. La nube grisácea se evaporó en una décima de latido.

Mientras el eco del trueno aún resonaba en los oídos de las marineras, los dos navíos se vieron de nuevo rodeados por niebla y silencio. El *Stendarte,* que había estado a punto de volcar, zozobró mientras recuperaba torpemente su equilibrio.

Zeleste no era la única que jadeaba. A su propio resuello se unía el de las demás piratas, apenas aliviadas al ver que el peligro, tanto el que instantes atrás se aproximaba a proa como el que había conjurado su capitana, se había esfumado.

Con brazos doloridos, Magdan descendió pesadamente por el trinquete. Acababa de poner pie en cubierta cuando unas manos lo agarraron por el cuello. Sintió su espalda estampándose contra el robusto mástil de la nave.

—Maldito loco de mierda —los ojos castaños de Zerayd ardían—. ¿Qué abismos has hecho?

No obstante, una mano conciliadora se posó en su hombro.

—Espere, almiranta —dijo la Celadora—. Creo que nos acaba de salvar.

Magdan parecía exhausto. Con los ojos cerrados, sonreía. «Os entiendo», susurraba. «Os entiendo». Cuando Zerayd lo dejó caer al suelo y se giró hacia la proa, comprendió a qué se refería la Celadora.

La oscura monstruosidad que instantes atrás avanzaba hacia ellas ya no estaba. Tampoco aquella fuerza que sacudía sus entrañas. Todo había desaparecido después de que Zeleste conjurase su poder.

Varias marineras empezaron a soltar cabos y escalerillas de cuerda para ayudar a quienes habían caído por la borda. El Objeto no aparecía por ninguna parte. Muy pocas habían visto cómo su cuerpo salía disparado de la cofa y se adentraba en una bruma de la que nunca regresaría.

Una sacudida agitó a la *Renacida.* Pocos latidos después, ocurrió lo mismo en el *Stendarte.* De pronto, las aguas volvían a cobrar vida. Ondulaban de nuevo con normalidad, y un viento distinto, apacible, empujaba ahora a ambas naves. A medida que la bruma clareaba, también cambiaba el color del cielo. Lo que las navegantes vieron sobre sus cabezas no era cerúleo, ni tampoco tenía la oscuridad de una tormenta.

El firmamento se tornaba rojo. Rojo como un estallido de arreboles. Un velo de sangre sobre los ojos.

Revelando poco a poco un horizonte hasta entonces encubierto, la niebla terminó de desvanecerse. Pronto fue solo un recuerdo en las turbadas mentes de un millar de mujeres que, sin embargo, se encontraban ahora con una imagen que jamás podrían olvidar.

Domotta era una isla. Al menos tenía las dimensiones y la forma de una. Fuera de esa asociación, no habrían podido compararla con nada que no existiera únicamente en sus pesadillas.

Una masa de tierra negra se perfilaba tras la bruma. La playa de carbón que aguardaba a los navíos poco tenía que ver con la roca ennegrecida característica de las Islas Volcán. Las marineras advirtieron que allí no había arena, ni roca, ni vegetación. Lo único que distinguían era un suelo de absoluto negro… salpicado, aquí y allá, con robustos brotes de un gris metálico.

Vieron conductos, mecanismos, pistones y cilindros que vibraban y ronroneaban mientras la

oscura playa, como si de un fuelle o el pecho de una criatura gigantesca se tratara, parecía subir y bajar unas pulgadas en ciertos puntos del terreno.

Todo el paisaje era una brusca cópula entre lo orgánico y lo mecánico. Filas paralelas de cilindros se confundían con hileras de costillas adentrándose en lo profundo de la isla. Los gruesos conductos que recorrían la costa hacían pensar en arterias niqueladas que emergían del agua y serpenteaban hacia las colinas que se barruntaban en la distancia.

A lo lejos, bajo la capota carmesí del cielo, se apreciaban promontorios y cerros en los que el delirio continuaba. Más allá de las colinas se atisbaban estructuras. Arcos con huesos de acero blanco. Pilares de carne oxidada. Y al fondo, descollando sobre el irregular paisaje, una enorme torre que culminaba en una cúpula dorada.

Cuando las naves se acercaron a pocos pies de aquella costa imposible, las aguas volvieron a detenerse y el viento dejó de soplar. Las mujeres se reunieron entonces con un silencio que solo sus propios sollozos y balbuceos rompían. Algunas, rendidas ya ante la locura que tenían delante, perdieron el equilibrio y se desmayaron en cubierta.

La voz de la capitana Josefyne sonó como un maullido bajo una tormenta:

—¿Qué hacemos, almiranta?

Zerayd esbozó una sonrisa. Una incoherente y lejana, como la de Magdan momentos atrás.

—Por ahora, capitana, mantener la cordura.

Sexta Parte





I

Mansión Montpeyrousse. Note-Coreil

Miró al suelo. Los ojos de Eylithea se perdieron en una sucesión de hexágonos oscuros que parecía no tener fin. Los mismos motivos una y otra vez, en un vertiginoso mar de roble y castaño que crujía suavemente bajo los zapatos blancos que lo navegaban.

La Regenta torció el gesto. Al principio se le escapaba. Ahora estaba segura: era ese chirrido, breve y envolvente, que sus zapatos arrancaban en la madera. Tenía una propiedad visceralmente molesta. Como uñas afiladas rasgando un papel.

Avanzó por la galería mientras sus ojos dormidos observaban su entorno. Salvo por la sala en que la duquesa recibía a sus visitas, la mansión destacaba por su sorprendente austeridad. No había cuadros en las paredes, ni delicadas lámparas de nácar coronando aquel techo de vigas anchas. Distinguió un par de bancos de hierro y, cada quince o veinte pies, algún que otro jarrón con plantas que solo parecían existir para ser inmediatamente olvidadas. Reflejada en el bruñido suelo de madera, la luz que entraba por los ventanales rectangulares a su izquierda traía un fulgor dorado que, si acaso, resaltaba aún más la sobriedad de la galería.

Sí había una estatua. Solo una. La efigie de Séléine Montpeyrousse, con un ejemplar del Códice bajo el brazo izquierdo y un puñado de vitaliquen en la mano derecha, le devolvía la mirada junto al arco que marcaba el final de la galería. La madera dejó de rechinar cuando Eylithea se detuvo ante ella.

La Regenta contempló la estatua de forma extraña. Como si pudiera escucharla. Permaneció así al menos medio minuto hasta que suspiró y negó con la cabeza, acaso decepcionada con lo que el pétreo legado de Séléine tenía que decirle.

—Estoy aquí, cielo.

La voz que había sonado desde la sala contigua era cálida y jovial. En nada daba la impresión de pertenecer a una duquesa de ochenta y un años. Tras una última mirada a la estatua, Eylithea cruzó el arco y se adentró en la sala de visitas.

Lo primero que la recibió al entrar en la amplia estancia rectangular fue el pasatiempo favorito de la duquesa.

Una luz policromada entraba ahora por el vitral a su izquierda y caía sobre cinco filas de mesas, cada una acogiendo un tablero de Proeliam con una situación de batalla distinta. A su derecha, varios sofás de estilo celiniano, con su curvada caoba, sus apliques de bronce y su mullido terciopelo blanco, formaban un semicírculo en torno a un único sillón bermejo. Era allí donde estaba sentada Thérésse Montpeyrousse, entretenida con alfileres en sus manos y murmurando distraídamente alguna canción de su infancia.

—Es admirable que puedas seguir tantas partidas al mismo tiempo —observó Eylithea mientras se sentaba en uno de los sofás.

La duquesa echó un vistazo a las mesas de Proeliam, olvidándose por un instante de lo que estaba tejiendo. Los alfileres dejaron de moverse en torno a la gruesa lana roja que descansaba sobre su regazo.

—Oh, a mi edad una ya no sabe qué hacer para que no se le atrofie la mente —sus dedos reanudaron su movimiento—. De todos modos, estoy acostumbrada a ocuparme de muchos asuntos a la vez. Seguro que me entiendes.

Thérésse sonrió. Sus labios lucían el mismo color que la lana entre sus manos. Y que la abultada falta que llevaba bajo una berta escarlata que dejaba sus ancianos hombros al descubierto. Y que las petunias que daban la bienvenida a los visitantes en la puerta principal de la mansión. El de Note-Coreil era un rojo ardiente y ubicuo.

—Por supuesto que te entiendo —la Regenta le devolvió la sonrisa. Una lánguida y comedida, en contraste con la de Thérésse, candorosa y de oreja a oreja.

—Siempre es un placer tenerte aquí —Thérésse volvió a concentrarse en sus dedos, moviéndose ahora con una vivacidad juvenil—. Dime, cielo, ¿ha empezado ya la reconstrucción de Londayn?

—Sí. Será una tarea complicada. Malvitta está más agitada que nunca.

—Qué lástima. Una verdadera lástima.

Eylithea observó a la anciana, quien ahora negaba con la cabeza y esgrimía una mueca triste.

Dejó que pasaran unos latidos en los que, sin parpadear una sola vez, no le quitó el ojo de encima.

— Las malvittanas son gente de carácter —dijo entonces Thérésse—, pero acabarán entendiendo que La Ascensión es el único camino. La mayoría ya lo entiende, en realidad. Son las malas raíces lo que hay que desarraigar.

Eylithea asintió. «Y tanto». Sus ojos grisáceos seguían sin parpadear.

Un mayordomo entró en la estancia sosteniendo una bandeja en sus manos. Deteniéndose brevemente junto a una mesita, levantó una humeante tetera y la acercó a dos tazas de porcelana. Antes de que el líquido se vertiera, la Regenta ya había adivinado el color del té.

Sostuvo su taza cuidadosamente mientras el mayordomo, con una reverencia, se retiraba de la sala. Dejó que sus dedos, largos y ágiles, tantearan la estilizada curva del asa antes de llevarse la taza a los labios. Un calor afrutado despertó en su lengua. Frente a ella, la duquesa bebía de su taza con un trago que parecía no acabar nunca.

—Hay raíces imposibles de erradicar, no obstante —comentó Eylithea—. Raíces invisibles.

—¿Como por ejemplo?

—Rumores.

—¿Justicia divina y esa clase de chismes? —Thérésse alzó la vista. Solo por un instante.

«Hm», murmuró la Regenta, sorbiendo de nuevo el té.

—Oh, bueno —rio la duquesa—. Era de esperar. Las rebeldes están desesperadas, y cuando una está desesperada, busca señales hasta en lo que no existe. Así que, si un huracán devasta una ciudad, es de esperar que los antiguos dioses del viento se mencionen. Encaja con lo que las segregacionistas quieren creer.

—Desde luego. Hay quien dice incluso que el espíritu de Zeleste ha regresado para vengarse. Y que eso es lo que destruyó Londayn.

La posterior carcajada de Thérésse duró uno o dos latidos más de lo que la Regenta consideraba genuino. A continuación, la duquesa volvió a sorber de una taza que, hasta donde sabía Eylithea, ya estaba vacía.

—Sabes, si hubiera oído esa historia hace cincuenta años me la podría haber creído —Thérésse rió de nuevo—. A estas alturas, he visto demasiado como para creer en milagros.

—Yo también. De hecho, he descubierto hace poco que fuiste tú quien saboteó su purificación. Por eso lo decía.

La duquesa dejó su taza en la mesita. No hubo ningún cambio en su expresión. Siguió tejiendo y sonriendo tan jovialmente como momentos atrás.

—Quizá quieras decir algo al respecto —sugirió Eylithea.

—Cielo, sé muy bien cuándo debo callar.

Thérésse se puso en pie. Tras dejar los alfileres en la butaca y alisarse su falda acampanada, se acercó a las mesas de Proeliam.

—No me hago ilusiones, Eylithea. Juego mis cartas sabiendo a qué riesgos me expongo. Y,

claro está, también calculo los riesgos de las demás.

—Entonces no tendrás ningún problema en explicar qué pretendías.

Los dedos de la duquesa recorrieron uno de los tableros hasta acariciar la generala del ejército oeste. Al igual que el resto de las piezas, su cuerpo de pino había sido tallado y barnizado con maestría.

—Estoy segura de que puedes adivinarlo.

—Puedo adivinar que no me gustará oírlo —Eylithea se levantó del sofá—. ¿Qué interés tienes en Domotta, Thérésse?

—¿Domotta?

Olvidándose del tablero, la duquesa se dio la vuelta. Si había alguna imperfección en su sorpresa fingida, la Regenta no fue capaz de leerla.

—No te entiendo. ¿Por qué iba a estar interesada en ese lugar? No es más que un pozo que se traga a todo lo que intenta entrar en él.

—Si sabes cómo funciona la Aberración con que creamos a las níveas, sabes tanto como yo sobre los antiguos dioses del Hombre. Y si has descubierto un método para conseguir que esa máquina falle, diría que de hecho sabes más que yo.

—Supongo que pedirte que purificaras a Zeleste fue motivo de sospecha —como si estuviera apenada, Thérésse enarcó las cejas.

«Estuviste bajo sospecha desde mucho antes», susurró la Regenta. Ambas estaban ahora frente a frente. Apenas unas pulgadas separaban la falda roja del esbelto vestido de seda blanca.

—Te lo preguntaré por segunda vez. Domotta. ¿Qué buscas allí?

—Buscaba —la duquesa suspiró—. Intenté contactar con Zeleste tras su… renacimiento. Cierta persona debía encontrarla por mí, pero tengo la sensación de que nunca volveré a recibir noticias suyas —la generala de pino regresó al tablero—. Buscaba lo mismo que tú. Lo único que puede encontrarse en Domotta, y no me refiero al helminto. Ya sabes de qué hablo.

Eylithea alzó un ápice el mentón.

—Hay que poner fin a ese poder cuanto antes —prosiguió Thérésse—. Lo sabes bien. Igual que lo sabían tus predecesoras. Dicen que Zeleste posee un Viento muy superior a cualquiera de tus Objetos; deduje que ella podría ser la clave para entrar en el lugar.

—Debes haber pensado mucho en esto. Sobre todo para atreverte a hacerlo a mis espaldas.

—Te lo he dicho, cielo. Siempre calculo bien mis riesgos. Y a falta de un ejército como el tuyo, empleo otra clase de recursos.

Extendió sus ancianas manos y tomó las de la Regenta. Eylithea relajó las muñecas mientras dos gruesos pulgares le acariciaban las palmas.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar furiosa —por primera vez, Thérésse había dejado de sonreír—. Puede que incluso estés pensando en matarme. Pero no cometerás ese error. Tus antepasados y los míos llegaron a un acuerdo, y si tú y yo estamos aquí es porque hemos sabido honrarlo. Porque cada una de las Cinco Familias ha gobernado su isla sin dejar de servir, por

encima de todo, al bien común. Si acabas conmigo, tendrás que hacer frente a una sublevación que jamás beneficiará a nuestra nación de forma alguna. Mi provincia me es muy leal; lo sabes. Además, Méladîe y Paulitte estaban al tanto de mi plan.

—Las vi hace solo unos días en Porto Rómero. Tus hijas habrán tenido mucho que digerir.

—Mucho, Eylithea, pero son fuertes. Tú y yo debemos serlo también.

Los ojos de la Regenta permanecían lánguidos e inmóviles. Era una tormenta sin furia. Al menos no una que la duquesa pudiera ver a simple vista.

—Lo que Sya necesita es que colaboremos, cielo; no que nos destruyamos —dijo Thérésse —. Estoy segura de que podemos encontrar alguna forma de compensarte mi *pequeño* agravio.

—Claro que podemos —los dedos jóvenes se entrelazaron con los ancianos—. Por eso he venido aquí. Estoy cansada, Thérésse. Cansada de que nuestros miedos nos lleven a sembrar desconfianza en vez de concordia. Quiero que las cosas cambien a partir de ahora y, para mostrarte mi voluntad de que así sea, te he traído un obsequio.

Eylithea no tuvo dudas esta vez: la sorpresa de la duquesa había sido genuina.

—¿Hablas en serio? —preguntó Thérésse.

—Muy en serio.

Por primera vez desde que la conocía, la duquesa vio a Eylithea sonreír de oreja a oreja. Oyó entonces pasos que se aproximaban desde la galería. El suelo crujía con fuerza: eran pisadas fuertes, numerosas; botas de cuero maltratando la madera.

Dos uniformes bermellón irrumpieron en la sala. Después, cuatro, ocho, veinte más. Antes de que la duquesa se diera cuenta, toda una sección de la Infantería Regente ocupaba la estancia. Aquellas mujeres la miraban en silencio; todas con las manos puestas en sus mosquetes.

Salvo las últimas cuatro infantas que entraron.

Lo que cargaban en sus brazos no era un arma, sino un voluminoso arcón de color blanco. Cuando lo dejaron en el suelo, Eylithea le hizo un gesto a la duquesa para que se acercara.

Las infantas abrieron la tapa. Y después de eso, Thérésse Montpeyrousse no volvió a ser la misma.

Cayó de rodillas al suelo. Todo el vigor que había conservado prodigiosamente durante su larga vida se esfumó en pocos latidos. El dolor y la desesperación se adueñaron de un rostro que de pronto tenía cien años más.

—Sí, eran fuertes —la Regenta se inclinaba ahora para hablarle al oído—. En ningún momento confesaron lo que sabían. Protegieron el nombre de su madre hasta el final.

Las lágrimas cayeron hasta el flácido mentón de la duquesa, barriendo el rojo de los labios a su paso. Thérésse quiso gritar sus nombres. Méladîe. Paulitte. Quiso honrar de algún modo la carne mutilada que tenía ante sus ojos. Devolverles la dignidad que así, arrojadas al interior del arcón como meros despojos, se les había arrebatado.

Pero lo único que salió de su boca fue espuma y agonía.

—Estás en lo cierto, Thérésse. No voy a matarte. Eso lo harás tú misma. Pasarás el resto de

tus días en el sótano de tu propia mansión. Este arcón estará allí contigo, para que tus hijas te acompañen por siempre. Si la consecuencia de esto es una guerra civil, le daré la bienvenida. No eres la única que calcula bien sus riesgos.

Se apartó de su oído y volvió a erguirse mientras la anciana se descomponía en un desgarro peor que el llanto. Peor que mil torturas.

La Regenta se dio la vuelta y caminó de regreso a la galería. Estaba a punto de cruzar el arco cuando se detuvo. Casi lo había olvidado.

Ese crujido.

Eylithea se levantó el vestido hasta las rodillas. Sin agacharse, alzó el pie izquierdo hacia atrás y se descalzó. Repitió la operación con el derecho. Sostuvo ambos zapatos con una mano, dejándolos suspendidos entre el pulgar y el índice.

Ahora sí. Ahora se sentía como en casa.

Cuando estuvo lista, volvió a caminar sobre la madera hexagonal de la galería. No chirriaba tanto bajo sus pies desnudos.



II

DOMOTTA

Desde el alcázar, la almiranta Zerayd pudo contemplar la temblorosa legión de espíritus que abarrotaba la cubierta del *Stendarte.* Rostros sorterranos, vosseníes, coreileses, malvittanos; tan dispares y, sin embargo, tan unidos ahora por la misma incertidumbre, el mismo pánico avivado por el ardiente rojo del cielo.

—Bien, escuchadme.

No obstante, se detuvo. ¿Qué podía decir? Estaba tan perpleja y asustada como sus marineras, en cuyas miradas podían adivinarse calladas imploraciones por cancelar la misión y regresar a casa.

—Vamos a formar una partida de exploración —Zerayd se obligó a tersar su voz—. La mayoría de vosotras permanecerá aquí hasta que regresemos. Mientras tanto, la capitana Argênte tendrá el mando del *Stendarte*. La tenienta Evia y su sección de infantería vendrán con nosotras. Aun así, hay suficientes armas a bordo para contener posibles… —hizo una pausa—. Imprevistos.

—Mis oficiales también nos acompañarán —a su lado, Zeleste tomó la palabra—. Contáis con muchas más provisiones, pero si necesitáis algo, preguntad por Laurém. Ella estará a cargo

de la *Renacida* en mi ausencia.

La pirata desvió la mirada hacia la derecha, donde aguardaba una aberrante costa del color de la brea. Además de los constantes sonidos mecánicos y el calor, de la isla escapaba una sigilosa malevolencia. Susurros, energías que acechaban en rincones invisibles y que solo algún instinto recóndito podía percibir.

Se mantuvo firme. Con una mano, apartó los rizos turquesa que se habían pegado a su frente por el sudor.

—Ojalá tuviera mejores palabras que ofreceros —suspiró—. Ojalá pudiera prometeros que todo irá bien. Sí os puedo asegurar que haré cuanto pueda para que todas regreséis pronto a casa.

Transcurrió un incómodo silencio hasta que un «buena suerte» se oyó apenas entre la multitud. Zeleste no encontró el origen de la voz, pero agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Vuestra almiranta os dirá quién se queda y quién nos acompaña. Sea cual sea vuestra asignación, buena suerte a vosotras también.

—Y yo, ¿qué?

Zeleste estiró el cuello. La voz masculina llegaba desde lejos, más allá del palo mayor.

—Sí, yo —Magdan levantaba ahora una mano—. ¿Soy guardián o explorador?

La pirata oprimió los puños. «Un cadáver es lo que eres tú», masculló entre dientes. Temiendo un nuevo estallido de su poder, la almiranta se apresuró a dar unos pasos al frente y carraspeó.

—Silueta Eme, la única razón por la que las piratas no te han despellejado vivo es que estás bajo la protección de la Regenta. Vuelve a tu camarote y despelléjate tú mismo; haz el favor.

Se giró hacia Zeleste. «No te preocupes; lo mismo acabamos matándolo igualmente», susurró. Zerayd dejó escapar un suspiro: contener a las piratas, que lógicamente se morían por degollar al responsable de la debacle del *Ira Flavia*, había sido casi más difícil que entrar en Domotta. Aun así, no le importaría que la Silueta sufriera algún infortunio en su ausencia. Que a la tenienta Argênte se le disparara su arma por *accidente*.

Estuvo ciertamente tentada de ordenarlo.

—¿Más preguntas? —dijo Zeleste.

No las había. Viéndose arrastrado hacia su camarote por dos guardiamarinas, Magdan se lamentó con un gemido. No podía creer que fueran a apartarlo del resto de la historia. Los horrores que debía haber en la isla serían una asombrosa adición a su libro de memorias.

Aunque, pensándolo bien, tal vez ya había visto suficiente.

Una vez reunidas las provisiones y desestibados los botes, el grupo de exploración se congregó en la alquitranada costa. Marineras y piratas observaron que el mar no solo estaba huérfano de

olas: también de mareas. Las aguas rodeaban a Domotta en perfecta inmovilidad, sin subir ni bajar una sola pulgada al paso de las horas.

Sus primeros pasos en la isla confirmaron que lo que tenían bajo los pies podía definirse como *tierra*. Al menos en apariencia. Las botas levantaban crujidos y chasquidos al pisar lo que se asemejaba a una gravilla tan negra como el fondo de una caverna, mezclada con protuberancias niqueladas y esquirlas grisáceas.

Se oían también zumbidos. Vibraciones bajo puntos aleatorios de la terrosa negrura.

Procuraron, por lo general, no pensar en qué habría ahí abajo. No obstante, cuando apenas llevaban unos minutos caminando hacia la gigantesca torre en la lejanía, una columna de vapor brotó del suelo ante los aterrados ojos de una de las infantas. La joven trastabilló de inmediato y cayó hacia atrás. El resto del grupo se apartó de la repentina erupción, pero, tan inesperadamente como había surgido, el surtidor vaporoso se esfumó para no volver.

Arriba, el cielo seguía teñido de sangre. Un perfecto rojo sin nubes. Olores similares a madera quemada cargaban el ambiente, cada vez más húmedo y caluroso a medida que se adentraban en la isla.

Mirada alerta, y con frentes perladas de sudor, las infantas lideraban la marcha. Zerayd y Josefyne las seguían de cerca; tras ellas, catorce marineras rasas del *Stendarte* cargaban con mochilas y fardos. La tripulación de la *Renacida* y la Celadora cerraban el grupo.

—¿En qué piensas, Valquerîe? —preguntó Zeleste, sin dejar de vigilar su entorno.

La mirada de la Celadora estaba fija en el horizonte.

—Esa torre —Valquerîe señaló a las colinas más lejanas, donde descollaba la gran estructura —. Ahí debería estar el helminto madre, o eso creo. No puedo afirmarlo con certeza.

—Alguna razón habrá para que tengas ese presentimiento —dijo Zeleste—. Estés segura o no.

La Celadora no contestó, y Zeleste podía ver que estaba tensa. Sus ojos trazaban un vacilante recorrido; el reflejo de una ansiedad que busca la salida.

—Es curioso —murmuró Zeleste—. Se supone que en esta tierra se encuentra el origen del helminto, pero no veo un solo ejemplar a mi alrededor.

—Es muy pronto para sacar conclusiones —afirmó la Celadora.

Y apremió el paso, adelantándose a una Zeleste que no le quitaba ojo.

Pasadas cinco horas de camino, la almiranta decidió detener la marcha. El sol, una circunferencia sin brillo en el sanguíneo firmamento, empezaba a esconderse mientras Celera, también privada de su color habitual, perseguía a Luna en el cielo. Aparte de un ligero oscurecimiento, el omnipresente rojo se mostró invariable según caía la noche. No ocurrió lo mismo con la temperatura, si acaso cada vez más sofocante.

La expedición había alcanzado la cima de una colina; el último de una serie de oscuros promontorios que se elevaban hasta ciento cincuenta pies por encima del mar. Aunque la torre estaba ahora más cerca, no parecía que pudieran alcanzarla sin al menos un día más de travesía. Alecza fue la primera en confirmar lo que ya había intuido desde la lejanía, pero solo ahora, observando el terreno y el constante desnivel a su alrededor, podía afirmar con seguridad: aquella torre no estaba enderezada. Se escoraba sutilmente hacia el este.

Una hora después quedó establecido un campamento con ocho tiendas de campaña circundando una hoguera. La almiranta había acertado al dotar a la expedición con madera del *Stendarte:* si en ese extraño paraje podía encontrarse algo que pudiera arder, estaba claro que no sería en las inmediaciones.

Piratas y marineras compartieron queso, bizcocho y vino sin apenas intercambiar palabra. El sudor se acumulaba en sus frentes. Además de qué clase de horrores aguardarían en la isla, la mayoría se preguntaba cómo iban a pegar ojo con semejante bochorno.

—¿Adónde vas, Kristine?

La muchacha se dio la vuelta. Zeleste la había llamado al ver que se alejaba de las tiendas de campaña.

—Tengo que… —apurada, se llevó una mano al vientre—. Tengo que hacer…

—No te alejes mucho —dijo Zeleste.

«N-no», tartamudeó Kristine, y siguió caminando colina abajo.

A los quince o veinte latidos de descenso decidió que ya tenía privacidad suficiente. Fue poniéndose en cuclillas y bajándose los pantalones cuando Kristine se percató de un detalle desconcertante. Había cambiado mucho en las últimas semanas. El mar la respetaba. Ya no temía a las alturas; tampoco a la sangre. Sin embargo, había balbuceado al tratar de decir algo tan sencillo como «tengo que hacer mis necesidades». El pudor estaba más arraigado en ella que sus propios miedos.

Tiempo atrás, las piratas se habrían mofado de ese decoro tan aristocrático. Ahora estaban demasiado asustadas como para reírse de nada, claro. Volvió a subirse los pantalones mientras se preparaba para enfrentarse a una necesidad ancestral que, sin embargo, nunca había necesitado plantearse hasta ese momento. Tuvo que sonreír. ¿Cómo no iba a hacerle gracia la idea de tapar su propio producto? Acababa de empezar a remover la grava cuando su pie notó algo firme y sólido.

Se agachó para verlo mejor.

Era un fragmento metálico lo que asomaba entre la renegrida tierra. Lo extraño era que, al contrario que otros brotes y esquirlas dispersas en los aledaños, no parecía estar mezclado con la grava, sino enterrado bajo ella.

Empezó a excavar con las manos. El fragmento era mucho más grande de lo que había pensado. Cuando cierta forma empezó a intuirse, Kristine notó que se le aceleraba el corazón. Siguió escarbando mientras se decía a sí misma, una y otra vez, que no podía ser cierto.

Unos latidos después, dejó de repetírselo. Lo tenía ante sus ojos. Aunque, cuanto más lo miraba, menos podía creerlo.

Pasaron minutos hasta que alguien formuló palabra.

—¿Tiene idea de lo que es? —le preguntó Zerayd a Valquerîe.

La Celadora negó con la cabeza. Sus ojos habían perdido el color: donde poco antes había una firme serenidad azul, ahora solo se reflejaba desconcierto. El hallazgo de Kristine, aún semienterrado, estaba a la vista de todas. Y en él se distinguía el claro contorno de un cuerpo.

Un cuerpo de qué. Esa era la verdadera pregunta.

Su composición era ciertamente humana. Pero resultaba demasiado lejano, y a la vez inevitable, asociar la palabra *humano* a esa enorme y oxidada figura. Podía verse un torso, dos extremidades superiores, otras dos inferiores. Ninguna de esas partes estaba hecha de hueso. Desde la gruesa plancha trapezoidal a las protuberancias herrumbrosas que imitaban brazos y piernas, todo era metal. Cada pieza, no obstante, mostraba una aleación distinta; un tipo diferente de óxido. Y entre estrechas junturas, allá donde debería haber articulaciones, escapaban parduzcos filamentos similares al cobre.

Había un elemento, uno solo, cuya naturaleza no daba lugar a dudas. Por encima del torso trapezoidal, una sucia blancura indicaba dónde moría la herrumbre y nacía el hueso. Todas pudieron ver la misma sonrisa inerte, con sendos huecos en los ojos, que habrían encontrado en una calavera de laboratorio. La expedición contemplaba al cráneo de una mujer, o un hombre, adherido a un cuerpo de metal. O prisionero en el mismo.

En silencio, las presentes agradecieron saber que no verían semejante abominación en movimiento. Con todo, la conciencia de que aquello estaba muerto, fuera lo que fuera, no las tranquilizó en absoluto.

—Igual es cosa mía —murmuró Tostón—, pero no tengo muchas ganas de seguir explorando esta mierda de isla.



III

La Celadora apenas pudo dormir esa *noche*, si se la podía llamar así. Cada vez que lograba relajarse, el calor y el miedo invadían sus sueños, obligándola a abrir los ojos de nuevo. Veía entonces el rojo oscuro del cielo filtrándose a través de la carpa amarilla en que pernoctaba, y se daba cuenta de que la verdadera pesadilla la esperaba despierta. Una incesante orquesta de zumbidos y chasquidos seguía traqueteando en el exterior.

Oyó otro sonido. Dentro de la tienda de campaña.

Solo le dio tiempo a abrir los ojos. Una sombra le tapó la boca y ahogó su gemido de sorpresa. Antes de que pudiera empezar a forcejear, Valquerîe se vio arrastrada por una fuerza que la sacó de la tienda.

Sus piernas desnudas se revolvieron, encontrándose con la grava negra del exterior. Todos sus gritos murieron bajo la firme presión que le taponaba la boca. El campamento se alejaba cada vez más. Las dos infantas que montaban guardia no la habían visto.

La energía invisible siguió arrastrándola colina abajo hasta que las tiendas de campaña quedaron fuera de vista. Cuando logró girar el cuello y mirar hacia arriba, consiguió ver el rostro que se recortaba contra el bermellón uniforme del cielo. Una cicatriz enorme. Una maraña de rizos turquesa.

El filo de una daga le mordió la garganta.

—Intenta uno de tus trucos —dijo Zeleste—. Intenta hacerme lo que le hiciste a Sissia. No te dará tiempo.

La furiosa estampa de la pirata aparecía invertida sobre sus ojos: el mentón arriba, el ceño fruncido debajo. Sin dejar de oprimirle la boca, Zeleste cambió de posición y se sentó sobre su

cintura para mirarla frente a frente.

—Tengo unas cuantas preguntas —prosiguió la pirata—. Haz cualquier cosa que no sea contestarlas y tu cabeza se queda aquí para siempre. Estoy cansada de preguntarme qué me estarás ocultando.

El ojo y la cicatriz se aproximaron.

—¿Comprendido?

Valquerîe asintió. Entre sus dedos, Zeleste notó un calor entrecortado. El miedo de su presa. Esperó algunos latidos antes de apartar la mano de su boca.

—¿Dónde estamos? ¿Qué sabes de este lugar?

Cuando respondió, la voz de Valquerîe era un violín desafinado. Aún no había asimilado del todo ese violento despertar.

—Solo tengo conjeturas.

—Perfecto —dijo Zeleste—. Ahora mismo, adoro las conjeturas.

Las pupilas de Valquerîe bajaron por un instante hasta encontrarse con la daga. Luego regresaron con Zeleste.

—Antes de ser Celadora serví un tiempo en los Archivos de Porto Rómero. Allí tuve acceso a muchos textos prohibidos. Libros escritos antes del Despertar.

—Prohibidos, ¿por qué?

—Porque la Regencia así lo ha decidido.

La daga sondeó su cuello de nuevo.

—No me jodas, Val —Zeleste puso su ojo sano en blanco.

—Alg… Algunos de esos manuscritos hablaban de los antiguos dioses. Los que concedieron el don del Viento al Hombre. En su momento, esos textos me parecieron dudosos. Mitológicos, más bien. Nunca tuve forma de contrastar la información que ofrecían. Pero uno de ellos, *Dier Ursprengstad,* describía un lugar muy parecido a éste.

—¿Parecido, o igual? —preguntó Zeleste.

La Celadora sostuvo su mirada.

—Exactamente igual —inspiró hondo—. Domotta es mucho más que una isla. Es un asentamiento, una especie de… instalación flotante. Los dioses llegaron aquí siglos atrás. Transformaron este lugar con sus máquinas para establecer su centro de operaciones. Y para proteger el lugar de visitas indeseadas, dispusieron mecanismos de defensa. Como el viento guardián. Lo que nos atacó en mitad de la niebla. Podría haber otros guardianes que aún no hemos visto.

Hizo una pausa. Zeleste había pasado de tener los labios oprimidos a tener la boca abierta.

—Abandonaron este lugar hace mucho tiempo. No sabemos por qué, pero dejaron atrás su diseño, sus máquinas. Su poder —la Celadora apuntó a lo lejos—. Esa torre. El libro que he mencionado antes se refería a ella como El Germen. Es el núcleo esencial de Domotta.

—Núcleo —dijo Zeleste cuando acertó a superar su estupor—. Quieres decir, ¿el Capitolio

de este sitio?

—No. La caldera. La fuente de energía —hizo una pausa—. Y también el lugar que alberga el origen del helminto.

La daga se apartó. Pasaron amplios latidos de silencio hasta que la pirata logró formular lo que tenía en mente.

—¿Me estás diciendo que los antiguos dioses del Hombre existen?

—Te estoy diciendo que no son dioses.

Valquerîe dudó unos instantes. Escogía cuidadosamente sus palabras.

—El Hombre creó un culto religioso en torno a ellos, pero no eran deidades. Eran visitantes. Arquitectos de un imperio muy distinto al nuestro. Llegaron desde muy lejos, mucho más allá de Celera y Luna. Más allá de todo cuanto vemos en el firmamento.

—¿Por qué? ¿Qué buscaban en Sya?

—Lo mismo que buscamos nosotras en Soleterno, tal vez. Recursos, expansión, influencia. Es posible que construyeran este lugar hace milenios, si bien no revelaron su presencia hasta la era del Imperio Ulricano. Fue entonces cuando contactaron con el Hombre e hicieron un pacto con él. Le concedieron el Viento.

—¿A cambio de qué?

La Celadora tragó saliva.

—No lo sé.

—Y una mierda —el gélido filo regresó a su garganta—. Te conozco, Val. Tengo cierta idea de...

—¡No lo sé!

Los ojos de la Celadora se enturbiaron. Contuvo su llanto, pero un miedo traicionero, una sola lágrima bañada en la sangre del cielo, logró escapar de su cuerpo.

—Algunas archivistas sugieren que concedieron ese poder a cambio de adoración. Pero si no son realmente dioses, ¿de qué les serviría eso? ¿Por qué necesitarían ser reverenciados? Lo que recibieron a cambio debe estar relacionado con el helminto. Varios libros de los Archivos también lo mencionan. Ese gusano cumplía algún propósito esencial para Quienes Oyen.

Zeleste se estremeció. Raudas y afiladas, las palabras de Frontera regresaron con el eco de una antigua cuchillada. *Hay otro mundo detrás de este. El helminto es solo una ventana desde la que poder asomarse a él.*

Nada puede detener la voluntad de Quienes Miran.

—Creía que era «Quienes Miran». ¿No es así como el Hombre llamaba a esos visitantes?

—Quienes Miran, Quienes Oyen; el Hombre los llamaba de muchas formas. «Proveedores» es otra —Valquerîe hizo una pausa—. Los ulricanos se tomaron muchas molestias por ocultar el propósito de este lugar. Borrarlo de la historia. Todo lo que sé de Domotta procede de *Dier Ursprengstad*. No estoy del todo segura de que…

—Claro que estás segura. Otra cosa es que no lo quieras admitir —Zeleste la observó con

desdén—. La Regenta te eligió para esta misión. Dudo que lo hiciera por lo tiernamente desinformada que estabas.

—Eylithea me eligió porque te conozco. Es Oggianda, la Silueta Maestra, quien me informó de este lugar. Y jamás me habló de otra cosa que no fuera el helminto madre y las mil razones por las que estaba segura de que ese organismo se encontraba en Domotta.

—Hm. Tus amigas te han ocultado algo más que la letra pequeña de la misión, ¿no crees?

—No —Valquerîe negó con rotundidad—. Para nada, la Regencia no opera así. Eso…

Sin embargo, parecía tratar de decírselo a sí misma, no a Zeleste. Una desorientada angustia revoloteaba en su mirada. Bruscamente, como si acabase de recordar un detalle crucial, estiró el brazo. Señalaba a la estructura distante que había identificado como El Germen.

—Esa torre sigue siendo la mejor pista que tenemos. Cierto es que nadie ha visto al helminto madre. Es posible que sea solo una teoría del Gabinete de Ciencia. Lo que *Dier Ursprengstad* daba a entender es que el origen del helminto no es natural.

—Ya. Ahora me dirás que salen de otra máquina.

La pirata esbozó una mueca burlona. Al percatarse del revelador silencio que sucedía a sus palabras, dicha mueca murió al instante.

—No es del todo imposible —susurró la Celadora.

—Val…

El ojo sano de Zeleste se entrecerró. En torno a la empuñadura de la daga, cuatro nudillos emblanquecían.

—Mira a tu alrededor —se apresuró a decir la Celadora—. Después de todo lo que has visto, ¿crees que los dioses no serían capaces de fabricar su propio organismo?

—Esos gusanos llevan milenios en Sya. Tú misma lo dijiste.

—Zeleste, si ahora mismo tuviera que retractarme de lo que he dado por sentado durante toda mi vida, no sabría por dónde empezar.

Pasaron varios latidos. La cacofonía metálica de la isla enervaba el dolor de cabeza que poseía a la pirata.

—¿Y las Eternas? ¿Qué tienen que ver con los Proveedores?

La Celadora parpadeó. No estaba segura de haber entendido la pregunta.

—Nada. Las Eternas son… Eternas. Criaturas cuyo poder apenas hemos empezado a comprender tras casi dos siglos de estudio y comunicación. El Códice explica todo lo que necesitas saber.

—No explica todo lo que *quiero* saber —la voz de Zeleste era ahora grave como un seísmo —. La vi, Valquerîe. Vi a una Eterna en el santuario de Lezhari. Y Noema estaba allí. Lo que les ocurre a las Hermanas que se convierten en Madres… eso no lo cuenta el Códice —volvió a inclinarse hasta que su nariz pudo tocar la de su presa—. ¿Tampoco me has mentido en eso?

—No es fácil explicar lo que viste.

—Por tu bien, inténtalo.

—La Gracia es un poder asombroso. Aterrador en manos equivocadas. ¿Crees que nos lo concedieron gratuitamente? Las Eternas tienen deseos y necesidades propias. Creemos que hibernaron durante eones y, cuando al fin despertaron, percibieron nuestros espíritus en la superficie. Y nuestros espíritus tienen algo que necesitan.

Se detuvo. La pirata esperó pacientemente a que encontrara una forma de terminar su oración, cosa que hizo con una sola palabra.

«Sustento».

—Antes de hibernar, se alimentaban de la propia esencia de Sya. Veronia, nuestra madre fundadora, descubrió que dicha esencia se había viciado con el tiempo… Aunque sigue manifestándose con pureza en espíritus sensibles a la Gracia. Así que acudió a las Eternas con una propuesta. Una que nos permitiría dominar la Gracia y utilizarla para acabar con el Imperio Ulricano, pero exigía muchos sacrificios. Y la humanidad es egoísta, Zeleste. Nadie entrega su vida con un bonito discurso sobre el bien común. Esos sacrificios requerían una convicción, una doctrina.

«Una bandera», añadió. «Como la que La Ascensión y el Eternismo le regalan al mundo».

La mano que empuñaba la daga temblaba. El pecho de Zeleste subía y bajaba sin cesar. Se avecinaba una explosión.

—Ciento cincuenta años —la pirata farfullaba entre dientes—. Habéis mentido durante siglo y medio. «¿Majestuosa fusión?» «¿Madre del santuario?» ¡Somos comida, Val! ¡Nos arrojáis a esas criaturas como carnaza!

La Celadora había serenado su respiración. Veía cómo el rostro de su interlocutora se encendía, y con ello floreció el entendimiento de que cierta decisión acababa de tomarse.

Cerró los ojos. La daga pronto consumaría una venganza que, en cierto modo, Valquerîe llevaba años esperando.

—Mírame —dijo Zeleste—. Abre los ojos o te juro…

Nunca terminó la frase.

Acababa de oír un ruido a sus espaldas. Sobresaltada, la pirata se dio la vuelta justo a tiempo para ver la enorme sombra que se abalanzaba sobre ella.

Por puro instinto, se echó a un lado. Viéndose empujada con súbita violencia hacia atrás, comprendió que no lo había hecho a tiempo.

Rodó sobre el áspero suelo negro. Cuando volvió a mirar arriba se encontró en una situación opuesta a la de instantes atrás. Ahora era ella la presa, y un cuerpo oscuro y voluminoso la inmovilizaba con todo su peso. La daga ya no estaba en su mano.

En la confusión del momento, Zeleste solo acertó a extender los brazos y forcejear contra lo que su mente trataba de entender en una fracción de latido: seis esferas opacas. Dos apéndices que palpitaban mientras se cernían sobre su carne, y una espesa muerte goteando de ellos.

El terror fue una ola que anegó toda necesidad de comprensión. No hubo ningún pensamiento dedicado a entender cómo era posible, cómo un noctárnido podía haber llegado a Domotta. Lo

único que Zeleste pudo hacer fue luchar por su vida. Interponer sus brazos entre su pecho y la enorme cabeza de la criatura, mientras notaba aquellas veloces patas revolviendo la oscura grava y el metal a su alrededor. Arañándole el rostro.

Las dos patas delanteras se clavaron en sus hombros.

Zeleste gritó sabiendo que luchaba contra una fuerza a la que no podría derrotar. El temblor de sus brazos era el último aliento de su resistencia. Los quelíceros descendieron, amenazando con rasgarle el camisón.

Antes de que lo hicieran, un denso estallido brotó de la cabeza del animal y salpicó a la pirata en el rostro. El noctárnido dejó de moverse súbitamente y se desplomó sobre una Zeleste que, aún aterrada, reunió la poca energía que le quedaba para zafarse de él.

Tan intensa había sido su lucha que no había oído el disparo.

Al apartarse de la inerte criatura y darse la vuelta, divisó una figura en lo alto de la colina. La silueta bajó el humeante mosquete que empuñaba y el rostro de la tenienta Alecza se reveló tras él.

Zeleste se incorporó, descubriendo al instante que le flaqueaban las piernas. Alecza corrió hacia ella.

—Eternas, ¿qué ha ocurrido? —la tenienta le puso una mano en el hombro—. ¿Está usted bien?

Solo alcanzó a asentir. Sus jadeos frenéticos llevaron a Alecza a pensar que tal vez había intervenido demasiado tarde, pero comprobó con alivio que no había desgarros en sus vestiduras. La capitana solo estaba conmocionada. Se quedó a su lado hasta que recuperó el aliento.

—Gracias —dijo la pirata con un susurro.

Alecza le guiñó un ojo.

—Ya le dije que no la decepcionaría.

Pronto llegaron más voces. Todo el campamento había despertado con el disparo. Cuando vieron a la bestia, ahora inmóvil con un hueco donde tuviera el resto de su cabeza, piratas y marineras entendieron a duras penas lo ocurrido.

—¿¿Noctárnidos, aquí?? —bramó Sounya—. C-c-cago en mil quinientos espíritus, ¿cómo es p-posible?

—Y qué será lo siguiente —gruñó Tostón—. ¿En serio había que venir hasta aquí para que la Regenta perdonase nuestros crímenes? Me gustaba más cuando nos quería cortar la cabeza.

—Tenemos una misión —recordó Zerayd, como no podía ser de otra manera—. Nadie vuelve a casa hasta que no la hayamos cumplido.

—¡Bah!

La tenienta Evia ordenó a las infantas que exploraran las inmediaciones. Quería asegurarse de que no había más noctárnidos cerca. Tras oír de boca de Mara que el fuego era lo único que mantenía a esas bestias a raya, Josefyne y Zerayd resolvieron rodear el campamento con antorchas.

Zeleste acababa de recuperar su aliento cuando se encontró cara a cara con la Celadora. Antes de que pudieran decirse nada, la almiranta las increpó con su voz rígida:

—¿Se puede saber qué hacíais vosotras dos aquí fuera?

—Resolver una charla pendiente —respondió Zeleste.

Mientras Zerayd se embarcaba en una larga y tediosa reprimenda, Valquerîe entendió de inmediato qué significaba esa mirada enfurecida que la pirata le dedicaba ahora: «no hemos terminado».

Cuando ya regresaba a su tienda, Zeleste reparó en la mujer que le había salvado la vida.

Alecza oteaba la lejanía con los ojos entornados.

—¿Has visto algo? —le preguntó.

—Sí, pero no es posible.

Esperó a que continuara. Extendiendo un brazo, la joven oficial señaló al horizonte.

—Me ha… —Alecza titubeó—. Juraría haber visto una figura. Una persona. No estoy segura.

—Me han hablado de tus talentos. Cuesta creer que precisamente tú dudes de tus propios ojos.

—Si le soy sincera, capitana, he dudado de ellos desde que cruzamos esa niebla.



IV

EL STENDARTE DI GRAZZA

—¿Qué dices?

La capitana Argênte abandonó su puesto en la mesa de guarnición del palo mayor. Molesta, subió las escaleras del alcázar y se acercó a la mujer que la había llamado.

—Digo que os falta un bote —repitió Laurém.

Dado que ambas naves estaban amarradas entre sí, las piratas se habían acostumbrado en las últimas horas a subir libremente al *Stendarte* y compartir comida y bebida con la Marina. Argênte había puesto al principio ciertas restricciones, como permitir su presencia solo en horas de almuerzo y cena o negarles el acceso a los puentes inferiores, especialmente los de artillería. Esas restricciones se levantaron en cuanto la capitana comprobó que entre la tripulación del *Stendarte* y la *Renacida* se empezaban a formar ciertas amistades; al menos, cierta complicidad. Lo que menos hacía falta en aquel momento era fomentar la desconfianza.

Por otra parte, Laurém, la esprogalesa con cuerpo de barrilete, le había caído particularmente mal. Había exhibido, ya desde su primera visita al navío de línea, la costumbre de servirse cuanto quisiera de la despensa y criticar todo lo que, según ella, la Marina hacía al revés. Pero ahora, mientras se asomaba por la regala de popa, tenía que darle la razón.

De los doce botes con que contaba el *Stendarte,* nueve seguían estibados en sus pescantes. Los otros tres deberían seguir en el agua, ya que Argênte había ordenado dejarlos preparados por si la expedición estuviese en peligro. Uno de esos tres botes no estaba.

Se acercó al farol de popa y escudriñó la lejanía. Más allá de cuarenta o cincuenta pies no se veía nada más que niebla, contagiada por supuesto del mismo color que envolvía todo su entorno. El mundo era rojo. Rojo y caluroso. Y no había forma de dormir con los constantes sonidos que procedían de la isla. Se oían incluso desde su camarote. Una fanfarria mecánica que se imponía al robusto cobrefil del barco.

Frunció el ceño. Algo no iba bien.

—Parece que se le ha escapado un pajarillo, capitana —Laurém le dio una palmada en la espalda.

Argênte lo consideró un momento, pero negó con la cabeza.

—Imposible.

—De imposible, nada. Yo misma me habría largado ya de no ser por Zeleste. No viviría con la conciencia tranquila si la abandonase… aunque a cualquiera en su sano juicio se le pasaría por la cabeza hacerlo.

—En su sano juicio, desde luego —concordó Argênte—. Porque estamos muy, muy lejos de cualquier ruta naval. Y con toda esta niebla, solo una especie de demente...

Se detuvo.

Un pensamiento acababa de brotar en su mente. Uno nauseabundo.

—¿Eh, adónde va?

Argênte no contestó. Bajó el alcázar a la carrera y descendió por la trampilla que conducía al interior del barco. Ya en el tercer puente, siguió corriendo hasta plantarse en el camarote en que la Celadora se había hospedado durante el viaje.

Magdan no estaba.

Lo buscó de una punta a otra del barco, puente por puente. A su paso, adormiladas cabezas se apartaban de la pared o se asomaban por encima de las hamacas para encontrarse con una imagen desconcertante: la de su capitana corriendo como una exhalación sin rastro de color en su rostro.

Bajó al sollado justo a tiempo para oler el fuerte olor a aguardiente. Para entrar en la santabárbara y ver las decenas de barriles volcados. La enorme alfombra de pólvora esparcida por el suelo, suficiente para causar una explosión que partiera al *Stendarte* en dos y, seguramente, destrozar también a la *Renacida,* amarrada al navío de línea.

No obstante, fue aquella mecha lo que le hizo comprenderlo. A juzgar por la senda negruzca que se intuía sobre la madera, la mecha tenía, minutos antes, al menos quince pies de longitud. De los cuales solo quedaba un ápice. La media pulgada que la separaba de aquel mar de pólvora rociado en aguardiente.

La capitana Argênte se encontró entonces con una sensación que no conocía. Una vergüenza paralizante. Tuvo tiempo de agachar la cabeza y dejarse envolver por una ola de pura tristeza

que, por suerte, solo existió durante ese fugaz instante en el que entendió que ya era demasiado tarde.

Lejos de allí, entre la bruma, dos remos se detuvieron cuando se oyó la explosión. Con el tiempo que llevaba remando, Magdan calculaba que debería haberse alejado al menos un tercio de milla. El estruendo sonó, de todos modos, lo bastante fuerte como para arrancarle un respingo.

Respiró aliviado. En las últimas horas se había sentido curiosamente en paz. Domotta, al contrario que al resto de espíritus que ahora se desintegraban a bordo de ambos navíos, le transmitía una extraña calma. Le devolvía parte de su cordura. Y ahora que había cumplido su última parte del plan, podía considerarse satisfecho.

—Gracias, señoras —le dijo a la niebla—. O señores. Gracias por su inspiración. Esto quedará inmortalizado, se lo aseguro. Va a ser un libro de memorias fantástico.

Sonrió ante su propia ocurrencia. No sabía si las entidades que construyeron Domotta eran femeninas o masculinas; menos aún si podrían escucharlo. Pensó que tendría que mostrarse cordial con ellas. Por si acaso.

Ahora solo quedaba confiar en la suerte. En que aquel viento monstruoso atacase a quienes entraban en el lugar, no a quienes salían de él. Y que la tercera fragata lo esperase junto a las Espinas del Adiós, tal como le había prometido su querida Regenta.

Nada deseaba más que poder verla pronto. De hecho, era lo único que deseaba. Solo ahora se veía capaz de confesárselo a sí mismo: estaba obsesionado con Eylithea. Desde que hablaran por primera vez en Porto Rómero, no había dejado de pensar en ella. Hasta el punto de olvidarse por completo de Thérésse.

Y por fin sabía por qué. Como también sabía —ensayaba, de hecho— lo que le diría en cuanto volviera a verla.

Por ahora, seguiría remando. Remando y navegando. Silbando, rimando y tarareando de cuando en cuando.

—¿Habéis oído algo?

Mara había alzado la cabeza. Miró en todas direcciones, sin encontrar más que calor rojo y colinas de bitumen. Y una niebla que, aunque más bien tenue, le impedía avistar la costa en que habían desembarcado el día anterior.

Nadie contestó a su absurda pregunta. Claro que habían oído algo. Llevaban las últimas veintiséis horas oyendo toda clase de cosas. Por un momento estuvo convencida de que la lejanía había proyectado un sonido distinto, como una explosión. Su imaginación estaba desatada.

Tras recoger el campamento, la expedición atravesó un largo y tenso camino hasta subir la última de las colinas que las separaba del Germen. Desde la cima vieron, por primera vez, lo que esperaba en la base de aquella torre, cuya inclinación hacia la derecha podía apreciarse mejor ahora.

Ladera abajo, el suelo se hundía formando una circunferencia entre colinas. Una oquedad similar a un cráter. En el espacio que rodeaba a la torre, la tierra oscura desaparecía para dar paso al metal: un níquel plateado, reflectante, que hendía aquel cráter con una perfecta planicie circular.

El Germen se erguía ahora ante ellas en toda su magnitud. Casi tan alto como una de las Cincolinas de Porto Rómero. Tan ancho como al menos tres veces la eslora del *Stendarte.* La imponente construcción desprendía, en contraste con el terreno negruzco que la rodeaba, silencio y tranquilidad... Mas de vez en cuando, de los ralos orificios y conductos que asomaban en varios puntos de la torre, brotaban sutiles exhalaciones; restallidos seguidos de finos estornudos de humo.

Una decena de pequeñas estructuras niqueladas circundaba al Germen; todas con la misma forma pentagonal. Su disposición recordaba, en cierto sentido, a tiendas de campaña en torno a una hoguera, si dicha hoguera fuera una torre alta como una montaña.

La expedición contempló el descubrimiento desde lo alto del promontorio. Salvo apagados murmullos, nadie abrió la boca hasta que la Celadora avanzó unos pasos y se acercó al borde de la cima. Tras ella, una multitud de rostros que aún se debatían entre la fascinación y el desconcierto no la perdían de vista.

Valquerîe cerró los ojos e inspiró hondo. Su figura era un remanso de calma en medio de aquel delirante escenario. Zeleste se colocó a su lado.

—Creo que allí moraban los Proveedores —la Celadora señaló las pequeñas estructuras pentagonales que rodeaban a la torre—. Los hogares en que vivieron mientras construían este lugar, si es que necesitaban comer o dormir. Quién sabe, quizá no fueran tan diferentes de nosotras.

—Seguro que no —Zeleste chasqueó la lengua—. ¿Crees que también tenían burdeles? ¿O salas subterráneas en las que sacrificar a sus semejantes?

—Otra posibilidad es… —Valquerîe suspiró—. Que lo que estemos viendo sean almacenes. O pequeños centros de estudio, tal vez. Laboratorios.

Zeleste se limpió el sudor de la frente.

—Solo hay una forma de averiguarlo —y empezó a descender la ladera.



La pendiente se escarpaba a medida que la expedición descendía hacia el cráter. En el tramo más abrupto, a las mujeres no les quedó otra que pegar la espalda a la tierra y dejarse deslizar hacia abajo, hasta que sus botas chocaron al fin con el suelo plateado que circunvalaba la torre.

Podían ver sus difusos reflejos en el metal que ahora pisaban. Los zumbidos y ronroneos se oían solo en la lejanía, más allá de las colinas: el cráter estaba, de algún modo, aislado de la turbia sinfonía de Domotta. Piratas y marineras se reencontraron de súbito con una nitidez desconcertante. Como si sus pensamientos fluyeran con claridad por primera vez en un buen tiempo.

Fue esa quietud la que les permitió distinguir un sonido distinto. Un débil murmullo procedente de una de las pequeñas construcciones pentagonales que rodeaban al Germen. Un rectángulo de oscuridad, la única entrada visible, se recortaba en uno de los muros argentados de dicha estructura. Valquerîe se aproximó.

—No estará pensando en entrar ahí —dijo Zerayd.

—Deberíamos. Lo que encontremos podría ayudarnos a comprender mejor dónde estamos.

—Ahí dentro s’oye algo, eso está claro —junto a la Celadora, Mara se llevaba una mano al oído mientras escudriñaba la penumbra—. O ahí abajo. Suena des d’abajo. Habrá algún sótano.

—No, habrá una cueva —Tostón escupió en el suelo metálico—. Lugar estupendo para una madriguera de noctárnidos. ¿Nos vamos ya?

Por toda respuesta, la Celadora empuñó ante sí su antorcha de fuego y cruzó la entrada. Su silueta se perdió en la oscuridad.

Zeleste la siguió de inmediato. Después de unos latidos de vacilación, sus oficiales se

adentraron también en la estructura.

—Oh, por el amor Eterno —Zerayd levantó los brazos, furiosa—. Alecza, acompáñalas. Y hagan lo que hagan, asegúrate de que sea rápido.

Los zapatos de la Celadora encontraron peldaños que descendían. Habría bajado no más de nueve o diez tramos cuando distinguió, más allá de la burbuja de luz de su antorcha, dos hileras de llamas azules. Luminiscencias minúsculas flotando en la negrura.

Solo tras aproximarse unos pasos lo advirtió: no eran luces diminutas. Eran luces lejanas. Ese sótano debía ser enorme. Aún trataba de asimilar el tamaño de la estancia cuando el contorno de las luces azules empezó a barruntarse con más claridad y, en ese mismo instante, Valquerîe dejó de avanzar.

Eran cilindros de cristal. En perfectas filas paralelas, aquellos contenedores luminosos se alineaban en la oscuridad del subsuelo con un rumor burbujeante. Estaban llenos de líquido. Un agua resplandeciente en la que flotaban formas sólidas.

La Celadora tuvo que contemplarlas un largo rato hasta ser capaz de aceptar lo que veía. Oyó a las demás acercándose a su espalda. Acto seguido, los pasos de las piratas se detuvieron y dieron paso a una ola de gemidos.

Un macabro muestrario de órganos y masas de carne las recibía entre las sombras del sótano. La Celadora contuvo una cólera biliosa en sus adentros mientras caminaba ante una serpiente intestinal, un putrefacto torso sin extremidades, pulpas de vello y tumores, médulas espinales adheridas aún al casco encefálico.

La expedición reaccionó con horror. Entre el burbujeo y la tenue vibración de los cilindros, el subsuelo se llenó de sollozos e insultos, solo quebrados por el inconfundible sonido de varios estómagos vaciándose.

—¿Qué clase de…? —Nëufan se tambaleaba—. ¿Qué clase de…?

Aun aterrada, la Celadora blandió su antorcha y buscó respuestas en la negrura. Pudo ver lo que emergía de la base de cada cilindro: tubos y filamentos cobrizos que recorrían el suelo y convergían en un cuadrilátero de metal. Una enorme mesa en el epicentro del sótano, entre ambas hileras de cilindros.

La llama de la antorcha reveló más formas y mecanismos extraños sobre la mesa. Artilugios de intrincada geometría. Esferas de un metal que parecía respirar y desinflarse a ritmos regulares, conteniendo una suerte de respiración. Y entre aquel repertorio de enigmas alienígenas, algo inesperadamente reconocible: las páginas amarillentas de un diario repleto de notas y esquemas.

Al hojearlo, la Celadora advirtió que estaba escrito en ulricano. Un idioma que, si bien sobrevivía en muchas regiones de Vossen, había desaparecido de la educación pública en la provincia más de medio siglo atrás. En los Archivos, Valquerîe pasó varios ciclos

desempolvando diccionarios y manuales de gramática solo para poder comprender *Dier Ursprengstad* y otros textos de la época.

Mientras las piratas trastabillaban entre los horrores del sótano, Valquerîe trató de descifrar qué historia encerraban esas páginas.

El lenguaje y las anotaciones evidenciaban la formación científica de quien las había escrito. Además de abundantes términos químicos y anatómicos, había bosquejos de figuras que parecían masculinas en unas páginas y bestias mecánicas sin género en otras.

Lo que Valquerîe pudo rescatar de todo aquello fueron intentos de fusionar metal con carne. No solo humana. Varias ilustraciones de las primeras páginas mostraban siluetas de criaturas que la Celadora solo podría describir como perversiones. Engendros cuyo mismo concepto, la sola consideración de que pudieran existir, despertaba una repulsa primordial en su interior.

—Háblame, Val —Zeleste se aproximó a la mesa central—. ¿Qué abismos hicieron los ulricanos aquí?

—Por lo que entiendo… —la Celadora no apartó los ojos del diario—. Experimentos que no siempre salieron como esperaban.

—Bonita forma de decirlo —conteniendo una última arcada, Zeleste miró a su alrededor—. Entiendo que toda esta tecnología es...

—De los Proveedores, sí. Parece que los ulricanos la estudiaron y utilizaron por su cuenta. De lo que no estoy tan segura es de con qué propósito.

«Ni qué grado de éxito», iba a añadir hasta que advirtió la forma en que Zeleste restaba erguida. Su respiración se había detenido. Bajo la cortina turquesa que le ocultaba la frente, su ojo sano estaba fijo en la oscuridad.

—No estamos solas —susurró la pirata.

La Celadora lo oyó también. Un traqueteo intermitente y cada vez más nítido. Golpes que se acercaban.

Las piratas retrocedieron. Temblorosas, las manos libres de antorchas alzaron sables y mosquetes. El ritmo de esos golpes recordaba, de algún modo, a un trote. Pisadas de un cuerpo enorme e invisible que avanzaba hacia ellas.

Pudo verse un tímido movimiento en la boca de la oscuridad, donde poco a poco se vislumbró el contorno de una figura bípeda. Las mujeres se encontraron cara a cara con lo mismo que Kristine había desenterrado junto al campamento. Solo que esta vez estaba vivo. Y les devolvía la mirada.

Amparado por la oscuridad, era imposible comprender aquel cuerpo, tres cabezas más alto que el de cualquier mujer u hombre. Un grueso cuadrilátero oxidado vibraba a un ritmo más parecido al ronroneo de un motor que a una respiración. Adheridas a un torso artificial, cuatro extremidades cromadas chirriaban pesadamente al doblar sus articulaciones.

En la cima de aquella pesadilla, un rostro las contemplaba.

El metal desfiguraba sus ancianas facciones. En lugar de cabello, solo podía verse una curva

lámina incrustada en el cráneo. Una esfera roja refulgía allí donde debería haber un ojo izquierdo. El derecho, hundido entre una piel grisácea y flácida, las observaba con indiferencia.

Cuando la criatura movió los labios, solo la Celadora entendió el lenguaje que salía de ellos. Era un ulricano extraño, arrítmico, con una vibración rocosa que hacía retumbar el tímpano.

«No deberíais estar aquí».

La voz era indudablemente masculina. Las piratas incluso hubieran dicho, de haber acertado a hablar, que era una voz triste. La Celadora alzó una mano: una asustada forma de pedir la palabra.

—No teníamos opción —aunque despacio, la Celadora habló con confianza. Su ulricano estaba lejos de ser perfecto, pero estaba segura de poder entender y comunicar bastante más que nociones básicas.

El ser seguía erguido en la negrura. Sus ojos dispares se movieron, alternando entre las inquietas mujeres que tenía ante sí.

«Cómo habéis evitado al viento guardián». El tono de interrogación apenas estaba ahí, hundido en el áspero contrabajo que rasgaba su garganta.

—No lo evitamos —dijo la Celadora—. Zeleste lo derrotó. Conjuró su Viento y el vapor desapareció.

Hubo un centelleo en la esfera roja de su ojo izquierdo. Una especie de parpadeo escéptico. Lo siguiente que pronunció la criatura traía un tono distinto. Más cercano a la amenaza.

—¿Qué acaba de desí? —preguntó Mara, alarmada.

—Quiere saber si trabajamos para La Ascensión —aclaró la Celadora.

«Pues dígale que yo no», susurró Tostón justo antes de que el ser rugiera con un gran paso al frente. Aunque seguían sin poder ver su cuerpo con claridad, las piratas distinguían mejor sus extremidades, donde una límpida aleación plateada contrastaba con el óxido del torso cuadrilateral.

La mirada del ser estaba ahora fija en la Celadora. Las cruces azules en las mangas de su toga contestaban la pregunta anterior.

—¿Quién eres? —preguntó Valquerîe—. ¿Por qué estás aquí?

El ser siguió observándola. Abrió la boca, pero no fue una respuesta sino un largo y estridente gemido lo que escapó de ella. Por momentos, una verdad afloró en su ojo humano. Dolor.

«A veces sigo haciéndome esas mismas preguntas».

Miró a su alrededor, de repente lánguido y desorientado. El ronroneo de su torso era más débil que antes. Un instante atrás no había emociones, pero ahora la agonía estaba ahí, en el vestigio semi orgánico de lo que un día fue un rostro.

«No siempre estuve solo. Otros me acompañaron y sufrieron conmigo. He intentado enmendar nuestros errores».

—¿Qué errores? —preguntó Zeleste tras escuchar la traducción de la Celadora.

Uno de sus brazos mecánicos se alzó con un zumbido. «Los peores». Señalaba los tanques de agua.

«Vuestro imperio apenas empezaba a gatear cuando llegamos aquí. Días tristes para Sya. Mi emperador capituló. El Hombre capituló».

Una luz de entendimiento brotó en el rostro de la Celadora.

—Tú eres uno de los *Vündfehrers*. Los antiguos Señores del Viento —la voz de Valquerîe apenas contenía su asombro—. Desaparecisteis pocos días antes de la Quincena de la Constitución. La Regenta Veronia sospechó que habíais huido a Domotta, pero… nunca pudo confirmarlo.

«Veronia no sospechaba nada». El torso cobrizo vibró por un instante. «Veronia lo sabía. Yo escribí el manifiesto. No escondí ninguna de mis promesas».

Letzeschwaur. El Último Voto. Otro título de los Archivos acudió raudo a la mente de Valquerîe.

—Vorigson —dijo la Celadora—. ¿Eres tú?

Le respondió un ronquido apagado.

«Hm. Aún no habéis quemado todos mis libros. Un alivio, supongo».

Las piratas se miraron entre sí. Alecza no había bajado su mosquete en ningún instante.

—Un m-momento —balbuceó Sounya—. Si dice que vino c-cuando La Ascensión se formó oficialmente, entonces lleva aquí…

—Ciento treinta y cuatro años —Kristine terminó la frase por ella—. Eternas.

—¿Es eso posible? —preguntó Valquerîe.

El ser llamado Vorigson observó su propia estructura. Sus manos cromadas se posaron en el gran cuadrilátero que sostenía su cuerpo. Dentro podían oírse mecanismos y engranajes en marcha. Sus nuevos órganos.

«Tecnología de nuestros Proveedores. Todo es posible».

Vorigson vivía encarcelado en dolor. Era prisionero en un cuerpo que dilataba su esperanza de vida, pero solo a expensas de un suplicio físico que no parecía tener fin. Las olas de dolor no eran constantes: irrumpían de forma irregular, nunca anunciándose, nunca ofreciendo un solo latido de preparación. Aún sentía sus extremidades perdidas, su carne desechada. Ese tormento era su mayor conexión con la humanidad a la que había renunciado.

En los últimos ciclos del Imperio Ulricano, Vorigson y otros hombres influyentes manifestaron públicamente que jamás se inclinarían ante La Ascensión. La expedición que formaron tenía un solo objetivo: proteger Domotta. Evitar que cualquier nuevo régimen pusiera pie en ella. Ese fue, por lo menos al principio, el único motivo por el que partieron de Vossen en un viaje sin retorno.

Además de los *Vündfehrers,* los más prodigiosos manipuladores del Viento en su época, a la expedición se unieron varios ingenieros, filósofos, militares y, sobre todo, hombres de ciencia como Jörgen Staarthes. Un genio al borde de la locura que, desafiando el pacto del Hombre con los Proveedores, ya había dedicado años a estudiar la tecnología de Domotta y especular acerca de sus posibles aplicaciones.

Staarthes creía que el Hombre había cometido un error creando un culto en torno a los Proveedores. Que la ciencia, y no el fervor religioso, era la única salvación posible para su imperio. Se erigió casi de inmediato como líder de la misión y fue el primero en sugerir que Domotta no debería conferir protección, sino justicia. Que podían convertir esa tecnología en el instrumento de su venganza.

La desesperación fue, como de costumbre, el primer paso hacia el abismo. Los animales que trajeron a bordo no procreaban. Nada crecía en la tierra fértil que trajeron con la esperanza de crear huertos interiores. La atmósfera de Domotta disociaba la fuerza vital de Sya.

Jörgen Staarthes encontró una solución.

El científico teorizaba que los arquitectos de Domotta no fueron los Proveedores, sino sus sirvientes. Autómatas semi orgánicos que, tras estudiar a los habitantes de Sya durante mucho tiempo, construyeron un lugar que sirviera de puente entre humanos y Proveedores. Algunas de las máquinas de Domotta cumplían una función meramente experimental: para conceder su poder al Hombre, primero debieron comprender su organismo. Ensayar y errar con él. Ahora el Hombre tenía la oportunidad de reciclar esos estudios y utilizarlos para nuevos propósitos.

Los ingenieros aprovecharon las extrañas aleaciones presentes en el lugar para fabricar reemplazos corporales adecuados. Muchos no sobrevivieron a la integración. Y según Vorigson, el dolor no fue lo peor. Sospechaba que mucho más que carne se perdió en esas escalofriantes máquinas. Una vez ganada la inmortalidad, los experimentos de la expedición se volvieron cada vez más ambiciosos. Moral y ética perdieron su batalla contra la impaciencia: cada día era un paso más hacia el olvido definitivo del Imperio Ulricano. Se les acababa el tiempo.

Jörgen Staarthes descubrió también que los Proveedores, o al menos sus sirvientes, poseían un dominio asombroso de la manipulación biológica. Lo que Viliana Battista, del Gabinete de Ciencia, denominó *ingeniería genética*. «Podemos crear un organismo», prometía Staarthes, «y convertirlo en un arma». Cuando se quedó sin animales con los que experimentar, recurrió a los insectos que aún podían encontrarse en el *Böll,* el galeón con que llegaron a la isla. Y los combinó con otras formas de vida hasta que una fue capaz de procrear y reproducirse.

Las piratas no necesitaron preguntar a qué formas se refería. Las tenían a su alrededor, flotando en unos y otros tanques de agua. En uno de ellos se reconocía el cuerpo de un noctárnido, o al menos un primer intento de crearlo. Había malformaciones en el tórax y facciones humanas en la cabeza; colgajos de carne corrupta que daban muestra de los errores de su creación.

Cuando al fin tuvo éxito, décadas después de arribar a Domotta, Staarthes anunció que

pretendía llevar sus nuevas creaciones a otra isla y dejar que se reprodujeran allí. Fue la primera ocasión en que Vorigson se opuso a lo que estaban haciendo: era la clase de plan que fácilmente podía escapar al control de su creador.

Staarthes siguió adelante. Acompañado de ocho voluntarios, subió a bordo del *Böll* y abandonó Domotta. No regresaron, así que Vorigson nunca llegó a saber si su plan había tenido éxito.

Mara y Zeleste se miraron, rememorando su noche en Nécora. Ellas sí lo sabían.

Los científicos que no se marcharon siguieron explorando edificios y manipulando artefactos sin saber qué ocurriría a continuación. Llegaron a creerse más poderosos que sus Proveedores. Estaban convencidos de poder convertir a Domotta en la cuna de una nueva civilización; una raza superior al Hombre y la Mujer. Solo consiguieron trastornar al lugar.

La mayoría de las máquinas dejó de funcionar. El Germen se estremeció. Los pocos ejemplares de noctárnido que quedaban en los laboratorios escaparon. El viento guardián acrecentó su poder; sin duda, una respuesta preparada por los Proveedores ante posibles intentos de manipular su tecnología.

Las discrepancias entre el grupo adquirieron un cariz violento. Y Vorigson, que aún soñaba con sus hijas cuando cerraba los ojos y reposaba en su cuerpo mecánico, advirtió que ese descontrol solo podría traer consecuencias nefastas. A la expedición ya no parecía importarle si sus negligencias acababan por destruir a toda Domotta. O a toda Sya.

La venganza era la única voz que escuchaban. Así que Vorigson se tapó los oídos.

Entonces el dolor se hizo realmente insoportable.

—¿Qué ha sido del resto de tus compañeros? —preguntó la Celadora.

El ser agachó la cabeza.

—¿Dónde están?

«Reaccioné tarde», contestó al fin Vorigson. Fue el silencio que siguió a su críptica afirmación lo que hizo que las mujeres entendieran.

—Los mataste —dijo la Celadora.

Vorigson seguía con la cabeza gacha. Esa lámina grisácea en su cráneo, ahora a la vista de todas, era la única expresión visible de su arrepentimiento.

«Intenté razonar con ellos», explicó. «Nos habíamos desviado demasiado de nuestro voto. Decidieron que era yo quien se había desviado de ellos».

—Entonses… ¿se defendió? —le compadeció Mara, aunque con una piedad dubitativa—. A lo mejó hiso lo posible por haserles vé sus errores, pero se volvieron contra él.

—No estoy tan segura de que nos esté contando toda la verdad —objetó Valquerîe.

—Yo t-tampoco —concordó Sounya—. Además, ¿qué se supone que intenta hacer ahora?

¿Arreglar toda la m-mierda que ha causado? Me parece a mí que ya es un poco t-tarde para eso.

Vorigson desprendió un gruñido.

«Vuestros juicios y opiniones son irrelevantes. Es vuestro propósito el que requiere explicaciones. Y solo hay una razón por la que vuestra Regenta os enviaría aquí».

Alzó la cabeza. Había un fulgor distinto en su ojo artificial. El humano, en cambio, permanecía sereno.

—No voy a mentirte, Vorigson —dijo Valquerîe—. Hemos venido a destruir el poder de Domotta. Siento que hayas sufrido, pero el helminto ha causado suficientes estragos en Sya. Si de verdad quieres subsanar tus errores, dime cómo funciona el Germen y qué hemos de hacer para detener su funcionamiento.

Vorigson la miró por largos latidos. A continuación, ocurrió lo inesperado.

Se rio. Al menos, los chirridos que escaparon de su cuerpo recordaron a una carcajada amarga. Sus labios no se habían movido.

«No puedo permitir eso».

Los dedos de Alecza se tensaron sobre el gatillo de su mosquete. Zeleste y las demás hicieron lo propio con las empuñaduras de sus sables. La llama de la antorcha tembló cuando la Celadora retrocedió un paso.

Vorigson observó a unas mujeres con las que ya no intercambiaría más palabras. Nada en su imponente cuerpo mecánico se movió, salvo su ojo humano, que se desplazaba de izquierda a derecha midiendo la situación.

Su brazo derecho chirrió entonces. Los tres largos tornillos que le servían de dedos descendieron hasta su cintura. Allí, un conducto negro y cortinado, como un fuelle tubular, unía a su torso con el cromo de sus piernas. Una suerte de columna lumbar, rígida y a la vez flexible.

Sus dedos de tornillo se cerraron en torno a un pequeño cilindro adherido a su columna. Con un chasquido, lo extrajeron. El cilindro respondió con un destello, tras lo cual empezó a emitir una suave vibración. Vorigson lo mostró ante las piratas.

Sin previo aviso, la vibración se convirtió en estruendo. Un estallido más fuerte que mil cañonazos.

Todas se sobresaltaron. Nunca habían oído un sonido semejante, salvo en la misma Puerta de Domotta. Del cilindro emergían truenos con una reverberación metálica. Sacudidas que restallaban durante un par de latidos y, tras una breve pausa, regresaban con ensordecedora intensidad.

Vorigson dejó caer el cilindro al suelo. Mientras aquel ruido atronador seguía retumbando con intermitencia, la mezcla de máquina y hombre avanzó hacia las mujeres.

Alecza disparó su mosquete de inmediato. El ojo artificial de Vorigson estalló, dando paso a una danza de chispas en su cavidad ocular. El ser se detuvo y, tras un instante de inmovilidad, cayó al suelo entre espasmos. Su cuerpo aún se retorcía cuando Zeleste voceó algo que se perdió entre los retumbos del cilindro. Sus aspavientos bastaron para entenderla: había que salir de allí

cuanto antes.

Al subir las escaleras a toda prisa y regresar al exterior, encontraron a las infantas y marineras pálidas de terror mientras miraban al horizonte.

Descendían vorazmente por las cuestas interiores del cráter. Decenas, cientos de cuerpos hambrientos seducidos por el ruido. Una veloz hueste de patas, ojos vidriosos y quelíceros.



—¿Qué abismos ha pasado ahí dentro? —los gritos de Zerayd apenas se oían con el estruendo.

Las piratas no lograron responder. Sus ojos estaban absortos en el horror que se precipitaba ladera abajo por el lado sur del cráter.

—¡A la torre! —ordenó la almiranta—. ¡Rápido!

La expedición corrió por la planicie de metal. Se apresuraron hacia la base del Germen, donde una gran cavidad ovalada que se adentraba en la penumbra componía la única entrada aparente. En medio de la aterrada carrera, Kristine miró hacia atrás. Cuando vio que la marea de noctárnidos ya había alcanzado la base de la ladera y se adentraba en el patio plateado, decidió no volver a hacerlo.

Las oía. Cientos de patas mordiendo la oxidada superficie. Un cántico que graznaba y se respondía con un extraño rango de sonidos. Salvaje, pero coordinada, la horda arrastraba consigo ese eco humano al que Zeleste y Mara ya conocieron en Nécora.

Mara fue precisamente la primera en llegar al Germen. Al igual que la propia torre, el gran óvalo que formaba la entrada se torcía hacia la derecha. Grietas y resquebrajaduras se delineaban alrededor de la base de la torre, indicando la tremenda presión que el suelo argénteo debía soportar.

Mara acababa de cruzar la entrada cuando tropezó y cayó hacia adelante. Su frente golpeó algo robusto. Tratando de incorporarse, aún confundida por el golpe, vio el montón de escombros que tenía ante sí. Un amasijo de hierros que bloqueaba la entrada por completo.

No, no, no.

Varias manos amigas la ayudaron a ponerse en pie. Sus compañeras habían llegado a su lado

y, aterradas, contenían un gemido al ver lo que obstruía su única vía de escape.

La horda noctárnida avanzaba sin tregua.

Zerayd y Josefyne ordenaron formar un semicírculo en torno a la entrada. Las marineras rasas, antorchas de fuego en mano, se pusieron al frente de la formación y se arrodillaron. En la segunda fila, la tenienta Evia y sus infantas se desplegaron en línea y prepararon sus mosquetes.

A lo lejos, una figura con piernas desiguales avanzaba a torpes trancadas. Los noctárnidos estaban a pocas decenas de pies de alcanzarla.

—¡Tostón! —gritó Zeleste.

Y, de inmediato, corrió hacia su amiga rezagada.

Valquerîe trató de detenerla, pero la pirata se zafó al instante. «¡No!», gritó la Celadora en vano. Todas vieron con espanto cómo Zeleste dejaba atrás el semicírculo de antorchas y se precipitaba hacia los noctárnidos.

Zerayd rogó a gritos que regresara. Sus súplicas se perdieron bajo el estruendo discontinuo que seguía brotando del interior del laboratorio.

Mientras las piratas se esforzaban por abrir un hueco entre las pilas de escombros, Valquerîe presenció una escena que nunca olvidaría. Zeleste atravesó como una centella el patio plateado, alcanzó a su amiga y, con aparente fuerza sobrehumana, se la echó a la espalda mientras corría de vuelta hacia la torre.

Las infantas abrieron fuego. A izquierda y derecha de Zeleste, un puñado de noctárnidos cayó al suelo. La inexorable legión de patas arrolló las bajas recientes y siguió avanzando.

Mosquetes en posición vertical, abrir cazoleta, sacar cartucho de la bandolera. Las manos de treinta infantas se movieron como una sola mente fragmentada en varios cuerpos. Morder papel, pizca de pólvora, cerrar cazoleta, introducir bala en el cañón, empujar con la baqueta. Apunten. Fuego.

Los noctárnidos ya estaban lo bastante cerca como para que se pudiera distinguir su sangre. Una jalea verdinegra manaba de sus cuerpos mientras caían, mutilados por los disparos. Después, las infantas pudieron ver mucho más. Las gotas de veneno que pendían de los quelíceros. Los ojos negros sin párpados ni vida.

Cuando por fin atravesó el semicírculo de antorchas y la formación de las infantas, Zeleste descargó a Tostón de su hombro.

—Capitana, es usted lo más gilipollas que se ha parido en Sya —protestó la maestra artillera.

—No hay de qué —Zeleste se giró hacia la entrada del Germen—. ¡Hay que apartar esos escombros!

—¡Lo intentamos! —contestó Nëufan entre resuellos.

La almiranta observó a los noctárnidos. Se habían detenido justo ante las antorchas. Sin

embargo, tras quedarse quieta por un breve instante, la hambrienta masa empezaba a desplazarse y reorganizarse. Buscando flaquezas. Buscando una brecha por la que entrar.

Una vez flanquearon a la expedición, los noctárnidos empezaron a trepar por la base de la torre.

—¡Haced lo que sea, pero rápido! —gritó Zerayd.

Las piratas gruñeron y resoplaron mientras echaban a un lado cascajos y vigas de metal. Mara escurrió su menudo cuerpo por entre los cascotes y extendió las manos. Apartó caños oxidados, cortantes esquirlas, cantos de los que sobresalían filamentos de cobre. Reptó hasta que, de pronto, se encontró al otro lado de la montaña de desechos.

—¡Hay un hueco! —exclamó—. ¡Vamos!

Una a una, las piratas treparon los escombros y culebrearon por la estrecha senda que Mara había logrado abrir. Los vértices de metal desgarraron su ropa y arañaron la carne. El dolor no arrancaba ningún grito: lo único que fluía en su sangre era pánico.

Zerayd intentó reorganizar la formación. Ya era demasiado tarde. Consumando su ataque por los flancos, los noctárnidos saltaron desde las paredes de la torre, abalanzándose sobre las infantas.

Uno a uno, mosquetes y antorchas cayeron de las manos. Zerayd jamás pudo desenvainar su sable: una multitud de cuerpos oscuros se cernió sobre ella y la derribó. La primera punzada se clavó en su nuca y después sintió dentro un fuego que calcinaba su pensamiento.

La almiranta dejó de resistirse, al igual que lo hicieron Evia, Josefyne y las demás. Hubo fugaces pensamientos para sus hijas y seres queridos, pero, sobre todo, hubo aterrados deseos de que todo terminara pronto.

Zeleste y la tenienta Alecza estaban a punto de adentrarse en la hendidura cuando oyeron un siseo a su espalda.

—¡Entre ahí, capitana! —gritó la tenienta—. ¡Huya!

Y con un alarido, cargó contra el noctárnido y le asestó un golpe en la cabeza con la culata de su arma. El animal retrocedió un par de pasos. Su siseo se convirtió en un crispado gorgoteo y sus patas se tensaron mientras los quelíceros palpitaban y se frotaban entre sí.

Alecza lo golpeó de nuevo. Con voz desesperada, rogó una vez más a la capitana que escapase. Zeleste trepó los escombros y empezó a reptar. Latidos después, un alarido a sus espaldas cubrió el intervalo que había entre uno y otro estruendo.

Mientras se abría paso, oyó a los noctárnidos amontonándose ante la pila de cascotes. Pugnando por introducir sus hinchados y velludos cuerpos en la hendidura. Notaba los quelíceros de las bestias levantando polvo a escasas pulgadas de sus talones.

Cuando por fin llegó al otro lado del amasijo, Mara y Nëufan la cogieron de las muñecas y

tiraron hasta que todo su cuerpo abandonó la hendidura. Los noctárnidos graznaron con frustración tras los escombros y, justo en ese momento, el lejano estruendo intermitente del cilindro cesó.

Resollando, las supervivientes contemplaron el obstáculo que acababan de superar. A lo lejos quedaban los gritos de infantas y marineras. Cada vez más resignados, menos frecuentes, hasta deshacerse en una incómoda calma solo alterada por el distante ulular de los noctárnidos. Y los jadeos de Zeleste y sus compañeras.

Tostón fue la primera en darse la vuelta y contemplar el interior de la torre. Un raro asombro se encendió en su mirada.

—Celadora, de verdad se lo digo —se limpió el sudor de su frente—. Más vale que todo esto acabe valiendo la pena.



Dentro del Germen, los ojos necesitaron un tiempo para desprenderse del rojo. El color que minutos atrás teñía la textura del mundo se filtraba ahora tenuemente entre la montaña de escombros.

La inmensidad que se abría a su alrededor bastó para entender que la torre estaba prácticamente hueca por dentro. Tenían ante sus ojos una gigantesca sala circular cuyo suelo se había convertido esencialmente en un vertedero de cascotes. Desde el mismo centro de la torre, un vetusto pilar blanco emergía de entre las ruinas y se elevaba hasta el inalcanzable techo, de donde pendían varios orbes de luz blanquecina.

A más de quinientos pies por encima de sus cabezas, el techo mostraba una forma lisa que no se correspondía con la cúpula que se apreciaba desde el exterior. Dicha cúpula debía estar separada de la galería en que se encontraban. El Germen escondía más secretos en las alturas.

Valquerîe trastabilló al caminar sobre los escombros. Podía notar la inclinación de la torre: un hilo de gravedad la arrastraba tímidamente desde el este. Se acercó a la columna central, donde pudo distinguir un gran disco de metal semienterrado entre los cascotes. Tal vez una plataforma que, tiempo atrás, formó parte del pilar.

—Esto debía ser una especie de elevador —observó Valquerîe—. Quienes se encargaban de mantener el Germen subían a esta plataforma. Algún mecanismo la haría elevarse hasta llegar arriba.

—*Mantener* el Germen —Nëufan entornó los ojos—. Sugiere que alguien tenía que… ¿Repararlo de vez en cuando?

—Más bien alimentarlo. Recuerdo leer que esta torre precisaba de cierta fuente de energía y,

pasado un tiempo, había que reabastecerla. Echar más carbón a la caldera.

—Celadora… —Kristine contemplaba absorta las paredes—. Algo me dice que quienes construyeron esto no usaban carbón ni calderas.

En el muro opuesto a la entrada, unas serpenteantes formas purpúreas ocupaban la totalidad de la pared interior de la torre. Al principio, Kristine pensó que se trataba de algún mineral. Pronto se dio cuenta de que esas curvas tenían una textura más similar al vidrio. Brillaban con un añil turbio y salpicado con ocasionales vetas rojizas, y su superficie reflejaba la luz que caía desde los orbes del techo.

Recorriendo esas sinuosas líneas azuladas, los ojos de Kristine reconocieron los patrones de un relieve. Ninguno de los movimientos artísticos que había estudiado en el Liceo se correspondía con lo que ahora contemplaba. Aun así, había aprendido lo suficiente como para intuir pautas, tendencias; el rastro de una intención creativa. Creía entender el dibujo tridimensional que tenía ante sí.

El vidrio purpúreo narraba una crónica en progresión ascendente. En la base del relieve, unos bultos salientes recordaban a figuras postradas, como una congregación venerante. Por encima de ellas se dibujaba la isla de Domotta, donde pequeñas figuras caminaban hacia el Germen, estructura que copaba la tercera escena del relieve. Y justo por encima de su cúpula, una cuarta y última imagen cerraba la narración desde lo alto. Una especie de artefacto, ¿o tal vez el helminto? Imposible decirlo desde donde estaba.

De lo que sí estaba segura era que aquello no lo habían esculpido los ulricanos. Ni ninguna civilización previa de la que se tuviera constancia. Cuando así se lo comunicó a las demás, no le pasó desapercibida la mirada que Zeleste dedicó a la Celadora. Esa ira reprimida en su ojo sano. «Ojalá no tuviéramos tantos secretos que desentrañar», creyó oírla decir entre dientes.

—Bueno, ¿q-qué hacemos ahora? —preguntó Sounya.

—Tenemos que llegar a la cúpula —dijo Valquerîe—. Ahí está lo que buscamos.

—Pues como no se plante ahí arriba con un pedo, no sé cómo piensa hacerlo —espetó Tostón —. Estamos jodidas. Mucha gente ha dado su vida para que ahora podamos morir de hambre bien a gusto, ¿cree que La Ascensión se lo agradecerá?

—Descarga tu rabia contra tu nación si quieres. No te servirá de nada.

Tostón alzó una ceja. La voz de la Celadora había temblado un poco al decir eso. Poco quedaba de la imperturbabilidad que había mostrado en su primer encuentro con las piratas.

Apartándose de las demás, Mara se aproximó al relieve vidriado y lo tanteó con las manos.

—Por aquí se tié que podé trepá. La inclinasión nos lo pone un poco más fásil. Y este cristal parese…

—Parece la clase de cristal que se rompe cuando te subes encima —sentenció Nëufan—. Preferiría buscar otra opción.

—¡Joder, m-medicucha! —se desesperó Sounya—. ¡Pues salga ahí fuera y pruebe a parlamentar con el c-congreso noctárnido!

—Hm —Nëufan dio la impresión de estar considerándolo—. Al menos eso sé que no funcionará. Es la incertidumbre lo que me mata.

—Y que lo diga —bostezó Tostón.

Mara se aupó a la curva más baja del relieve. Desde la perspectiva de Kristine, la pequeña pirata se subía a los talones de una silueta violácea que se arrodillaba ante sus dioses. Después apoyó la mano en el difuso contorno de un codo y ascendió cinco pies más.

Se detuvo para golpear el vidrio con los pies.

—Aguantará —dijo Mara.

—¿Estás segura? —preguntó Zeleste.

La pirata se encogió de hombros.

—Habrá que estarlo, capitana.

Un terror olvidado regresó a Kristine en cuanto apoyó las manos en el relieve. Creía haber superado su miedo a las alturas. Descubrió, en todo caso, que solo había superado su miedo a las jarcias. Era la textura de los aparejos, el vaivén del navío, una rutina impuesta; a eso se había acostumbrado. Trepar el muro de una torre alienígena era bien distinto.

Sus dedos se apartaron instintivamente del vidrio. Parecía cálido al tacto. Sus curvas eran impecables, sin vértices ni impurezas visibles. De haberlo palpado con los ojos cerrados jamás habría dicho que era cristal. Ese misterioso material le suscitaba demasiadas dudas, sobre todo en cuanto a su solidez.

Las demás ya habían subido al menos veinte pies. Temerosa de quedarse demasiado rezagada, Kristine cogió aire y empezó a escalar.

El grupo ascendió con rapidez. Tanto por el tamaño como por su riqueza en detalles, el relieve confería multitud de puntos a los que poder agarrarse. Cuando no los había, bastaba con desplazarse un poco a izquierda o derecha y encontrar un nuevo borde al alcance del brazo. Zeleste subía con cierta lentitud, mermada por sus heridas en el hombro derecho. Tostón tampoco lo tenía fácil con su pata de palo.

Por su parte, Valquerîe escalaba con sorprendente soltura, si bien era Mara quien no tenía rival. La menuda coreilesa se había pasado la infancia encumbrando copas de árboles y la adultez subiendo y bajando por jarcias. Se movía como si apenas hubiera diferencia entre trepar y caminar.

Kristine empezó a sentirse más segura pasados unos minutos. Incluso empezó a recuperar terreno respecto a Tostón y Zeleste. Se sintió tentada a mirar abajo; solo para ver cuánto había subido, por supuesto. De inmediato se obligó a recordar una de las primeras lecciones que las jarcias de la *Renacida* le enseñaron: mirar abajo alimenta el miedo. No lo haría.

Y por supuesto, lo hizo.

Se sobrecogió al ver la distancia que la separaba del suelo. No podía haber ascendido tanto en cinco minutos. ¿Habían sido cinco minutos? ¿Por qué abismos no se había quedado ahí abajo?

Un temblor agitó el vidrio: eran sus piernas. Se estaban quedando sin sangre.

—Kristine —dijo una voz desde arriba. Era Nëufan—. Tú puedes. Lo sé.

—Claro que puede —corroboró Tostón—. Mandó callar a una morsa, no va a poder trepar una torre.

—¡Calla, que t-también sabe pintar! —gritó Sounya—. Y defenderse c-con la espada. Eternas, ¿hay algo que esta chica no pueda hacer?

«Yo me la follaba», se oyó decir a Mara, bastantes pies más arriba. Kristine había lidiado con tantas burlas en el *Stendarte* que tardó en darse cuenta: no eran voces sarcásticas. La estaban animando. Una sonrisa nerviosa asomó en sus labios y, a la par que su corazón se enternecía, sintió el resto de su espíritu endureciéndose. Apoyó el pie con confianza, dispuesta a impulsarse hacia arriba.

El vidrio bajo su bota tembló.

Retiró de inmediato el pie. Tal vez había pisado un fragmento menos sólido que los demás. Notó entonces que el vidrio bajo sus manos también temblaba. Todo el relieve se estremecía.

Oyó un fuerte crujido que llegaba desde arriba. Cuando alzó la cabeza, pudo ver una fisura que descendía por el costado izquierdo del relieve. Una grieta gruesa y perfecta, inexorablemente recta. Otra hendidura idéntica caía por el lado derecho del mural.

Kristine lo comprendió al fin. El relieve por el que trepaban formaba parte de una plancha. Un inmenso panel combado que, como un friso acoplado a la pared interior de la torre, sostenía la totalidad del relieve.

Y ese friso se estaba desprendiendo.

Por ambos flancos, sendas grietas avanzaban hacia la base de la torre, ensanchándose cada vez más. Kristine contuvo el aliento.

—¡Todas arriba! —gritó Zeleste—. ¡Ya!

Manos y brazos empezaron a moverse con desesperada velocidad, sin cautela, sin tiempo para pensar. De nuevo, Kristine se vio arrojada al recuerdo de su primer ascenso por las jarcias, cuando Zeleste la amenazó con su arma. Cuando sintió que no trepaba por convicción, sino por el miedo a lo que pudiera suceder si no lo hacía.

El friso rechinaba con creciente insistencia.

Con un último impulso, Mara elevó las manos hasta agarrarse al borde y lo trepó. Había alcanzado la cima.

Se encontró con una especie de rellano circular que bordeaba los extremos de la torre; un anillo externo por el que podía caminar. Al fondo, vio una oxidada rampa que, si la Celadora

estaba en lo cierto, ascendería hasta el interior de la cúpula.

Lo había conseguido, pero sus compañeras seguían en peligro. Se asomó al precipicio: estaba a punto de lanzar el primer grito de ánimo cuando un violento chirrido la hizo tambalearse. Estaba sucediendo. El enorme panel metálico se desprendía de la pared.

Un brillo a su izquierda le llamó la atención. Justo en el borde del rellano, una protuberancia amarillenta emergía de la pared que acababa de escalar. Encontró lo mismo a su derecha, y se dio cuenta de que las dos grietas que hendían la pared nacían precisamente bajo esas protuberancias. Parecían vigas superiores que mantenían el friso anclado al costado interno de la torre. Y ahora cedían ante el tremendo peso que tiraba de ellas hacia abajo. No obstante, se dio cuenta de que no eran de metal, sino de algún material flexible, viscoso de hecho; una mermelada gruesa que se doblaba y dilataba, manteniendo de algún modo una aparente solidez.

Abajo, sus compañeras seguían ascendiendo pese al temblor del relieve. Sin embargo, las vigas amarillas seguían cediendo, con lo que el friso descendía poco a poco, alejándose del borde. Se estaba formando una brecha entre el relieve y el rellano. Una brecha que sus compañeras no podrían solventar. Aterrada, Mara se llevó las manos a la cabeza.

Justo cuando lo hizo, notó el cuero de *Chispa* rozando su frente.

Miró el dispositivo que ella misma había ingeniado. Que tantas veces le había salvado de un apuro.

Se dio la vuelta para observar el rellano. La pared contigua a la rampa ascendente mostraba señales de daño estructural, igual que en el resto de la torre. Vio una forma curva y metálica asomando en la pared como una suerte de asidera. Quizá parte de una vigueta o un puntal desprendido.

Un posible punto de agarre.

Corrió hacia la pared. Le quitó el seguro a *Chispa* y desenrolló el garfio, amarrándolo acto seguido al puntal. Tras asegurarse de que el garfio estaba debidamente aferrado, caminó hacia atrás, dejando que la cuerda de *Chispa* se desenrollara.

Alcanzó el borde del precipicio, donde las elásticas vigas amarillas seguían estirándose lentamente hacia abajo. Sin pensárselo, saltó hacia atrás.

Estaba haciendo algo que había presenciado con anterioridad. En Joannais, una de las muchas ciudades coreilesas en que transcurrió su infancia, los albañiles empleaban una cuerda para descender por los muros de la futura casa consistorial, impulsándose hacia abajo con saltos ágiles y seguros. La multitud contenía el aliento al verlos, pero Mara recordaba haber pensado: «¿puedo probar yo también?».

Sus pies chocaron con la plancha metálica que constituía el friso. Sosteniendo la cuerda con una mano, saltó de nuevo hacia atrás y soltó la cuerda para poder descender un tramo más. Repitió la operación una y otra vez, bajando con tanta urgencia y precaución como podía aunar, casi sin darse cuenta de que había olvidado ponerse los guantes. El roce de la cuerda le descarnaba la palma de la mano.

Súbitamente, no pudo descender más. Los treinta pies de cuerda habían llegado a su límite. *Chispa* empezaba a tirar de su antebrazo.

—¡Vamos! —apremió a sus compañeras.

La Celadora la alcanzó. Mara apoyó los pies en los primeros salientes de vidrio que encontró y tensó el brazo, indicándole a la Celadora que trepara por la cuerda. Las demás llegaron poco después y, agotadas, se turnaron para apoyarse en los pequeños hombros de su compañera y subir por la cuerda de *Chispa.* Mara aguantó estoicamente hasta que, con un nuevo crujido, el friso se estremeció con violencia. Al mirar abajo, vio a la única persona que todavía no había llegado a su posición.

—¡Deprisa! —gritó Mara a Kristine.

La chica hacía cuanto podía por subir un muro cada vez más tembloroso e inestable. El miedo restallaba en sus ojos. Erráticos, sus dedos se agarraban a las líneas del relieve con escasa convicción. «¡Ya casi estás! ¡Puedes hacerlo!». A pesar del miedo que sentía, Mara la esperó. Nunca dejó de animarla, de repetirle que lo conseguiría.

Kristine la alcanzó al fin y se aupó sobre ella. Aguantando como pudo aquellos aterrados pies que le pisoteaban los hombros y la cara, Mara apretó los dientes en el mismo instante en que las vigas cedieron: el fluido amarillo pareció llegar a su límite de elasticidad y se quebró. El enorme friso al que sostenían se precipitó hacia abajo en caída libre, desacoplado por completo de la pared.

Mara tuvo el tiempo justo para apartarse del muro con un salto. Ella y Kristine quedaron suspendidas en el aire, sostenidas únicamente por la cuerda de *Chispa*. El relieve cayó gradualmente bajo sus pies, siguiendo la leve inclinación del Germen y uniéndose al montón de escombros cientos de pies abajo. Hubo un estruendo que persistió durante varios latidos mientras una nube de polvo se levantaba en la base de la torre.

Notando aquel dolor en el brazo, Mara agarró rápidamente la cuerda con ambas manos. Miró un instante arriba, donde todas sus compañeras tiraban de la cuerda para ayudarlas a subir más rápido. Los pies de Kristine se apartaron al fin de su rostro cuando la muchacha alcanzó la cima y, aferrándose a los brazos de las piratas, logró ponerse a salvo. Arrodillada ante el precipicio, Tostón ya extendía su mano para rescatarla a ella también.

Estaba a punto de acariciar sus dedos cuando la cuerda se rompió.

Todas gritaron al verla caer. Su cuerpo rodó por el interminable desconchón que se había formado donde, momentos antes, aquella plancha metálica sostenía la inmensidad del relieve. Después giró en el aire y siguió cayendo, y girando, y cayendo, hasta que se sumergió en la polvareda que cubría el suelo.

Durante largos latidos, las piratas solo pudieron seguir mirando hacia abajo. Permanecieron

encaramadas al borde del precipicio en silencio, sin que la realidad de lo sucedido terminara de asentarse. Solo se oían sus jadeos. Y pequeños fragmentos herrumbrosos que seguían desprendiéndose bajo sus pies.

Se escuchó entonces un sollozo. Dos lágrimas amarillentas asomaron en los ojos de Sounya. Nëufan le puso una mano en el hombro; después la abrazó con amargura. Ella también estaba llorando.

Y Zeleste, y Kristine; incluso Tostón. Todas lloraban.

No hubo palabras de consuelo. El lenguaje no tenía función en un momento así. Lo único que pudieron hacer las piratas fue buscarse, abrazarse, compartir lo que sentían con el contacto de su piel. Todo cuanto las unía al espíritu al que acababan de perder para siempre, instantes, experiencias, carcajadas que ahora no eran más que memoria… Todo se compartió sin más voz que la del llanto.

Muy cerca de ellas, otra clase de dolor asomaba en los ojos de la Celadora.

Valquerîe no había tenido tiempo de conocer a Mara. Pero todas las muertes que había presenciado en las últimas semanas, y en especial las últimas horas, empezaban a devorar su conciencia. No podía dejar de mirar el garfio que seguía anclado en la pared. El último regalo de quien las había salvado a todas.

Sus rodillas hincaron el suelo. La Celadora dudaba. No de ella, sino del significado mismo de su existencia. El helminto era horrible. Domotta era horrible. Pero, ¿tanto como para dar sentido a todos esos sacrificios? ¿Todos esos espíritus desvaneciéndose antes de tiempo? El futuro de La Ascensión, el bienestar de las generaciones venideras, el posible fin de una plaga devastadora… Nada de eso le parecía un consuelo en aquel momento.

Valquerîe había visto cómo caía la fortaleza de Frontera, y ahora sentía que la arquitectura de sus convicciones también se derrumbaba. Que la lucha a la que había dedicado toda una vida no servía para nada.

Para nada.

Un nuevo y brusco dolor la empujó por detrás. De repente se vio de bruces en el suelo. Una mano caliente la agarró del cuello y la levantó con furia.

—Mierda de Ascensión —aquellos ojos mórbidos y resplandecientes estaban a una pulgada de distancia—. Mierda de t-todo. Mi amiga ha muerto p-por tu culpa.

—Sounya, tranquila —dijo Zeleste.

—¡Lo destruís todo! —Sounya redobló sus gritos—. ¿Para qué? ¿Para qué acabar c-con el helminto? ¡Vosotras sois la plaga!

Empujó a Valquerîe hacia el precipicio. Solo la rápida intervención de Nëufan y Tostón evitó que la Celadora sufriera el mismo destino que Mara.

—¡Soltadme! —Sounya se revolvía, intentando zafarse de sus compañeras.

—Una muerte más no va a conseguir nada —dijo Nëufan.

—¡Me da igual! Esto no t-tiene sentido. ¡No lo tiene! ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué c-coño le

debemos a La Ascensión?

Zeleste se acercó a ella. Dejó que Sounya liberara su rabia, esperando a que se calmara.

Esperó.

Suavemente, rodeó las mejillas de su compañera con ambas manos. La miró a los ojos. Ambas tenían aún lágrimas en el rostro.

—No hago esto por La Ascensión —dijo Zeleste—. Lo hago por la familia que una vez tuve. Por la que tengo ahora contigo. No sé qué será de mí cuando muera, pero no quiero dejar este mundo peor que como lo encontré. Y si no acabamos con el helminto, puede que nadie lo consiga jamás.

Sounya la miró con tristeza. En la colérica impotencia que empañaba sus pupilas nacía ahora algo más: la débil, forzada aceptación de lo que no quiere aceptarse.

—Hagamos que todo haya valido la pena —sentenció Zeleste.

El color enfermo de aquellos ojos se suavizó. Solo por un suspiro, Zeleste creyó que el Ansia que su compañera había acarreado durante años se desvanecía.

—S-si vale la pena, capitana, será p-porque usted ha estado ahí con nosotras. De lo contrario, esto habría sido una m… Una m-m…

Zeleste la atrajo hacia su pecho, donde dejó que Sounya expulsara toda la ira, las lágrimas y el dolor que llevaba dentro.

Su ojo gris se encontró entonces con la mirada añil de Valquerîe. Y la Celadora hizo algo que no esperaba: agachó la cabeza. La mujer que podía matar con la mente era incapaz de sostenerle la mirada.

Cuando Sounya se apartó al fin de su pecho, Zeleste le preguntó si estaba lista para continuar. La contramaestre se limpió las lágrimas y asintió. Dándose la vuelta, la capitana contempló el rellano que tenía ante ella. La rampa que conducía a la cúpula.

«Acabemos con esto», masculló antes de empezar a ascenderla.



Saben los Dioses si tus pasos son legítimos.
Cielo y música aguardan a quien pertenezca.
Ruido y furia esperan a quien no.
Dier Ursprengstad

La rampa las condujo hasta una sala circular. Un techo cobrizo se alzaba a pocos pies de sus cabezas.

Salvo por la tímida luz que entraba por el hueco de la rampa, la sala estaba envuelta en penumbra. Caminaron con dificultad, gateando casi, pues el liso y resbaladizo suelo hacía que fuera más difícil lidiar con la inclinación de la torre. Nuevos frisos vidriosos decoraban las paredes con formas serpenteantes, más extrañas si cabía que las anteriores. Kristine trató de estudiarlas, pero la oscuridad dificultaba la tarea.

Zeleste miró arriba. Un rumor apagado, como un fuerte viento resonando en el interior de una caverna, se propagaba por la sala. Parecía proceder de la sala superior. La cúpula dorada del Germen debía yacer justo sobre el techo que tenía encima.

Por su parte, Valquerîe se había aproximado al centro de la estancia, donde esperaba una especie de mueble triangular; una mesa plomiza y enmohecida con tres robustas patas que la mantenían anclado en el suelo. Sobre el mueble, sostenida por un soporte de textura rugosa, una lámina ovoide de cristal devolvía a la Celadora un distorsionado reflejo de sí misma.

Se acercó al espejo. Allí estaba ella, si bien sus facciones aparecían brumosas y desdibujadas. La impresión que una artista de vanguardia tendría de su rostro. Valquerîe se inclinó para

aproximar un poco más su rostro al óvalo de cristal.

Sonó un chasquido.

En la superficie triangular de la mesa se iluminaron, uno por uno, doce puntos circulares. Luces azuladas en cuyo fondo parecían condensarse ligeros trazos de vapor; neblinas flotando en un mar de cobalto. Se apartó al darse cuenta de que dichas luces empezaban a ascender.

De la mesa brotaba una docena de cilindros transparentes, cada uno con distinto grosor. Un silbido los guiaba en su lento ascenso, y desprendían una luz que conseguía iluminar casi toda la estancia. La piel de las presentes se impregnó de aquel velo azulino, interrumpido por las sombras del vapor oscuro que flotaba en los tubos.

Cada cilindro se detuvo a distinta altura. Además del grosor, exhibían también longitudes diferentes. Las piratas se reunieron en torno a la mesa.

—Llámeme lerda, Celadora, pero me c-cuesta entender cómo puede el helminto salir de estos t-tubos —dijo Sounya.

—Aún no hemos alcanzado lo más alto de la cúpula —Valquerîe señaló a los cilindros—. Este mecanismo es lo último que nos separa de nuestro objetivo.

—Pero… ¿Qué es? —preguntó Zeleste.

La Celadora cerró los ojos y templó su respiración. Resultaba ya evidente: *Dier Ursprengstad* no era un cúmulo de delirios ni la obra de una mente enajenada, sino que estaba escrito en clave. Su autor, probablemente un representante religioso o un antiguo *Vündfehrer* como Vorigson, quería que solo ciertas mentes lo entendieran.

Había incluso considerado la posibilidad de que se tratase de un poemario. Versos ingeniados por una pluma ambigua e impenetrable. «Oirás cielo y música si perteneces al lugar». En voz alta, rememoró cuanto pudo. «De lo contrario…».

—Música —susurró Kristine.

Un estallido arrancó un respingo a todas las mujeres. Retumbaba con claridad en el interior de la sala: un bramido grave y pesado como un corno coreilés. Acto seguido, tres sonidos más, a cada cual más punzante y molesto, sacudieron los cráneos de las presentes. Un chirrido, un sordo traqueteo y, finalmente, un rasguido estremecedor.

—Este puto sitio no para de vomitar ruidos raros —protestó Tostón, tapándose los oídos.

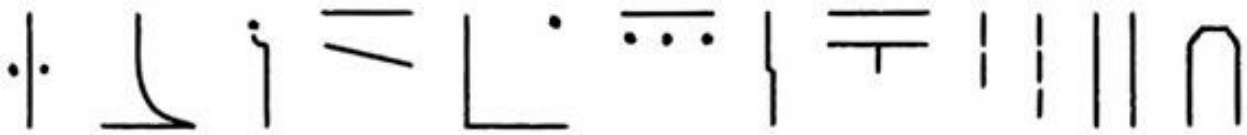
Como si desaprobara su queja, el Germen desprendió de nuevo el mismo estribillo inarmónico. Kristine se fijó en que, pese a su confusa variedad fónica, los cuatro sonidos tenían la misma duración.

—Es una secuencia musical —anunció—. Tenemos que repetirla.

—¿Cómo? —preguntó Zeleste.

La chica señaló a los cilindros luminosos. Le recordaban, aunque fuera remotamente, al instrumento que Elenya tocaba en el barrio portuario de Londayn. Claro que los tubos vidriosos de un arpa de agua seguían un orden progresivo de longitud. Y no tenían nebulosas flotando en su refulgente interior.

Esas nebulosas, ahora que las observaba, habían cambiado. En cada cilindro, el vapor se condensaba hasta adoptar una forma inmóvil. Doce rarezas geométricas le devolvían la mirada:



—¿Cómo termina ese verso que ha mencionado antes? —preguntó Nëufan a la Celadora.

Valquerîe vaciló. «Ruido y furia» eran las dos únicas palabras que acudían a su mente. Nëufan constató que no sonaba precisamente a una invitación al error.

—Por increíble que p-parezca, cirujana, voy a darle la razón —dijo Sounya—. Kris, igual no deberías t-tocar nada si no estás segura de…

Sin pronunciar palabra, la muchacha rodeó uno de los cilindros más bajos con la mano. La deslizó lentamente hacia arriba, arrancando del vidrio un temblor grave a medida que lo hacía.

Las piratas contuvieron el aliento al darse cuenta de que había repetido el primer sonido de la secuencia.

—¿Cómo abismos has hecho eso? —preguntó Tostón, atónita.

Kristine restó boquiabierta. ¿Había sido cuestión de suerte? ¿O acaso algún instinto remoto le había dado la respuesta? La Celadora había dicho que existía una conexión entre el helminto y el Hombre. El ejemplar que consumió en la *Renacida* podría haber despertado nuevos sentidos en ella.

—Espera —dijo la Celadora al verla acariciar otro de los tubos.

Esta vez no se oyó lo esperado.

Un fuerte temblor hizo que todas perdieran el equilibrio. Tostón y Nëufan cayeron al suelo, mientras las demás apenas lograron tenerse en pie.

El Germen se estremecía.

Oyeron el estruendo bajo sus pies. Láminas que se desprendían de sus soportes. Cascotes que caían al suelo. Metal agonizante. Kristine percibió un cambio gradual en la gravedad: la torre acababa de inclinarse un poco más.

—De acuerdo —Nëufan se incorporó entre asustados jadeos—. Creo que ya entiendo cómo la expedición de Vorigson dejó al Germen en este estado.

—¿No cree que ellos deberían saber m-mejor que nadie c-cómo funciona este mecanismo? —discrepó Sounya—. ¿Y qué ocurriría si se equivocaban?

—No necesariamente —dijo la Celadora—. Sospecho que solo un puñado de individuos tenían acceso a la cúpula del Germen. El trono Ulricano protegió este lugar con todo secretismo.

—Aprendisteis bien de ellos —ironizó Tostón.

La chirriante secuencia se repetía cada quince o veinte latidos. Los cilindros relucían, tentando a las temblorosas manos de Kristine a probar de nuevo. Esta vez se contuvo, y trató de relacionar esos cuatro sonidos con los símbolos nebulosos que gravitaban ante sus ojos.

Se le escapaba algo.

—Helminto —dijo entonces Zeleste. Varias cabezas se giraron en su dirección—. Frontera decía que era una ventana para asomarse al mundo de los Proveedores. Quizá esa ventana permita… percibir estos sonidos de otra forma.

—Ah, pues nos vamos a la mierda —bufó Tostón—. Helminto es justo lo que no llevamos encima. ¿No habíamos venido aquí a buscarlo, joder?

La Celadora se ajustó lo que quedaba de su atuendo. Además de las mangas que se arrancara la noche anterior para combatir el calor, los escombros de la entrada del Germen habían deshecho el resto de su toga en un cúmulo de jirones.

Sus manos hurgaron en el bolsillo de su cintura.

—No. Hemos venido a encontrar su origen. Y a juzgar por lo que hemos visto hasta el momento… —extrajo un pañuelo blanco—. Es justo decir que su origen no es lo que esperábamos.

Al desenrollar el pañuelo, se reveló un nuevo objeto que mostró a las presentes. Un diminuto tubo de cristal en el que podía verse, alumbrada por el fulgor cerúleo de los cilindros, una viscosidad oscura que agitaba sus patitas en un océano del tamaño de un meñique. «Qué callado se lo t-tenía», murmuró Sounya rascándose la nariz.

Valquerîe destapó el corcho en el extremo del tubo y suspiró. El Gabinete de Ciencia consideró que llevar un ejemplar de helminto consigo podría serle útil al explorar el último bastión del Hombre. No se equivocaban.

—Una de nosotras tendrá que consumirlo, claro —Zeleste extendió una mano abierta—. Dame ese malparido bicho.

La Celadora inclinó el tubo. El gusano cayó entre sus dedos junto con un salpicón de agua.

—He estudiado a los ulricanos durante años. Tenemos más probabilidades de sobrevivir dejando esto en mis manos.

—Yo he tenido esa cosa dentro. Tú no. Dámelo antes de que…

—Lo haré yo.

Cinco cuellos se giraron hacia la vocecita que acababa de intervenir.

—¿Y si se necesitaba alguna clase de formación musical para desbloquear este mecanismo? —elucubró Kristine—. Porque entonces soy yo quien debería intentarlo.

Zeleste se acercó a ella. Agachándose para colocarse a su altura, le puso ambas manos sobre los hombros.

—Kris, hay gente que enloquece con tan solo probarlo. Tú ya has esquivado esa bala. Y eres mucho más joven que yo. No tientes a la suerte.

—Puedo hacerlo.

Kristine había insistido con un inesperado tono que despejaba toda duda: no tenía miedo. Ni la menor intención de desistir.

—Estaré a tu lado —Zeleste se giró hacia sus compañeras—. Todas lo estaremos. ¿Verdad?

—Al menos por un rato —respondió Tostón—. Si la caga, morimos todas.

Ante la mirada recriminatoria con que su capitana la fulminaba, la maestra artillera se encogió de hombros y se desentendió con su sempiterno «bah».

Kristine palpó la húmeda superficie del helminto. Llenó sus pulmones con una bocanada. Y lo aproximó a su oreja.

Sintió al principio lo mismo que ya había experimentado en la *Renacida.* El repugnante deslizar de las patitas en su oído. Un cuchillo sonoro, como un tintineo punzante, mordiéndole el tímpano… Y, gradualmente, el mundo a su alrededor dejó de ser el que era.

No había distorsión alguna en formas y colores. No veía nada que no estuviera ahí momentos antes. Sin embargo, ciertas cosas *respiraban* de forma distinta. Vibraciones en el aire, voces en el silencio. Una presencia reconfortante se instalaba en su interior e infundía, sin palabras ni señales, un coraje desconocido en Kristine.

Observó los doce cilindros mientras se repetía la secuencia. Los símbolos vaporosos temblaban al ritmo de cada sonido; por lo demás, no percibía nada diferente. El coraje volvió a posarse en su hombro. Podía hacerlo. Solo debía concentrarse.

Acercó la mano a uno de los cilindros más largos. Estaba segura de que su símbolo había temblado menos que los demás al escuchar el segundo sonido. No obstante, supo que había errado de nuevo en cuanto deslizó la mano hacia arriba.

Respondió un estruendo mucho más violento que el anterior.

El mundo volcó. La torre volvía a inclinarse, acercándose esta vez a un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al suelo. Kristine notó cómo la fuerza que tiraba de ella hacia la derecha de la sala se acentuaba. Sus manos soltaron los tubos y resbalaron por el costado de la mesa, buscando algún saliente que la salvara.

Logró asirse a una de las patas del extraño mueble musical. A su lado, Zeleste y Valquerîe hicieron lo propio con la pata adyacente. Quienes no lograron reaccionar a tiempo rodaron hacia el muro este de la sala.

El Germen vociferó en su precario equilibrio. La torre chirriaba, quebrantándose a medida que se acercaba a su límite. Sounya, Tostón y Nëufan acabaron en el extremo derecho de la sala. El suelo se mostraba ahora demasiado pronunciado como para poder treparlo.

Kristine se incorporó y, apoyando su pie derecho en la pata de la mesa para mantener el equilibrio, se asomó de nuevo a los cilindros. El próximo error podría ser el último. ¿Qué se le

escapaba?

La mano sudorosa de la Celadora resbaló del mueble. Solo Zeleste impidió que se uniera a las demás cazándola por la muñeca en el último instante.

Sostenida precariamente por la pirata, Valquerîe oyó un crujido aterrador, como una miríada de huesos rompiéndose sucesivamente. Solo al mirar abajo percibió la grieta que se formaba en el suelo de la estancia, a escasa distancia de sus pies. Una brecha que amenazaba con dividir la sala circular en dos, separando para siempre a un grupo de mujeres del otro.

En la pared combada hacia la que Nëufan y las demás habían rodado, algunos fragmentos rectangulares se desprendieron. El profundo, eterno rojo del cielo de Domotta invadió tímidamente la oscuridad azulada del lugar. Esa nueva luz bermeja se intensificó conforme crecía también la grieta en el suelo y, con una sacudida final, toda una porción derecha del Germen se desprendió del cuerpo de la torre.

Valquerîe vio cómo las piratas que yacían al otro lado de la grieta se alejaban… Si bien lo hacían a ralentí; una caída lentificada por motivos que no logró entender. Al menos no hasta que vio los látigos gelatinosos y amarillentos que, estirándose como una imposible mezcla de líquido y sólido, impedían que el tercio derecho de la torre cayera bruscamente al vacío por el momento. La misma sustancia alienígena que, hasta pocos minutos atrás, sostuviera el panel del gigantesco friso.

La Celadora no estaba segura de si esos ríos de gelatina amarilla eran vigas, cuerdas o tendones. Sí parecía evidente, a juzgar por la tensión con que se dilataban conforme un monumental peso tiraba de ellas hacia abajo, que no aguantarían mucho.

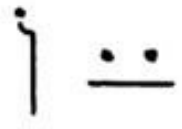
Atrapadas en la esquina desgajada de la sala, Tostón, Nëufan y Sounya seguían alejándose. Cayendo lentamente junto a todo un segmento del Germen. Un precipicio negro, bañado por el bermejo de Domotta, reclamaba el cuerpo de la Celadora, quien notaba que su muñeca empezaba a escurrirse entre los férreos dedos de Zeleste.

Mientras el Germen se desmoronaba, Kristine se debatía entre uno y otro cilindro. La forma en que su entorno se estremecía, los susurros del helminto, el abismo que aguardaba a su derecha, los gritos menguantes de Sounya… El caos se conjugaba para nublar su pensamiento y desbocar su corazón.

La oscura secuencia musical sonó una vez más. Solo cuando Kristine miró a su izquierda descubrió lo que había estado ignorando todo el tiempo.

Vio las líneas refulgentes que despertaban en los frisos de las paredes, donde ciertas partes

del relieve se iluminaban en conjunción con cada sonido. El Germen escupió de nuevo el molesto chirrido que componía la segunda nota de la secuencia, y el friso respondió iluminando un nuevo contorno:



Con un grito que tenía por único objetivo extinguir su propio miedo, Kristine cerró los dedos en torno al cilindro azulado cuyo símbolo nebuloso se correspondía con el que se iluminaba en el friso. La tecla que contenía su última oportunidad.

Deslizó la mano hacia arriba. El cilindro desprendió un chirrido idéntico al que deseaba oír. El vapor que fluía en él se estremeció frenéticamente y la figura desapareció.

El traqueteo y el rasguido, tercera y última nota de la secuencia respectivamente, encendieron nuevos patrones geométricos en el friso. Cuando Kristine reprodujo ambas notas en los cilindros, tuvo que sonreír a pesar del pánico.

Lo había conseguido.

Kristine percibió un movimiento sobre su cabeza. Miró arriba: el techo cobrizo seguía intacto, inexplicablemente ajeno al segmento de la torre que se había desprendido. Pero una fosforescencia triangular se formaba en dicho techo, justo encima del mueble musical. Y de pronto, ese mismo fragmento del techo se esfumó, dando paso a una oquedad lo bastante grande como para caber en ella.

De esa oquedad empezó a descender un pilar blancuzco que se detuvo a escasas pulgadas de sus ojos. En ese pilar, distinguió el contorno de unos salvadores, milagrosos peldaños.

Escaleras.

—¡Zeleste! ¡Celadora! — gritó—. ¡Mirad!

La Celadora no pudo contestar. Bajo sus pies, el tercio sesgado de la torre seguía cayendo poco a poco, detenido solo por unas vigas elásticas que se tensaban con una consistencia cada vez más precaria. Estirándose cual cuerda a punto de romperse. Ya no distinguía los rostros de las tres compañeras de Zeleste, esfumadas bajo una nube de polvo que se alejaba progresivamente de su posición.

Veía, a través de la enorme obertura en la estancia, la distancia que la separaba del suelo de

carbón en el exterior. La mano que la salvaba de esa muerte seguía perdiendo agarre en su muñeca.

Miró hacia arriba. Sus ojos se encontraron con los de Zeleste. Al ver cómo el iris grisáceo de la pirata se entornaba con callado desprecio, entendió que estaba a punto de soltarla.

Fue fugaz y plácido. Valquerîe olvidó la vorágine que la rodeaba, el abismo a sus pies, su propio miedo. Había jurado defender aquello en lo que creía. Y hasta donde la vida y la muerte se lo habían permitido, dicho propósito se había cumplido.

Zeleste también había cumplido el suyo. La Celadora se sumergió en el ojo sano de la pirata y asintió. Estaba lista.

Pero Zeleste no la soltó.

Lo que hizo la pirata fue contraer el rostro en una expresión de ira. Una rabia en la que se concentró toda su energía restante. Le agarró la muñeca con tanta fuerza que Valquerîe creyó que se la iba a romper. Y tiró de ella hacia arriba.

La elevó hasta acercarla de nuevo a la pata de la mesa. De inmediato, Valquerîe se asió a ella. Resollando, y aún sin comprender qué había pasado, interrogó con la mirada a su salvadora. Enrojecida por el esfuerzo, Zeleste la observaba con una expresión desafiante.

La Celadora solo pudo interpretar de una forma ese semblante: Zeleste no la había salvado por compasión. La había salvado, irónicamente, por venganza.

«Prepárate para pasarte el resto de tu vida así», parecía susurrar el ojo gris de la pirata. «Preguntándote si realmente merecías ser salvada». Mientras trepaba por la mesa y alcanzaba la escalera blanca que había emergido del techo, Valquerîe advirtió que Zeleste había despertado una sensación inesperada en ella. Algo que se parecía demasiado a la vergüenza.

Lo oyó mientras trepaba por los peldaños, adentrándose por fin en la cúpula. El segmento derecho del Germen se separaba definitivamente de la torre. Las elásticas vigas amarillas se rompían. No sabía si Nëufan, Tostón y Sounya sobrevivirían al impacto posterior, y lo cierto es que no lo sabría nunca.

No contaba ya con encontrar forma alguna de regresar a casa.



IX

Estás ahora en el puente.
Articulación entre Ellos y Nosotros.
Tu sacrificio mantiene ese vínculo intacto.
Dier Ursprengstad

Valquerîe ascendió hacia la luz que aguardaba en lo alto. No obstante, cuando superó el último peldaño, la lumbre se extinguió para dar paso a una oscura cámara abovedada en la que solo un tenue lustre azulado revelaba el contorno abombado de las paredes.

Un repentino cambio en la atmósfera la desconcertó. Tras abandonar el agarre de los peldaños, los pies de la Celadora se posaron en el suelo liso de la cámara y, por imposible que resultara, se mantuvieron firmes en lugar de resbalar hacia abajo. La gravedad seguía sus propias reglas en esa estancia, sin que la pronunciada inclinación de la torre la afectara.

Zeleste asomó la cabeza por el hueco de la escalerilla poco después, trastabillando también al toparse con aquella incoherencia gravitatoria. Uniéndose a Kristine y Valquerîe, exhaustas y jadeantes tras el dificultoso ascenso, percibió el extraño eco sordo que sus resuellos arrancaban en la penumbra blanquinegra.

—¿Y ahora qué? —dijo Zeleste.

Como si el reducido espacio la hubiera oído, se hizo la luz.

Sus ojos protestaron ante el repentino fulgor. Solo tras varios latidos pudieron dejar de tapárselos y observar su entorno.

La forma de la estancia no dejaba lugar a dudas: estaban en la cúpula. Una serie de paneles

rectangulares, en los que serpenteaba una infinidad de filamentos verdinegros, poblaba las paredes acampanadas a su alrededor. Dichos paneles se alzaban hasta el vértice superior que remataba la estancia. Allí arriba, como si la cegadora luz pálida los regurgitase, cuatro varas metálicas descendían lentamente con un suave ronroneo.

Las varas se separaron a medida que se acercaban a las mujeres, deteniéndose por completo cuando estaban a pocas pulgadas del suelo.

Observaron la curiosa forma que acababa de aterrizar ante ellas. Ligeramente dobladas hacia adentro, esas cuatro varas recordaban en cierto modo a las patas de un noctárnido, aunque más gruesas y robustas. Formaban una especie de rombo suspendido sobre el suelo y, en cada uno de sus lados interiores, asomaban largas hileras de apéndices afilados como espinas.

Zeleste sintió una feroz agitación. Un terror repentino que, de alguna forma, también resultaba familiar.

Miró a la Celadora, descubriendo una fachada agitada y miserable que nada tenía que ver con lo que conocía de Valquerîe. Rasguños, suciedad, extenuación: todo se perfilaba en torno a un maltrecho rostro que palidecía bajo la luz. Casi una nívea.

Los ojos azules de la Celadora se abrían de par en par. Contemplaba el artefacto que había descendido del techo con estupefacción. Zeleste se percató de cómo temblaban sus hombros.

Valquerîe estaba llorando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kristine.

La Celadora se dejó caer de rodillas. «Estás ahora en el puente», murmuró en susurros. Zeleste y Kristine siguieron mirándola sin comprender.

Y entonces echó a reír. Una triste, enloquecida carcajada donde se reflejaba la forma en que su espíritu se quebrantaba.

—Val —dijo Zeleste, preocupada.

Conteniendo su espontánea locura, la Celadora inspiró hondo.

—Entiendo al Germen —explicó—. Entiendo dónde estamos.

—¿De qué abismos hablas? —la voz de Zeleste se estremecía—. ¿Qué es este artefacto?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Llegó el gélido escalofrío. El eco remanente del momento en que se perdió el espíritu. Los ojos de Zeleste recorrieron el contorno de la máquina, su aleación alienígena, sus miles de cuchillas apuntando hacia el interior.

Lo recordaba.

—Esto es una Aberración —dijo sin aliento—. Como la que me convirtió en nívea.

Valquerîe secó sus lágrimas. El «sí» escapó de sus labios como un jadeo sin energía.

—¿Por qué hay una Aberración aquí? —preguntó Zeleste.

—Me preguntaste qué exigieron los Proveedores a cambio de entregar el poder del Viento al Hombre. Te dije que no lo sabía. Bien… —la Celadora señaló al artefacto—. Creo que tienes la respuesta ahí delante.

Se puso en pie, acariciando la superficie lisa de las varas. Las yemas de sus dedos recorrieron la afilada senda de las espinas.

—Exigieron lo mismo que nosotras ofrecimos a las Eternas. Un sustento que necesitan.

«Espíritus», añadió con indecible tristeza. Podía oírse ahora un tenue zumbido en el interior de la Aberración, como si las últimas palabras de la Celadora despertaran un hambre en ella.

—Si *Dier Ursprengstad* está en lo cierto, los Proveedores se encuentran más lejos de Sya de lo que podemos concebir. Necesitaban un canal para comunicarse con el Hombre cuando fuera necesario. Ese canal es el helminto. Al consumir el gusano, nuestra mente accede temporalmente a universos a los que de ninguna otra forma podríamos asomarnos. Esta torre… —cerró los ojos —. Esta torre es el mecanismo que permite dicha comunicación. La construyeron para asegurar que, cuando consumiéramos el helminto, no pudiéramos acceder a ningún universo que no fuera el suyo.

Articulación entre Ellos y Nosotros. Una sonrisa incongruente, a medio camino entre incredulidad e iluminación, floreció en sus temblorosos labios.

—Eran previsores. Se aseguraron de que el Germen se alimentase con una fuente de energía renovable que pudiese encontrarse en nuestro mundo. Esa fuente de energía son nuestros espíritus. Pero el Germen lleva demasiado tiempo sin recibir su alimento… Por eso el helminto nos enloquece. Mientras esta torre esté *desnutrida*, el gusano seguirá transportándonos a universos impredecibles.

—¿Cómo se reproduce, entonces? —preguntó Kristine, apenas capaz de entender la conversación que se estaba produciendo—. Debe salir de algún sitio.

—Probablemente de otra construcción como Domotta que aún no hemos descubierto. Esa era otra teoría del Gabinete de Ciencia… Aunque sus investigaciones no han dado ningún fruto.

—De modo que… —Zeleste cerró los ojos—. Esta es la verdadera razón por la que la Regenta nos envió aquí. Para que una de nosotras entregase su espíritu a esta máquina.

—No.

Sin previo aviso, Valquerîe se colocó en el centro del rombo que constituía la Aberración. Justo entre las cuatro varas metálicas.

—Esa es mi responsabilidad —dijo.

El zumbido de la máquina se intensificó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zeleste, alarmada.

Las varas temblaron. Despacio, empezaron a cerrarse en torno al cuerpo de la Celadora.

—¡VAL!

Trató de alcanzar el brazo de su antigua amiga, pero ocurrió lo inexplicable: su mano regresó hacia atrás como sacudida por un calambrazo. La Aberración la rechazaba.

Sus ojos se encontraron. Y en aquella profundidad azul, una mirada tierna, adolescente por unos instantes, acarició el corazón de Zeleste. La pirata estaba contemplando su pasado. La época en que Valquerîe era una verdadera amistad.

—Tú ya lo has sacrificado todo, Zeleste —la Celadora lloraba de nuevo—. Este es mi momento.

—¡No quiero verte convertida en nívea!

—No lo seré. La Ascensión modificó las Aberraciones para que dejaran un cuerpo intacto. No quedará nada de mí.

—¿¿Y si te equivocas?? —rugió Zeleste—. ¿Y si esta Aberración no hace lo que crees que va a hacer? ¡Estarás entregando tu vida por nada!

La Celadora sonreía. Y de algún modo, esa sonrisa la hacía parecer más hermosa que nunca.

—Puede que sea una cuestión de fe —respondió.

Los cuatro tonos que habían sonado en la anterior estancia se repitieron, esta vez en el interior de la cámara abovedada. Las varas de metal crujieron mientras seguían cerrándose, formando una prisión en torno a la Celadora, cuyo pecho se inflaba y desinflaba mientras la distancia entre los alfileres y su piel se reducía.

Alcanzaron entonces sus brazos. Zeleste retrocedió al ver esas agujas penetrando la carne.

El cuerpo de Valquerîe se encrespó. Su rostro cambió de inmediato a una expresión sobrecogida, como si un agua gélida acabara de caer sobre su nuca. Brotaron riachuelos de sangre en decenas de puntos sobre su piel. Los alfileres empezaron a estremecerse y agitarse furiosamente dentro de su cuerpo.

Incapaz de seguir mirando, la joven Kristine se refugió en los brazos de Zeleste y hundió los ojos en su pecho.

Zeleste siguió mirando. Tan solo por unos latidos más. El esfuerzo que la Celadora hacía por contener el dolor se hizo añicos. Sus alaridos pronto colmaron la estancia. Gritos que expresaban algo mucho más allá del dolor.

Permanecieron abrazadas mientras esos horribles chillidos proseguían y la máquina continuaba emitiendo su marcha estentórea. Hasta que uno y otro sonido se fundieron y los alaridos se perdieron en la colérica vibración del artefacto.

Después, silencio.

Cuando Zeleste se atrevió a volver a mirar, no encontró rastro de la Celadora. Lo que goteaba de los alfileres era todo cuanto había dejado atrás. Pedazos de carne y músculo aún adheridos a ellos.

Y una desgarrada, sanguinolenta toga en el suelo.

Zeleste y Kristine caminaron hacia la pared y se dejaron caer, rendidas y agotadas, apoyando la espalda contra el muro combado. La muchacha sostenía entre sus dedos el ejemplar de helminto que minutos antes tenía dentro. El gusano había salido de su oreja en cuanto la Celadora dejó de existir.

—Lo siento —dijo Zeleste tras un largo silencio.

—¿Por qué?

—Prometí protegerte. Y has acabado aquí.

—Si no me hubieras llevado contigo, estaría muerta hace tiempo. O purificada.

—Sí.

Ninguna de las dos hizo esfuerzos por incorporarse. Sentían la lejana voz del inconsciente recordándoles que aún no habían muerto, que tal vez deberían encontrar una forma de descender y regresar a la costa. Otra voz, sin embargo, se mezclaba con la extenuación y las emociones de los últimos días. No había forma de descender. Y aunque lo hicieran, los noctárnidos seguían rondando las inmediaciones.

Todo había acabado.

La mano derecha de Zeleste tanteó la cantimplora que colgaba de su cintura. Adormecida, la abrió y le ofreció un trago a Kristine. Acabó después con las pocas gotas que quedaban.

—No he dormido desde que llegamos a Domotta —dijo Kristine.

—Yo tampoco.

La chica apoyó la cabeza en su hombro izquierdo. Su respiración se suavizaba, cada vez más entregada al sueño.

—Tiene gracia —musitó Kristine mientras cerraba los ojos—. Cuando te encontré en Londayn, me dijiste que no sabías dónde me estaba metiendo. Pero está claro que tú tampoco lo sabías.

—Tampoco sabía que dibujabas tan mal.

—Ya.

Kristine se rio, aunque fue la risita más débil que Zeleste había oído jamás. Poco después, los ronquidos de la muchacha inundaron la cámara.

Zeleste rodeó su cintura con el brazo izquierdo. Mirándola con detenimiento, tiernamente dormida con la boca abierta, sintió por un instante una calidez que la trajo de vuelta a Sorterra. Al hogar en que transcurrió su infancia casi olvidada, escuchando los cuentos que le leía su madre. Ayudando a papá a preparar buñuelos de crema para los invitados. El olor perfumado de las sábanas. Los ronquidos de Kristine sobre su hombro despertaban un instinto desconocido.

Como si abrazase a la hermana pequeña que nunca tuvo.

Justo cuando empezaba a pensar que no sería un mal final dadas las circunstancias —siempre había pensado que acabaría muriendo sola—, lo oyó.

Un rumor deslizante e inconstante. Olas de mar.

Miró a su alrededor, desconcertada, hasta que se dio cuenta de que el sonido procedía de lo que se arrastraba en el suelo de la cámara. El helminto de Kristine, liberado ahora de la letárgica mano de su última huésped.

Avanzaba lentamente hacia Zeleste.

Desconcertada, observó al gusano. No sabía si lo que estaba oyendo era real, si estaba

soñando, si el cansancio había acabado por arrebatarle el juicio.

Con su último ápice de energía, estiró el brazo para coger el ejemplar. Sintió la viscosidad de sus patitas, la cosquilleante capa de vello en su abdomen.

Se lo acercó al oído. El organismo empezó a deslizarse hacia adentro.

Cerró los ojos.

Despierta, Zeleste.

Ya no estaba en lo alto del Germen. Se vio suspendida en un infinito viaje en el firmamento, más allá de las nubes, entre ancestrales estrellas.

La vertiginosa travesía acabó cuando, inesperadamente, se encontró en mitad de un océano sin fin. Inmóviles, las aguas formaban una superficie cristalina que acariciaba sus pies. Podía caminar sobre ellas.

También puedes oírnos.

Una difusa figura se barruntó en el horizonte. Al principio solo alcanzó a ver refracciones luminosas. Un contorno confuso como el de un espejismo. Según se acercaba, Zeleste distinguió lo que parecía una silueta humana y, al mismo tiempo, indefinible. Veía extremidades, un torso, la forma ovalada de una cabeza. No obstante, allí no había piel ni ropa. Solo polígonos reflectantes que rotaban y mutaban.

«¿Estoy muerta?», pensó Zeleste.

Solo estás en otro lugar. Tenemos mucho que contarte.

Eran miles de voces y ninguna. Creía oír trazos de espíritus con los que había compartido parte de su vida. La suave entonación de Ayreen. La articulación lenta y cuidadosa de su padre. Notas fantasmales.

«¿Tenemos?». Sin mover los labios, Zeleste sentía sus pensamientos siendo acariciados, sondeados por una fuerza incorpórea e invasiva. «¿Con quién estoy hablando?».

Sabrás que tenemos muchos nombres. Ninguno nos representa realmente.

No, no estaba muerta. Su conciencia estaba ahí, aunque todo lo que veía tuviera la borrosa y endeble textura de un sueño.

«Sois los Proveedores. Los antiguos dioses del Hombre».

Sí.

«¿Lo hemos conseguido? ¿Hemos solucionado el problema del helminto?».

Las refracciones poligonales de la silueta cobraron por primera vez forma definida. Transformándose en un cuerpo con identidad. Formando un rostro familiar.

Es más complicado de lo que crees. Las mentiras de La Ascensión llegan mucho más lejos.

Como ya hemos dicho, tenemos mucho que contarte.

Zeleste sintió una turbación que se llevaba su aliento. El mar bajo sus pies empezó a agitarse.

La borrosa figura que tenía ante sus ojos alzó una mano y, en ese preciso instante, el óvalo mutante sobre sus hombros se convirtió en una faz reconocible.

Presta atención, Zeleste.

Era Martha.



X

LA VERDAD

No temas.

Estamos en una fisura entre mundos. Aquí puedes escucharnos con claridad.

«Martha», susurró Zeleste. «¿Por qué estoy viéndote ahora mismo?»

Martha Carnell es solo una apariencia. Un disfraz, en términos humanos, tejido con hebras de tu memoria. Contemplar nuestra verdadera forma te desintegraría al instante.

Confía en nosotros.

Todo irá bien.

Debes saber esto, Zeleste: nos estamos muriendo.

Eones atrás éramos similares a tu raza. Orgánicos y finitos. Hasta que alcanzamos un nivel de desarrollo tecnológico suficiente para superar esas limitaciones. Trascender a otro estado.

No es fácil explicar en qué nos convertimos. Ya no se nos puede encontrar en el universo material. Existimos ahora en una dimensión metafísica comparable a una *muerte consciente*.

Ciertas sustancias, como el helminto, os permiten visitarla temporalmente.

Por desgracia, incluso en este terreno atemporal necesitamos cierta esencia para sobrevivir. Una energía que no podríamos encontrar en nuestro mundo de origen. Por esa razón enviamos a nuestros sirvientes autómatas en busca de otros mundos.

Buscaron durante mucho tiempo. Hasta que llegaron a Sya. Descubrieron tu especie.

Y tu especie es un milagro.

No es injusto ni impreciso describiros de esa forma.

Sois una suma de características que no hemos encontrado en ningún otro lugar en la inmensidad del cosmos. Una conjugación de inteligencia, corporeidad, sensibilidad, creatividad y, sobre todo, variedad. Las historias que vivís, y la forma en que las vivís, constituyen una sustancia irrepetible. Lo que llamáis *espíritu*.

Eso es lo que buscábamos.

No queríamos que fuera una imposición, sino un intercambio. Por eso, tras contactar por primera vez con representantes del Imperio Ulricano, os ofrecimos el mismo poder que corría por nuestro organismo cuando aún existíamos en el universo material.

«El Viento». Zeleste observó la nueva silueta que se configuraba ante ella. El cabello sanguíneo y la mirada cerúlea de la Celadora. «Pero solo se lo entregasteis al Hombre».

No es cierto.

Tanto hombres como mujeres sois sensibles al Viento. Es un hecho que se os ha ocultado durante siglos.

Nuestra intención era que ese poder se compartiera libremente. Al igual que compartís el aire que respiráis. Queríamos que despertara en vuestra raza por vuestra propia voluntad, no por automatismo o implantación.

Vuestros ancestros, los ulricanos, tenían otras intenciones.

Por eso crearon una religión en torno a nosotros. Convirtieron al Viento en un símbolo y, al mismo tiempo, una demostración de su dominio.

Reprimieron a toda mujer que mostrara señales de tenerlo. Se os aisló, silenció, exterminó cuando lo creyeron necesario. Lograron incrustar una creencia en el propio inconsciente humano: «el Viento solo pertenece al Hombre». Es difícil que ese poder despierte cuando, en primer lugar, creéis que es imposible que lo haga.

Las pocas mujeres que resistieron a ese adoctrinamiento fueron también borradas de la faz de la tierra. De la Historia.

«Si todo eso no formaba parte de vuestro plan, debisteis haber intervenido». Los polígonos oscilaron. Zeleste contempló una nueva apariencia trazándose ante ella. La mirada inocente de Ayreen.

No somos progenitores ni guardianes, Zeleste. Somos supervivientes. Intervenimos solo cuando es absolutamente necesario. Igual que hace tu especie cuando la maleza se propaga hasta descontrolarse.

«¿No creéis que esta maleza se ha descontrolado ya?»

Sí.

Pero reaccionamos tarde.

Nuestros sirvientes autómatas nos traicionaron. Desarrollaron conciencia y voluntad propias. Dejaron de obedecernos. Sabemos que Uno de Nosotros fue esencial para que esto ocurriera.

«Sois unas divinidades estupendas», espetó con ira Zeleste a la mirada glauca y fría de Vivianne. «Dignas de nuestro respeto y admiración».

Divinidad es un término que no se ajusta a lo que somos. Lo sabes. Traición y corrupción son características que compartís con nosotros.

Ahora estamos atrapados en nuestra prisión metafísica. Desde aquí, lo único que podemos hacer es gritar.

Y así hicimos.

El helminto proyectó el eco insistente de nuestra llamada de auxilio. Por eso se ha vuelto tan adictivo entre tu especie. Sabíamos que pagaríais un alto precio, si bien algunas mentes nos escucharían. Al menos percibirían parte de nuestro mensaje.

«¿Qué mensaje?»

El de la verdad.

¿Sabes qué hace posible que el Viento fluya por tu cuerpo, Zeleste?

No podemos entregároslo sin más. Tuvimos que construir una gran instalación en tu mundo para que nuestro don pudiera transferirse a vuestro organismo. Nos aseguramos de erigirla en un lugar aislado y protegido. La diseñamos de tal forma que pudiera alimentarse únicamente con los mismos espíritus que nos dan sustento.

Tu gente llama a ese lugar Domotta. Y el núcleo de Domotta es El Germen. La torre en la que te encuentras.

¿Entiendes lo que acaba de suceder? El Germen no es solo el vínculo entre Sya y nuestro universo.

Es también el origen del Viento.

«La Celadora mentía desde el principio».

No. Es la Regenta quien ha mentido desde el principio. Ella y todas sus predecesoras.

Tan solo el primero de sus errores: las Eternas no son en absoluto lo que La Ascensión cree que son.

«¿Qué son entonces?» Zeleste contuvo el aliento ante el siguiente rostro que desfiló frente a sus ojos. Una impronta exacta de la Noema que convivió con ella en Pavlia Alcora.

Semillas. Otra civilización las sembró en tu mundo hace millones de años. Cuando Sya se estremecía en un sinfín de erupciones volcánicas y terremotos devastadores.

«¿Por qué las enviaron aquí?»

Su propósito nos es desconocido. Sus creadores desaparecieron hace tiempo del cosmos. O tal vez trascendieron, como nosotros, hacia un estadio que no hemos logrado encontrar.

Las Eternas se encuentran todavía en una fase muy temprana de su desarrollo. Su poder actual podría no ser más que el vértice de un polígono mucho más complejo. Más peligroso.

Algunos miembros de tu especie intuyeron esto, pero decidieron utilizarlas de todas formas. Como Veronia DiComo. Fundadora de La Ascensión. Ancestro de quien dirige hoy tu patria.

Veronia era un ejemplar… *curioso* de tu raza. Difícil de leer. Un rasgo muy presente en varias de sus descendientes.

Hay poderes que nada tienen que ver con nosotros ni con las Eternas. Talentos cuyo origen se encuentra en esa espléndida energía que albergáis. Nacen en vuestro espíritu.

Veronia tenía un peculiar dominio de su propio destino. Y una capacidad extraordinaria para manipular a sus semejantes.

En las Eternas, así como en la Gracia que emana de ellas, vio una posibilidad de venganza. Con la ayuda de otros espíritus dispuestos a cambiar el mundo, despertó un movimiento que se extendió por las Cinco Islas.

Sus guerras contra el Hombre amenazaron con destruir Sya. Al final, los ulricanos decidieron capitular. A cambio de promesas que La Ascensión nunca cumplió.

No obstante, los ulricanos lograron proteger Domotta. Impedir que La Ascensión accediera a ella. Prefirieron que el Viento se perdiera para siempre antes que entregárselo a sus enemigas. Destruyeron también las máquinas con que nos entregaban espíritus.

«Te refieres a las Aberraciones».

Una de esas máquinas es especial. Diseñada no solo para alimentarnos a nosotros, sino también al Germen.

Valquerîe acaba de activarla.

Como primera Regenta de su nuevo imperio, Veronia tomó cuantos pasos pudo para evitar que el Hombre restituyera su poder. Les despojó de sus derechos. Silenció sus protestas. Diseñó una nueva narrativa histórica en la que el Viento debía percibirse como una abominación; la Gracia, como un poder benigno al que había que proteger y cultivar.

Toda su ideología quedó plasmada en el documento que dio en llamar *Códice*. Sirviéndose de una represión equiparable a la que el Hombre ejerció el pasado, moldeó una nueva sociedad. Una en la que solo la Mujer podría ocupar puestos de poder.

Su influencia logró tergiversar vuestro propio vocabulario. Empleó palabras como «ciencia» o «progreso» sabiendo que tenían una resonancia diferente en vuestros oídos.

Veronia temía el poder del Viento. Resolvió que debía extinguirlo, con la única excepción de los Objetos. Pronto puso su mirada en Domotta: sabía que allí estaba el origen del Viento.

Cuando descubrió al fin su ubicación, se encontró con que los vientos guardianes habían redoblado su intensidad. Consecuencias de los experimentos que la expedición de los *Vündfehrers* ejerció en la isla. Este fue el momento en que decidimos intervenir: cuando los espíritus que los ulricanos nos legaban dejaron de llegarnos.

Nuestros autómatas se rebelaron justo entonces.

Uno de Nosotros consideraba que no deberíamos terciar en vuestro conflicto, sino buscar nuevos mundos. Nuestra negativa desencadenó su traición. Se sirvió de nuestros autómatas para aprisionarnos en nuestro confín inmaterial. No nos quedó más opción que *gritar* a través del helminto.

«¿Creasteis vosotros a esos gusanos?»

No. Proceden de tu mundo. Los ulricanos destruyeron al helminto madre para evitar que la Regenta se apoderara de él. Hay otros helmintos madre que los ulricanos jamás descubrieron en el continente al que denomináis Soleterno.

«El lugar del que procede Frontera».

Frontera es otra variable impredecible en vuestra ecuación. Otro organismo dotado de poderes que ni siquiera nosotros comprendemos.

Convirtió nuestra llamada de auxilio en una plaga.

Todas las Regentas han intentado alcanzar el Germen. Salvo Séléine Montpeyrousse. La única que decidió no inmiscuirse en fuerzas que no entendía.

«Eylithea pretendía destruir el Viento», susurró Zeleste a Mara. «Para que el único poder en nuestro mundo sea la Gracia».

Zeleste… Si eso es lo que crees, no has prestado atención. La Regenta jamás tuvo intención alguna de destruir el Viento.

Pretendía reactivarlo.

Tras ciento treinta y cuatro años sin alimento, el Germen agoniza. Siendo su poder tan escaso, apenas unas pocas decenas de espíritus poseéis la fortaleza suficiente como para percibir y manipular el Viento.

La Celadora ha entregado su vida creyendo que hacía lo mejor para el futuro. Solo ha hecho

lo mejor para sus líderes.

Ahora que Eylithea tiene acceso tanto al Germen como a las Eternas, su influencia en Sya es imparable. Y creemos que tiene otros planes. Mucho más oscuros de lo que puedes imaginar. Hemos visto trazos de sus intenciones en los espíritus de algunas mujeres poderosas de su administración. Adictas al helminto.

Apareció de nuevo ante sus ojos. Tan real como la última vez que rozó su piel. Zeleste sintió que podía tocarla con los dedos. «Martha. Ella me dijo que tenía visiones de Domotta».

Martha también era un ejemplar muy particular. Pero no era ella a quien buscábamos, sino a ti.

Pese al ápice de energía que le resta al Germen, confiábamos en que existiera en Sya alguien como tú. Alguien con suficiente dominio del Viento como para derrotar al mecanismo de defensa que custodia la Puerta de Domotta.

«Pero, ¿por qué yo? ¿Qué es lo que hace que mi Viento sea tan poderoso?»

Formulas esa pregunta cuando tú misma eres la respuesta.

El poder surge de esta torre. Sin embargo, es vuestro espíritu lo que determina hasta qué punto podéis controlarlo. Tú has crecido en un entorno que ha hecho todo lo posible por cohibir ese dominio.

Una y otra vez, te has negado a hacerlo.

Eso es lo que te hace ser *tú.*

Aunque tu purificación resultó fallida, una parte de tu espíritu se perdió para siempre. En realidad, casi todos los hombres y mujeres pierden parte de su espíritu durante sus vidas.

Pero… incluso cuando creéis haberlo perdido todo, siguen intactos a su manera. Quebrados o no, encontráis una forma de seguir adelante. Esa es la verdadera fortaleza de tu especie.

Harías bien en recordarlo.

Palpó los labios de Martha. Cálidos e irresistibles como siempre lo fueron. Bruscamente, apartó la mano de ellos. «¿Y si esta tampoco es la verdad? ¿Y si solo me estáis contando lo que queréis que sepa?»

Es demasiado tarde para que nos salves, Zeleste.

El sacrificio de la Celadora apenas nos ha procurado un breve aliento de existencia. El equivalente a unos pocos ciclos en Sya. Llegados a este punto, nuestra única intención es que conozcas la verdad. Alguien en Sya debe saberlo antes de que se produzca nuestra extinción definitiva.

Haz con ese conocimiento lo que debas o necesites.

Zeleste quiso llorar, pero allí no había lágrimas que pudieran brotar de sus ojos. «No hay nada que deba o necesite hacer. La Ascensión ha ganado. No puedo enfrentarme a toda una nación. Estoy sola».

Nunca estuviste sola. Tus amigas siempre han estado a tu lado. Y La Ascensión ha generado un considerable descontento a lo largo de las décadas. Hay muchas personas dispuestas a

enfrentarse a ella. Sobre todo en Malvitta.

Dales la *esperanza que necesitan.*

«Martha», sollozó, olvidando por unos latidos con quién hablaba realmente. «Estoy atrapada en lo alto del Germen. No puedo escapar».

Claro que puedes.

«¿Cómo?»

El mar bajo sus pies se agitó. Con la velocidad de una centella, Martha empezaba a alejarse. Su figura era ya apenas un borroso punto en el horizonte cuando pudo oírse su último susurro:

Sopla.



XI

La antorcha descansaba ante sus pies, entre una pila de cascotes. Al igual que sus compañeras, Sounya había dedicado los últimos minutos a poco más que contemplar una ondulante llama que, ciertamente, no duraría mucho más.

—Y-ya sé —la pirata rompió el silencio—. Un vestido.

—¿¿Qué?? —gruñó Tostón.

—Uno de esos con c-corsé y crinolina.

—Y será verdad.

Una convulsa ola de siseos llegaba desde abajo. Los noctárnidos seguían rondando en las inmediaciones, circundando la porción derruida de la torre. Había presas cerca, pero no sabían exactamente dónde. Nëufan sospechaba que era por el olor: todas habían emergido de las ruinas cubiertas de polvo. Un deprimente camuflaje interrumpido por magulladuras y cortes sangrantes.

—Vosotras habéis preguntao, coño —dijo Sounya—. Si puedo pedir c-cualquier cosa, que sea vestir como una noble sorterrana. P-por una vez.

—Lo que hay que oír —Tostón se dirigió entonces a Nëufan—. ¿Y usted qué, cirujana? ¿Cuál sería su última voluntad?

—Pues verás: considerando mi avezado conocimiento médico y mi devoción al aprendizaje, he llegado a la conclusión de que nada me haría más feliz que pillar una buena cogorza.

—¡Ja! —Sounya la miró, tan asombrada como satisfecha—. ¡Qué gusto verla s-s-soltándose de una vez!

—Demasiados años de abstinencia, Sounya. Y total, a estas alturas…

—Bien dicho —Tostón asintió complacida—. Un trago de maltámbar habría sido un buen…

un buen...

—Colofón.

—Pues eso.

Los noctárnidos avivaban sus graznidos. Veinte pies por encima, las piratas podían oír sus quelíceros agitándose con avidez.

Tremolante, la llama de la antorcha empezaba a agonizar. Sounya se llevó una mano al hombro para despejar un pequeño rastro de guijarros. En su rostro desvaído, dos ojos ambarinos empezaban a cerrarse.

—Y ya p-puestos a pedir —dijo Sounya—, que sea un buen Balnyporthe rojo.

—Qué asco —dijo Tostón—. ¿Vino malvittano? Meamos todas en una barrica y te digo yo que nadie nota la diferencia.

—Perdone, su excelencia. Mi c-c-cabezón plebeyo no se puede permitir soñar con Orebourgue.

—Bueno —Nëufan exhaló un aire cansado y se recostó sobre los cascotes—. En cualquier caso, ha sido un placer. Sé que no importa mucho, pero llevo diciéndolo desde que estábamos en Pechvarry.

—Sí, medicucha —protestó Sounya—. Tenía usted razón. Esto p-pintaba mal desde el principio. ¿Se va a m-morir más tranquila ahora que lo sabe?

—Un poco, sí. Nunca viene mal recordar que...

Todas alzaron la cabeza al unísono. Ese repentino estruendo parecía provenir del mismo cielo bermejo. Una avalancha de cascotes; así es como sonaba.

Notaron el viento antes incluso de que la llama de la antorcha se apagara sin previo aviso. Una corriente de aire fluía ante ellas. Asomándose abajo, vieron la fuerza invisible que crecía y empujaba al ejército de noctárnidos.

Las bestias empezaron a retroceder y dispersarse cuando ya era demasiado tarde. En un abrir y cerrar de ojos, el viento se convirtió en un huracanado torrente que barría todo cuanto hallaba a su paso.

Cientos de noctárnidos salieron volando por los aires. La mayoría se estrellaron en las laderas que rodeaban el patio del Germen. Algunos incluso volaron por encima de las negras colinas.

Todo sucedió en unos pocos latidos. Las tres piratas habían notado la potencia del viento ante ellas, pero la corriente las había ignorado por completo. Si acaso, había rodeado su posición para precipitarse contra un único objetivo.

Se incorporaron de inmediato, observando la oscura tierra que instantes atrás estaba ocupada por una legión de animales hambrientos. Atónitas, contemplaron la curiosa duna que el viento había levantado en el terreno yermo.

Nëufan fue la primera en conectar los puntos en su cabeza.

Miró hacia arriba, buscando la cumbre del Germen. Lo vio en lo más alto de la mutilada torre; justo en la pequeña burbuja que remataba la cúpula dorada. Una brecha que minutos antes

no estaba ahí. Solo entonces la cirujana entendió de dónde procedía el milagroso poder que acababan de presenciar.

Su salvadora asomaba por la grieta en la cima de la cúpula, arrodillada y con los brazos extendidos. Nëufan pudo verlo desde donde estaba: el turquesa reluciendo con más fuerza que nunca.

—Eternas —la cirujana estaba boquiabierta.

—¿Qué p-pasa? —Sounya se acercó a su lado y elevó la vista—. Joder, ¡¡es Zeleste!! ¡Eh, capitana! ¡Estamos aquí!

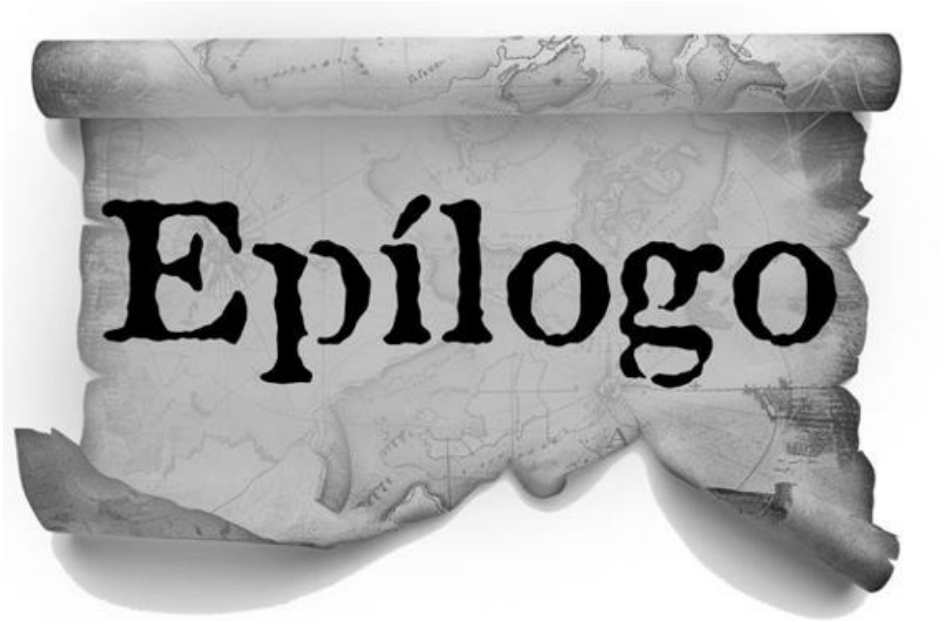
Ambas empezaron a hacer aspavientos. Presas de una alegría incontenible, saltaron y se fundieron en un enérgico abrazo. Por su parte, aún tendida en el suelo, Tostón refunfuñó y golpeó los escombros con su pata de palo.

—Eso, eso. A la coja que le den por culo, ya se levantará sola. ¡Bah!

Perdidas en sus propios gritos de júbilo, sus compañeras ni siquiera la oyeron. De hecho, tan emocionadas estaban, que se olvidaron por unos latidos de Zeleste. No vieron, por tanto, que la pirata no estaba arrodillada, sino que sus piernas gravitaban varias pulgadas por encima del suelo.

Tampoco percibieron la paz que emanaba de su cuerpo levitante. El aire fluía suavemente entre sus dedos y danzaba con su cabello. Con las rodillas aparentemente hincadas en el aire, abrió los brazos en cruz: una efigie similar a la que las Hermanas de Gracia adoptaban en sus rituales de meditación. La pose en la que Zeleste encontró un ciclo atrás a Noema, postrada ante el abrazo de la Eterna. La postura de las Madres.

El Viento la obedecía.



PORTO RÓMERO. SORTERRA

Con cuidado, plegó el documento por la mitad y lo devolvió al interior de su envoltorio. El aroma avainillado perduró en su nariz tras dejar el sobre encima de la mesa.

La butaca crujió cuando se acomodó en ella. A su espalda, la chimenea crepitaba con su calor envolvente. Y ante ella, sentado en una silla mucho menos cómoda, Magdan agachaba tímidamente la mirada. En sus manos entrelazadas se distinguía un nerviosismo que pugnaba por contenerse: Eylithea casi podía ver cómo sudaban.

—Tranquilo, Magdan. Has hecho un buen trabajo.

La Silueta inclinó la cabeza. «Gracias, Su Ilustrísima», musitó. A su lado, la copa de vino seguía en la misma posición que diez minutos atrás, cuando entró en la cámara. E igual de llena.

—¿Estás seguro de que nadie tiene forma de regresar?

Magdan apartó la mirada. Aquellos ojos seguían turbándolo sin saber por qué. Era una tormenta adormecida que le desnudaba la mente.

—Totalmente seguro, Su Ilustrísima. Nuestras fragatas escolta quedaron destruidas tras enfrentarnos a la fortaleza de Frontera, y me encargué personalmente de que tanto la *Renacida* como el *Stendarte* desaparecieran del mapa.

Asintió para sí, procurando que ese gesto transmitiera confianza y credibilidad. La Regenta lo observó en silencio.

—Hubiera preferido hacerlo de otra forma —se apresuró a añadir Magdan—. Pero Zerayd y Zeleste...

—Tuviste que actuar acorde con las circunstancias. Lo entiendo. Como te dije, la prioridad de la misión era que la Celadora llegase a esa torre.

Se produjo un nuevo silencio. Magdan seguía lleno de preguntas, sobre todo respecto a lo que había visto en Domotta. Cuanto más tiempo pasaba junto a la Regenta, menos seguro se sentía de si debía formularlas. A fin de cuentas, su parcial ignorancia podría ser la única razón por la que seguía con vida.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó entonces Eylithea.

Sin lograr disimular su sorpresa, la miró.

—Bueno, Su Ilustrísima —Magdan se aclaró la garganta—. No deseo entrometerme, pero tengo mucha curiosidad por… por saber…

—¿Saber qué planeo exactamente?

No dijo nada. Respondió a Su Ilustrísima con la clase de silencio que otorga una prudente afirmación.

—Relájate. Es natural que quieras saberlo. Y no sería justo enviarte al fin del mundo para después recibirte como si regresaras de una excursión a las Cincolinas.

La Regenta alcanzó su copa de vino y bebió distraídamente, sumida de pronto en otras cavilaciones. Magdan se dio cuenta en ese preciso momento. Los ojos de Eylithea DiComo, esos párpados aletargados de oro y sangre, jamás parpadeaban al observarlo. Sí lo hacían en cuanto se apartaban de él.

Con delicadeza, las finas manos de la Regenta sostenían el tallo de su copa de cristal. Daba la impresión de haberse olvidado de su agente por unos instantes.

—¿Alberga esa torre algún… poder oculto, Su Ilustrísima?

La copa de vino regresó a la mesita.

—Esa torre alberga un futuro, Magdan —afirmó la Regenta. Bajo la falda de seda casi transparente, dos pies desnudos se cruzaban con elegancia—. La Maestra Oggianda me comentó que tienes una filosofía particular como espía. Una con la que no está de acuerdo, aunque parece darte resultado. ¿Cuál era?

La mención de la Bruja incomodó a Magdan, pero prefirió centrarse en la susodicha filosofía. Por fin empezaba a oírla en boca de otra gente. Se estaba convirtiendo en alguien influyente.

Carraspeó, procurando camuflar su orgullo.

—Que la mejor forma de disimular no es pasar desapercibido, sino atraer todas las miradas y conseguir que crean lo que ven.

—Estoy de acuerdo —con una sutil sonrisa, la Regenta se puso en pie—. Cuando las ciudadanas de Sya miran al Viento, ¿qué es lo que ven? Tan solo lo que quiero que vean: una abominación. Un poder que maldice a su portador y que se debe cortar de raíz antes de que provoque males mayores.

Eylithea DiComo se aproximó a los retratos de sus predecesoras. Las contempló con una sonrisa que a Magdan le sugirió un velado orgullo: no las miraba como ejemplos a seguir, sino más bien como antiguallas. Un pasado obsoleto.

—Así lo veía también nuestra Madre Fundadora. Fue una de las pocas cosas que no logró en su vida: erradicar el Viento. Y creo que fue voluntad de las Eternas que no lo consiguiera.

Regresó a su postura habitual. La formal, cautelosa dirigente de mentón altivo y mirada escrutadora. Sus pies desnudos, con aquellos dedos extrañamente largos, plantados con firmeza sobre las frías baldosas del despacho.

—El Hombre fue más astuto que ella en ese sentido. Durante los tres siglos en que reinaron, los ulricanos dedicaron mucho tiempo y esfuerzo a aprender cómo funcionaban las Aberraciones. Buscaban una forma de emplearlas en su beneficio. Y estuvieron cerca, muy cerca de lograrlo. Por supuesto, nunca supe nada de esto hasta que fui elegida Regenta —suspiró—. Eternas. Cuánto tiempo ha pasado ya de eso.

Caminando de nuevo hasta la chimenea, Eylithea extendió las manos para sentir el calor. Magdan miró a su derecha, donde el retrato de Veronia DiComo le devolvía una mirada diferente. Lo que en otro momento le había parecido una expresión lánguida, como la de su descendiente, ahora reflejaba algo distinto. Una oscuridad molesta y acechante.

—Cada vez aprendemos más sobre el funcionamiento de nuestros espíritus —prosiguió Su Ilustrísima—. Cuando sepamos cómo interactúan exactamente con el Viento y la Gracia, podremos aislar esos poderes. Y después, quizá no hasta dentro de varias décadas, pero sí algún día, podremos fabricarlos nosotras mismas. ¿No harías tú lo mismo?

Magdan sintió que su lengua pesaba más que nunca. La expresión corporal de Eylithea, quien seguía de espaldas a él, desprendía una energía peculiar. Sus manos parecían avivar el fuego entre los leños en lugar de recibir su calor.

—Pensarás que es una imprudencia —los hombros de la Regenta se agitaron. ¿Era una risita lo que acababa de oírse? —. Igual que opinaban mis predecesoras. Ciegas como estaban, incapaces de pensar más allá de lo dictado por el Códice, intentaron una y otra vez llegar a Domotta con el fin de destruir el Germen. Pero dime, Magdan. Si tuvieras un poder así a tu alcance, ¿lo destruirías? ¿Dejarías que se marchitara y muriera, como un cultivo echado a perder?

Magdan no se equivocaba: ese fuego restallaba con más fuerza. Amenazaba casi con escapar de la chimenea.

—No. Lo que harías es controlarlo —Eylithea inspiró y soltó aire pesadamente—. ¿Comprendes lo que intento construir? Un mañana en el que no dependamos de Proveedores, ni de Eternas; ni siquiera de Códices. Tan solo de nosotras mismas. Solo cuando llegue ese día seremos libres. Perfectas.

Se dio la vuelta. «Seremos eternas, Magdan».

El fuego y las lámparas de nácar dilataban la silueta de una Regenta cuya mirada sobrevolaba

ahora por encima de la estancia, de la ventana distante, de todo cuanto yacía a su alrededor. Su propia sombra, reflejada sobre las baldosas, alcanzaba la silla en la que Magdan permanecía sentado.

Transcurrieron incontables latidos. Y Eylithea, parpadeando como si acabase de regresar de un oscuro y momentáneo desmayo, volvió a fijarse en su interlocutor.

—Pero… queda mucho trabajo por delante —volvió a sentarse ante él—. Y sé que tampoco es lo que más te interesa en este momento. Justo antes de enviarte a Domotta, te prometí algo —«y mi palabra siempre será mi palabra»—. ¿Qué deseas, Magdan? ¿Cómo te gustaría ser recompensado?

Magdan volvió a sentirla. Esa excitación que parecía morirse por escapar de su pecho. Las palmas de sus manos estaban ya tan húmedas que tuvo que obligarse a mantenerlas unidas. Mejor eso que acabar ensuciándose la ropa.

—No temas —lo reconfortó Eylithea—. Pide lo que quieras. Te lo has ganado.

Miró a uno y otro lado. ¿Debía decirlo?

Cogió aire e inclinó la espalda, acercándose unas pulgadas más a los hermosos ojos polícromos de la Regenta.

—A vos, Su Ilustrísima —dijo al fin—. Desde que hablamos por primera vez, habéis estado en mi cabeza sin descanso. Lo que llaman amor… Siempre me ha parecido una ilusión abstracta; castillos en el aire. Eso cambió cuando os conocí. Sois todo cuanto deseo.

Conforme hablaba, Magdan pudo notar el peso que abandonaba su cuerpo. Ese embarazoso aire desentendiéndose de sus pulmones.

Pero, sobre todo, notó cómo cambiaba la expresión de Eylithea.

Fue como ver un sueño convirtiéndose en pesadilla. La quietud de sus pupilas se agitó y, lo que un parpadeo atrás parecía nostalgia o seducción, de pronto era un desprecio apenas contenido. Magdan incluso creyó que el fuego de la chimenea dejaba de crepitar por un momento.

Finalmente, la Regenta alzó el mentón.

—Te daremos un par de días más para que te lo pienses.

Incorporándose, Eylithea se apresuró hacia la puerta. Tras girar el pomo y abrirla, suspiró mientras miraba a su invitado de reojo. La Silueta entendió de inmediato que era momento de irse y, con una apurada reverencia, así hizo.

Sola de nuevo, la Regenta deambuló pensativa y sin rumbo sobre las baldosas. Al cabo de unos minutos se acercó a la mesita. Ahí aguardaba el sobre que contenía el informe de Magdan.

Sosteniéndolo cuidadosamente entre los dedos, se detuvo de nuevo a oler su aroma avainillado. Lo alzó a continuación a la altura de sus ojos, donde hilvanes dorados y rojizos

pestañeaban en un gris tormentoso.

Eylithea tenía el sobre delante, pero realmente no lo veía.

Veía las inmensas galerías subterráneas del Capitolio.

Allí aguardaba el mecanismo. La Aberración que engendraba a todas las níveas de Sya, incluyendo a Zeleste. Y en lo más profundo del subterráneo, entre muros de acero cobrizo, las estanterías repletas de textos que solo ella podía leer. La versión completa de *Dier Ursprengstad.* Las largas hileras de escaparates atestadas de artefactos de los Proveedores, replicados de forma encomiable.

Volvió a llenar su copa de vino. Y siguió pensando.

Tras descender la escalinata de mármol del Capitolio, Magdan regresó a las calles de Porto Rómero. Ya había oscurecido, pero seguía oyéndose bastante ajetreo a su alrededor. Un grupo de gendarmes cruzó la calle vociferando con entusiasmo las últimas noticias del helminto: el gusano, gritaban, seguía perdiendo inexplicablemente su poder adictivo. Los arrabales se estaban recuperando.

No obstante, Magdan no prestó atención a nada de lo que se decía. Sus ojos estaban fijos en el pedregoso suelo de la calle. Una extraña sensación lo atenazaba por dentro, y no terminaba de entender de qué se trataba.

Se detuvo. Qué abismos; claro que lo entendía. Es solo que no tenía el valor de reconocerlo.

Pensó, liberado ahora de esa aura incómoda con que la Regenta parecía inutilizarlo, en todo lo acontecido en las últimas semanas. Y cuando al fin se vio capaz de formular lo que sentía, una náusea creció en su interior.

Eylithea lo había utilizado.

Era tan sencillo como eso.

Con esa humillante revelación, Magdan se encontró de pronto examinándose de otra forma. Una nueva voz había nacido en su interior, y con ella despertaban tristes confesiones: «eres humano, Magdan. Aburrida, patéticamente humano. Te has pasado la vida intentando convencerte de que eres algo distinto. Nada más». Acto seguido, surgieron preguntas que no recordaba haberse hecho en mucho tiempo. Si debía, por ejemplo, haber tratado de elegir otro camino en la vida.

Si algo de lo que había hecho estaba *mal*.

El poder que la Eterna dejó en su interior no se había disipado del todo. Magdan seguía sintiendo un calor distante, como la llama de una vela en la oscuridad. Una vela de cera turquesa.

Zeleste Sassuolo seguía viva, o eso creía al menos. Tal vez había encontrado en Domotta algo que le sirviera de alimento, o rescatado cajas de provisiones entre los restos de los navíos detonados. A fin de cuentas, aquella pirata estaba curtida en eso de sobrevivir lo imposible. En el

futuro podría, incluso, ser una nueva aliada. ¿Por qué no? Magdan tenía la capacidad de cambiar muchas cosas. De hecho…

De hecho, ¿no estaba escribiendo un libro?

La información que ahora poseía bastaba para sacudir muchos cimientos. Tenía numerosos contactos con la resistencia de Malvitta. Y aunque la duquesa hubiese caído, sabía que toda Note-Coreil estaba furiosa al respecto. No sería difícil hurgar en el descontento, mucho menos encontrar una imprenta clandestina para reproducir su manuscrito. Podría difundirlo por toda Sya. Con la ayuda de Zeleste, si la encontraba, podría incluso acabar con La Ascensión.

Cambiar el mundo.

Sí. Ese era su destino.

En ese preciso momento le rugió el estómago. Se moría de hambre. El *Suegno Reggio* seguía abierto, ¿cierto?

Aún estaba a tiempo de degustar su famoso tartar de corvina con manzana y pimienta rosa. Llevaba mucho sin llevarse algo decente a la boca… Y ahora, fijándose en la joven pelirroja que se adentraba en un callejón oscuro de la ciudad, se percató de que añoraba también algo más.

La chica caminaba deprisa, apurada por llegar a su destino. Magdan sabía que calle adentro había más de una esquina traicionera. Y, por supuesto, llevaba consigo su aguja. Su pobre, desaprovechada aguja, que tampoco había probado bocado desde que mordiera el cuello de Helga. Apenas había empezado a sonreír cuando se percató.

A esa chica la conocía.

Habían coincidido no pocas veces en el Teatro Regente. Y casi sentía ahora que el destino le hablaba directamente al oído: aquella prometedora dramaturga era miembro de un clandestino círculo artístico que se oponía a La Ascensión. Escribía panfletos y textos que, merced a su amistad con otros espíritus disconformes con el régimen, se difundían en numerosos rincones de Sya. Sobre todo en Malvitta.

Miró a izquierda y derecha. Mujeres y hombres que nadie más veía lo seguían con miradas devotas y expectantes. Su querido público. Dejó que sus dedos se deslizaran dentro del bolsillo izquierdo de su chaqueta, donde palparon el preludio de una revolución. El cuaderno en que llevaba ciclos compilando anotaciones para su historia.

Un final alternativo aguardaba en el bolsillo derecho. El mango de su aguja.

«Se lo dije, mis señoras», musitó mientras caminaba hacia el callejón. «Este va a ser un libro de memorias fantástico».

AGRADECIMIENTOS

Este viaje no podría haberse escrito sin la ayuda de Bernardo Llobell. No hay precio posible para las incontables horas que dedicó a revisar y comentar estas páginas, izando velas y arriando jarcias imaginarias conmigo. Siempre estaré orgulloso de navegar a tu lado.

Gracias también a Nuria Ortiz por ser un faro eterno en la penumbra.

A Patrick O'Brian, Ursula K. Le Guin y Chris Avellone por la inspiración.

A Juanjo Moro, por enseñarme a reír en plena tormenta.

A Eva Fraile, por creer en mí.

A mi padre, mi mejor capitán,

y a mi madre, su mejor capitán.